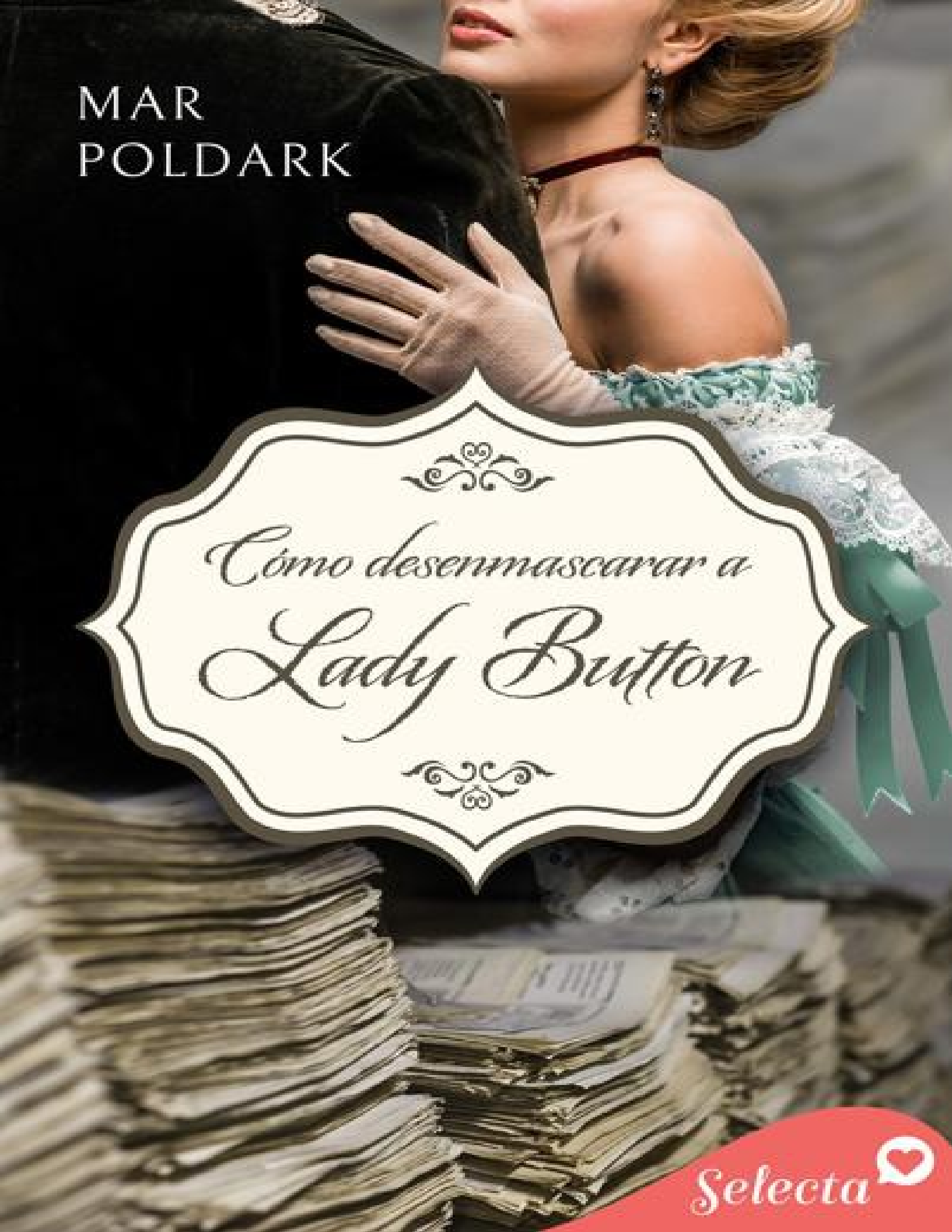

MAR
POLDARK
Cómo desenmascarar a
Lady Button
Selecta

# Cómo desenmascarar a lady Button

*Mar Poldark*

Selecta

*A Anna.*

*Tan solo hicieron falta unas breves palabras para que te convirtieras en mi amiga, hermana, lectora, crítica e incitadora de feels. Te quiero mucho.*

# Prólogo

*Redfield Hill House, dos años atrás...*

El cielo encapotado que abrazaba la mansión de los Redfield la ocultaba tras las espesas nubes. Su color negruzco convirtió sus tierras en un simple borrón, fácil de olvidar y careciente de importancia para todos aquellos que reclamaran el lugar tiempo más tarde.

La lluvia danzaba como una abundante cortina de agua. Sus rugidos reclamaban la ira de la viuda que sostenía su sombrilla para cobijarse de la húmeda sensación. Ella permanecía impasible tras su largo velo negro donde escondía su mirada de todos los curiosos que la acompañarían en su pena.

Su corazón debería sentirse cobijado. Quizá la sensación habría sido un bálsamo para las heridas que llevaban años escociendo y ahora podían cicatrizar. Pero el vacío seguía presente como si fuera una extensión más de sí misma. También la consideró similar a una enfermedad que se cernía por cada rincón de su cuerpo para recordarle que siempre estaría incompleta.

Jamás volvería a amar.

Estaba segura de ello.

—Todo ha acabado.

Julian, su hermano mayor y duque de Redfield, apoyó la mano sobre uno de sus hombros. Lo apretó con el deseo de infundirle su fuerza, aunque consideró que no la necesitaba. Habían pasado años desde que su marido tomó la decisión de abandonarla como si fuera un objeto sin ningún valor. Su regreso a casa no fue el que esperaba, algo le decía que tarde o temprano volvería para recordarle que era una auténtica decepción. Una miseria. Un cascarón vacío incapaz de formar una familia.

—Llegó a su fin en Harrowshire, hermano —aclaró ella en un hilo de voz tan tenue que el duque creyó que sus palabras fueron producto de su imaginación—. Esa noche fue el fin.

—Albergábamos la esperanza de que dejara a un lado su testarudez y se diera cuenta de la mujer que dejaba atrás.

Ella no se sentía así en absoluto. Si la habían dejado atrás era porque no había creído que fuera suficiente. Deslizó con lentitud sus ojos hacia el lugar donde descansaría durante toda la eternidad y fue incapaz de sentir tristeza. Si hubiera tenido voz habría protestado por haberle dado un lugar en el panteón de su familia. Habría chillado lo suficientemente fuerte para recordarle que lo único que los unía era un matrimonio repleto de prejuicios y frustración.

«Su familia tendría que haber reclamado su cuerpo, no nosotros».

—¿Sabes? —llamó la atención de su hermano mayor mientras deslizaba su mirada sobre la

tierra removida—. Me resulta imposible llorar su pérdida.

—Deberías, todo el mundo tiene sus ojos puestos en ti.

—Esto es una mera actuación. Detrás de nosotros hay personas que llevan dándonos la espalda desde hace meses. Socios codiciosos y mujeres que algún día esperan cazarte.

—Es tu deber como esposa —recalcó alejando el contacto como si no le parecieran adecuadas sus palabras—, regálales tu pena para que te abran sus brazos.

—No puedo —dijo de manera tajante—. Lo único que siento desde que reportaron su cuerpo desde la otra punta del continente es liberación. Puede que mi fe lleve lejos mucho tiempo, pero existe la justicia.

—Diane...

—Lo amé tanto como lo odio ahora mismo. —Apretó sobre su vientre sus manos enguantadas, no estaba dispuesta a bajar la cabeza en ningún momento—. ¿Alguna mujer ha reclamado su cuerpo?

—No creo que sea el momento de hablar de la vida que llevaba en secreto tu difunto marido. —Carraspeó con la intención de amonestarla.

—¿Cuántos?

—¿Cuántos qué, Diane?

—Hijos. —Se mordió el labio inferior tras su velo, agradecía que fuera lo suficientemente oscuro para que su frustración no fuera objeto de miradas—. Existían, ¿no es cierto?

El duque guardó silencio, no pretendía criticar a su difunto cuñado en su funeral. Sin embargo, para Diane bastó su semblante impertérrito para confirmar cada una de sus sospechas.

«Aquello que no te proporciona el matrimonio, como hombre, tienes la oportunidad de buscarlo fuera. Eso era lo que pensabas, ¿no, Seamus?».

La viuda tan solo asintió como si el diálogo que existía en su cabeza avivara la rabia contenida en sus cuerdas vocales, pero no sería la comidilla de nadie. Tomó el control de su cuerpo recobrando el movimiento en manos y pies, se inclinó sobre los retazos del hombre que una vez la enamoró regalándole una sonrisa, ya que su llanto jamás volvería a ser suyo. Las yemas de sus dedos palparon las rosas que descansaban a pocos centímetros de su tumba, tiró de ellas y las dejó caer sobre aquel lugar que se prometió en ese momento no volver a visitar.

Desde ese instante todo lo relacionado con el hombre que destrozó hasta el último trocito de su ser sería invisible. Ahora se permitiría tener voz como llevaba haciéndose notar desde los últimos años. Y nadie podría pararla, porque si las mujeres solían ser muñecas carecientes de privilegios sin el consentimiento de sus maridos, ahora serían ellos los que deberían temer las palabras que salieran de los labios de una de ellas.

# Capítulo 1

Los altos muros de New Garden la recibieron de la misma forma que una princesa era invitada por primera vez a su nuevo reino. La pequeña cola de su vestido siseó sobre el grisáceo suelo permitiendo que su sonido fuera eclipsado por el repiqueteo de sus pasos.

Debía admitir que estaba nerviosa desde el primer momento que puso un pie en Spitalfields por su cuenta. Sus manos estaban entrelazadas sobre su vientre mostrando al mundo un semblante seguro, aunque su corazón aleteara inquieto en su pecho.

Esa mañana había elegido un vestido sencillo de muselina en tono dorado. Las mangas eran cortas y un tanto ovaladas. La cintura de su primer atuendo del día realzaba su menuda figura, y ocultaba la piel de sus brazos bajo sus guantes. Además, se protegía del frío infernal con un pequeño abrigo blanco a juego con su sombrero.

—Es todo un honor tenerla aquí, lady Redfield.

Diane despertó de sus pensamientos dedicando una dulce sonrisa a la mujer que caminaba unos pasos por delante de ella. No sería mucho mayor. Su larga cabellera oscura estaba recogida en un tirante moño del que no escapaba ni un mísero mechón. Su semblante era tan apacible como el de cualquier institutriz, pero su ceño mostraba una severidad que era ajena a lo que se esperaba de toda persona encargada del orfanato.

—Es placer es todo mío, señora Nagel —susurró con tal elegancia que su voz hizo eco en los largos pasillos—. ¿Puedo saber cuántos niños han ingresado en nuestras instalaciones?

—Unos ciento cincuenta desde que abrimos las puertas.

—¡Vaya! —exclamó sorprendida ocultando tras su mano lo impulsiva que había sido—. Es mucho más de lo que esperaba.

—Cada día más chiquillos viven en la inmundicia —relató ella de manera solemne—. Sus familias no pueden hacerse cargo. Si no terminan aquí, son parte de las fábricas.

—He oído que hay muchas niñas que trabajan en las fábricas de cerillas.

—Así es —respondió la institutriz—, nunca dirán que no a obtener más mano de obra. Pero olvidemos ese tema, quiero presentarle a algunos de nuestros alumnos. Por aquí, por favor.

La señora Nagel entró en una de las estancias que se encontraban a su derecha y la invitó a que la siguiera con un efusivo movimiento de manos. Diane dejó escapar todo el aire que llevaba conteniendo desde que puso un pie dentro del orfanato, tomó las puntas de su vestido y entró ilusionada por haber conseguido construir aquel lugar.

La muerte de Seamus le había traído tantas cosas buenas como negativas. Tras pelear durante los dos últimos años por lo que consideraba suyo, había perdido contra la mujer que su difunto

esposo dejó junto a sus hijos bastardos en la otra punta del continente. A pesar de haber pasado diez años a su lado, fue desechada por no haber podido engendrar ningún heredero.

Ese hecho seguía martilleando cada noche su cabeza.

Podía sonreír por sentirse libre, alzar los brazos al cielo y danzar durante horas: jamás recordaría qué significaba ser feliz.

Su hermano, el duque de Redfield, financiaba todo aquello que su hermana deseaba. No le importaba lo costoso que pudiera ser, le permitió la oportunidad de tener unas pequeñas alas para que disfrutara del mundo que no conocía y se alejara del sufrimiento que suponía recordar su horrible matrimonio.

—Niños, saludad a lady Redfield —dijo con voz autoritaria la señora Nagel—. Gracias a ella y al director Chandler tenéis un techo, comida y la oportunidad de tener cierto aprendizaje.

Diane deslizó la mirada por las largas mesas de madera donde unos treinta niños la observaban atónitos. Su primer pensamiento fue de reproche hacia la institutriz, no consideraba que unos chiquillos de apenas seis años supieran a quién debían agradecer un mínimo de hospitalidad cuando esperarían ansiosos el regreso de sus padres.

—¡Buenos días, lady Redfield! —gritaron al unísono.

La aludida sonrió con dulzura. Su devoción por los niños era sincera desde el primer instante en el que quería vivir su propio cuento de hadas. Cada vez que lo pensaba añoraba las noches en las que su madre narraba una de sus tantas historias hasta que el sueño la vencía.

A pesar de que el anterior duque poseyera un gran patrimonio, fue cariñoso y leal a su familia. Por eso conocían qué significa la unión, tener voz dentro de casa y tener la fortaleza de atrapar todo lo que quisieran conseguir.

Uno de los sueños de la pequeña de los Redfield era poder mimar a todos los retoños que su cuerpo le permitiera tener. Siempre había soñado con ampliar el lugar en el que ella se había sentido cobijada; sin embargo, nunca tuvo esa suerte.

—¿Puedo sentarme con vosotros? —preguntó acuclillándose a una altura similar a la de los pequeños. Debía admitir que le encantaba la timidez que se reflejaba en sus facciones. La curiosidad por saber más de ella y el deseo de palpar un mínimo de cariño por parte de algún adulto que no los viera como un estorbo—. ¿Qué están aprendiendo, señora Nagel?

—Las estaciones.

—Entiendo, quizá podría serle de ayuda con el tema. Mi madre solía contarnos muchas historias sobre los duendes que habitaban en los bosques escoceses, *La princesa de hielo* entre otras.

—No creo que haya venido para...

Un breve murmullo provocó que Diane centrara su atención en una niña que se había puesto de pie. Se percató de que tenía el rostro manchado por una abundante capa de suciedad. Sus mechones dorados habían perdido color por el mismo motivo y sus pies no contaban con ningún calzado que los protegiera del frío.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella con el corazón en un puño.

—Mandy.

—¿Y por qué te has levantado, Mandy?

—Mamá solía contar la historia de los duendes escoceses —dijo con tal ilusión que tomó su mano—. Siempre lo hacía antes de ir a dormir, pero un día perdió la voz y dejó de hacerlo. ¿Es cierto que salen de sus casitas tras el largo invierno para que sus mejillas se vuelvan rojas como la grana?

—Y para disfrutar de cómo el bosque vuelve a recuperar su color.

El brillo que se deslizó por sus ojos grises provocó un pellizco en su estómago. Había creado y colaborado en aquel proyecto porque creía que hacía algo bueno por todos los niños que morían solos y abandonados en las calles.

«También lo haces por el bebé que perdiste, deja de engañarte».

—Debería dejarlos con sus tareas —interrumpió nuevamente la institutriz tomando una pose erguida—. ¿Me permite presentarle al señor Chandler? Creo que aún no ha tenido el placer de conocerlo en persona.

—Por supuesto.

Sin alejarse de la mujer dócil que siempre mostraba al mundo, se incorporó prometiendo que volvería para contarles miles de historias que no conocían. Diane acarició la mejilla de la pequeña Mandy y en silencio se despidió de aquel semblante triste que creyó ver en sus facciones.

¿Era posible que no lo estuviera haciendo bien del todo?

—No debería encariñarse con todo niño que la mire de manera lastimera, milady. —Las palabras de la señora Nagel provocaron que quisiera poner los ojos en blanco. Con toda la seguridad que siempre iba con ella asintió durante todo aquel discurso que no le interesaba lo más mínimo—. Si se vuelve débil frente a ellos todos intentarán aprovecharse de usted.

—Son niños, no lobos hambrientos.

—Su comparativa es de lo más elocuente.

El despacho del director se encontraba al final de la primera planta, unas dobles puertas de madera proporcionaban un poco más de privacidad a la zona administrativa. De esa forma, el pasillo donde se encontraba el comedor, las zonas comunes y las aulas quedaban completamente separados.

La institutriz no dudó en invitarla a entrar de manera silenciosa a los dominios del señor Chandler, un gran empresario careciente de título. Tocó a la puerta con los nudillos y esperó la invitación desde el interior. Una vez que creyó oírla, palpó el pomo entre su huesuda mano, lo hizo girar con fingida elegancia y se hizo a un lado para que pudiera pasar.

—Debería dejarlos a solas, creo que tienen mucho de lo que hablar.

Antes de que la muchacha pudiera dar voz a las palabras que se atascaban en su garganta, la estricta institutriz cerró la puerta y la abandonó a su suerte con el hombre que encabezaba el lugar que ella había anhelado administrar.

Ahora entendía por qué la había invitado a entrar primero.

Era una bonita y apasionante encerrona que, en otras circunstancias, la habría forzado a contraer matrimonio.

# Capítulo 2

Lo primero que Diane pudo identificar dentro de la estancia fue una gran bofetada de humo que parecía concentrada entre las cuatro paredes. Su color caoba estaba eclipsado bajo el papel de pared de un tono tan brillante como su propio vestido. La estancia contaba con tal prestigio que sus zapatos guardaron silencio sobre la mullida alfombra que se encontraba bajo la mesa. Incluso se percató del pequeño mueble auxiliar repleto de licores que hablaba de los muchos momentos de placer que tendría el director dentro de sus dominios.

«Otro hombre sediento de poder», suspiró con pesar.

—¡Lady Redfield! —exclamó Miles Chandler levantándose de su asiento—. Por fin tengo el placer de ponerle rostro. Debo decir que las habladurías no le hacen justicia a su gran belleza.

—Poco me importa lo que puedan hablar a mis espaldas mis amigas. —El aire fue incapaz de volver a los pulmones del empresario, parecía sorprendido, de mala manera, por sus palabras mordaces—. ¿Quién soy yo para competir con las mujeres más etéreas de todo Londres?

Él se relajó cuando creyó que volvía a tener la conversación entre sus manos, acortó la distancia con la hermana del duque y besó su mano con la elegancia propia de un caballero. No podía decir que el señor Miles fuera un hombre careciente de belleza, que no tuviera título no impedía que las muchachas más jóvenes hablaran de sus ojos azules como el mar, su barbilla perfectamente perfilada y su pequeña cicatriz bajo su pómulo izquierdo.

—Ha hecho un gran trabajo con la distribución de New Garden.

—Su hermano me dijo que los bocetos de los planos eran suyos. —Hizo una breve pausa—. Me pidió que guardara el secreto, pero debo felicitarla por ello: no solo ha creado un lugar donde los niños puedan estar refugiados, sino donde tengan la oportunidad de formarse.

—Creo recordar que usted también financió el proyecto —le apuntó Diane con suavidad.

—Solo un quince por ciento, no creía que pudiera salir bien.

—¿Puedo saber el motivo? —Parpadeó sorprendida.

—Podría decírselo si pasea conmigo. ¿La esperan en algún lugar? —preguntó de repente—. Quizá pueda enseñarle yo mismo los jardines.

«Si no hay más remedio...».

—Sería un auténtico placer.

Miles le ofreció el brazo para ser el caballero que todo el mundo aclamaba. Si no fuera tan prestigioso como Diane había escuchado en sus tediosas fiestas del té, no sería invitado a ninguna de las reuniones donde la clase alta miraba de reojo a todo burgués poco conocido y de vestimenta mediocre. Con él se hacía la vista gorda por su don para los negocios, por su gran

ayuda en momentos de necesidad para los duques más derrochadores y proporcionar a Londres una visión novedosa.

La parte trasera de New Garden contaba con un jardín de grandes árboles que protegían de los rayos más calurosos del sol durante el verano y refugiaban a sus habitantes de las lluvias más tediosas del invierno.

Bajo las sombras de los grandes abetos se encontraban varios bancos de madera donde los niños de mayor edad pasaban el rato sumidos en diferentes conversaciones, otros tan solo se aferraban a los libros que habían donado las familias más adineradas para la biblioteca.

Los más pequeños eran supervisados por una institutriz para que no se alejaran de la zona más arenosa. La mayoría prefería ser parte de la naturaleza, ya fuera incorporando nuevos especímenes que dieran frutos o regando la hilera de rosas que se deslizaban hasta la fuente de Atenea hecha de piedra. En una de las manos de la escultura descansaba su mochuelo, que observaba el lugar con curiosidad y poco disimulo.

—Dígame, señor Chandler, ¿hay adolescentes en nuestras filas?

—No llegan a los dieciséis años —respondió alzando una de sus manos para cobijarse del sol —. Los más rebeldes trabajan mano a mano con las personas que contratamos. Debo recordarle que estaba de acuerdo en que no los echáramos antes de tiempo.

—Espero que con los más pequeños no estén haciendo lo mismo.

—Como ve, la señora Robinson se encarga de los lactantes. —Hizo un gesto hacia la arena donde se encontraban algunos bebés—. Aunque fuera un tirano, no creo que pudieran levantar ni una pala.

—Me alegra que sea así.

—¿De que no sea un tirano?

—De que tenga unos criterios para llevar este lugar —se atrevió a decir llamando su atención —. La preocupación es una virtud con la que muchos hombres no cuentan y lamento que la imprudencia en mis palabras pueda ofenderlo.

—Me sorprende.

El empresario deshizo el contacto con ella, no dudó en cruzar sus brazos en una actitud protectora, ya que nadie se había atrevido a regalarle esa sinceridad desde que se codeaba con la alta sociedad.

—He oído muchas cosas acerca de usted, lady Redfield —comenzó a decir con cautela—. Dicen que deseaba llevar las riendas de New Garden y cuando se lo negaron consideró echarse hacia atrás.

—Mi hermano creyó imprudente tal hazaña, suficiente que participaba en su financiación en nombre de nuestra familia.

—¿No cree que debería quitarse esos sueños de la cabeza? —Hizo una breve pausa que tensó a Diane—. No se lo tome a mal. Lo que quiero decir es que una mujer de su edad debería estar cuidando de sus sobrinos, los hijos de alguna amiga cercana o ayudando a las jóvenes debutantes. Es inadecuado que tenga un papel tan grande, no sé si me explico bien.

—Está queriendo decir que lo adecuado sería que me mantuviera en Redfield Hill House cosiendo sin hacer demasiado ruido, lo he comprendido. Puede que no tenga su astucia, pero sé bien a lo que se refiere.

Diane entrelazó las manos con fuerza para contener su ira. Desde que estaba viuda los hombres de su alrededor habían tomado dos actitudes: la primera era esconderla en un cajón, la segunda era verla una buena opción para contraer matrimonio. Pero ninguno reparaba en la

mujer, sino en la pieza que representaba en sociedad, y aquello la angustiaba tanto como vivir todo de nuevo.

—Su proyecto simboliza la bondad de su corazón, lady Redfield. Ahora las personas más cualificadas nos encargaremos de que todo funcione según lo estipulado.

—¿Ese era el motivo por el que deseaba hablar conmigo a solas?

Miles guardó silencio durante unos largos minutos. Había algo tras aquella reprimenda que no supo ver con claridad. Su silencio le permitió que caminara a su alrededor, por lo que se inclinó para comprobar la fragancia de las rosas, el tamaño de sus espinas y la salud de sus pétalos.

—En realidad me preguntaba si le gustaría acompañarme a Ranelagh Gardens el próximo jueves. Han pasado dos años desde que dejó de ser viuda y consideré la oportunidad de que pudiéramos conocernos y pasar un rato agradable.

—El duque está invitado, pero su hermana no.

—Estoy seguro de que se trata de un malentendido —comentó restándole importancia a cualquier actitud molesta o defensiva de Diane—. Es más, puedo solucionarlo si existe tal incidente.

—Señor Chandler, ¿no cree que debería decirme abiertamente qué desea? —La muchacha enarcó una ceja—. Esto se aleja demasiado a nuestra unión en New Garden.

—Sé que anhela ser parte de todo esto, mucho más de lo que ya lo es. ¿No ha pensado en la posibilidad de que mi despacho sea suyo?

—Nadie lo aceptaría.

—Lo harían si fuera mi esposa.

Su mundo dejó de girar en el momento que escuchó aquella palabra de la que llevaba huyendo desde que Seamus estaba a muchos metros bajo tierra. Estaba segura de que jamás volvería a complacer a los demás olvidando lo que ella anhelaba. Es más, no podía señalarla y después rogarle por su favor.

«Canalla codicioso».

—Lamento decirle que no tengo intención de casarme.

—No podrá disponer siempre de la buena voluntad de su hermano.

—Me temo que eso es asunto mío —respondió Diane de manera tajante. Sus palabras destilaban enfado y más aún cuando no dejaba de sonreír de manera forzada—. Si me disculpa me gustaría pasar más tiempo dentro de las instalaciones, creo que no puede echarme, ¿cierto?

—Me temo que no —suspiró—. Espero verla allí.

Su molestia creció cuando Miles decidió que no valía la pena seguir con la conversación. Había dejado claras sus intenciones: si quería su lugar como directora de New Garden tendría que casarse con él, y moriría tres veces antes que aceptar algo así.

Cansada de tal actitud se permitió caer en uno de los bancos de madera más cercanos a la fuente de Atenea, el pequeño chapoteo del agua salpicó en sus mejillas por lo que dio un respingo al volver a sentirse amenazada.

—No tengo remedio —susurró en un hilo de voz.

La suave brisa que meció la copa de los árboles acarició su cuerpo como si intentara infundirle fuerzas. Llevaba años luchando contra todo prejuicio, sentimiento de lástima y de decepción que siempre la acompañaban. Era cierto que todas las mujeres de su edad ansiaban su atención, pero solo se trataba por su adinerada situación y porque Juls seguía siendo uno de los solteros más codiciados de todo Londres.

Derrotada tomó la decisión de mirar hacia la planta superior del orfanato. Uno de los cambios

que se hizo en la fachada fue que las habitaciones contaran con un gran ventanal, incluso la más céntrica poseía una pequeña terraza.

Sobre la barandilla, un niño que no tendría más de trece años la miraba de manera solemne. Le sorprendió su ceño fruncido y su poco pavor para enfrentar a un noble como lo hacía. Diane supuso que ya no tenía nada que perder: sus padres seguramente habrían muerto y la única estabilidad que tenía era New Garden. Sin embargo, lo que llamó su atención fue cómo, desde su posición, observaba todo con perspicacia.

«Es como un halcón acechando a sus víctimas».

Una astuta idea le vino a la mente, sacó de su pequeño bolso unas monedas y las hizo brillar con los rayos del sol para captar su interés. Quizá ese muchacho no creyera en la buena voluntad de la gente, pero podría ser sus ojos en aquel lugar por un módico precio.

Después de todo decían que lady Button tenía ojos en todas partes y ahora estaban puestos en Miles Chandler.

# Capítulo 3

*La voz de lady Button.*

Estimados lectores,

Quizá creían que mi voz había sido eclipsada por cualquier murmullo masculino con más poder que el mío. Y, sin embargo, me encontraba recopilando información un tanto curiosa para saciar sus paladares mientras toman su respectivo té de las tres de la tarde. Pero ruego que no tengan prisa en acabar hasta su última gota, les recomiendo que sean un poco caprichosos y opten por una segunda taza.

Han llegado a mis oídos rumores sobre el paradero de Harry Nightfall. Las malas lenguas sugieren que no tuvo la suficiente valentía para enfrentar a los Martin tras lo sucedido dos años atrás. Las más empáticas sugieren que ha marchado a una de sus residencias de Escocia. Quizá sea cierto y el señor Nightfall no sea capaz de lidiar con aquello que todos deducíamos: tenía corazón tras tanta capa de hielo.

Pero para toda historia nefasta siempre existe un final esperanzador como es el caso de Lydia Martin. Mis fuentes advierten de un futuro enlace en los próximos meses. Si no supiera a ciencia cierta que esto puede cumplirse, no confiaría tales revelaciones sobre el papel.

Para seguir indagando en esta curiosa familia que nos ha regalado los mejores cotilleos de los últimos tiempos, les sugiero que feliciten a la duquesa. Pronto dará a luz a un nuevo integrante para la familia. Estoy segura de que cualquiera de ustedes desearía que fuera un varón para perpetuar el linaje, pero agradecería a este insípido mundo por otra mujer similar a Genevieve Martin.

¿No creen que sería mucho más interesante?

Aunque nada será más cautivador que la grata reputación que ha conseguido Miles Chandler por su aportación al nuevo orfanato construido en Spitalfields. Se cuchichea que lo más interesante de dicho espécimen es su interminable bolsillo. Por ello todo canalla que ha acabado con su patrimonio en menos de un suspiro ha recurrido a él. Podría decirles nombres, algunos que empiezan por letras que jamás imaginarían. Pero solo escribiré el gran deseo de la Cámara de los Lores para que sea uno más de sus fieles integrantes. Después de todo, Chandler cuenta con la voz de la burguesía de su parte.

¿Acaso pensaban que podría perder tal privilegio?

En todo caso sería su joven esposa la que no contaría con él. Según mis fuentes se encuentra escondida en algún rincón de Inglaterra lo suficientemente remoto para que nadie sepa de su existencia. Pero no se preocupen. No intenten empezar una expedición para exponer el aspecto más canalla de este señor. Es posible que cuando lleguen a su celda ya haya muerto: se encuentra en cama desde que Chandler puso un pie en Londres. Supongo que si la señora Chérie sabía algo sobre esto, no le tomaría ninguna importancia al hecho de ser su amante.

Como dije con anterioridad, a veces el dinero proporciona mucho más movimiento que el buen corazón de una persona. Pero ¿quién soy yo para hablar de acciones nobles cuando lo único que deseo es exponer todo lo que llega a mis oídos?

Espero que disfruten de los eventos con los que nos entretendremos esta semana. Debo admitir que siento gran curiosidad por los nuevos intereses que generará la nueva temporada. No debe preocuparse, mi buen lector, prometo estar allí a su lado para poder susurrarle al oído todo detalle que pase desapercibido.

Con afecto.

Lady Button

# Capítulo 4

La sensación que embriagaba su cuerpo estaba muy lejos de ser positiva. Era capaz de notar cómo la sangre recorría cada rincón de su ser con la misma rabia con la que apretaba aquella maldita gaceta. Podía leerla todas las veces que quisiera, desde la primera línea hasta la efímera firma, ya que no conseguiría que sus malditas palabras no estuvieran en cada hogar aristócrata a primera hora de la mañana. Por ello, no podía dejar de apretarla entre sus manos con tanta fuerza que sus nudillos se tornaban de un color tan blanquecino como la leche. Porque si hubiera dependido de Wyatt Mitchell aquella canalla estaría entre rejas por blasfemar de los demás.

—Deberías templar el carácter, amigo mío —dijo el marqués de Cornualles alzando su pierna por encima de la otra. Su actitud era despreocupada mientras hacía girar el contenido de su copa en una de sus manos—. Solo son suposiciones de alguien que se esconde tras su pluma.

—¿Suposiciones? —repitió él ofendido—. ¡El imbécil de Chandler ha tenido que refugiarse en uno de los hoteles Perkins! Cuando he ido a verlo esta mañana temblaba como un recién nacido.

—¿Por sentirse expuesto?

—Temía que acabara con él con mis propias manos.

Arthur se levantó del sofá algo desubicado, conocía a Miles Chandler de manera sutil. Su larga estancia en SleepyWood lo había alejado de la sociedad durante años. No era que la echase de menos, pero tras la pérdida de Odette se había ganado a pulso aquel apodo de Bestia sanguinaria escondida en un rincón del bosque. Sin embargo, todo aquello había cambiado en el instante en que Daphne Watts apareció en su vida. Fue como un soplo de aire fresco tras años de oscuridad, por eso no tuvo reparo en afincarse en Golden Robes House, la residencia de su suegro, quedar al cargo de sus cuñadas y vivir como ese aristócrata que jamás se marchó de su posición.

—He oído que pronto será parte de la Cámara de los Lores —comenzó a decir el marqués con un gesto pensativo, deslizó una copa hacia su buen amigo de la infancia y no se movió hasta que la aceptó—. Está muy bien protegido por las personas más pudientes de Londres, dudo mucho que unos míseros rumores propicien una catástrofe.

—Me temo que no lo entiendes —suspiró él frustrado, el licor se deslizaba por su garganta dejando un leve resquemor a su paso—. Miles es el esposo de mi hermana. Se marchó durante largas temporadas de Cornualles para trabajar en sus malditos negocios. Lo que pone en ese maldito panfleto es cierto: Val se muere de pena en una casa destartalada. Mientras, él se hace mucho más poderoso con sus negocios y ahora con un título que ni siquiera debería regentar.

—¿Título?

—Lord Stawson ha considerado la ayuda de mi cuñado un salvavidas, por lo que ha estimado

una idea espléndida proporcionarle su título de conde cuando falte. Me parecía una idea fantástica, ya que Valerie y mi madre podrían estar en Londres.

—Pero no contabas con que estaba teniendo una doble vida.

—Llevo viendo las señales desde hace meses, pero he querido ignorarlas porque ver sufrir a Val me desgarra mucho más que perder un caso. —Wyatt dejó de malas maneras la copa sobre la mesa de su despacho, entrelazó las manos tras su espalda y miró hacia el exterior—. Mi familia nunca se ha destacado por su buena suerte, bien lo sabes.

—Es irónico que odies estar en el ojo del huracán cuando todo el mundo sabe que la reina pondría la mano en el fuego por ti.

—Estás muy equivocado, Arthur. —Hizo una breve pausa—. Estar en el lugar inadecuado en el momento perfecto es una virtud. Pero ser observado desde las sombras por alguien que cree que puede moverte a su antojo es una maldición. Si esa condenada mujer ya crispaba mis nervios, ahora me tiene en tensión.

—Das por hecho que es una señorita, pero podría ser una tapadera. —El marqués lo pinchó ganándose un gruñido por parte de su amigo, curvó sus labios hacia arriba disfrutando de su impaciencia—. Una fémina puede ser más peligrosa que un hombre armado.

—¡Me importa poco! —exclamó enfadado, tenía el ceño tan fruncido que sus cejas parecían una sola—. Pagará por hacernos esto. Hay miles de jugosos cotilleos a los que arrojar un mínimo de luz, pero tenía que ir a por nosotros. Juro que no descansaré hasta desenmascararla.

La postura de Arthur decía mucho más que su mirada solemne. Tenía los brazos cruzados como si quisiera protegerse de una conversación que ya le resultaba aburrida. La aparición de lady Button años atrás había despertado la molestia del detective. El marqués no entendía muy bien cuál había sido el desencadenante para que su amigo quisiera perseguir a una persona que tan solo ocasionaba conmoción dentro de la sociedad londinense. Por más que intentaba encontrar un motivo llegó a la conclusión de que se trataba de mísero orgullo. Porque nadie se había resistido nunca a su única y certera verdad.

—Debo decirte que si fuera tan ilusa como la consideras ya sabríamos quién se esconde tras su firma —finalizó con desgana la conversación—. Tu atención debería estar centrada en el asunto de Cámara de los Lores. Existe cierta incomodidad a todo lo relacionado con Chandler.

—Los nuevos integrantes nunca son bien recibidos y más cuando no cuentan con un título de nacimiento bajo el brazo.

—Qué curioso que tú nacieras con uno y tengas vetada la entrada.

Wyatt resopló nuevamente, tanteó los bolsillos de su larga chaqueta de color marrón y sacó su pipa. Los fósforos que siempre lo acompañaban dibujaron una breve humareda por encima de su cabeza, inhaló con suavidad todo el aire que era capaz de mantener en sus pulmones. Más tarde, lo dejó escapar como si estuviera repleto de miles de palabras inaudibles para el oído humano.

—Yo preferí olvidar que tenía privilegios, porque cada uno de ellos llevaron a los Mitchell a la miseria. —Hizo una breve pausa—. Para los Stanley y los Jimsley tan solo éramos un daño colateral y como tal nos tocó perder. Por eso, generación tras generación siempre hemos tenido que enfrentar adversidades, pero ahora lo hacemos por nosotros mismos, no por salvar a los demás: prefiero que me recuerden por lo que verdaderamente hice, no por la decisión de aquellos que estuvieron delante de mí.

—¿Has mandado una misiva a Cornualles?

—En cuanto zarandeé lo suficiente a Chandler para aplacar mi molestia.

—Si puedes demostrar las palabras de lady Button es posible que Valerie quede libre de ese

matrimonio. Quizá aún tenga una oportunidad de ser feliz por su cuenta —advirtió el marqués. La última vez que vio a la muchacha tan solo era una joven de doce años que admiraba Londres con ilusión en sus ojos—. Además, no estará sola.

—En boca de todos será la mujer a la que han desechado.

—Hablaron durante muchos años de mí.

—Los hombres tenemos carta blanca en esta sociedad, las mujeres deben esconderse tras su mejor máscara de sumisión para obtenerla. ¿No es lo que has hecho con tus cuñadas? —Wyatt centró su atención en el jardín delantero, concretamente en aquella muchacha de ceño fruncido que había adquirido una increíble belleza en los últimos años—. Si no ella no sería presentada en sociedad próximamente.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Su rostro habla por sí misma, y su desgana por vivir bajo la sombra de alguien, también.

—No quiero ni pensar el gran dolor de cabeza que me va a suponer todo esto. —Esta vez fue Arthur quien suspiró frustrado—. De lo único que estoy seguro es de que las tres necesitan un ápice de felicidad, esa que aún no han tenido. Y considero que crear sus propias familias les dará tal privilegio.

—Es posible.

El sonido de unos incesantes golpes en la entrada acabó por completo con la conversación que tenían entre manos. Los gimoteos que siguieron a esa dolorosa lucha por abrirla provocaron que Arthur soltara una breve carcajada. Orgulloso acortó la distancia con la puerta, la abrió con elegancia y miró hacia abajo en busca de aquellos orbes azules que lo tenían cautivado.

Wyatt frunció el ceño extrañado, no era propio del marqués estar tan calmado. Unos pequeños pasos le permitieron ver a una diminuta niña de bucles tan dorados como los de su madre. Sus labios dibujaban un mohín tan incómodo como exigente, miró a su padre con enfado y le alzó los brazos para que la cogiera.

—Está bien —susurró él atrapando a su pequeña entre sus brazos, rozó la mejilla contra la suya arrancándole un gimoteo debido a su barba de tres días. Arthur, con el corazón en un puño al ver el inicio de sus sollozos, dejó un beso en la punta de su nariz—. A veces mi hija puede ser algo inflexible. Saluda al señor Mitchell, Aura.

La aludida volvió a sentirse molesta, se giró escondiendo su rostro en el hombro de su padre y no se movió para que no volvieran a pedirle nada similar. El marqués hizo un gesto de disculpa con la mano, pero Wyatt no le tomó demasiada importancia. Tan solo un extraño sentimiento se hincó en su pecho, no reconocía de qué se trataba, aunque intento no tomarle demasiada importancia.

—Debería marcharme, aún tengo trabajo por resolver.

—¿Vas a empezar la persecución contra Button?

—Sí —admitió acomodando su sombrero de copa sobre sus mechones oscuros—, lo haré con o sin tu aprobación.

—¿Y cuál es el primer paso para hacerla danzar sobre tu terreno?

—Lo verás muy pronto, amigo mío. Muy muy pronto.

Antes de desaparecer por los largos pasillos de Golden Robes House, Wyatt acarició con su dedo índice la mejilla de Aura. Ella lo observó con sus grandes ojos azules, su distinguido ceño fruncido fue desapareciendo paulatinamente hasta regalarle esa expresión aniñada que alivió el pellizco en su corazón.

Tan solo esperaba que esa sensación fuera muy lejana a los celos, porque él se había

prometido hacía mucho tiempo que no perpetuaría el linaje de los Mitchell.

# Capítulo 5

Julian tomó la decisión de residir en Mayfair durante todo el invierno. Había alquilado una mansión que destilaba la esencia de los Redfield en cada una de sus instalaciones. El salón de estilo georgiano contaba con unas columnas griegas que daban más amplitud a la estancia: tenía un piano de cola al lado de la chimenea y dos sofás con un curioso estampado de flores.

La tonalidad del mármol apenas podía visibilizarse con la enorme alfombra de estampado geométrico que lo resguardaba del frío. La pequeña mesita de café que se alzaba sobre ella estaba repleta de galletas de mantequilla recién horneadas, té y varios glaseados.

Diane se acomodó en el umbral de la puerta con los brazos cruzados. Una sonrisa socarrona curvaba sus labios hacia arriba. Conocía de primera mano el lado ostentoso del duque; podía ser parcial cuando se trataba de un tema relacionado con los demás, pero implicar el apellido Redfield en cualquier tesitura sacaba su lado más autoritario.

—Esto es extravagante incluso para ti.

El duque se encontraba acomodado en uno de los sofás. Su pierna izquierda estaba dispuesta encima de la otra en una postura relajada y poco propia de él. Entre sus manos descansaba un periódico que leía de manera diagonal, sin tomar importancia a ningún artículo en concreto.

—Lo dices como si no te gustaran los lujos, querida hermana. —Alzó su mentón por encima del tabloide regalándole una miraba reprobatoria—. ¿Dónde has estado?

—Lady Perkins me invitó a almorzar en el hotel de su esposo —dijo sin un ápice de preocupación en sus facciones. Acortó la distancia con su hermano, se dejó caer a su lado y apoyó la cabeza en su hombro—, quería que le hablara de New Garden y las horas han pasado volando.

—Puedo entender que el orfanato te haya dado la oportunidad de tener una labor fuera de casa, pero no puedes desaparecer durante todo el día. Se te permitió que te encargaras de los planos, distribución y la forma en la que serían atendidos los niños: tu papel allí ha concluido.

—¿Y qué esperas que haga ahora? —preguntó en un hilo de voz—. No puedo ser una de las estatuas griegas que tanto admiras.

—Di —la amonestó con cierta cautela, dejó el periódico sobre la mesa y cogió una de las galletas de mantequilla que invitaba a ser robada de sus manos—, puedo asegurar que vivas por todo lo alto. Puedo protegerte de cualquier insulso que intente acercarse a ti, pero es imposible que sea capaz de hacer frente a la soledad. Algún día nuestra vida juntos llegará a su fin. No me siento tranquilo sabiendo que no te he dado una posición donde yo no te haga falta.

—No nos separaremos, Juls —aseguró ella—. Dijiste que ya no tenía que vivir ninguna

pesadilla. Además, sé que no te casarás.

Su suspiro erizó por completo su piel. Conocía tan bien la mente de Julian como si fuera una extensión de sí misma. A pesar de ser de sexos distintos, su madre se encargó de que los dos crecieran juntos: si su heredero tenía que estar preparado para hacer frente al título de su padre, Diane estaría a su lado con sus lecciones de cómo ser una verdadera señorita. Por eso se complementaban tan bien e incluso en muchas ocasiones se les preguntaba si eran mellizos.

—He dejado pasar este tema durante dos años —comenzó a decir de manera calmada, pero Di ya estaba acomodando el vuelo de su vestido para marcharse de la sala. Su hermano agarró su muñeca y la invitó a sentarse de nuevo con una breve mirada—. Te ruego que dejemos de actuar como el gato y el ratón en un asunto importante.

—Quieres volver a casarme. —Adivinó ella.

—Me gustaría que tuvieras la oportunidad de tener tu propia familia —respondió con calma —. Sé que tu matrimonio con Seamus Bladler te hizo desdichada, pero no todos los hombres son como él. Puede que tengas la oportunidad de tener hijos, ya oíste al galeno, Di, estás sana: no hay ninguna parte atrofiada de ti.

—¿Eso debería hacerme feliz? —Las lágrimas no tardaron demasiado tiempo en resquebrajar sus iris verdes, negó con la cabeza sin dar crédito a lo que estaba escuchando—. Muchas veces he pensado que eras un insensible, pero no esperaba que pudieras traicionarme.

—¡¿Crees que exponer a los hombres más poderosos de Londres te hará conseguir algo?!

Ella quedó muda ante su respuesta. En ningún momento había compartido con su hermano su pequeña devoción por airear los trapos sucios de la alta sociedad londinense. De hecho, si lo pensaba, todo había empezado uno de esos días donde la impotencia hablaba más que su propio corazón. Había tomado un papel y expuesto todo aquello que provocaba que sus heridas sangraran. Cuando le dolía la mano de tanto escribir, mantenía su mirada sobre su lienzo repleto de letras y pensaba: «Estoy segura de que no soy la única a la que han traicionado, humillado y abandonado. Siempre hay una voz como la mía que tiene que guardar silencio para no ser escuchada por ningún hombre que pueda sentirse ofendido. Sin embargo, unas palabras anónimas repletas de fuerza pueden avergonzar incluso hasta el más canalla».

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco tu forma de enfrentar el dolor, Diane —dijo de manera severa alejándose de su contacto—, y no me habría importado que siguieras fomentando el escándalo en cada salón. ¿Era tan necesario exponer a Miles Chandler cuando iba a entrar en la Cámara de los Lores? La envidia nunca ha sido uno de tus fuertes, aunque sí el orgullo.

—Los pecados capitales no tienen nada que ver con mi último artículo —replicó ofendida—. Me ofreció ser la directora de New Garden si me casaba con él.

—Y te encargaste de hurgar tu bonita nariz en asuntos que no te conciernen. ¿Has pensado que si retira su parte en el orfanato es posible que lo desahucien? Te has dejado llevar por el enfado y el poder que te da lady Button.

—¡Merezco que me quieran, no que me presionen para contraer matrimonio! Además, ¿esperabas casarme con un hombre que abandonó a su mujer a su suerte? —Hizo una breve pausa—. Dime, hermano, ¿ese es el futuro que buscabas para mí?

Julian resopló terriblemente enfadado. A veces maldecía a su madre por haberle metido a Diane ideas demasiado innovadoras en la cabeza. Le susurró que algún día podría volar, tener al hombre que quisiera y nadie la haría infeliz. Por eso le resultaba imposible agachar la cabeza cuando consideraba que no tenía corazón.

—Esta no es la Diane que conozco. —La decepción con la que dijo aquellas palabras provocó un incómodo amargor en sus labios—. Ella apostaría para divertirse, no expondría a un imbécil. Estabas tan enfadada con el asunto de New Garden que no te has dado cuenta de que has terminado de romper a una familia.

—No he sido yo quien se pasea por Hyde Park con otra mujer del brazo, pero es difícil que un hombre que lo ha tenido todo sepa cómo me siento. ¿Sabes por qué cada día lady Button corre como la pólvora? Porque hay más de una mujer como yo en Londres.

—Esto te terminará salpicando, y cuando eso pase no digas que no te lo advertí.

Diane torció los labios en un mohín tan incómodo que no tardó en acompañarla un gritito de desesperación. Si hubiera tenido algún florete de las clases de esgrima que había dado en privado con su hermano, lo atacaría sin dudarlo. No entendía cómo podía sacar lo peor de ella en cuestión de pocos segundos.

—Si el destino nos lleva a esa situación me pondré el horrible vestido verde que me regalaste en mi pasado cumpleaños.

—¿Ese que te hace similar a un pavo real?

—Justamente —gruñó ella.

—Si no tengo razón dejaré que me lleves a un salón de baile y me expongas delante de todas esas jóvenes debutantes que creen que tienen alguna esperanza conmigo.

—Elegirás a una, pondrás tu nombre en su carné de baile y la llevarás a los jardines.

—Con una carabina —resaltó eso último—, no espero que me encuentren en una situación comprometida y me hagan casarme. Sé que tu ira me llevaría a una situación de tal calibre.

—Acepto.

—Bien.

—Perfecto —respondió para no permitirle finalizar la conversación.

El silencio que inundó la habitación se alzaba como si se trataran de dos enormes paredes de hormigón. Cuando los hermanos Redfield empezaban una discusión por mera cabezonería era difícil que uno cediera en primer lugar. Ninguno tenía miedo de fulminar al contrario con su mirada verdosa, ni de cruzar los brazos en señal de desaprobación. Pero sí había algo que ninguno de los dos soportaba y era estar sin el otro por demasiado tiempo.

Julian fue el primero en ceder. En un gesto cansado y de derrota echó sus cabellos rubios hacia atrás. Por más que se lamentara por el aspecto vivaz de Di jamás la cambiaría por nadie en el mundo. Además, el tema de lady Button era algo que le era indiferente hasta el momento en el que pudiera salpicarlos. Estaba seguro de que, si en algún momento aquella identidad supusiera un problema, la haría desaparecer.

—¿Vendrás conmigo a Ranelagh Gardens?

Diane enarcó una ceja, las palabras de Chandler no tardaron demasiado en martillear su cabeza: si su invitación tenía algo que ver con aquel encuentro podría marcharse por su cuenta.

—¿Con qué motivo?

—Di, sabes perfectamente el motivo —respondió de mala gana—. No te pido que encuentres a alguien de inmediato, pero si te brindaras la oportunidad de...

—Me niego.

El duque soltó una carcajada, algo le decía que aquella conversación no tendría un buen final. Una de sus manos acarició su rasposo mentón, se lamentó profundamente de no haber atendido sus necesidades aquella mañana, pero estaba tan preocupado por el paradero de su hermana que lo había dejado en un segundo plano.

—No —dijo de forma autoritaria—. Vendrás conmigo te guste o no. No puedo permitir que siempre te salgas con la tuya. Te quiero, Diane, pero el tiempo se agota.

—Vivir contigo no me hace sentir como si estuviera perdiendo mi vida —suspiró mientras se alejaba de la estancia—, lástima que no puedas entenderlo.

—¿Adónde vas?

—A cualquier lugar que esté lo suficientemente lejos de ti.

—¡No puedes volver a marcharte cuando acabas de llegar! —gritó de nuevo.

Diane giró su rostro para poder mirarlo a los ojos. La sonrisa que le dedicó fue lejana a la felicidad. De hecho, fue similar a la de una mujer recluida que poseía una invisible cadena alrededor de su cuello. No dudó en coger ambas puntas de su vestido y hacerle una reverencia al duque, pero no estaba dispuesta a despedirse de su hermano.

—Vaya, parece que lo estoy haciendo.

# Capítulo 6

El hogar de Wyatt Mitchell no destacaba por sus amplias estancias. Tampoco lo hacía por una gran variedad de comodidades. Su apartamento, aquel que le había ofrecido uno de sus más modestos clientes, contaba con una pequeña alcoba con una jofaina donde asearse, un salón donde nunca pasaba tiempo y un improvisado fogón para preparar aquellos largos cafés que lo acompañaban durante la madrugada.

Un punzante sentimiento de culpa lo llevó a deslizar la mirada hacia aquella mujer delgada que pululaba por su casa. Se lamentaba por el dolor que destilaba su figura, por su silencio y su gran deseo de pasar inadvertida.

Valerie Mitchell apenas contaba con veintitrés años y parecía una señora de cincuenta de hombros caídos que escasamente tenía fuerzas para hablar. Su matrimonio había consumido de tal manera su espíritu que caía enferma de manera continua.

—Lamento que hayamos tenido que interrumpirte cuando sabemos que estás ocupado.

La voz de su madre le provocó un respingo. Era consciente de que no se merecían vivir en un lugar tan estrecho, pero no tenía mucho más que ofrecerles. Desde que lady Button había destapado los trapos sucios de Chandler, la curiosidad de todo Londres se había enfrascado en la mujer que moría en algún lecho de la ciudad.

Para ser previsor, el detective prefirió alquilar un carruaje y poner rumbo a Cornualles antes de que su familia volviera a estar en un apuro. No le importó que el viaje fuera lento, tedioso y le llevara a maldecir aquella gaceta con palabras que no creía posibles.

Pero tenía que hacer algo para que Val no fuera el bufón de la sociedad londinense y que ese malnacido no le rogara por una segunda oportunidad.

—Es mi deber —le restó importancia—. Soy yo el que debe disculparse por ofreceros algo así, pero intentaré conseguir algo mejor en los próximos meses.

—¿Y tú donde dormirás? —preguntó Val en un hilo de voz.

—Voy a quedarme en mi despacho —dijo en tono solemne—, así podréis tener un poco de privacidad. La señora Morton se encarga de cocinar para todos los que vivimos aquí. Existen unos horarios, pero su estofado es de lo más delicioso.

Su hermana giró sobre sus talones, aquello que estuviera observando dejó de ser más importante que esa conversación. No pudo evitar lamentarse por ver sus manos repletas de heridas, sus mejillas habían perdido color y bajo sus ojos una sombra púrpura acechaba sus bonitos iris azulados.

¿Cómo era posible que fuera tan desdichada y él no hubiera podido evitarlo?

—No tienes que quitarte lo poco que tienes para dárnoslo a nosotras —comenzó a decir como si realmente estuviera molesta—. Sabíamos que tarde o temprano esto acabaría y solo teníamos que prepararnos para ello: al menos yo.

—Nadie tiene que ser la llama de otros, Valerie. —Wyatt frunció el ceño con el deseo de poder contenerse—. Todo este infortunio ha sido provocado por los demás: tu destino sigue sin estar escrito. Es posible que algún día tome otro camino, pero por el momento quiero que estéis cerca de mí. Así podré protegeros de todo aquello que intente haceros daño.

—¿Es cierto lo de Miles?

Él aguardó en silencio sin saber qué palabras escoger para no perforar su triste corazón. Su impotencia lo llevó a morderse el labio inferior con tanta fuerza que sintió el sabor metálico en su paladar.

—Lady Button solo exagera la realidad para estar en boca de todos.

—Eso no significa que mienta —suspiró entrelazando las manos por encima de su vientre. De nuevo la chimenea que había delante del sofá fue de mucho más interés que la conversación—. P-pensaba que podría ayudarte a hacer resurgir a esta familia de sus cenizas, pero te he fallado. Perdóname, hermano, por no haber sido lo suficientemente fuerte para aferrar a mi marido.

Wyatt se maldijo entre dientes. Las lágrimas de su hermana reptaban silenciosas por su pálido rostro. Se preguntó si realmente habría sido un gran marqués si las tres familias no hubieran tenido un fatídico final, pero lo negó por completo: no soportaba las injusticias, por lo que jamás podría mantenerse en su lugar sin hacer nada.

Con suavidad acercó a su hermana entre sus brazos, apoyó su cabeza en uno de sus hombros y acarició sus largos bucles chocolate entre sus dedos. Le habría gustado que la distancia que existía entre ellos se redujera a cenizas, pero era demasiado difícil cuando él se había marchado a Londres muy pronto en busca de que jamás pasaran falta.

Al parecer su trabajo no lo había hecho del todo bien.

—Todo irá bien, Val —susurró cerca de su oído—. Me encargaré de que nadie vuelva a alzar tu posición al aire como si no valiese la pena.

—Deberías quedarte aquí con nosotras, Wyatt —intervino su madre con preocupación—: un despacho no es un lugar de descanso para un marqués.

—Jamás lo fui, madre. —Sonrió él de medio lado—. Tan solo soy un hombre que se encarga de dar luz a la verdad: estaré bien si vosotras lo estáis.

»Ahora tengo que marcharme. Hay un asunto que requiere de toda mi atención y me temo que es importante. Prepararé todo lo necesario para que podáis tener nuevos vestidos, sombreros y todo aquello que os apetezca.

Antes de que su madre pudiera insistir en el tema, Wyatt depositó un suave beso en la frente de su hermana y se marchó dejando en el aire cualquier otra cuestión que tuviera que ver consigo mismo: lo único primordial era poder mantenerse sereno tras aquella capa de prepotencia.

***

Green Horse lo recibió como uno más de la familia esa noche. Su ceño fruncido y sus mechones oscuros despeinados tan solo mostraban a un hombre huraño que necesitaba ahogar sus penas en alcohol. Sin embargo, tenía un profundo dolor de cabeza, ascendía por los laterales de esta y pellizcaba con incomodidad sus hombros.

Wyatt la movió de un lado a otro mientras se dirigía a la barra, sacar a su familia del lugar donde habían vivido durante toda la vida lo hacía sentir tan incómodo como culpable. Una mezcla de enfado y desesperación danzaba a sus anchas por su interior: necesitaba que parara antes de lamentarse después.

—¿Algo fuerte, detective? —preguntó la muchacha que estaba dispuesta a servirlo.

—Por favor.

Cuando se encontró de nuevo solo entre la multitud, deslizó su mirada sobre aquellas mesas de tapete rojizo, carcajadas y enormes cortinas de humo que pretendían esconder lo más inapropiado detrás de sus muros invisibles. No era de extrañar que, tras cada partida de cartas, hubiera una apuesta tan temeraria como jugosa: apostar estaba muy lejos de sus prioridades, por lo que prefería seguir siendo uno más entre la multitud.

Desde que la reina le había concedido su favor fue posicionándose en la escala social hasta que sus hazañas estuvieron en boca de todos. Nunca fue su deseo codearse con duques, condes y marqueses; había tenido suficiente renegando de todo aquello que su padre dejó en sus manos y que no pudo hacer resurgir: Cornualles, su hogar, sus tierras y sus gentes tan solo fueron una espina en su corazón como resultó para cada uno de sus predecesores.

«Dejar la casa abandonada a su suerte provocará que algún granuja nos la quite, debería vendérsela a Arthur para que pueda expandir sus tierras», pensó él sin ningún tipo de resentimiento.

Wyatt enroscó sus dedos alrededor de la copa y permitió que su líquido ambarino provocara una ligera quemazón en su garganta. Si no hubiera sido lo suficientemente fuerte aún se lamentaría de todo lo que no había conseguido, pero ahora se encontraba en Londres con una reputación que él mismo se había labrado:

No iba a permitir que nadie le arrebatara todo aquello que había logrado.

Un gran estruendo provocó que diera un respingo. Llevaba un buen rato observando por el rabillo del ojo la mesa más escondida del salón. Por lo que deducía había cinco hombres con las cartas entre las manos. Se removían, susurraban y maldecían intentando parecer impasibles, pero toda su atención estaba en un joven de traje blanco y sombrero de copa que sonreía con socarronería debido a su suerte.

—¿Entonces puedo cobrarme mi fortuna con aquello que deseo saber?

El lord que tenía enfrente se levantó de malos modos, apoyó sus amplias manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante hecho una auténtica furia: era mucho más importante la vergüenza por haber perdido que lo que pudo haber prometido.

—¡Escúchame, criajo! —gritó con todas sus fuerzas—. Es imposible que tengas la suerte de tu parte durante toda la noche. Todos nos conocemos en el Green Horse y decides esconderte bajo un ridículo sombrero.

—Me ofende, milord. —La voz del muchacho no era ruda, ni tampoco aterciopelada, tenía un matiz astuto, pero no lo suficiente para salir de aquel embrollo—. Yo no controlo una buena mano, si ha tenido una mala noche entonces no debería volver a su casa, es posible que allí no mejore demasiado.

El rostro del aludido se encendió de tal manera que echaba chispas por los oídos, la silla cayó de malas maneras al suelo y agarró al avispado muchacho con todas sus fuerzas. No dudó en zarandearlo, en gritarle como si le fuera la vida en ello, por lo que Wyatt no dudó en mantenerse alerta.

—Ten el valor de decir quién eres, maldito cobarde.

—Soy el duque de Redfield, y si te atreves a romper mi chaqueta favorita es posible que tengamos un grave problema.

«¿Julian Redfield? Imposible. Ese hombre se limita a hacer su vida sin prestar atención a los demás», pensó el detective.

El enfadado conde rugió con cierto temor a que dijera la verdad. Redfield solía tener una gran influencia en Londres, ya fuese por sus negocios como por el gran patrimonio que había heredado de sus padres. Nadie se atrevería a llevarle la contraria a un hombre con tanto poder, ni siquiera delante de una copa de oporto.

—Redfield no necesitaría ser parte de una partida de cartas para averiguar lo que desea.

—Puede que me resulte divertido obtener lo que quiero de esta manera, ¿no lo ha pensado? Tampoco es que sea un as en este juego, debo recordarle que sus mejores cartas eran un par.

Un breve destello llamó la atención de Wyatt. Confundido, se bajó de su taburete para seguir el breve haz de luz que bañaba la figura del duque. Era extraño que tuviera ese afán por no mostrar los rasgos propios de los Redfield. Según recordaba, tanto su hermana como él tenían el pelo rubio casi platino y los ojos de un verde bastante intenso, por lo que no era de extrañar que aquel mechón que se escabullía por su nuca fuera de una persona cercana al duque, pero no tanto como para ser él mismo.

—Señores —llamó la atención de los presentes—, lamento interrumpir su buena noche, pero hay un caso que requiere con urgencia de la intervención del duque. ¿Les importa?

El extraño duque estuvo dispuesto a abrir los labios para posicionarse como aquel hombre inalcanzable que todo el mundo admiraba; sin embargo, se atrevió a apoyar una mano sobre su baja espalda con cautela: no era una invitación a que lo acompañara, sino una advertencia de que su improvisado disfraz se caería en mil pedazos.

—Debería colaborar, milord, no queremos que su hermana reciba un disgusto esta noche.

—¿Qué se supone que hace? —susurró muy bajito alternando su mirada con los hombres con los que jugaba—. ¿Ha perdido la cabeza?

—No creo que...

—¡Ese canalla disfrazado no se marchará hasta que pague todo lo que nos ha robado! —gritó encolerizado el conde—. Te aseguro que no vas a ir a ningún sitio, ladronzuelo.

—Corre —ordenó el detective.

—¿Qué?

Antes de que su pequeño telón cayera sobre el oscuro suelo de Green Horse, Wyatt agarró la mano del extraño duque que trotaba a trompicones con la intención de seguirle el paso. Estaba seguro de que aquella noche el duque de Redfield era muy ajeno a que estaba siendo parte de una pequeña y excitante persecución.

# Capítulo 7

*Unas horas antes...*

Su disputa con Julian la había llevado a encerrarse en su alcoba como si fuera una niña reprendida por su mal comportamiento. Por más que sus ojos buscaban un ápice de tranquilidad dentro de su pequeña fortaleza, tan solo fomentaba su genio y su mal humor.

Siempre se había sentido refugiada tras aquel tono rosado que parecía protegerla del mundo, pero cada vez que lo admiraba era incapaz de encontrarse en él: ya no era la misma mujer que intentó olvidar en un rinconcito de su mente que había sido abandonada. Era una muy distinta que no aceptaba ser desechada. Y ahora que tenía la pequeña posibilidad de tomar las riendas de su destino, no se casaría con nadie.

Juls no tenía razón: no era una oportunidad para empezar de nuevo y ser feliz.

El amor tan solo era una invención de los libros para que las muchachas más jóvenes idealizaran el matrimonio, así no tendrían miedo de ser expuestas en sociedad como si fueran mercancía.

Era posible que las más avispadas encontraran a un hombre lo suficientemente dócil para labrar su futuro, pero aquellas que no tuvieran esa suerte deberían asentir, callar y obedecer. Porque no hacerlo era sinónimo de abrir las puertas del infierno para que jamás volvieran a cerrarse.

«Tengo cosas más importantes que hacer», pensó mientras se dirigía al baúl que se encontraba a los pies de su cama.

La alcoba de Diane destacaba por tener una extensión similar a la que poseería un matrimonio. Juls había hecho todo lo posible para recrear centímetro a centímetro la estancia que su hermana dejó atrás en Redfield Hill House durante toda la temporada. Su cama contaba con un dosel de madera de abeto que combinaba a la perfección con el tocador. La bañera de latón estaba escondida tras un bonito biombo oriental blanco y negro; las grandes cortinas rosadas se balanceaban con el dulce movimiento de la brisa que regalaba Mayfair esa noche.

Todo parecía estar preparado para la mujer repleta de cicatrices. Y, aunque una parte de ella agradeciera ese gesto, no quería aferrarse siempre a su olvidado papel de viuda. Después de todo, seguía teniendo sueños y miles de ideas para que New Garden llegara muy lejos.

—¿Dónde estará? —dijo en voz alta mientras rebuscaba entre muselinas y disfraces algún atuendo de gran importancia—. ¡Lo tengo!

Diane alzó sus manos victoriosas, la forma en la que se dibujaba su hoyuelo derecho tan solo advertía que estaba dispuesta a romper las reglas. Con la poca astucia con la que contaba para

quitarse el vestido, pensó en la gran cantidad de veces que le habían dicho lo parecida que era a Julian físicamente. Más de una vez habían tenido que negar que eran mellizos: ni nacieron el mismo día ni se llevaban poco tiempo.

Sin embargo, esa noche aprovecharía esa similitud para ser los oídos de lady Button en los lugares donde la menor de los Redfield jamás podría entrar.

Con una sonrisa traviesa en sus labios se dispuso a ponerse los pantalones blancos del traje. La sensación le resultó un poco extraña, la tela le hacía cosquillas en las piernas y se adhería tan bien a ellas que no debía preocuparse por sostener las puntas de su vestido. Su ayudante de cámara la ayudó a regañadientes a vendarse el pecho. Según Diane debía parecer Julian si alguien la saludaba, por lo que, a pesar del dolor que suponía oprimirse aquella parte de su cuerpo, no protestó al hacerlo. Más tarde le siguió la camisa del mismo tono, un corbatín en verde esmeralda que conjuntaba con sus ojos y esa chaqueta blanca que le daba un aspecto elegante e imponente.

—¿Y qué hacemos con el pelo, milady?

—Recógelo todo lo posible —sugirió Di admirando su reflejo en el espejo—, lo ocultaré bajo uno de sus sombreros.

—¿El señorito no se percatará de todo esto?

—En absoluto —dijo muy segura de sí misma—. Su rutina de esta noche será encerrarse en su nuevo despacho, beber y marcharse a la cama.

—¿Y qué me dice del traje?

—Este es de cuando era adolescente. Lo traje de la mansión por si sucedía algo que me diera la opción de ser libre por unas horas. Madre guardaba cada atuendo desde que éramos unos lactantes, así que no fue un problema quedarme con algo que no puede usar.

—Se enfadará —advirtió con cautela mientras deslizaba el peine sobre sus largos bucles platinos—. El señor es muy comprensivo con todo lo que desea, pero sabe su pensamiento acerca de la posición. ¿Qué hará si la descubren?

—Aún no ha ocurrido. —Frunció el ceño, molesta—. Se dice que debemos preocuparnos de una situación a la que tenemos que dar solución cuando la tenemos entre las manos, no cuando aún no ha llegado.

—Debe tener cuidado, el mundo de los hombres no es tan accesible como usted cree.

—Prometo que lo tendré. —Sonrió segura de sí misma—. ¿Qué tal si lo trenzas?

—No se preocupe, quedará bien resguardado bajo su sombrero. Solo le ruego que no haga ningún movimiento brusco, es posible que con su longitud pueda llevarse más de una sorpresa.

***

La idea de entrar en Green Horse por primera vez la excitaba tanto como la asustaba. Con la mayor emoción del mundo pasó el umbral con el mentón alzado y una actitud indiferente. La gran humareda que se alzaba por encima de la cabeza de todos los presentes le hacía cosquillas en la garganta, pero algo le decía que si no aguantaba las ganas de toser la descubrirían.

Su mejor estrategia fue acomodarse cerca de una de las mesas más cercanas a la puerta, con la espalda pegada a la pared y con un campo de visión lo suficientemente acertado para encontrar lo que buscaba. Debía admitir que parte de su expedición de aquella noche había sido ocasionada por el deseo de Juls de decidir su destino. Si era sincera no tenía la necesidad de exponerse de

esa manera. Cuando necesitaba algún tipo de información siempre recurría a los ojos más sinceros y astutos de todo Londres: los niños.

Pero esa noche había tomado la decisión de entrar en la boca del lobo con un improvisado pelaje. Había alzado la cabeza para ordenar una copa de oporto cuando solo estaba acostumbrada a tomar media.

Aunque no le importaba.

El lugar estaba repleto de canallas, mentirosos, pervertidos y egoístas. Los hombres siempre tenían en la punta de la lengua todo lo que habían conseguido sin la ayuda de nadie. Por eso alardeaban, reían y se creían con el suficiente poder para elegir a la muchacha más joven a la que arrebatar su dicha.

«Y si yo puedo evitar que suceda tan a menudo, lo haré».

Con el sombrero perfectamente incrustado en su cabeza, se centró en fingir una actitud molesta. Una en la que se reflejara que su compañía aquella noche no era la mejor decisión. No sería difícil que las malas lenguas hablaran de un Julian Redfield que había tomado la decisión de ahogar su humor en unas copas antes de marcharse a casa. Así era él: impenetrable y juicioso con los desconocidos.

Los murmullos repletos de orgullo no tardaron en acariciar sus oídos. Como esperaba, el tema que más ruido hacía en Londres desde los últimos meses había sido la huida de Harry Nightfall tras el percance que había tenido con Lydia, la hija de su hermanastra.

Diane ocultó el pequeño bostezo que asomaba de sus labios, al parecer no eran capaces de entender que una etapa podía terminar sin que ellos tuvieran nada que ver.

Disfrutó al oír cómo la hija de los Perkins era una de las favoritas de la temporada. Ladeó la cabeza con ironía cuando la mofa volvió a cernirse sobre Evelyn y todo lo sucedido con su hermano. Se molestó cuando creían que una mujer sería tan estúpida como para no entender los negocios que hacían eco entre esas cuatro paredes. Hablaban de inversiones suicidas, de caballeros a los que traicionar y sobre mujeres que mantener lejos. Pero lo que la hizo estallar fue escuchar su nombre, además del continuo apodo que empezaba a seguirla por todos sitios: *Useless*[1].

«Sin embargo, nadie se atreve a decirlo delante de Julian porque saben que pueden perder mucho más que la lengua».

Enfadada, apretó los puños con tal fuerza que sintió como sus uñas perforaban la palma de sus manos. Había hecho todo lo posible por mantenerse impasible. Lo hizo por el bien de su familia, pero cada día que pasaba se lamentaba por la Diane que no podía defenderse. Por eso se aferraba con desesperación a su papel como lady Button, porque así sería tan respetada como temida.

—Dicen que Chandler ha perdido popularidad por culpa de esa condenada gaceta. —Escuchó decir en una de las mesas más apartadas. Había cuatro hombres alrededor de esta esperando para recibir su mano para comenzar la partida—. Para entrar en la Corte uno debe presentar una actitud respetable, aunque no lo sea.

—Estoy seguro de que no huirá —comentó el que estaba a la izquierda del anterior, mordisqueando su pipa—, ha conseguido un gran patrimonio en poco tiempo. Aunque me temo que se perderá si no se apura y tiene un heredero. ¿De dónde proviene nuestro burgués?

—Tampoco importa, Stawson seguirá con su deseo de cederle su título. Está en sus últimas y no tiene nadie que pueda heredar todo aquello.

—Lo mismo pasará con los Redfield. —Diane se levantó olvidando su posición, que debía ser silenciosa y sin levantar sospechas—. El duque cumplirá pronto los treinta y tantos, su hermana

es una inútil y no existe ningún pariente que conozcamos: se desvanecerán como las cenizas tras un vendaval.

—¿La herencia del pobre Seamus Bladler no fue para esa mujer?

«¿Esa mujer?», pensó Diane acortando la distancia con los hombres que habían sacado la peor faceta de sí misma.

—Buenas noches, caballeros —comenzó a decir ella con un tono más grave de lo habitual—. Espero que la labia no solo la tengan para hablar mal de mi familia, sino también en una partida de cartas.

—¿Duque?

—Vuestras palabras desaparecerán de mis oídos si me contáis sobre esa mujer —respondió sin más—. O mejor aún, ¿por qué no apostamos sobre la mesa este incidente? Si yo gano me dirán lo que deseo saber, si ustedes ganan no me importará darles una buena suma de dinero. Ya saben lo que dicen: afortunado en el juego, desgraciado en el amor. Y al parecer yo no cuento con ninguna de esas dos cualidades.

—No ganará, milord.

—Entonces contaré con la suerte del principiante, suelen decir que aparece en los momentos más inesperados de lucidez.

Diane se acomodó en la silla vacía con su semblante sereno y bien refugiado bajo su sombrero de copa. Provocar a un hombre era fácil si se elegía las palabras adecuadas para acorralarlo. Y, aunque ella no destacara por contar con una gran experiencia en dicho campo, adoraba saborear la victoria sin haber puesto las cartas sobre la mesa.

# Capítulo 8

Los jadeos de Diane eran lo único que hacía eco en aquel callejón. Estaba inclinada sobre sus rodillas con la esperanza de recuperar cuanto antes el aire perdido. Una de sus manos estaba estirada, no por voluntad propia, sino por el hombre que la había sacado a rastras de Green Horse.

—Eso ha sido muy imprudente de su parte, milady.

El corazón de la dama aleteó inquieto dentro de su pecho, con la elegancia que tanto la caracterizaba alzó su mentón en busca de la mirada severa de la persona que la acompañaba. Bajo el manto oscuro y escaso de estrellas pudo visualizar una mandíbula bien marcada, unos ojos entrecerrados, además de una maraña de pelo de la que le costó identificar su color.

—¿Cómo dice?

—Su cabello —prosiguió con el mismo tono pausado—. Sabe bien que lo que ha hecho ha sido descabellado, incluso para una mujer de su posición.

Diane sacudió su traje, su boca estaba abierta debido a lo ofendida que se sentía. Estaba dispuesta a decirle que tratarla de mujer era tan inapropiado como agarrarla de la mano. Lamentablemente las palabras quedaron atascadas en su garganta cuando notó un leve cosquilleo sobre sus hombros. Uno que la alertó al desconocer su paradero y que después la hizo lamentarse al notar su longitud: su cabello escapaba con delicadeza sobre sus hombros, regalándole a su salvador la imagen que pretendía esconder esa noche.

—No voy a darle las gracias, milord.

—Debería —respondió él con rapidez—. Su hermano pondrá el grito en el cielo cuando descubra su nueva afición.

—No era un pasatiempo —contratacó sin miedo a defenderse—. Me agrada jugar a las cartas y sentía curiosidad por saber por qué pasan tanto tiempo en un lugar así.

Wyatt la observó largo y tendido, por su actitud estaba seguro de que no se arrepentía de haber husmeado donde no debía. A pesar de codearse con miembros destacados de la alta sociedad nunca había coincidido con la menor de los Redfield. La noche que Harrowshire vio morir a Odette, su hermano había testificado que Diane se encontraba indispuesta durante la cena. Salieron de la finca de emergencia para que fuera atendida en el pueblo más cercano: su bebé se había marchado antes de nacer.

Tras ello, decidieron volver al evento solo para aparentar que nada había sucedido. Y, sin embargo, la suerte no había estado de parte de la muchacha, ya que años después su esposo murió en alguna parte del continente y fue deportado a los pies de su viuda.

—Lamento decirle que no era el lugar para dar rienda suelta a su destreza con las cartas —suspiró con cierto pesar—. Deberíamos salir de aquí antes de que nos encuentren, nadie tiene que saber que está aquí.

—Estoy segura de que nadie vendrá tras nosotros —aseguró ella con sorna—, no tienen nada que recuperar si me atrapan.

—El orgullo, querida. —Hizo una breve pausa—. Dañarlo puede sacar lo peor de un caballero, así que le sugiero que...

Unas fuertes pisadas llamaron la atención del detective, chasqueó la lengua maldiciéndose por no haberse alejado lo suficiente. Por inercia escondió a Diane tras su espalda, tan solo necesitaban un poco de silencio para ahuyentar a aquellos canallas que la buscaban para darle una buena reprimenda.

—¡No ha podido ir muy lejos! —exclamó uno de ellos esperando a sus acompañantes—. Nadie le dice a un conde lo que debe hacer y menos un crío que se hace pasar por duque.

—Se lamentará por habernos robado todo lo que llevábamos encima.

—Lo gané —susurró la aludida saliendo de su pequeño escondite para encontrarse con la mirada de su acompañante—. No necesito el dinero de nadie, sería un poco cínico de mi parte.

—Le recuerdo que se ha acomodado en una mesa, ha apostado y les ha dado en las narices. No es el mejor momento para sentirse ofendida —gruñó él por lo bajo—. Así que manténgase quieta detrás de mí.

—Puedo apañármelas sin su ayuda.

—¿De verdad? —Wyatt alzó las cejas—. Lamento decirle que, si hubieran conseguido atraparla, nadie dentro de Green Horse habría hecho nada: ningún caballero quiere problemas, milady. Resulta más fácil mirar hacia otro lado cuando se está cerca de uno.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Diane. Su mente iba a tal velocidad que permitió que su imaginación la llevara a unas situaciones de lo más desagradables. Asustada, se mordió el labio inferior, su único deseo era mantener el temple a pesar de la situación, pero Wyatt era una persona observadora: podía notar la rigidez de su cuerpo, el breve castañeo de sus dientes y su deseo por cerrar los ojos y que todo fuera un sueño.

Él se dispuso a apoyar una mano sobre su hombro para infundirle un mínimo de fuerzas. Quizá podía ser huraño e impenetrable en ciertas ocasiones, pero no le agradaba ver a una mujer en ese estado.

—¡Ahí están! —gritaron al unísono antes de que Wyatt pudiera poner voz a alguna palabra que le infundiera ánimos.

—Maldita sea —masculló él aferrando su mano de nuevo—. Prometo que te sacaré de aquí, pero debes correr con todas tus fuerzas.

—¿Por qué debería confiar en un hombre que no conozco? —preguntó ella poniendo todo su empeño en seguir los agigantados pasos del detective—. Es posible que desee algo a cambio.

—Porque podré ser un canalla más ante esa juiciosa mirada, pero jamás me aprovecharía de la perspicacia de una mujer. —El corazón de Diane aleteó de forma inquieta debido a sus palabras, un leve rubor se alzó por su cuerpo hasta colorear sus mejillas—. Aunque ese detalle la ha hecho torpe e imprudente.

«Maldito zalamero, por un momento creí que lo decía de verdad».

Diane corrió como lo había hecho de niña: a grandes zancadas y con los pulmones exigiéndole un mínimo de oxígeno.

La persecución la llevó a los suburbios de Londres, donde la noche albergaba muchos más

horrores de los que creía conocer con la soez mirada de lady Button. Cada callejón era pestilente, repleto de borrachos, suciedad y muchachas en busca de unas cuantas monedas.

Un incómodo nudo se apoderó de la boca de su estómago. Jamás había visto con sus propios ojos la diferencia de clases que existía en la ciudad, y la asustaba tanto como la sorprendía.

—¡Date prisa!

Ella asintió, aunque no estaba demasiado segura de haberlo hecho. Tan solo giraba la cabeza en más de una ocasión para comprobar que la distancia con sus seguidores aún era lo suficientemente grande.

Abochornada y con el deseo de esconder sus mechones dorados bajo el sombrero con urgencia, echó un último vistazo hacia atrás con el miedo en sus entrañas. No era de extrañar que los cuatro hombres que los perseguían tomaran caminos diferentes con tal de atraparlos. Por eso, Wyatt se adentró entre los callejones repletos de gente, ignoró por completo las protestas, propuestas de pasión y el tintineo de las botellas.

—Lo lamento.

—¡¿Va a dejarme atrás?! —gritó frustrada.

—Por hacer esto.

No dudó en tirar del agarre que hacía en su muñeca, la apoyó contra la pared —que debía ser de ladrillo rojizo— y puso sus brazos a ambos lados para impedirle que fuera a ningún lugar. Su rostro estaba muy cerca del suyo, lo suficiente para que su nariz pudiera rozar la de Di de manera fugaz.

El pecho de Diane subía y bajaba acelerado. Un atisbo de preocupación inundó sus ojos esmeralda, pero fue desapareciendo al notar que no tenía ninguna intención de tocarla. Tan solo fingía ser un hombre más en busca de un retazo de pasión. Abochornada, se hizo pequeña entre sus brazos, lo único que esperaba encontrar esa noche eran las suficientes habladurías que exponer en su folletín. Y, por el contrario, había sido juzgada, avergonzada, perseguida y acorralada por un hombre que olía a madera recién cortada con un matiz mentolado que la dejó completamente petrificada.

—¿S-se habrán...?

—No se mueva —ordenó él cerca de su oído—, si hacemos cualquier movimiento brusco levantaremos sospechas. Tan solo manténgase cerca de mi cuerpo, le aseguro que estaremos a salvo.

—¿Por qué ha decidido ayudarme?

—Soy un caballero —respondió sin más.

—Para serlo ni siquiera se ha presentado —le recriminó Diane encontrándose con una mirada sincera y aterciopelada—. Le diría cómo me llamo, pero parece que sabe bastante de mí.

—Es difícil no saber de usted, las malas lenguas siempre hablarán de una mujer que no pueda defenderse. —Wyatt se mantuvo impasible en aquella posición, su pulso era calmado, pero debía admitir que le daba curiosidad la valentía de aquella dama—. Mi nombre es Wyatt Mitchell, soy detective.

—Usted es el hombre que se encargó de la tragedia de Harrowshire —dijo atónita—. Y también lo sucedido en Golden Robes House hace unos años. Recuerdo haberlo visto en el periódico.

—Entonces estamos en igualdad de condiciones, solo espero que si volvemos a encontrarnos sea en unas circunstancias menos... inadecuadas. ¿Sigue teniendo miedo?

Ella parpadeó confundida. En ningún momento se había aferrado al pavor para enfrentar la

situación, pero sus manos temblaban de manera involuntaria; fruncía los labios para apaciguar el nerviosismo de su corazón y solo él se había percatado de ello.

—Estar acorralada entre sus brazos no es algo que pueda ocasionármelo.

Wyatt curvó sus labios hacia arriba ante tal provocación, se inclinó aún más sobre ella para tocar su frente con la suya. El olor dulzón que escapaba de su cuello le recordó que no debía ser imprudente: Diane era la hermana de un duque que respetaba, y si se habían encontrado esa noche tan solo era mera casualidad.

Además, su deseo cuando había dejado a su hermana y su madre en su destartalado hogar fue ahogar cada una de sus frustraciones en el licor más fuerte que tuvieran que Green Horse. Terminar acompañado de una mujer tan interesante como aquella estaba fuera de sus planes; y no nublaría su juicio en un encuentro casual como aquel.

—Entonces me alegra saber que se sentirá cómoda cuando la acompañe a casa.

—No le he pedido que...

Y sin decir nada que pudiera ponerla entre la espada y pared, Wyatt presionó la punta de su nariz con sus labios. Fue un beso corto, esporádico y careciente de significado. Quizá, si debía justificarlo diría que era similar a los que le daba a su hermana para mostrarle su afecto.

Pero Diane no estaba acostumbrada a ese tipo de vínculos con nadie, porque cualquier signo de cercanía solo la había llevado de bruces al lecho para cumplir su deber. Y ese gesto, que debía incomodarla como todos los demás, dejó una sensación cálida en su pecho.

# Capítulo 9

—No puedo creer que me hayas desobedecido.

Julian llevaba enfrascado en la misma reprimenda desde hacía horas. No solo había intentado descifrar cómo su hermana se había escabullido de Mayfair, sino en qué momento de su pequeña mudanza consiguió uno de sus trajes favoritos.

Cuando llegó a la mansión aquella noche, Diane se mantuvo en uno de los sofás con un té entre sus manos, mientras el duque daba largas zancadas de un lado a otro de la estancia intentando buscar el castigo para la menor de los Redfield. Podía darle vueltas durante los siguientes días, pero era incapaz de ser duro con ella: le molestaba más que se hubiera hecho pasar por él que sus andadas, pero no iba a decirlo en voz alta.

—Te ruego que cambies tu forma de regañarme, Juls —dijo ella soltando un suspiro—. ¿Recuerdas ese día que apostamos que aquel que subiera con más rapidez al árbol se comería el postre del otro? Pasaste las siguientes semanas diciendo: «Es imposible que con ese vestido hayas subido más deprisa que yo. Has hecho trampas, Di, dame mi trozo de pastel».

—Me resulta difícil gestionar tu imprudencia —gruñó él escondiendo las manos en los bolsillos de su pantalón—. No solo se rumorea que parte de nuestra herencia la he ganado en una mesa, sino que el propio Mitchell tuvo que traerte en medio de la noche. ¿Estás satisfecha?

«Yo no lo llamaría así», pensó disfrutando de la pequeña porción de glaseado que degustaba con la cucharilla de postre.

Debía admitir que ser un pilar más de la sociedad británica había provocado una sensación de libertad en su pecho. Le gustó la independencia con la que contaban los hombres para entrar en Green Horse sin miedo a ser expuestos por los demás. Incluso la entusiasmó el hecho de pasar desapercibida mientras elegía qué tipo de bebida tomaría esa noche.

Pero se le escapó de las manos en el momento que escuchó todas las habladurías que danzaban a su alrededor y quiso hacerles pagar por ello.

No esperaba verse envuelta en esa situación con el detective más respetado de Londres, ni que terminaría en un callejón repleto de perversión siendo protegida por su pecho, por su respiración inquieta y por ese cosquilleo que aún descansaba en la punta de su nariz. Por supuesto el beso no era nada digno de ser recordado: fue una forma de protegerla que estaba completamente ajena al deseo.

—Ya me he disculpado —susurró ella relamiéndose los labios—. Es cierto, me dejé llevar por las palabras de esos indeseables.

—No es solo eso, Diane. —Julian se sentó a la mesa, tomó la cucharilla que tenía en las

manos y la hundió en la nata—. Si me pones en un compromiso haciéndote pasar por mí genera problemas. No llegó a pasar nada. Saliste ilesa gracias a Mitchell, pero ¿y si hubieras apostado nuestra casa y la hubieras perdido?

—Eso no iba a ocurrir.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque juego tan bien como lo hacía papá —respondió tan decidida que su hermano metió de lleno la cucharilla en su boca arrancándole un quejido.

—La próxima vez jugaré contigo.

—¿Y qué apostaremos? ¿El ducado? —dijo ella con sorna—. No fui solo a eso, necesitaba indagar sobre algunos asuntos.

—Para lady Button —concluyó él con molestia—. ¿Y conseguiste lo que buscabas?

—¿Quién es la mujer que heredó todo lo de Seamus?

—Diane —la amonestó—. ¿Qué importa de quién se trate? Sea quien sea, era consciente de que tenía una vida y le importó poco. Han pasado demasiados años para seguir dándole vueltas. ¿Acaso te gusta hacerte daño?

—Necesito que mi corazón descanse de una vez —comenzó a decir ella apartando los restos de glaseado que quedaban en la comisura de sus labios—. Porque está muerto, Juls.

El silencio que danzó alrededor de los hermanos dejó una enorme distancia entre ambos. Diane decidió deleitarse con las vistas con las que contaban en Mayfair desde el patio delantero. No sonreía, tan solo aceptaba que todo siguiera siendo igual de desdichado como de costumbre. Después de todo, el dolor la había hecho fuerte y la traición le permitió seguir adelante.

Una calidez extraña la hizo parpadear confundida, a su alrededor los brazos del duque la aferraban con cariño. Diane intentó aguantar las ganas de quebrarse entre ellos, pero no quería que se sintiera culpable de su tristeza. Tan solo lo estrechó con todas sus fuerzas transmitiéndole esa pena que no desaparecía de su pecho.

—Te quiero —susurró Julian—. Madre nos enseñó que no nacimos para representar un papel en esta sociedad, sino para cuidarnos, protegernos y ser felices.

»Siempre existirán cuestiones que nos arrastren a esa realidad donde el peso de Redfield Hill House esté sobre mis hombros, pero no significa que tenga más prioridad que tú, Di. Sé que me comporté como un canalla la noche que discutimos, pero deseo verte feliz.

—Permíteme que la encuentre por mí misma.

—Dentro de tus propios límites —continuó él—, no me gustaría que nadie te expusiera de ninguna forma.

—Aunque me pese y me moleste, prometo hacerlo.

—Entonces creo que es un gran momento para recordarte que tenemos una cita en Ranelagh Gardens. —Esbozó una sonrisa sabiendo que no volvería a negarse—. Todo el mundo cree que te escondes y deseo que vean quién es Diane Redfield.

—Yo tan solo...

—Eres una mujer maravillosa —insistió. Con suavidad acarició los largos mechones rubios de su hermana—, aunque ellos no lo saben. Prometo que será la única vez.

—¿Y el tema de casarme?

—Sigo considerando que es la opción más sensata: ninguno de los dos seremos eternos. —Se alejó un poco para protegerse tras una pose recta—. Una familia es lo que necesitamos.

—Si es así como piensas, ¿por qué no lo haces tú?

—Porque jamás me casaré.

—¿No eres capaz de decirme el motivo?

—Le he pedido a tu ayudante de cámara que elija un vestido de un color que realce tus rasgos. —El duque no dudó en esconder de nuevo sus inquietudes, giró sobre sus talones y la miró de soslayo—. Quiero que brilles más que los diamantes de esta temporada.

Diane suspiró derrotada, no tuvo las fuerzas suficientes para recriminarle que el heredero era él. Sin importar qué pudiera pensar el servicio, se reclinó en su asiento con las piernas flexionadas. Siempre se lo habían contado todo, pero había alguna espina clavada en el corazón de su hermano que no deseaba sacar a la luz y ella no era nadie para arrastrarlo de nuevo hacia aquellos dolorosos recuerdos.

—Avisa a Davina —dijo ella llamando la atención de la joven que llenaba su taza de té—, dile que usaremos el vestido esmeralda y dorado.

—Como desee, milady.

***

Los grandes jardines de Ranelagh parecían robados del mismísimo Edén. La amplia gama de vegetación campaba a sus anchas como si jamás hubiera sido tocada por el hombre. Los largos senderos serpenteantes invitaban a los huéspedes a deleitarse con los árboles que refugiaban de los rayos del sol, o protegían de las incansables lluvias.

El breve chapoteo de los diferentes estanques que había en el camino fue similar a una dulce melodía que proporcionaba calma y tranquilidad. Era un lugar tan cálido, natural y hermoso que la alta sociedad alzaba el mentón con orgullo por tener la prioridad de asistir a tales eventos.

La enorme cúpula de Ranelagh albergaba diferentes actividades de ocio para los señores. Los salones se abrían para dar la bienvenida a la temporada, incluso se aprovechaba su amplitud para disfrutar del arte gastronómico de los mejores cocineros. La apertura de restaurantes no fue una sorpresa para los invitados, la curiosidad por deleitarse con delicias del continente era tan exquisita como observar los atuendos de las recién llegadas.

—¿Está siendo tan malo como imaginabas?

Julian regaló una dulce sonrisa a toda dama que estuviera cercana a él. Con un gesto cortés saludaba desde la distancia para no despegarse de su hermana. Su traje de color gris perla le proporcionaba un aspecto elegante y misterioso. La chaqueta de este se adhería a la perfección a su ancha espalda, y el corbatín esmeralda que llevaba conjuntaba con el vestido de media manga de Diane.

Ella, siendo sencilla a la hora de vestir, pero demasiado detallista, optó por un atuendo en el que se vieran un poco sus pechos, aunque no lo suficiente para alertar a la población masculina. Sus clavículas estaban al aire y eran bañadas por las luces del salón. La falda era lisa, con una pequeña cola que se deslizaba a su paso; los detalles del corpiño junto a los filos de las pequeñas mangas eran dorados como la estancia donde se encontraban.

Cada uno de sus mechones rubios estaba alzado en un tirante moño en el que descansaba un pequeño sombrero, un par de plumas y una hilera de diamantes verdes que la hacían tan etérea como una diosa.

—No sé si pensar que me has lanzado a los lobos o que la comida no es lo suficientemente buena para el paladar de los presentes.

—Estás preciosa —susurró él—. Deja de ser tan dura contigo misma, y si hay algo que no te

agrada estoy seguro de que lo utilizarás para B.

«Así que B».

—¿Me permites que te deje a solas durante unos instantes? —preguntó admirando la gran cantidad de pretendientas que deseaban acercarse a él—. No deseo que sigan apuñalándome con la mirada.

—Qué remedio...

Diane aprovechó su libertad para acercarse a su círculo de amistades. Fue lo más cortés que pudo, ya que ser parte de ello no le agradaba en absoluto. Había empezado a asistir a eventos sociales al lado de las demás aristócratas solo para ser ayudada y protegida si lo necesitaba (o sobre eso le insistió Juls).

Miró alrededor con el deseo de que Evelyn y Mason fueran parte de aquello, pero era consciente de que su amiga prefería estar al margen de todo lo relacionado con la alta sociedad. Quizá su nombre había recobrado un ápice de prestigio, pero jamás olvidaría todo lo que tuvo que enfrentar cuando Jeremy entró en prisión. Genevieve, por el contrario, había cancelado su aparición a cualquier evento hasta que diera a luz, así que tampoco tendría la oportunidad de abrazar a la duquesa de Norfolk tras un tiempo sin verla.

«Solo espero que Chandler no se percate de mi presencia», rogó para sí misma.

Agobiada, decidió salir de la cúpula. El bullicio, la cantidad de gente y las continuas miradas la asfixiaban. Podía ser valiente con una pluma en la mano, pero Diane Redfield no soportaba los prejuicios.

El viento azotó con brusquedad los mechones adheridos a sus mejillas. Estos danzaron en sintonía con la pieza musical que tocaban en el interior. Abochornada porque su aspecto impoluto comenzara a deshacerse, se acomodó en uno de los bancos de piedra cercanos al arroyo. Admirar siempre se le había dado bastante bien. Le gustaba deleitarse con los detalles más inusuales: el roce de una mano, una sonrisa cómplice o cualquier gesto mundano que llamara su atención.

Su mente la llevó a recordar esa impenetrable mirada que fue incapaz de atravesar bajo la oscuridad de la noche. Pensó en sus palabras, en la persecución que provocó un doloroso pinzamiento en sus pulmones. Y ese efímero beso tan casual que la había dejado con una curiosidad desconocida en el pecho.

—Pensaba que el destino no la cruzaría en mi camino tan pronto.

Aquel tono de voz la arrastró por completo al abismo. Perdida en sus pensamientos decidió deslizar su mirada alrededor para estar segura de saber de quién se trataba. Unos ojos azules como el mar no dudaron en entrelazarse a los suyos esmeralda: si hubieran tenido la oportunidad de cobrar vida habría quedado cautiva dentro de ese extraño magnetismo.

Wyatt Mitchell no había cambiado su atuendo para ser parte del evento de ese día. La larga chaqueta oscura que rozaba sus rodillas se ajustaba lo suficiente a ese ambiente misterioso que lo rodeaba. Tenía el pelo perfectamente peinado hacia atrás y llevaba una visera que Diane no habría aprobado nunca.

—No lo veo muy elegante para ser parte de esto.

—No soy parte de la aristocracia, milady —respondió él haciendo un gesto para sentarse a su lado—. Jamás aparentaré ser algo que no soy. Si he venido es porque se espera la presencia de la reina y le agrada que esté presente.

—¿No será porque tiene un caso entre manos?

—Eso no sería asunto suyo de todas formas.

—Qué galán —ironizó ella—. Estoy segura de que sus palabras dejan sin aliento a las mujeres que reclaman su presencia. Ya que quiero estar en boca de todo el mundo, podría dedicarme una pieza de baile.

Wyatt quedó sin palabras ante su osadía, ninguna mujer de su posición se atrevería a ser vista con alguien como él. No le preocupaba demasiado, pero las relaciones de tal envergadura estaban muy lejos de su interés. Sin embargo, había un matiz en ella que lo llevaba a querer tirarle de la lengua, cuando normalmente ignoraba todo aquello.

—No voy a bailar con usted.

—¿No soy de su agrado? —Su tono sonó más inocente de lo que esperaba, sonrió de medio lado intentando contener la carcajada.

—Quiere quedar por encima de mí y no soy ese tipo de hombre. —Él se inclinó hacia ella, sus dedos callosos acariciaron su mentón y tiró de él con suavidad—. Si está enfadada por lo ocurrido en Green Horse haga el favor de olvidarlo.

—De acuerdo —dijo sorprendida. Le habría gustado torcer sus labios para mostrarle su desagrado, pero la calidez que le transmitían sus manos volvía a abrumarla—, pero deje de tocarme con tal libertad: es inapropiado.

—¿Le preocupa ese detalle cuando se hizo pasar por su hermano?

—¿Tiene algún motivo para hacerlo?

Él guardó silencio sin saber qué palabras regalarle. Las veces que la había tenido cerca había actuado de manera impulsiva, ni siquiera pensaba las pautas que debía seguir con una dama.

Cuando la acorraló en aquel callejón sintió la imperiosa necesidad de protegerla, como si a una parte de él le causara impotencia que pudieran hacerle daño. La perspicacia de Diane solo gritaba problemas y si no quería verse envuelto en ninguno debía seguir centrado en la situación de la Cámara.

—Lo lamento —susurró alejándola de aquel agarre—, no volverá a ocurrir.

—No importa. —Su voz mostró un matiz tenue y agradecido—. Debo ser realista y darle las gracias por lo sucedido. Pensaba que podría conseguir por mí misma lo que me interesaba, pero no ha sido así.

—Si me permite darle un consejo —comenzó a decir con lentitud mientras vigilaba a toda persona que entrara y saliera de la cúpula—, jamás se exponga de esa manera. Es más factible que recurra a un buen contacto antes de verse en un problema.

—¿Se está ofreciendo?

—Tengo mucho trabajo para lidiar con ello.

—Parece una persona impenetrable, señor Mitchell —dijo Diane con un tono solemne, cogió las puntas de su vestido esmeralda y le regaló una reverencia—, o quizá sea alguien demasiado cobarde.

Diane se dispuso a marcharse tras haberlo acusado con su destacable elegancia, pero Wyatt no se dejaba ofender por nadie. Decidido, se atrevió a tomar su mano como la noche en la que se conocieron, la acercó a él provocando que aquella dama se sonrojara de una forma tan sincera que jamás había visto.

El leve tirón con el que la atrajo a él la hizo dar un pequeño traspiés, pero el detective no pretendía exponer su torpeza a los ojos de todo Londres. Era su forma de dar a entender que él gestionaba la situación y no ella.

—Baile conmigo.

—¿Ahora sí desea hacerlo? —Di torció los labios en un mohín incómodo—. Puede que ahora

no me apetezca compartir mi tiempo con usted.

—No suelo decir que no a un reto, milady.

Una de las manos de Wyatt se entrelazó con lentitud a sus finos dedos, tiró de ella arrancándole un gemido y acomodó la libre en su baja espalda. Con suavidad movió su cuerpo al compás del sonido amortiguado de la pieza que se escuchaba desde la cúpula. No le importaba que la mirada de los invitados estuviera clavada sobre ellos, tan solo deseaba acallar la perspicacia con la que lo observaba aquella mujer.

Diane, por su parte, batallaba entre el enfado y la vergüenza. Por más que odiara el protocolo desde que tenía uso de razón, jamás comenzaría un baile en los jardines de Ranelagh. Su timidez, aquella que quedaba eclipsada cuando exponía a los demás, afloraba en cada parte de su cuerpo. Decidida a no ser juzgada como de costumbre, dio un breve tirón para apartarse; sin embargo, el detective aprovechó la ocasión para deslizar su cuerpo hacia atrás, permitió que su peso quedara apoyado en el brazo que descansaba en su cintura.

Y la hizo volar.

El mundo descubrió el color de sus manoletinas a la luz del sol. Comprobó que su respiración era tan agitada que su pecho subía y bajaba con fiereza. Repararían en que Wyatt, siendo tan poco permisivo, disfrutaba de la fragancia dulzona que escapaba de su piel.

—La cobardía —comenzó a decir él con orgullo— no está dentro de mi vocabulario, milady. El mundo se halla lo suficientemente podrido como para no estar preparado para lo que pueda ocurrir. Así que no crea que tiene la última palabra conmigo, porque quizá quede reducida a cenizas.

—S-será...

Un grito ensordecedor eclipsó las palabras de la dama; asustada, decidió incorporarse y buscar al causante de lo ocurrido. Wyatt, siendo tan previsor como de costumbre, la rodeó entre sus brazos, aquel alarido no podía significar nada bueno y más cuando el bullicio empezaba a concentrarse a las puertas de la cúpula.

—Quédese aquí —advirtió el detective—, manténgase al margen hasta que descubra lo que ha ocurrido. ¿Lo ha comprendido?

—Mi hermano está dentro —respondió con preocupación.

—Le aseguro que la suerte está de parte de un hombre como el duque. No se mueva de aquí, los invitados se agolparán en las puertas y puede salir herida.

—¿Otra vez vuelve a desaparecer, señor Mitchell?

—Mi trabajo consiste en ser parte de la oscuridad de Londres, milady.

Wyatt corrió hacia el corazón del caos. Los sollozos, las facciones desencajadas de los invitados y las manchas de sangre que coloreaban el salón tan solo le arrancaron un profundo suspiro.

# Capítulo 10

Miles Chandler había muerto.

Ranelagh Gardens presenció la astucia del empresario sin saber que sería la última vez que lo harían. El caos inundó por completo el salón dorado, donde las debutantes pululaban nerviosas en busca de la aprobación de cualquier hombre con un buen título. La orquesta sumió en un profundo sueño sus notas más animadas para dar paso a una profunda consternación.

Wyatt se hizo paso entre la gente dando algún que otro codazo, alzaba su voz ordenando lo necesario para una evacuación lo más organizada posible. Cuando llegó al interior de la cúpula el sol se filtraba a través de las paredes acristaladas provocando que engurruñera los ojos. Confuso, intentó acostumbrarse a la luz, acarició sus párpados para ver aquella escena que acabó por completo con la armonía de la tarde.

El cuerpo de aquel hombre de negocios se encontraba tirado en el suelo. Su camisa se había tornado de un rojo tan vivo que alertaba al detective de que la muerte había sido certera.

Antes de poner una mano en el crimen esperó que los oficiales de Bow Street llegaran cuanto antes, lo único que podía hacer mientras era husmear la zona, alejar a todo curioso y que la reina se mantuviera a salvo.

La noche fue larga y más tediosa que las de costumbre. El evento contaba con un registro de asistentes donde la mayoría de los nombres eran conocidos para él. No se sorprendió de que los Perkins, con su reciente capital, fueran invitados, ni tampoco que diera la casualidad de que gran parte de la burguesía usara ese evento para darse a conocer. Después de todo, muchas personas apoyaban la reciente candidatura de Chandler a la Cámara.

«Tengo que decirle a Val que su esposo ha muerto y ni siquiera sé cómo se lo tomará», pensó un tanto agobiado.

Exhausto de que su cabeza funcionara a tanta velocidad, decidió recostarse en un pequeño sofá que tenía en el despacho. Sabía que podía volver a casa cuando lo deseara, pero creía que su familia necesitaba adaptarse y tomar la decisión de hacer frente a aquella nueva vida en la capital, porque iba a hacer todo lo posible para que se quedaran en Londres.

Además, ¿cómo le diría a Val que su marido acababa de morir a manos de algún desconocido?

La situación le incomodó tanto que prefirió esconderse en su pequeña madriguera durante unos días, colaborar con los oficiales de Bow Street no sería un problema ya que la reina había depositado toda su confianza en él para aquel caso: su cabeza estaba en busca de cualquier sospechoso.

Cuatro días después recibió la visita de su viejo amigo, Arthur Stanley, acompañado de

Gregory Turtle, oficial con el que estaba trabajando. Les ofreció un lugar en su despacho, además de regalarles una copa de licor.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó el marqués acomodado en el sofá que tenía justo enfrente—. Se han cancelado los eventos de la temporada durante un par de semanas, el peligro es más importante que los enlaces propios de estos meses.

—Es un alivio —comentó Wyatt acariciándose las sienes. No estaba de buen humor, había dormido poco a causa de la improvisada cama y tenía la cabeza embotada por el alcohol—. He hecho una lista con los posibles sospechosos. ¿Qué tal van las cosas por Bow Street?

—Con incertidumbre —admitió Gregory apoyando los codos sobre los muslos—. La hipótesis que barajamos es que ha podido ser algún burgués por envidia, decían que Chandler no había tenido miedo a pisar a sus compañeros de profesión hasta llegar a la Cámara de los Lores.

—No todos los que la forman estaban contentos con esta nueva integración —añadió Arthur con la copa en su mano izquierda—, ni siquiera era del agrado de lady Button.

—¿Crees que no he pensado en ella? —inquirió Wyatt, una de sus cejas se alzó con cierta ironía—. No tuvo ningún reparo en exponerlo.

—Debo decirte que no suele tenerlo con ningún hombre que haya hecho daño a una mujer.

—¿Y si deseaba silenciarlo?

—Wyatt —lo amonestó su amigo—. Entiendo tu molestia hacia esa gaceta, pero no puedes vivir relacionándola con cada incidente.

—Cualquiera podría ser sospechoso, marqués. —Gregory ladeó la cabeza, no mostraba calma sino indiferencia—. Incluso usted.

—No asistí —dijo mordaz—. Mi pequeña estaba enferma y decidimos declinar la oferta de lidiar con indese...

—¡Ya es suficiente! —protestó el detective levantándose de su lugar. Sus cabellos castaños caían por encima de sus ojos, incluso se notaba la suciedad en ellos—. No necesitamos más inconvenientes de los que ya tenemos. Turtle, ¿han tomado declaración a los lores que forman parte de la Cámara?

—No, hemos empezado por los invitados. —Hizo una breve pausa—. Por eso he venido directamente a hablar con usted.

—¿Han averiguado algo?

—La verdad es que tenemos a alguien que podría encajar como la causante de lo sucedido.

Wyatt, sorprendido, esperó que dijera el nombre. Cuando supiera de quién se trataba se las vería con la justicia y con él, por supuesto.

—¿Y a qué espera para decírmelo?

—Diane Redfield, señor.

Confuso, deslizó la mirada hacia su amigo, que parecía tan indispuesto como él. Arthur caminó hacia el oficial con las palabras pegadas al paladar, aquello le resultaba una auténtica locura.

—Puede que tenga temperamento, pero jamás acabaría con la vida de nadie —comenzó a decir el marqués—. Desde lo sucedido en Harrowshire y la muerte de su esposo la han llevado a no levantar cabeza. Puedo asegurarle que...

—Además, cuando ocurrió el incidente, lady Redfield estaba conmigo fuera de la cúpula —lo cortó Wyatt, dejándolo completamente extrañado—. No le habría dado tiempo a cometer el crimen.

—Escuchen, yo solo hago mi trabajo. Ninguno de los presentes carece de inteligencia. Como

bien saben es fácil contratar a alguien para que haga un trabajo sucio.

»Además, por lo que hemos ido averiguando tenía una repulsión hacia el señor Chandler por ser el director de New Garden.

—A veces no toleramos a todo el mundo, lo digo por experiencia. —Sonrió de manera socarrona Arthur.

—Les recuerdo que, si el orfanato carece de un administrador, el puesto recaería en otra persona que haya invertido un gran capital. En este caso, lady Redfield ocuparía ese lugar considerando que el duque estuviera de acuerdo. Pero ¿no creen que una viuda con gran reputación entre las mujeres y odiada por los hombres no sería la asesina idónea?

—¿Y qué sugiere que hagamos?

Wyatt no estaba demasiado contento con la situación. La mala suerte seguía alzándose sobre aquella mujer. Quería aferrarla, entrelazar sus manos invisibles alrededor de su cuello hasta que por fin fuera arrastrada dentro de esa horrible oscuridad. Por más que lo pensaba no creía que hubiera podido hacerlo. Cuando se habían encontrado en Ranelagh Gardens estaba lejos del bullicio, y sus ojos esmeralda se centraban en la felicidad que parecía echar demasiado de menos.

—Me dirijo a New Garden —dijo Gregory—. Necesito llevarla conmigo al 4 de Bow Street. Una vez allí le haré las preguntas que vea adecuadas con relación al caso.

—El duque debería estar al tanto de lo que pretende hacer.

—Mis hombres ya han mandado una misiva a Mayfair —suspiró con cierto cansancio tras dar tantas explicaciones, rascó su barba perfectamente recortada y giró sobre sus talones—. Que tengan una buena mañana.

—Espere, acabo de decirle que estuve con ella.

—Lo he escuchado, detective —zanjó la conversación con brusquedad—, pero el asunto queda en el aire. Esa muchacha no tiene nada que perder. Es más, lo hace manteniéndose al margen de todo lo sucedido. Así que tiene la opción de acompañarme o dejar el asunto en mis manos.

—Lo acompañaré —contestó esperando una respuesta del marqués—, ¿vienes con nosotros, Arthur?

—Creo que daré un pequeño rodeo, los lores de la Cámara estarán inquietos tras lo sucedido, iré a comprobar si mantienen el ánimo.

—Avísame de cualquier detalle que consideres extraño.

—Sí, detective —dijo con cierta sorna mientras se despedía de los dos caballeros presentes.

***

New Garden había dado un poco de vida a la zona este de la capital. Su pobreza y suciedad seguía abrazando sus calles, regalándoles un matiz grisáceo propio de la tristeza. Wyatt presenció la cantidad de niños que paseaban descalzos a su alrededor, una pizca de incomodidad se deslizó por su mirada: su familia nunca había pasado tanta falta, pero en más de una ocasión tuvieron que racionar la comida.

Cuando puso un pie en los grandes jardines del orfanato sentía un profundo nudo en la garganta. La última vez que había visto a la menor de los Redfield se enfrentaron en una conversación tan intensa como curiosa, ahora tenía que dar grandes zancadas con Gregory pisándole los talones para acabar de un plumazo con su libertad.

—¿Se encuentra lady Redfield? —preguntó él con un tono solemne a uno de los niños que ayudaban con la valla.

—En la planta baja, señor. —Sonrió el muchacho mostrándole los pocos dientes con los que contaba—. Creo que está en el despacho del señor Chandler.

—Gracias.

Sus propios pasos le recordaron a los de un enorme ogro dispuesto a capturar a la inocente princesa. Él no era de ese tipo de detectives, prefería tener todas las pruebas sobre la mesa antes de presentar cualquier orden de detención. Pero esta vez la preocupación por su familia le había causado que diera un traspié con el asunto, entró en la parte izquierda del pasillo donde se encontraba la parte administrativa del orfanato y abrió la puerta: Diane iba a ser arrestada por él en esos instantes.

# Capítulo 11

*La voz de lady Button.*

Estimados lectores,

Hoy Londres despierta con un manto tan gris que hace que sus edificios desaparezcan. No importa si nuestra sangre distingue las raíces del lugar en el que crecimos, si nuestros pasos son tambaleantes y no reconocen el camino de regreso a casa. Porque la oscuridad se encuentra no solo en el mundo, sino dentro de las personas que conocemos.

Puede que mis letras le resulten un tanto amargas mientras degusta su té, mi querido lector, pero la niebla que nos acompaña hoy solo habla de desgracias. Debo informarle que Miles Chandler ha muerto en Ranelagh Gardens hace unos días. Puede que esta autora tuviera la imperiosa necesidad de sentir alegría, pero se lamenta por la desgracia de su viuda.

La Cámara de los Lores, siempre tan silenciosa de puertas para fuera, tiembla debido a lo sucedido. Jamás estarán dispuestos a dar voz a sus inquietudes lejos de su círculo más cercano. Para ello ya cuentan con los suburbios personales de la familia Nightfall: El diamante negro.

Según mis fuentes suelen reunirse en sus salones privados, ya que sería un despropósito que personas de gran influencia en nuestro país fueran vistos en situaciones inadecuadas. El señor Robinson, con sus recientes veintisiete primaveras, ha sido parte de dichas reuniones: parece que el deseo de poder le ha jugado una mala pasada y ahora es parte del averno.

Lord Stawson se siente herido tras la muerte del querido empresario, por lo que su título desaparecerá sin más si no hace nada cuanto antes. Es posible que busque a algún nuevo candidato para regentar su patrimonio antes que este sea parte de la suciedad del Támesis. Así que si cree que puede congeniar con el perspicaz marqués, debería darse prisa antes de que Dios resulte ser mucho más rápido.

El marqués de Cornualles, tras haber sido una de las personas más señaladas por la alta sociedad, es un pilar fundamental de estas reuniones. No me malentienda, mi querido lector, solo en el ámbito administrativo, no en otro más inadecuado.

Aunque esta pequeña revolución no tardará en desbordarse a ojos del pueblo inglés, ya que se necesita un chivo expiatorio para esta gran atrocidad.

Les recuerdo que el mundo está hecho y dirigido por hombres. No es de extrañar que pronto alguna mujer innecesaria sea juzgada por todos.

Sin embargo, ni siquiera alguien como yo puede hacer nada para evitarlo. Mientras el joven Rutherford sigue siendo parte de Harrowshire como si jamás hubiera ocurrido nada, las almas más mundanas sufren dentro de los salones de baile como fuera de ellos.

Estas dos semanas sin ningún evento social serán de un profundo aburrimiento para mi persona, pero no se preocupen: los secretos dejan de serlo cuando una de las partes comete un desliz, y yo suelo estar cerca de cada uno de ellos.

Con afecto.

Lady Button

# Capítulo 12

La tranquilidad que New Garden proporcionaba a Diane no tardó demasiado en hacerse cenizas en su boca. La muerte nunca fue una opción para la persona que más odiaba. Podía ser rencorosa, un tanto altanera y quizá maldecía en voz baja, pero no se alegraba de la muerte de Miles Chandler.

La gente de su alrededor cuchicheaba sobre todo lo que conseguiría tras su asesinato. No importaba si la conocían, tenía una considerable reputación y se la había visto acompañada de las mujeres más poderosas de Londres: era juzgada sin haber hecho nada.

Bow Street no era el mejor lugar para pasar el día. La incomodidad de sus hombros era tan notoria que no dejaba de encorvarse. Tenía las manos entrelazadas sobre su vestido y una dolorosa sensación de asfixia se aferraba a su garganta.

Cada pocos minutos alzaba la cabeza para comprobar si alguien la buscaba tras los barrotes, pero el silencio iba generando más incertidumbre en su corazón.

«Yo no he matado a nadie, Juls no lo creerá», pensó deseosa de aferrarse a aquellas palabras.

Sus mechones rubios escapaban de su impoluto moño, caían con sutileza y se adherían a sus mejillas. La imagen que regaló dentro de su pequeña prisión fue la de una muñeca desgastada y abandonada, no la de una mujer que fuera incapaz de palpar el miedo tras haber cometido tal atrocidad.

—¡Di! —La voz de Evelyn provocó un respingo en su cuerpo, se levantó desesperada y se aferró al metal que las separaba—. Nunca pensé que nos veríamos en esta situación.

—¿Creías que la suerte estaba de mi lado? —ironizó ella—. ¿Cómo es posible que te hayan dejado pasar?

—No lo han hecho —aseguró la pelirroja dirigiendo una fugaz mirada hacia un extremo del pasillo—. Mason y Juls están intentando llegar a un acuerdo con el oficial que está a cargo del caso.

—Yo no he matado a ese bribón.

—En ningún momento lo he dudado —suspiró bastante preocupada—. ¿Has declarado?

—Me he negado —respondió sin más—. No creo que deba decir nada cuando no he cometido tal atrocidad. Era cierto que me parecía alguien lamentable, pero no para asesinarlo. Además, ni siquiera me encontraba dentro de la cúpula cuando sucedió.

—Wyatt Mitchell ha dicho lo mismo, que estaba contigo justo cuando pasó el incidente.

Una sensación de calma la embriagó cuando supo que aquel hombre había dicho la verdad. Su horrible matrimonio había dejado tal desconfianza hacia el sexo masculino que no le habría

sorprendido que la hubiera llevado a rastras hacia la hoguera. Diane tomó en sus pulmones todo el aire que pudo y permitió que se deslizara por sus labios para calmar los latidos acelerados de su corazón. Estaba en una situación bastante complicada. Si ella era la única sospechosa y nadie podía protegerla terminarían juzgándola de algo que no había hecho.

—¿Hiciste lo que te pedí si me ocurría algo?

—No te preocupes —susurró en un gesto calmado—, lady B apareció en cada rincón de Londres como suele hacerlo. No sé si te habré hecho justicia.

—Si seguiste las pautas que te dejé hace tiempo todo está bien —hizo una breve pausa—, sería extraño que me atraparan y de repente su voz se apagara.

Cuando su papel como Button comenzó a tener importancia en cada rincón de la ciudad, supo que tarde o temprano indagarían sobre su procedencia. Por eso Diane urdió un plan por si tenía algún tipo de incidente: Evelyn sería la autora en la sombra de cada una de las fechorías y noticias de la alta sociedad.

Cada cierto tiempo solía mandarle pequeñas pinceladas de lo que iba sucediendo, cosa que a la menor de los Murray no le importaba nada. Lo único por lo que no se había negado a coger la pluma y hacerse pasar por Diane era por la fuerte conexión que existía entre ella y los hermanos Redfield.

—¿Qué va a pasar conmigo? —preguntó dejando a un lado la coraza que usaba con todo el mundo—. ¿Debo aceptar que este es mi destino?

—Eso jamás sucederá.

Las pisadas del duque de Redfield eran tan estridentes que le provocaron un doloroso chasquido en los oídos.

No era habitual que su hermano mostrara al mundo y de forma tan abierta su enfado. Solía mantenerse sereno y llevar por dentro cualquier emoción que pudiera sacarlo de sus casillas. Imaginaba que todo lo sucedido era una forma de poner a su familia en un apuro, por lo que la culpa se extendía por su pecho.

—¿Puedes sacarme de aquí? —preguntó ella con cierta esperanza.

—Me temo que no —respondió Julian mascullando entre dientes—. Esperan una confesión de tu parte, ya que las pocas pruebas que tienen apuntan hacia ti.

—¡¿Q-qué pruebas?! —exclamó ofendida.

—Dicen que te vieron amenazarlo en New Garden —comenzó a decir conteniendo la rabia que palpitaba en su interior—, que el orfanato solo ha quedado a nombre de nuestra familia y que le sugeriste llegar a una tregua casándote con él.

—Eso no es cierto.

—No he dicho que lo sea, hermana —respondió con consternación—. La persona que ha decidido inculparte lo tenía todo pensado: ese hombre ha muerto, el orfanato no tiene director y la Cámara de los Lores anhela un culpable.

—¿Qué puedo hacer?

Diane se apartó de los barrotes, derrotada. Paseó de un extremo a otro de su pequeña celda intentando que su mente funcionara con más fluidez. Estaba en blanco, como las tantas veces que Seamus le recordaba que no servía para nada: jamás tendría una vida por su cuenta, ni tampoco una familia.

Contuvo las horribles ganas de llorar que quedaban atascadas en su garganta. Rogó por no romperse en mil pedazos en esos momentos, porque hacerlo ni siquiera la sacaría de allí.

—He-e pensado algo, pero sé que no te gustará. —Evelyn y Diana lo observaron impasibles,

sentían curiosidad por la perspicacia del duque.

—Si es la única opción para salir de aquí...

—Cásate.

—¿De verdad, Juls? —bufó ella consternada—. Empiezo a cansarme de tu insistencia de sacar el tema en el peor momento.

—Estoy hablando en serio, Diane. —Su tono fue tan autoritario que ni siquiera volvió a protestarle—. Si estás casada no tendrás que declarar, seguirán investigando hasta dar con el culpable.

Una ronca carcajada escapó de los labios de la Redfield. La sola idea de tener que lidiar con las protestas de un nuevo marido le provocaba náuseas. Por un instante el hecho de estar entre rejas no le resultó tan horrible como en un principio.

—Sería extraño que surgiera una propuesta justo ahora.

—De eso podría encargarme yo. —La actitud de su hermano fue solemne. Nunca había sido partidario de ir en contra de las normas, pero la vida de Diane era mucho más importante que sus propios ideales—. Solo necesito que consientas todo esto, porque sin tu afirmación no podré hacerlo. Uno de mis allegados busca esposa, él te daría la total libertad para...

—¿Tobias Blunt? —preguntó ella notando la mirada de su hermano—. Jamás.

El señor Blunt había heredado, por casualidad, el ducado de su tío que se encontraba a las afueras de Londres. Era un hombre atractivo, alto y de mirada penetrante. Su idea del matrimonio era lejana a la estipulada. Decían que no tenía limitaciones cuando se prendaba de una muchacha que era de su agrado. Julian siempre le aseguraba que los rumores eran infundados. Solo era un hombre con una gran desesperación por vivir y para él todo era esporádico.

—Di —susurró con voz grave el duque. Sus manos se aferraban a los barrotes con tal fiereza que se podía vislumbrar su desesperación—, maldita sea, es la única forma que tengo de protegerte. Tobias es un buen amigo, jamás traicionaría a nuestra familia, bien lo sabes.

Abrumada, Diane acortó la distancia con él, acomodó sus manos sobre las de su hermano y soltó un profundo suspiro. En ocasiones sentía que sí era posible que fueran mellizos, notaba la impotencia de Julian como si fuera la suya propia.

—Tiene que haber otra manera.

—Aún tenemos un poco de tiempo —advirtió Evelyn mientras se mordía el labio inferior—, quizá si volvemos a Ranelagh podamos encontrar...

—No será necesario, lady Hunt.

La gravedad con la que aquel hombre dio voz a esas tajantes palabras provocó que la piel de Diane se erizara. El sonido pareció reverberar en el largo pasillo que lo conducía de lleno a su horrible posición. Los pasos que se acompasaban a su tono decidido hablaban de que la espera había llegado a su fin.

Wyatt Mitchell no se demoró en alcanzar su campo de visión. Su ceño fruncido no le indicaba que la suerte estuviera de su parte. Sus miradas no tardaron en enlazarse, hablaban un idioma que aún le costaba entender.

En ese momento supo que sería el fin de la libertad que había disfrutado.

—¿Por qué no iba a serlo? —preguntó Evie destacando su presencia en la parte opuesta de la celda—. Si pretende hacerle daño para arrancarle unas cuantas palabras, le aseguro que se las verá conmigo.

—Me refería a que no tienen que seguir la ardua búsqueda de un esposo. —Diane abrió los

labios sorprendida, no sabía si el plan para no declarar había ofendido al detective—. Ya que yo fui la última persona con la que se vio a lady Redfield, yo seré su marido. Después de todo, aún me debe un último baile.

# Capítulo 13

—Espéreme aquí —ordenó Wyatt tras romper el largo voto de silencio que lo acompañaba dentro del carruaje—, solo serán unos minutos.

Diane alzó su mentón más seria de lo habitual. Tenía una posición demasiado erguida en el lado opuesto donde él se encontraba sentado. Su sombrero, de enorme lazo, se anudaba bajo su barbilla y era acompañado de una mirada desconfiada que no le incomodaba en absoluto, sino todo lo contrario.

—Puede hablar con total libertad, lady Redfield —aseguró él alzando una de sus cejas con cierto interés—, no está dentro de mis ideales compartir hogar con usted y que seamos tres en esta magnífica relación.

—¿Tres?

—Usted, el mutismo y yo.

Ofendida, se atrevió a separar sus labios con brusquedad, pero no tardó demasiado en contener su ira con el mayor temple posible. No iba a admitir que estaba agradecida porque la hubiera sacado de Bow Street a pesar de los fuertes gritos del oficial Turtle. Habían movido toda una investigación con su ayuda para que de un momento a otro se excusara con un: «Lamento no haberle dicho que es mi esposa. Estaba enfadado con ella por un asunto marital que no tiene que ver con usted, pero creo que ha aprendido la lección».

—Me temo que no comprendo su forma de iniciar este juego, señor Mitchell —comenzó a decir intentando controlar el temblor de su labio inferior—. Me salva, me advierte, me desea lejos, pero danza conmigo en Ranelagh Gardens.

»Tengo entendido que la indecisión es una de las cualidades de una mujer, así que estaría gustosa de comprender qué pensamiento nubla su juicio: nuestra historia no destaca por tener un ámbito romántico.

«No lo sé ni yo», pensó angustiado.

Si algo destacaba a Wyatt de los demás hombres era que no tenía intención de encontrar esposa en ningún momento de su vida. No le importaba nublar su vista en los brazos de alguna muchacha, dispuesto a complacerla, pero jamás pondría un anillo en el dedo de cualquier dama de su alrededor. Tenía muy claro que su intención de perpetuar el apellido Mitchell era inexistente. No iba a luchar por algo que llevaba demasiados años muerto. Era mucho mejor dejarlo marchar para hablar de él como si se tratara de una herida cicatrizada, aunque no fuera del todo cierto.

Verla entre rejas provocó que el aire fuera incapaz de llegar a sus pulmones. Cada vez que

pasaba cerca de su pequeña prisión, la veía abrazada a sí misma mostrando retazos de la mujer que había tras la hermana del duque y le resultó demasiado difícil mantenerse al margen. Porque había algo en las facciones de Diane que lo atraía con un magnetismo que jamás experimentó por nadie. Era una sensación extraña, como si fuera la otra mitad de su resquebrajado corazón de hierro.

«Además, así escaparé de las insistencias de mi madre por casarme cuanto antes. Un mero negocio que beneficia a ambas partes, nada más», pensó él excusando su decisión.

—Necesito que nos detengamos unos instantes en mi hogar —dijo sin contestar a su directa acusación—, cogeré algo de ropa y unos documentos importantes de los casos en los que estoy trabajando. Después iremos a la casa que el duque ha proporcionado para nosotros. ¿Es posible que pueda salir sin que se escape del carruaje?

—Yo no huyo de los problemas, señor Mitchell —esbozó una sonrisa tan socarrona que se perdió en el iris verde tan propio de su familia. En la posición de sus manos enguantadas y la breve amenaza que presentaba con la tensión de su cuerpo—, los resuelvo de frente.

—Si le soy sincero no me sorprende.

—Por ello —lo cortó con sutileza—, si no quiere perder a su falsa esposa una vez que vuelva aquí, me invitará a subir.

La carcajada que escapó de la garganta del detective carecía de humor. Le resultaba imposible que se hubiera recompuesto tan rápido de la situación. Intentó buscar fragilidad en un trocito de ella, pero lo único que encontró fue ferocidad. Una que lo obligaba a apartar la mirada.

—¿Es una amenaza?

—Lo es.

Frustrado, abrió la puerta del carruaje, bajó los escalones de malos modos y alzó la mano para ayudarla. Una vez que su mano tomó la suya, tiró con cierta brusquedad de ella. Diane gimió en protesta, pero no cayó de bruces al suelo, sino en los brazos de aquel hombre que se había propuesto colmar su paciencia.

—Esta es la mía —dijo él.

—Eres un...

—Lo sé, querida —respondió él complacido antes de que la situación se caldeara—. Reza porque tus protestas no terminen convirtiéndose en gemidos.

—Jamás.

Wyatt se acercó a su oído, divertido con la situación. Había descubierto que una de sus nuevas aficiones favoritas consistía en molestar a Diane lo suficiente como para oírla chillar.

—Tampoco era mi intención —susurró regalándole esas últimas palabras que la tuvieron de mal humor durante el breve trayecto dentro del edificio.

El diminuto hogar de Wyatt Mitchell los recibió con una oscuridad propia de un lugar abandonado. Extrañado, aprovechó los últimos resquicios de sol que se filtraban por la ventana para poder danzar alrededor del salón sin tropezarse con nada por el camino. No le sorprendía que la tensión se palpara dentro de cada metro cuadrado que había brindado a su familia. Era evidente que Val estaría llorando su pérdida.

—¿Es posible que mantenga la lengua dentro de la boca durante el tiempo que pasemos aquí?

—No resulta una labor demasiado tediosa —dijo Diane frunciendo el ceño.

—¿Madre?

El repiqueteo de unos pasos llamó la atención de ambos. La mujer que salió de la alcoba compartía el cabello oscuro del detective, aunque no el color de sus ojos. Un atisbo de

preocupación acariciaba sus facciones, se aferró al umbral de la puerta y miró a su hijo.

—Oh, Wyatt —susurró afligida como si en cualquier momento fuera a desfallecer—. Qué alivio que hayas venido a visitarnos.

—¿Cómo está Valerie?

Ella no respondió. Sus ojos castaños tan similares al tono de su pelo miraron hacia el interior de la alcoba. Wyatt acortó la distancia con su madre sin importar parecer vulnerable. Su familia lo era todo para él y atacarlas era sinónimo de arrancarle las entrañas. Posó sus labios en su frente con la única intención de que aquella caricia calmara la incertidumbre de su madre.

—Lo sabe, ¿no es cierto?

—Así es. —Su voz destilaba una profunda derrota—. Puede que haya sido lo mejor para dejarla libre de ese canalla, pero le duele el corazón de amar sin ser correspondida.

—Iré a comprobar cómo está.

—¿Quién es ella?

El detective siguió la mirada curiosa de su madre para encontrarse con una muchacha que observaba con interés su alrededor. No se había movido de la entrada, como si prefiriera mantenerse a una distancia prudente de él. El largo vestido en color amarillo claro que llevaba le proporcionaba una inocencia que no iba nada acorde con su personalidad. Las mangas que se ajustaban hasta la mitad de sus brazos terminaban en unos ramilletes en un tono mucho más oscuro que la hacían etérea a pesar de la suciedad que destacaba en los bajos de este. Además, su largo cabello caía en forma de cascada sobre sus hombros, sin ningún abalorio que sostuviera aquella maraña dorada tan larga que se movía al compás de sus pasos.

—Es la hermana del duque de Redfield —hizo una breve pausa—: mi esposa.

—¿Esposa?

—No creo que ese detalle sea de vital importancia en estos momentos, madre —respondió él con cierta sequedad—. Ahora debemos estar para todo lo que necesite Val.

—¿Ha fallecido alguien?

Diane rompió el silencio cuando debía mantenerse al margen de aquel incidente. Por más que fueran a ser familia en cuanto su hermano consiguiera todo lo que necesitaba para asegurar su matrimonio, no sentía que pudiera tener la libertad de actuar.

—Miles Chandler —Wyatt enarcó una ceja—, el marido de mi hermana.

Si el mundo tuviera el poder de detenerse por sí mismo, Diane habría disfrutado únicamente del sonido de los latidos de su corazón. La noticia la había impactado de tal manera que tuvo que sentarse unos instantes en el sofá. Una de sus manos aferró su pecho intentando decirse a sí misma que la cantidad de recuerdos que venían a su cabeza no tenían nada que ver con lo sucedido. Ella misma sabía que existía una mujer en algún rincón de su país, enferma y escondida de todo aquello que hacía Chandler. Lo único con lo que no contaba era que esa dama fuera la hermana del que ahora sería su esposo y que la tendría a escasos centímetros de ella.

—¿Puedo verla?

—No tiene que ver contigo —respondió tajante, sería extraño delante de su madre—. Me ocuparé de este asunto mientras esperas aquí.

—Por favor.

La sorpresa se deslizó por las facciones de Wyatt, algo dentro de él se tambaleó cuando se encontró con un dolor desconocido en ella. Sabía bien que lo sucedido con Val era ajeno a Diane, por eso no comprendía por qué tenía ese deseo de aliviar a alguien que ni siquiera conocía.

—Está rota, no necesita cinismo y compasión.

—Apoyo —aseguró ella mientras sacudía su vestido—. Es la palabra que necesita una mujer cuando es señalada por alguien que creía conocer. Sé muy bien a qué sabe tal traición, así que no usaré mi prepotencia en una situación donde no la merece.

Wyatt le mantuvo la mirada largo y tendido. Había tal seguridad en aquellas palabras que se sintió débil ante ellas. Frustrado, apoyó la mano en la baja cintura de su madre y se echó a un lado: no daría voz a ninguna de sus protestas, pero si su hermana sufría más de lo que ya lo hacía se las vería con él.

Diane tomó ambas puntas de su vestido para entrar en la estancia donde los llantos de Valerie hacían eco. Poner un paso en su interior fue como verse a sí misma la noche en la que Harrowshire se volvió una pesadilla para ella. Su nariz aún recordaba el fuerte olor de la consulta, su cuerpo reconocía los fuertes dolores y sus piernas estaban manchadas de sangre. Todo habría sido más fácil si Seamus hubiera ido a su encuentro para darle consuelo, pero lo único que consiguió de él fue una cantidad de palabras que se atascaron en su corazón.

«Y es posible que se haya enterado por mí de su muerte».

Se sentó en el borde de la cama con tanta calma que esperó que no notara cómo el colchón se hundía. Valerie se encontraba tumbada boca abajo sobre el lecho, lo único que se vislumbraba de ella era el largo cabello oscuro tan propio de los Mitchell. Sus hombros advertían que sus lágrimas aún no se habían secado. Lloraba con tal sufrimiento que pronto dejaría de tener voz.

Una mano de la Redfield descansó con suavidad sobre uno de sus hombros, palpó con lentitud su brazo y soltó un pequeño suspiro. No sabía muy bien por dónde empezar. Era extraño estar a solas con una desconocida para infundirle fuerzas, pero ella tuvo que enfrentarlo sola: no deseaba eso para Valerie Mitchell.

—Parece que el dolor será eterno, pero llegará un momento en que desaparezca —comenzó a decir como si se tratara de una dulce nana—. Cuando eso pase te darás cuenta de que tu corazón es demasiado especial para ser de alguien que no te dio lo que necesitabas.

Val se incorporó, aturdida. La fuerza con la que había estado llorando le provocó tal dolor de cabeza que se tambaleó un poco.

—¿Eres un ángel que ha venido a llevarme con mi esposo?

—No. —Diane esbozó una sonrisa, no tuvo miedo de limpiar el sendero de lágrimas que resquebrajaban su piel—. Soy la vida, esa que te recuerda todo lo que has perdido añorando algo que puedes encontrar en otro lugar.

»Pero tu tristeza existe y debes llorar hasta que tu corazón no pueda latir. Solo en ese momento serás capaz de resurgir como lo hacen las flores en primavera.

—Siento que voy a morir en cualquier momento —dijo afligida—, el pecho me arde por haberlo perdido.

—Tus sentimientos son reales, Valerie. Permíteles fluir hasta que ese amor quede guardado en algún rincón de ti.

—¿Crees que sanará?

—¿Tu corazón? —preguntó Diane algo confusa mientras ella asentía—. Por supuesto que lo hará, porque jamás he visto a una mujer que sea hermosa incluso tras haber llorado tanto.

Valerie rio un poco. Mostró esa tímida sonrisa que acompañaba a la delgadez extrema de su cuerpo. Si hubiera investigado un poco mejor se habría percatado de que la esposa de Chandler no estaba postrada en una cama: el propio amor que sentía la estaba marchitando.

—No es cierto.

—Por supuesto que sí —correspondió su pequeño retazo de felicidad mientras acariciaba sus largos cabellos oscuros—. Todo pasará. El dolor te hará lo suficientemente fuerte para que nadie jamás te haga pasar por algo similar.

»Además, cuentas con una familia ahí fuera que está deseando abrazarte.

—¿De dónde has salido tú?

—Me llamo Diane Redfield —ladeó la cabeza en un gesto dulce y cercano—, parece que seremos cuñadas, pero no te recomiendo que te acerques demasiado a mí, si no, los hombres te respetarán tanto como te temerán.

Los breves murmullos en la habitación tenían preocupado al detective. No estaba demasiado convencido de dejar a su hermana a manos de una mujer que apenas conocía. Quizá él podía tantear su imprudencia, pero Valerie estaba lo suficientemente rota como para que la perspicacia de la Redfield no le resultara peligrosa.

Cuando creyó que la charla se había alargado demasiado y que las voces ya no se escuchaban amortiguadas dentro de la alcoba, entró en ella esperando hacer lo único que sabía: proteger y revelar la verdad de lo sucedido.

Lo que encontró en su interior lo dejó tan anonadado que trastabilló hacia atrás hasta que consiguió sostenerse en el umbral de la puerta.

En la alcoba ya no quedaban rastros de las lágrimas de su hermana, lo único que podía observar desde su posición era la imagen de Diane Redfield dormida en su cama mientras sus brazos protegían a Valerie de cualquier monstruo que pudiera hacerle daño.

No supo por qué, pero la escena provocó tal pellizco en su corazón que escondió la rigidez de su mandíbula tras la palma de su mano.

¿Era posible que Diane Redfield fuera capaz de dejarlo sin aliento de cualquier manera?

# Capítulo 14

Diane despertó confundida en una cama que no era la suya. Parpadeó acostumbrándose a la incesante luz de las velas que se encontraban sobre la cómoda. Sus largos cabellos estaban despeinados por la posición que había tomado en el lecho, incluso le dolía cada centímetro del cuerpo por no haberse cambiado de posición durante su abrazo a Morfeo.

«Me quedé dormida», pensó mientras se alzaba para adecentar su vestido: la tela estaba arrugada como si se hubiera visto envuelta en algún tipo de incidente.

Caminó fuera de la estancia esperando que algo de su alrededor deslizara los recuerdos por su mente. Unos pocos pasos la llevaron a un pequeño salón con un sofá que no resultaba muy cómodo a la vista, una chimenea bastante destacable y una gran cantidad de documentos por todas partes.

El olor a tabaco le hizo cosquillas en la nariz. Se apresuró para comprobar su procedencia, esa que le resultaba tan curiosa como la meta de un tesoro.

Cuando acortó por completo la distancia, vislumbró a un hombre acomodado frente a las llamas. Las sombras que se cernían sobre su rostro acariciaban las cicatrices de alguien que había visto demasiadas atrocidades. Las facciones de Wyatt Mitchell transmitían seriedad y dureza como si se tratase de una de las deidades castigadas por los dioses, siendo de mármol a sus ojos.

—Te has despertado. —Su voz aterciopelada la sacó por completo de sus pensamientos. Notó un respingo en su interior que hizo latir sin motivo su corazón desesperado—. Si tienes hambre puedo preguntarle a la señora Perkins si tiene algo de estofado.

—Estoy bien —respondió hilando poco a poco sus pensamientos—. ¿Dónde están Valerie y la señora Mitchell?

—Van a pasar la noche en uno de los apartamentos de arriba. Al parecer les preocupaba que nuestra visita fuera corta por no tener privacidad: pasaremos la noche aquí y mañana nos marcharemos.

—Entiendo.

Diane se apresuró a calentar las palmas de sus manos cerca de las llamas, las temperaturas habían caído en picado en las horas que estaba dormida. El chasquido de su lengua le dio a entender al detective que no le agradaba demasiado el frío, por lo que dio un par de golpes a su lado invitándola a sentarse.

—Hay un asunto que debemos tratar —dijo él provocando que la aludida se cruzara de brazos —, y considero que es el momento idóneo para hacerlo.

—¿Se refiere a por qué ha accedido a ser mi esposo? Sí, creo que es un asunto un tanto

intrigante, señor Mitchell. En el poco tiempo que lo conozco lo he oído más gruñir que hablar con naturalidad.

—Ya que vamos a estar envueltos en una situación bastante cercana, lo adecuado sería que pudiéramos tutearnos —comenzó a decir él mientras se acomodaba a su lado—, es la forma más fácil de que delante de los demás no tengamos inconvenientes a la hora de tratarnos.

—De acuerdo —suspiró Diane no muy convencida—. Imagino que existirán unas reglas en este contrato, lo único que espero es que no creas que soy la asesina de ese hombre.

—Estoy seguro de que no es así —dijo de forma tajante—, pero por el momento tengo que pedirte que te mantengas al margen de New Garden. Cualquier movimiento puede volver a ponerte en el punto de mira: si deseas hacer algo por ese lugar intenta que nadie sepa que has sido tú.

La menor de los Redfield se acomodó en el respaldo del sofá, una de sus manos acariciaba los mechones dorados que componían su flequillo. Odiaba ser invisible a los ojos de la sociedad, pero cada vez que una mujer tomaba demasiado protagonismo sucedía lo mismo: la querían hacer desaparecer.

—¿Es la primera regla?

—Así es —respondió él en una actitud solemne—. Este matrimonio es solo mero papeleo: necesitabas salir de Bow Street y yo una esposa para poder respirar con tranquilidad. Una vez que la situación se calme, asumiré toda la culpa de lo sucedido y me marcharé del hogar que compartamos.

—Espera, ¿qué?

Las palabras se atascaron en su garganta, fue incapaz de controlar la inquietud de su cuerpo en esos momentos. Confundida y con el corazón aleteando incómodo en su pecho, sintió que ni siquiera podía respirar.

No podía volver a ser el hazmerreír de toda la sociedad londinense. No estaba dispuesta a ser la mujer que se podía usar y abandonar. Antes que volver a caer en una situación de tal calibre prefería quedarse en Bow Street y decir todo lo que pensaba: sería menos doloroso.

—N-ni hablar —cada sílaba se resquebrajó en su garganta—, prefiero que me dejes en medio de la nada antes que eso.

—¿No sería lo mejor para ti?

—¡No! —gritó ofendida—. Solo conseguirás decirle a esta maldita sociedad que no seré nunca capaz de mantener a nadie a mi lado. Si esas son tus intenciones ya puedes olvidarlo.

Los ojos de Wyatt persiguieron cada uno de sus movimientos, la rigidez de su cuerpo solo lo alertaba de lo mucho que se había equivocado eligiendo aquellas palabras. Soltó un profundo suspiro y se inclinó hacia adelante, pensativo.

—Lo lamento, no era mi intención decir que no eres suficiente. —Hizo una breve pausa—. Solo quiero asumir que he sido yo el culpable de lo que suceda entre nosotros, así serás libre.

—Debo decir que la estrategia es un poco inadecuada —suspiró Diane echando un tanto nerviosa sus cabellos hacia atrás.

—Esto es un trato justo entre dos personas que se encuentran en una misma situación. —Wyatt se levantó para comprobar que, de sus resquebrajados iris, no escapaba ninguna lágrima. Con lentitud alzó su mentón y mantuvo la mirada en ella durante largos minutos que lo dejaron sin aliento—. Tienes total libertad para hablar, Diane, no será diferente en ningún momento.

Los labios de la dama temblaron en consecuencia de sus palabras, le habría gustado protestar lo injusto que le resultaba aferrarse a una mentira para no ser juzgada sin motivos. Su templanza

quedó reducida a añicos, por lo que apoyó su frente en el hombro de él provocando que el detective se tensara.

La situación era un tanto extraña para él. Llevaba años rehuyendo del contacto físico de cualquier mujer que quisiera su corazón. Era fácil cederles su cuerpo, culminar la pasión en una maraña de sábanas y volver a casa como si jamás hubiera ocurrido nada. Por ello la situación le resultaba algo dudosa de enfrentar, mucho más cuando, años atrás, la mujer que quiso no lo eligió.

—Me dejarás porque no seré lo suficientemente buena para ti —atacó Diane haciendo que se tambaleara—. Mientras seré la mujer silenciosa que se espera de mí. A ojos de todo el mundo nadie podrá protestar, pero solo seremos socios.

—Los socios tienen un bien común, querida.

—Qué casualidad —sorbió su nariz haciendo aletear sus pestañas para aferrarse a ese papel de fortaleza que siempre la rodeaba—, nosotros también. Mi tiempo será tuyo en una burocracia que nunca se me ha escapado de las manos, parece que resultaré útil.

Wyatt abrió los labios sorprendido por su respuesta, contuvo la carcajada entre sus cuerdas vocales y buscó la distancia que siempre aliviaba sus inquietudes. Ella hizo lo mismo, como si los escasos centímetros que los separaban fueran una auténtica tortura, paseó su mirada por la cantidad de documentos que anteriormente llamaron su atención. Curiosa, se inclinó para coger uno de ellos: la textura, las reglas y el margen superior le sonaban demasiado.

«Esto es *La voz de lady Button*, ¿por qué tiene cada número que he ido publicando?».

—Estoy seguro de que serás mi dolor más constante de cabeza, lady Diane.

—Qué halago —respondió ella notando que cada documento tenía que ver con ella—. Solo espero que no consideres que tendremos vida marital como tal.

—No tenía la mayor intención —frunció el ceño percatándose de que su atención estaba lejana a él, al parecer debía traerla de vuelta de la mejor forma que sabía—, pero compartiremos lecho.

Diane dio un respingo, llevaba años sin refugiarse en los brazos de ningún hombre. La idea de ser parte de su alcoba provocó un doloroso nudo en su estómago. Sabía que no podía comparar toda situación con lo sucedido con Seamus, pero su cabeza chillaba en protesta cada vez que un recuerdo pasaba de manera fugaz por ella.

«Piensa rápido, a nadie le importa si un matrimonio duerme en cada extremo de su hogar. De puertas para dentro puede haber una gran cantidad de secretos».

—¿Pretendes demostrar que somos un matrimonio feliz?

—Que sea consciente de que no eres la culpable no significa que confíe del todo en ti —dijo él con cierto resquemor—: prefiero tenerte cerca, aunque desees matarme con tus propias manos.

—¿No puedo formar parte de esta decisión?

—No.

—Canalla...

El detective no aguantó más la diversión que asomaba por sus ojos azules, ladeó la cabeza regalándole una actitud tan provocadora que Diane no pudo evitar sonrojarse. No entendía a aquel hombre. Era como si quisiera tejer con cautela todo lo que ocurría a su alrededor, aunque reconocía que no tenía por qué preocuparse: no la tocaría sin su permiso, tan solo deseaba que fuera parte de su función personal.

«No me es suficiente».

—Solo con una condición —dijo de manera abrupta mientras alzaba las últimas novedades de Button—: que me expliques por qué conservas cada gaceta. ¿Qué estás intentando encontrar?

—¿Si respondo acerca de mis intenciones dormirás conmigo?

—Aunque no me agrade en absoluto.

—Bien, sorpréndeme —suspiró él deslizando su mirada hacia aquel papel que tenía entre sus manos. No tardó demasiado en fruncir el ceño y chasquear la lengua en señal de molestia—, ¿también despierta tu admiración?

—¿Button? —preguntó—. Es posible. Lo que no comprendo es por qué tienes retazos de cada uno de sus artículos. ¿Qué intentas encontrar?

—¿No resulta evidente? —Wyatt le quitó esa última gaceta donde presentaba sus condolencias sobre la muerte de Chandler, y le pareció demasiado cínico para su gusto—. Sé muy bien que todo lo que está ocurriendo es culpa suya, no descansaré hasta atraparla con mis propias manos.

«Ahora entiendo todo», pensó conteniendo su sonrisa.

—Lady Button da voz a situaciones cotidianas que ninguna otra persona se atreve. ¿Cómo esperas culpar a alguien por un asesinato sin pruebas?

—La haré hablar —dijo decidido—. Sé muy bien cómo actúa y tarde o temprano demostraré que lo sucedido solo es una forma de ir en contra del sistema.

«Qué cegado estás, pero no me importa darte una lección por ello. Acepto esta pequeña persecución donde no serás capaz de tocarme».

—Me sentiré una gran privilegiada por saber de primera mano quién se esconde tras los folletines que dan tanto que hablar y que parecen resquebrajar la tranquilidad de la propia sociedad.

—Acomódate, querida, no tardaré demasiado en obtener lo que quiero.

# Capítulo 15

La situación en la Cámara destacaba por su ensordecedor silencio. Tras la absolución de lady Diane y su curioso matrimonio con el detective habían decidido, con poca cortesía, no hacerlo partidario de ningún avance político.

A Wyatt no le preocupaba en absoluto que lo vetaran de la información, tenía los contactos suficientes para saber que el Partido Conservador llevaba meses temblando por la candidatura de Chandler, por lo que imaginaba que su extraña muerte no había resultado una gran inquietud.

—Existe preocupación en los *tories*[2] —comenzó a decir Arthur mientras acomodaba las manos dentro de sus bolsillos—, que hayas sacado de Bow Street a la hermana del duque no les ha hecho la menor gracia.

—Eso significa que sabían desde un principio que era inocente —concluyó el detective sin mucho entusiasmo.

—Todos los cercanos a Diane sabíamos que era imposible.

—¿Tenemos sospechosos? —preguntó Wyatt dejando escapar un suspiro al ver el umbral de la mansión que iban a visitar.

—Nadie en concreto, pero Jaime Rutherford se ha unido al partido de manera muy apresurada y me crispa los nervios lo suficiente como para estar alerta.

El heredero de los Rutherford era un muchacho de no más de veinte años. Su fama de asustadizo había hecho eco en cada rincón de la alta sociedad. Por ello, a pesar de estar en edad de casarse, ninguna joven de la temporada lo había mirado con interés. Además, que su padre hubiera estado envuelto en los secretos relacionados con Harrowshire, su actual mansión, no ayudaba en absoluto.

—Regla número uno de este trabajo, Arthur: juzgar con la cabeza, no con el corazón. Incluso el más evidente puede ser inocente.

—Me has metido en esto sin ni siquiera pedirlo —gruñó él dejando ver ese mal carácter al que tan bien se acomodaba su apodo—, podría estar en casa.

—Asumamos que la custodia de tus cuñadas provoca todo lo contrario en ti. —Sonrió su amigo deteniéndose en la escalinata de la mansión que iban a visitar, y agregó—: No soportas tales responsabilidades.

—Odio que me conozcas tan bien.

Downty Manor no destacaba por una belleza etérea a pesar de su estilo georgiano. Las largas enredaderas que se aferraban a su fachada ni siquiera tenían un color verdoso por las constantes lluvias que habían envuelto a Londres en los últimos días. Existía una invisible capa que impedía

que la mansión brillara con todo su esplendor: el tejado apenas contaba con una única hilera donde las baldas no se hubieran caído y las columnas del pórtico estaban resquebrajadas, como si en cualquier momento fueran a caerse.

—Está en un estado lamentable —comentó Wyatt rozando sus nudillos contra la puerta.

—Dicen que al no tener descendencia ni siquiera lejana ha ido abandonando poco a poco su prestigio —respondió Arthur no muy contento—, aunque su patrimonio es mucho más extenso que el mío.

—Vaya, y yo que pensaba que Cornualles te había brindado tal beneficio que te harías con un ducado.

—Por supuesto que sí. —Frunció el ceño con cierta ironía—. Sé que adorabas la imaginación de Odette sobre que algún día seríamos reyes, pero solo éramos niños.

—Ella podría haber sido todo lo que se propusiera —suspiró Wyatt al recordarla.

—Lo sé...

Tras lo sucedido en Harrowshire, ninguno de los dos se había atrevido a hablar sobre cómo se sentían tras la pérdida de Odette. Los tres se habían criado juntos en unas tierras que conocían como la palma de su mano. Ella fue esa unión que los hizo inseparables, que les enseñó a amar cuando los dos encabezarían un deber con su familia.

Wyatt se enamoró de la transparencia de Odette. De su largo cabello, su atrevimiento y su deseo de vivir. Jamás se lo dijo a Arthur, porque veía la misma adoración en sus ojos cuando la miraba. Ese hecho nunca lo hizo enfrentarse por su amor, había crecido en una familia donde él era el único hombre y jamás tomaría una decisión sin oír la voz de una mujer.

Por eso no se molestó cuando no fue él la persona que eligió. Todo lo relacionado con su hogar se reducía a cenizas y lo único que le importaba era no seguir perpetuando algo que solo dejaba cicatrices tanto en la piel como en la mente.

—Señores, lamento haberlos hecho esperar.

La voz temblorosa de Delmar Stawson desde el fondo del pasillo fue una reprimenda hacia la joven sirvienta que los acompañó a su despacho. La muchacha intentaba por todos los medios mantener la cabeza alta. Entrelazaba sus manos con todas sus fuerzas y pedía disculpas por no haber sido lo suficientemente rápida en dar la bienvenida a su visita.

—Ha sido culpa nuestra por quedar ensimismados en la escalinata —se excusó Wyatt para aliviar los hombros de la muchacha—. Lamentamos lo sucedido con Chandler, sabíamos que tenía esperanzas en él.

—De todas las palabras que pululan por mi mente, señor Mitchell, «esperanza» no es la que yo elegiría. —Con un movimiento de cabeza ella se apresuró a servir sus copas, hizo una reverencia y se marchó con la misma rapidez con la que había aparecido.

—¿Es cierto que está buscando otro candidato para cederle su marquesado?

—No he pasado toda la vida luchando por un imperio para llevármelo conmigo a la tumba —dijo Delmar un tanto ofuscado.

El marqués tenía un aspecto tan desgastado como su fortaleza. Aparentaba una edad mucho más avanzada de los cincuenta años. Tenía la espalda algo encorvada, unos mechones grisáceos que empezaban a escasear y unas facciones tan duras como cada una de las experiencias que llevaría consigo.

—¿Qué piensa de lo sucedido? —preguntó Arthur cruzando los brazos—. ¿Sabe si su familia cuenta con algún enemigo?

—Si fuera el caso, señor Stanley, yo ya estaría muerto.

—Tiene toda la razón.

—Miles era un hombre con una gran visión de futuro —comenzó a decir pensativo—. No era muy partidario de sus ideas liberales, pero había conseguido en poco tiempo el respeto tanto de la nobleza como de la burguesía. ¿Qué mejor elección que un hombre que se alza en la escala social?

»Al igual que yo expreso abiertamente mi pensamiento, sé bien que muchos de mis camaradas no pensaban lo mismo: la popularidad de Chandler era demasiado alta y no oír sus propuestas podía suponer un gran problema.

—¿Cree que fue cosa de su partido?

—No lo sé —admitió mientras encogía sus hombros—, la fama de lady Diane no la aleja tampoco del crimen. Lamento si mis palabras le perjudican, señor Mitchell, pero todos sabemos que esa mujer no tenía nada desde que enviudó. No puedo comprender qué ha visto en ella para contraer nupcias de una manera tan... precipitada.

Wyatt apretó los puños bajo la mesa, si le estaba pareciendo delicioso el sabor del oporto ahora sentía cómo se atascaba en su garganta. Podía comprender lo importante que podía ser la descendencia para las familias más pudientes, pero Diane seguía siendo una mujer vivaz, altanera y hermosa; que no pudiera concebir no la hacía inservible.

—Además, no ayuda en absoluto tener a lady Button pisándonos los talones —gruñó de nuevo llamando su atención—. Es evidente que está demasiado cerca de nosotros, y si no desea ser parte de la Corte, anhela ponerla en evidencia.

—Así que, al igual que mi buen amigo, considera que tiene que ver en todo esto —comentó Arthur dándole un golpecito con el pie al detective para que aplacara su ira—. ¿Tiene alguna prueba?

—Todas las mujeres con cierto poder en nuestra sociedad pasan por las manos de lady Johnson —comentó Stawson tosiendo varias veces debido a su picor de garganta—. Podría decir que es nuestro oído en un campo que no solemos frecuentar.

—¿Eso quiere decir que esa condenada mujer compra sus vestidos allí?

—Así es.

Los iris de Wyatt brillaron con entusiasmo al oír aquello. Para resolver todo lo sucedido con Chandler tenía que averiguar por qué Button lo quería fuera de juego: si era una noble pudiente como decía el marqués, podría reducir su campo de investigación.

—Me encargaré de atrapar a esa calumniadora —prometió el detective ganándose un largo suspiro de su amigo—. Si tiene que ver con dicho caso, se lo sacaré con mis propias manos.

—Señores, debo decirles que unos meros cotilleos no son una prueba contundente —aseguró Arthur arrastrando su silla para levantarse—. El problema es que ven esa gaceta como un peligro: si no tuvieran tantos secretos es posible que no los perjudicaría.

—Usted no puede hablar demasiado alto, Stanley —se adelantó Delmar con una sonrisa en sus labios—. Podrá haberse redimido, pero creerse mejor que los demás es inapropiado en dicha conversación.

—Al menos no tengo nada que esconder. —Frunció el ceño optando por una posición incómoda que hablaba de lo mucho que quería estar lejos de allí—. Sería adecuado investigar la participación de Jaime Rutherford en todo esto: acaba de entrar en su partido, ¿no es cierto? Es curioso que haya tenido tal facilidad para ser parte de algo así.

—¿Cree que ha tenido algo que ver?

—Su entrada en la política con el historial de su familia es poco entendible.

—Caballeros —Wyatt llamó la atención de ambos—, aún es pronto para señalar a una sola persona. Por el momento, Arthur y yo nos encargaremos de encontrar al culpable.

—Supongo que has decidido que vigilaré a ese crío mientras tú juegas al escondite con lady Button.

—La mejor forma de hallar a una mujer curiosa es proporcionándole lo que busca. —La sonrisa que se dibujó en el rostro del detective reflejaba lo importante que era aquel caso para él —. ¿Harrowshire supone demasiados recuerdos para que marches hacia allí en los próximos días?

—Lo haré solo por no darte la razón.

—Robinson era mi otra alternativa para cederle el marquesado —añadió Stawson tamborileando sus dedos sobre la mesa—. A veces, ser la segunda opción provoca un deseo oscuro en nuestros corazones. Es posible que ese mismo anhelo fuera el que llevara a lady Redfield a cambiar su vida para siempre. Y al parecer lo ha conseguido de una forma un tanto fortuita. ¿No creen?

El silencio que danzó entre ellos fue tan incómodo que Wyatt sintió que se asfixiaba. Todas las señales apuntaban a que Diane estaba relacionada con los hechos; y si quería mantenerla al margen de todo lo sucedido, lo primordial era empezar con su plan.

# Capítulo 16

El jardín de los Martin era uno de aquellos lugares que le transmitía la tranquilidad que necesitaba justo en ese momento. La suave brisa que mecía las copas de los árboles mimaba sus cabellos como si se tratara de una reconfortante caricia. Diane cerró los ojos disfrutando del olor a roble, a hierba húmeda debido a las continuas lluvias y a madera recién cortada.

Su vida había cambiado demasiado en cuestión de poco tiempo. No solo había abandonado Mayfair con un hombre a su lado, sino que ahora debía ser parte de un matrimonio que ninguno de los dos deseaba.

Wyatt Mitchell era una persona bastante desconfiada. Cada vez que tenían una conversación notaba cómo existía una gran barrera entre ellos. A pesar de que le costara ceder en ciertas situaciones, era comprensivo y hacía su vida sin hacerla partícipe de ella. Sin embargo, existía algo que llamó su atención por completo y era esa extraña adicción por encontrar a la mujer que existía tras la gaceta.

«Me tienes demasiado cerca para percatarte de dónde me encuentro», pensaba cada madrugada cuando lo veía examinar cada una de sus palabras.

—Deberías detener esta locura antes de que no puedas escapar de ella —advirtió Genevieve llamando su atención—. Tu imprudencia podría causarte más problemas de los que ya tienes.

El suspiro que escapó de sus labios fue largo y derrotado. Si tuviera que definir a cada una de sus amigas más cercanas diría que la duquesa de Norfolk era la más autoritaria de todas. Su porte no había cambiado en los últimos meses, seguía mostrando una actitud seria e impasible frente al mundo. Debía admitir que el embarazo había dulcificado sus facciones: su cansancio además de sus labios fruncidos debido a la incomodidad le daban un toque mucho más joven.

—He sido la víctima en un juego de hombres, Gen —masculló la Redfield dispuesta a comer unos dulces de más a modo de venganza—. No pedí que se sacrificara por mí.

—Ambas sabemos que no se refiere a tu reciente matrimonio —Evelyn cruzó las piernas en una posición nada elegante, siempre iba en contra del protocolo y las normas de etiqueta. Por esto no le importó mostrar el pantalón que escondía bajo sus faldas ni lo cómoda que se sentía por ello—, sino a tu profundo admirador, B.

Diane abrió la boca, ofendida. Siempre que se encontraban las tres solas, sin nadie que pudiera escucharlas, salía a la luz el mismo tema: lady Button, la gran polémica que hacía temblar a toda la alta sociedad.

—«Degollarme» sería la palabra más cercana a lo que desea hacerme.

—Es curioso —Genevieve llamó la atención de las dos mientras palpaba su vientre—. Todo

hombre desea mantenerse alejado de lo que termina escrito en esa gaceta, pero el señor Mitchell parece buscar pistas en cada una de sus palabras. Supongo que debe tratarse de un asunto muy personal.

—Su hermana pequeña ha descubierto la infidelidad y muerte de su esposo gracias a ello, así que no debo ser de gran estima para él.

—¿Crees que debe ser el motivo? —Eve se sirvió una nueva taza de té, quería al servicio lo suficientemente lejos cuando trataban aquellos asuntos—. Quizá sea algo mucho más personal.

—Un hombre teme que todos sus secretos salgan a la luz y da la casualidad de que yo soy la que expone esos hechos. —Ladeó un poco la cabeza, complacida—. De hecho, ya he aceptado este enfrentamiento. Voy a deleitarme con cada una de sus frustraciones mientras intenta dar conmigo.

—No es lo más apropiado, Di —la amonestó la duquesa, enfadada.

—Todo lo adecuado para nosotras se basa en callar, mirar a otro lado y aceptar una realidad que no merecemos. —La mirada de la Redfield se posó de manera fugaz en el vientre de la duquesa, cómo añoraba poder vivir una situación similar, pero eso sería imposible—. Cuando lo has perdido todo no te importa caer al vacío, Gen. Nada tiene sentido cuando ya te han señalado, deberías recordarlo.

—Lo sé...

—Podríamos hablar de algún acontecimiento más interesante —añadió lady Hunt agobiada por tratar temas un tanto difíciles—. ¿Vas a dejarte atrapar?

—Para nada —admitió—, tan solo voy a seguir sus pasos con cautela. Sé que intenta averiguar quién ha intentado incriminarme, aprovecharé su cercanía con el caso para deleitarme con tal información.

—¿Y qué me dices de la mujer de Seamus? —preguntó Gen de nuevo—. ¿Vas a seguir una búsqueda sin sentido?

—¿Cómo te sentiste cuando descubriste que Harry Nightfall era tu medio hermano?

La duquesa guardó silencio largo y tendido. La fortaleza que había ido creando a su alrededor fue descendiendo con el paso de los años: ya no tenía miedo a decir lo que pensaba, ya que nadie la haría sentir miserable por ello.

Harry no dudó ni un instante en reducir a cenizas el pequeño imperio que Wallace Martin había dejado para su esposa. Tomó su patrimonio y lo hizo parte de Gloomily House para que su viuda no pudiera disfrutarlo. Sin parecerle suficiente, urdió un plan donde su hija caería a sus pies y cuando la tuviera para sí mismo la desecharía. Sin embargo, aquel enfurecido carácter se fue disipando poco a poco. Lydia consiguió que la impotencia de un hombre que perdió a su madre fuera sanando sin ni siquiera darse cuenta. Pero cuando quiso mirar a la realidad a los ojos todo estaba reducido a cenizas: su sobrina era su vida, y avergonzado decidió marcharse durante un tiempo.

—Engañada.

—Esa es la palabra que me persigue cada noche —comenzó a decir, derrotada—, las preguntas se agolpan en mi mente: ¿acaso no era suficiente?, ¿estoy defectuosa?, ¿no merezco ser feliz?

»Por eso necesito saber quién fue la persona a la que no dedicó sus dolorosas palabras, quiero dar fin a todo esto.

—Qué masoquista —canturreó Evelyn con la diversión deslizándose por sus ojos verdes—. Este debería ser mi momento de apostar con Genevieve, ¿no crees?

—¿Apostar?

—Gen —nombró a la duquesa para que la mirara—. Apuesto que nuestra querida Diane terminará en los brazos del detective más famoso de Londres en cuestión de poco tiempo.

—Lamento decirlo, pero... —Genevieve carraspeó con cierta incomodidad—. No puedo aceptar un enfrentamiento de tal calaña porque perdería. Lo siento, Di, pero sabemos bien cómo acabará esto.

Diane asintió como si le hubieran perforado el corazón. Desde niña le gustaba apostar contra su hermano, de esa forma garantizaba nuevos vestidos a su armario, joyas y algunos tocados.

Debía admitir que no le gustaba estar en el ojo del huracán, ahora no era ella la que se acomodaba para admirar todo suceso que pasara a su alrededor. Fulminó a ambas dispuesta a levantarse, pero se detuvo cuando vio que Melissa, la ayudante de cámara de su amiga, corría hacia ellas como si le fuera la vida en ello.

—En otras circunstancias me sorprendería tu desesperación, pero si Sunlight Grove House no está en llamas significa que no ha pasado nada que nos mantenga en peligro. —Enarcó una ceja la duquesa de Norfolk haciendo un nuevo gesto para que Evelyn le acercara un glaseado.

—Podría haberlo tomado con calma, pero me han dicho que era un asunto de vital importancia. —Lisa se echó los mechones castaños hacia atrás, intentó recuperar el aire perdido y miró hacia atrás esperando a su acompañante—. Es para usted, lady Diane.

—¿Para mí?

La Redfield se inclinó hacia adelante con un atisbo de curiosidad deslizándose por sus orbes verdes. No había pedido que la avisaran acerca de ningún tema que tuviera que tratar con urgencia. Extrañada, tomó la decisión de levantarse, alisó su larga falda y visualizó a un niño de apenas ocho años con una visera raída, además de unos pantalones que no se ajustaban a su altura.

—¿Qué ocurre, Lou?

Tanto Evelyn como Genevieve se miraron incrédulas, no entendían la relación que podría tener la hermana del duque con un niño procedente de la zona este de Londres. Se agachó para quedar a su altura y esperó paciente que sus palabras tuvieran cierto sentido en sus oídos.

—Al parecer tengo que marcharme —anunció—, tendremos que posponer la tertulia para otro momento.

—¿Tenemos que preocuparnos por tu interés en tener oídos en todas partes?

Diane curvó sus labios hacia arriba, tomó la mano del pequeño sin importar que las tuviera sucias y reverenció a ambas con cierta pleitesía.

—Hay asuntos a los que prefiero no dar voz en estos momentos.

***

«El señor Mitchell ha ido esta mañana a ver a lady Johnson, la modista más cotizada por la alta sociedad, dicen que debe verse a las cinco en punto en su tienda con la mano derecha de Chandler que al parecer es una mujer», le había susurrado Lou.

La señora Johnson no destacaba por ser una mujer demasiado amigable. A pesar de codearse con personas pudientes no había amoldado su personalidad a nadie. Con su destacable ceño fruncido y su mandil repleto de agujas, observó a Diane deleitarse con las diferentes muselinas que habían llegado a la tienda.

La hermana del duque se centró en el color melocotón que estaba a su derecha, palpó su textura, pero le pareció demasiado dura para su gusto. Su mirada fue a parar en una de tono berenjena: suave, opaca y podría combinarse con el dorado que tanto le gustaba. Sin embargo, volver a ataviarse un vestido oscuro le traía demasiados malos recuerdos, por lo que desechó la idea por completo.

—*La flor de cerezo abrirá sus pétalos a primeros de abril* —dijo la modista con un tono tan casual que la dejó perpleja.

—¿Perdón?

—No importa.

Perdida en sus pensamientos, caminó entre telas intentando descifrar unas palabras que no tenían nada que ver con las texturas que había valorado. El bullicio no tardó en hacerla invisible dentro del establecimiento, por lo que esperó que los minutos dieran paso a la hora cúlmine de la reunión.

«¿Serán unas palabras en clave?», pensó ella llevándose el dedo índice a los labios.

No muy contenta por el rumbo que tomaba la situación, buscó algo referente a Japón: las escasas sedas que llegaban al país y el algodón no debía estar expuesto para toda dama que anhelaba un vestido de una calidad tan exquisita.

—Lady Johnson —llamó su atención con una avergonzada sonrisa en sus labios—. Al parecer mi hermano ha tomado la fatídica decisión de buscar esposa justo en este momento. Hay alguien en su pensamiento, pero no quiere decirme de quién se trata, por ello me ha pedido que me lleve la tela más cara que tenga en su tienda.

»He pensado en un tono... rosa pálido. No estoy muy segura de si las debutantes de esta temporada han encandilado al duque.

Las damas que se encontraban en el lugar comenzaron a cuchichear inquietas con sus madres, no estaban dispuestas a dejar escapar al duque de Redfield sin haber luchado por él. Diane se disculpó con su hermano mentalmente, prometía recompensarlo con alguno de sus postres favoritos como cuando eran niños.

—Seguro que ha traído algo de oriente, Johnson —gruñó una de las recatadas madres—. Sabe que mi familia siempre ha pagado con honores su trabajo, así que no se atreva a ocultarlo.

—Los Daughtry contamos con una pudiente reputación, lady Johnson —añadió otra enfrentando sutilmente las miradas de sus enemigas—. Estoy segura de que no quiere que tengamos un desafortunado incidente.

La aludida no sabía cómo manejar la situación, le resultaba mucho más fácil lanzar unos cuantos gruñidos al aire que enfrentar a varias viudas sedientas de un marido adecuado para sus hijas. La escuchó disculparse, negar la incorporación de las telas a su tienda en las últimas semanas, por lo que Diane aprovechó para escabullirse a la trastienda.

—«Flores de cerezo en abril» —susurró para sí misma mientras se deleitaba con los pedidos que guardaba para las clientas más exigentes. Por lo que recordaba tenía la manía de ordenar los materiales por meses, así que entró en la trastienda donde las costureras hacían los arreglos necesarios para ajustar el atuendo perfecto—. Las telas que pegan a la estantería son del mes de febrero, las que busco tienen que estar cerca de la zona de arreglos porque solo pueden ser vistas y tocadas por el personal de la tienda.

»Estoy segura de que las guardan aquí como último recurso para las clientas más exigentes.

Una luz tenue sorprendió a la Redfield. En uno de los taburetes de madera donde debían estar las muchachas trabajando sin descanso se encontraba Wyatt. Sus piernas estaban estiradas como

si el día hubiera sido tedioso y hubiera tomado la decisión de descansarlas. Movía su cuello de un lado a otro con la esperanza de que la tensión en su cuello desapareciera. Estaba de espaldas, con la larga chaqueta oscura que lo acompañaba en cada una de sus expediciones, pero lo que más le sorprendió fue la maraña oscura que ocultaba sus ojos azules.

Esperaba a alguien, como imaginaba.

El repiqueteo de sus pasos alertó al detective, este poseía un oído lo suficientemente fino como para girarse con brusquedad. Diane se apresuró a esconderse entre los largos rollos de tela, era imposible que diera con ella en un lugar tan estrecho.

«Pero sabe que hay alguien aquí».

—Curioso. —Su voz se elevó con aquel matiz grave que ya conocía—. Como imaginaba, conoce la organización de lady Johnson con su material, así que imagino que su nivel económico debe ser lo bastante pudiente para poder permitirse seda proveniente de Japón.

Diane abrió los labios sorprendida, acalló su quejido tras las palmas de sus manos e intentó que su respiración no sonara tan desesperada como ella la oía.

—¿De verdad pensaba que hablaría un asunto importante con cualquier persona? —Rio el detective con ironía—. Lamento decirle que llevo demasiado tiempo en esta profesión como para saber que Londres tiene demasiados oídos en todas partes.

«Así que me has tendido una trampa», corroboró ella sintiéndose una completa estúpida.

—He venido a advertirla de que no importa cuánto se escabulla, lady Button —dijo en un tono tan solemne que le habría gustado lanzarle algo a la cara—, la atraparé cuando vea conveniente. Porque estoy seguro de que conoce la verdad de este caso, como otros tantos donde ha metido la nariz.

»Pero no se preocupe, no le queda demasiado para perder sus privilegios. Londres dormirá mucho más tranquila sin sus condenadas afirmaciones. Si cree que puede seguir protestando como si tuviera el poder en esta sociedad, está de lo más equivocada: hoy le permito huir, pero será la última vez que mis manos sean incapaces de atraparla.

«No se altere, señor Mitchell, juguemos. Si quiere aferrarme con tanto deseo tendrá la oportunidad de saber quién se esconde tras cada una de sus frustraciones», prometió en una actitud solemne.

# Capítulo 17

—He traído la solución a tus grilletes.

El tono estridente del duque hizo que Diane soltara un melancólico suspiro. Volver a Rousefield no estaba siendo de su agrado. Si hubiera tenido la oportunidad de decir aquello que pensaba habría quemado la mansión con muebles, tapices y cuadros incluidos.

La herencia de sus padres no solo destacaba por sus grandes negocios fuera del continente, también lo hacía por sus tierras y las dos grandes casas gemelas que sus hijos heredarían por igual.

El padre de Juls jamás infravaloraba el lugar de su hija pequeña. Por más que su destino fuera formar una familia y perpetuar el apellido, su dote sería llamativa y de lo más jugosa.

Cuando se casó, Seamus no puso objeciones en marcharse de su hogar para regir uno más grande, prestigioso y con mucho más dinero. Se sentía pletórico por poder avanzar en la escala social. Por el contrario, su esposa lo consideró una bonita forma de comenzar: Redfield y Rousefield verían crecer no solo la parte monetaria de su linaje, sino también los valores que siempre les habían inculcado sus padres.

Lástima que su bonito cuento de hadas se cubriera de un telón negro como el azabache antes de poder comer perdices.

—Vaya, qué gran privilegio —ironizó ella restándole importancia a su presencia—. ¿A quién has tenido que donar una suma significativa para conseguir una licencia matrimonial?

—Odio cuando me fulminas con la mirada como si hubiera destrozado tu muñeca favorita.

—Era de porcelana —le recordó—, y la hiciste añicos.

—Di...

—¡No solo has conseguido lo que querías! —Hizo un mohín incómodo mientras se levantaba del sofá en color oliva en el que habían compartido tantos momentos—. Dijiste que nos darías un hogar para comenzar y me traes de vuelta aquí. ¡Vas a volverme loca, Julian Redfield! Y si eso pasa, me aseguraré de hacerte la vida imposible.

El duque escuchó largo y tendido cada una de las quejas de su hermana pequeña. Su rostro no mostraba indicios de querer continuar aquella batalla dialéctica que había comenzado. Se permitió dar unos pasos hacia Diane para depositar un suave beso en su coronilla, el olor a azaleas que desprendieron sus mechones dorados lo arrastró a su infancia. A los momentos donde era demasiado pequeña para comprender el mundo que tenía a su alrededor.

—Si te sientes incómoda podéis mudaros a mi mansión.

—Lo único que quiero que entiendas es que todo esto me destroza —susurró en un tono

apenas audible—: prometo buscarte una esposa y sabrás lo que es bueno.

—Gruñona.

—Fanfarrón —replicó la Redfield mostrándole su ceño fruncido.

—Esto que tengo aquí te garantiza seguridad y protección —respondió Juls mostrándole la licencia que había conseguido en cuestión de días—. El obispo ha concretado su aprobación con fecha de hace medio año. Necesito la firma de Mitchell y la tuya para el registro: lleváis casados cuatro meses.

—Tu afán por atar cabos es asombroso.

—Está bien —susurró notando que el enfado hablaba por ella, se dejó caer en el sofá e hizo un gesto para que se sentara a su lado—: pon condiciones. Rousefield es tuya, tú pones las normas.

—¿Y qué hay del señor Mitchell?

—Le resultará indiferente que quieras quemar el salón.

—¡¿C-cómo has ...?!

—Nuestra extraña conexión de mellizos sin serlo. —Juls mostró su sonrisa más cautivadora, por lo que su enfado comenzó a descender poco a poco hasta reducirse a cenizas.

Diane se deleitó en observar el gran hueco vacío que había sobre la chimenea. Aún se podía vislumbrar que allí estuvo durante mucho tiempo un cuadro encabezando el poder de aquel hogar. En él aparecía ella perfectamente acomodada sobre una silla, con las manos sobre el regazo y su mirada hacia el infinito. Seamus estaba de pie tras ella mostrando una fortaleza que su hogar ni siquiera tenía. Por eso no temió en quitarlo de su camino, después de todo no era una mujer de conservar los recuerdos que le generaban una desazón en el estómago.

—No quiero usar la alcoba que compartíamos —dijo ella rompiendo el silencio en mil pedazos—, puedo lidiar con la presencia del señor Mitchell lejos de ese lecho.

—La cerraremos con llave, Di.

—Por favor. —Su voz tembló más de lo que quería mostrar, prefirió centrar su atención en aquellos mechones traviesos que escapaban de su recogido—. Cada rincón de este lugar me recuerda a él y odio que sea así. Padre y madre querían proporcionarme mi pequeño castillo, no una herida que no deja de supurar.

—Entonces déjalo ir —dijo Juls palpando la mano de su hermana—. Solo las personas proporcionamos a estas paredes una dulce melodía o una trágica historia. Estoy seguro de que serás capaz de hacer brillar Rousefield como tenías pensado en un principio. Además, la presencia de Mitchell creo que de por sí te divierte.

—Más de lo que me gustaría admitir.

Su enfrentamiento en la tienda de lady Johnson había acelerado su corazón. Lo creía un arrogante sin experiencia y resultó mucho más perspicaz de lo que imaginaba. El nerviosismo que recorría su cuerpo era tan extraño como gratificante, le daba la oportunidad de sentirse viva. De ser partícipe de una tortuosa partida donde podría derrotarlo mientras se mofaba de la situación.

—¿Qué harás si se percata de que eres lady Button? —preguntó el duque llevando el peso de su pierna izquierda sobre la otra—. Para él todo lo sucedido con Chandler es culpa suya.

—Toda acusación necesita ser expuesta con la verdad.

—Es fácil poder refugiarte entre tus letras —le recriminó Julian al recordar algunas que otras palabras relacionadas con su soltería—, pero la intimidad con un esposo al lado no será la misma.

—¿Dices que lo único que debo hacer es mantener mis barreras en todo momento?

—No —suspiró él—, solo quiero que tengas cuidado. Wyatt Mitchell no descansa hasta poder palpar la verdad entre sus manos y tú no serás la excepción.

—Una buena presa debe ser capaz de tener ojos en cualquier lugar para no ser devorada por su depredador. —Ladeó la cabeza con tal musicalidad que soltó una pequeña sonrisa—. Y resulta que cuando él ha dado tres pasos yo me he adelantado unos seis.

***

Cuando sus pies tocaron el pequeño sendero que conducía a la mansión que lo cambió todo para ella, tuvo una gran sensación de desasosiego. Harrowshire era la obsesión de la sociedad británica. Tener la oportunidad de alquilarla durante largas temporadas era algo inusual y propio de las familias más pudientes de Londres. Tras lo sucedido años atrás danzaban a su alrededor miles de historias que le daban un semblante terrorífico, pero Diane sentía la imperiosa necesidad de volver a ella de vez en cuando.

El pequeño chapoteo del agua llamó por completo su atención. Sus ojos se posaron en la gran fuente donde Anfítrite nadaba acompañada de sus hijos, siendo esa madre que la joven Redfield deseó ser alguna vez. Los setos podados de manera estridente le recordaron el bullicio de aquella noche, el palpable dolor que danzaba por su cuerpo y que tan bien ocultó tras una suave sonrisa.

¿Qué habría sucedido si esa noche no hubiera cambiado su vida?

—¿Está segura, lady Redfield? —le preguntó su cochero al ver que no se movía de su lugar—. No tiene por qué hacerlo.

—Me sana. —Esbozó una dudosa sonrisa a la que él no llevó la contraria—. Ve a los establos, nos marcharemos en un par de horas como de costumbre.

—A sus órdenes.

Diane se mantuvo impasible a los pies de la escalinata que la separaba de cada una de sus pesadillas. Llevaba una enorme capa de terciopelo azul donde escondía sus mechones dorados. Quien pudiera deleitarse con su figura diría que era una ninfa escondida bajo las vestimentas de una respetable mujer con un propósito en mente; sin embargo, cambiar los tonos rosas, dorados y amarillos tan solo era una forma de despistar a cualquier persona que pudiera perseguirla.

Después de todo, su visita no solo tenía la intención de avivar el dolor, sino también despistar a su captor.

Con la elegancia que siempre danzaba a su alrededor, tomó ambas puntas de su vestido. Subió los escalones permitiendo que su pequeña cola acariciara cada escalón a su paso, como si su presencia fuera la de alguien que pensaba dejar huella.

Una vez que su presencia fue avistada por el servicio que estaba a las órdenes de la familia Rutherford, fue conducida hacia el despacho del futuro heredero.

La distribución de la mansión no había cambiado en aquellos doce años. Poner un pie en su interior la hizo sentir dentro de aquella continua pesadilla. A su nariz le llegaba el olor del asado con ciruelas que se sirvió esa noche. La sutil fragancia a chocolate que tanto abrumaba a los invitados y la curiosa broma sobre las pequeñas tostas de mantequilla tan propias de Almack’s.

—¿Me permite anunciarla? —preguntó la sirvienta cuando se detuvieron delante de la puerta —. El señor tiene claras instrucciones de que...

—No será necesario, ya me encargo yo.

Dudosa, retrocedió de forma silenciosa, no quería tener ningún altercado con el muchacho que

pronto tomaría los negocios de su padre, aunque todos sabían que tras su implicación en la muerte de Odette pocas puertas estarían abiertas para Jaime. Diane obvió tales pensamientos, tomó la manilla con su mano enguantada y se atrevió a poner un pie dentro de un despacho que destacaba por sus altas estanterías de madera oscura que conjuntaban con los sofás en tono mostaza.

De espaldas, con una pose un tanto desconocida para ella, Jaime Rutherford admiraba unos jardines que no eran suyos. Con lentitud giró la cabeza para amonestar al servicio, pero cuando advirtió la presencia de Diane tan solo pudo sorprenderse. Abrumado y con una fugaz sonrisa en su rostro, dio un par de zancadas para llegar a ella.

—¡Milady! —exclamó anonadado—. No esperaba su visita tan pronto, creo que la última vez que nos vimos fue hace un par de semanas.

—Lamento si vengo en mal momento —susurró ella notando cómo posaba sus labios sobre su mano—. ¿Tengo permiso para felicitar al conde por su vigésimo cumpleaños?

Él suspiró como si no tuviera más opciones, deshizo el efímero agarre y abrió sus brazos como si Diane fuera esa hermana mayor que siempre añoró y nunca tuvo. Aliviada porque su lado más dulce no hubiera desaparecido, se aferró a sus brazos con tal cariño que se sintió como en casa.

No importaba lo inadecuada que podía ser la situación, para ella Jaime siempre sería un bálsamo para sus heridas. Porque cada vez que el incesante dolor se hacía paso entre sus sueños, recordaba a ese muchacho de apenas ocho años que advertía al duque de Redfield la forma más adecuada para que pudieran salir de Harrowshire sin ser vistos. Si cerraba los ojos veía su semblante seguro: no tuvo miedo de ver cómo la sangre avecinaba una tragedia para ella. Tan solo tomó su dedo índice y anular con el único deseo de salvarla del mal que la acechaba.

Diane siempre pensó en aquel niño aventurero. Ese que tenía pavor de ser visto por los invitados y a la vez lo dio todo para que su bebé pudiera ser salvado. Por eso no se alejó de él cuando se descubrió lo sucedido con la primera esposa de Arthur Stanley. Siguió visitándolo cada mes como si sus vidas hubieran sido unidas para ser una inusual familia.

—Debo decir que no están siendo los mejores años de mi vida —admitió Jaime encogiendo un poco los hombros.

—Estoy sorprendida de que Harrowshire siga siendo su actual residencia.

—Bueno, sobre eso... —Él desvió su mirada hacia uno de los libros abiertos que se encontraban sobre su mesa—. He hecho todo lo posible para hacerme cargo de mi familia. Me siento complacido de que mi madre mejore cada día.

Sus palabras le resultaron un tanto extrañas. Según le había contado Julian, los Rutherford habían perdido la fuente principal de sus ingresos: ahora que el patriarca se encontraba entre rejas se mantenían a flote de una forma un tanto desconocida.

—¿Cómo lo ha logrado?

—¿El qué? —preguntó Jaime mientras le cedía el brazo. Siempre que Diane lo visitaba paseaban por el jardín durante un buen rato hasta que terminaban tomando el té cerca de las azaleas que tanto le recordaban a ella—. ¿Mantener a flote toda esta mentira?

—No lo llamaría de tal forma, pero han sucedido muchas cosas y...

—Sugiero que empecemos con nuestra rutina, lady Redfield. —Curvó sus labios hacia arriba perdiéndose de nuevo en sus pensamientos—. Estoy seguro de que el cambio de su visita no ha sido solo porque me eche de menos, sino porque hay algo que la ha traído aquí.

»Es curioso, pero Harrowshire tiene ese efecto en la gente. Cuando vienen de visita dejan una historia en sus paredes, tras sus columnas y en sus grandes terrazas. Por eso, cada noche el

murmullo hace temblar sus cimientos: estas paredes han visto tanto amor como desamor durante el paso de los años.

—Tiene toda la razón —admitió Diane aferrándose a su brazo derecho—. De hecho, necesito un pequeño favor antes de salir al jardín.

—¿De qué se trata?

—Solo permítame unos minutos con la ayudante de cámara de su madre —hizo una breve pausa—, lo hablaremos más tarde.

—Harrowshire es tan mía como suya, milady, tómese el tiempo que necesite.

# Capítulo 18

Jaime esperó paciente, a los pies de las escaleras, a que su visita terminara de acicalarse. Debía admitir que se sentía feliz porque sus continuas apariciones no hubieran desaparecido con el paso del tiempo. Sabía bien que gran parte de la sociedad británica había excluido a su familia de cualquier evento o privilegio tras las conspiraciones de su padre. Puede que no hubiera sido él quien matara a Odette, pero se había visto implicado en un gran robo donde conseguía una enorme suma de dinero.

El futuro conde no se había atrevido a visitarlo en la cárcel. El daño que hizo a su familia fue tan horrible que tendrían que lidiar con las secuelas durante mucho tiempo: Harrowshire ya no sería el lugar al que todo el mundo deseaba acceder, tan solo sería una mansión embrujada y calumniada durante el paso de los años.

—Lo lamento —Diane llamó su atención desde el piso superior, tomó su vestido y bajo la larga escalinata más deprisa de lo que era adecuado—. ¿Qué tal estoy?

Él la observó durante un largo rato asombrado por el extraño cambio que había hecho en su cabello. La familia Redfield destacaba por sus lacios mechones tan rubios que parecían blancos al sol, pero en ese momento se entrelazaban formando unas ondulaciones poco propias de este. La capa parecía oscurecerlos bajo su manto proporcionándole un semblante misterioso y alejado de la seguridad que siempre transmitía con su amplia sonrisa. Incluso, ahora que se fijaba, era la primera vez que la veía vestida de un tono azul índigo que poco hacía lucir sus ojos. La tonalidad de sus labios tomaba un tinte carmesí, incluso la capa de polvos que se aferraba a sus mejillas la hacía ver mucho más joven.

—Diferente.

—Es un gran halago —ella movió la cabeza con cierta elegancia, tomó su brazo y emprendieron el rumbo por los serpenteantes caminos que daban a la entrada del laberinto que se encontraba en el corazón del jardín—, aunque era mi intención.

—Diane —dijo él dejando su estilo coloquial de lado para saciar su interés en su efímero disfraz—, ¿qué te traes entre manos?

—Debo ahuyentar unos cuantos ojos de mí —advirtió—, y creo que lo más sensato es que me parezca a la esposa de uno de los hombres que son parte de la Cámara de los Lores.

Jaime abrió los labios algo dubitativo, pero tan solo admiró el color rojizo de las rosas que tenía más cercanas. Desde hacía bien poco él también formaba parte de aquel grupo y, aunque la idea no le entusiasmara por su gran miedo a hablar en público, era algo que debía hacer.

—He oído que estuviste retenida en Bow Street por el asesinato de Miles Chandler —dijo él

captando su atención—. ¿Intentas que no descubran que te mueves a placer?

—Mientras me hago pasar por Daphne Stanley, sí —finalizó sus efímeras insinuaciones—. Hacerlo me protege y sé que no la pondrá en peligro.

—Ahora entiendo el cambio de vestimenta, los bucles, el maquillaje... has dejado tu lado más recatado de lado.

—Yo lo llamaría «elegante» —lo corrigió con dulzura—. Debería preocuparte estar en el punto de mira.

—Nunca he dejado de estarlo —suspiró mientras alzaba su mentón en dirección al cielo—. Me he cansado de tener miedo, Di. Estoy exhausto de esconderme tras mi madre, escuchar las carcajadas de los demás mientras me mantengo en silencio.

—¿Y cuál ha sido tu secreto para ser valiente?

Jaime no dijo nada. Había algo en aquella batalla silenciosa que se deslizaba por su mirada que realmente le preocupaba. El futuro conde destacaba por su notable altura, sus largos mechones oscuros y una barbilla bien perfilada que le daba un aspecto varonil a pesar de ser tan joven. Abrió los labios, los cerró e intentó tomar la fortaleza de cualquier lugar donde no creía posible tenerla. Tras conseguirlo, susurró:

—Me he casado, Diane.

—¿C-cómo? —Parpadeó confundida, sin duda no esperaba la respuesta.

—La verdad que ahora esconde Harrowshire es que me he casado con una mujer fuerte, decidida y... con un gran capital —admitió avergonzado—. Por ella mantengo esto, mi madre es atendida por los mejores galenos y seré parte de la Cámara.

—¿P-puedo saber de quién se trata?

—No. —Le regaló una triste sonrisa—. A ojos de todo el mundo solo soy los resquicios que dejó mi padre atrás, pero tomé la decisión de que si no era lo suficientemente valiente por mí mismo lo sería porque me necesitaran: ella me necesita de alguna forma y yo a ella.

—Puedo deducir que es alguien importante —aseguró la Redfield dando algunos pasos a su alrededor como si se tratara de esa invisible detective que se encontraba oculta tras su gaceta—. ¿Me equivoco?

—No —admitió él—. ¿Te importa si te hago una pregunta?

—En absoluto, debo admitir que soy un auténtico dolor de cabeza cuando deseo saber algo.

El futuro conde esbozó una pequeña sonrisa y la condujo hacia las azaleas; sus pétalos en un tono rosa pálido destilaban la misma belleza que el tacto de la seda, pero su centro de un color más oscuro captaba el interés de seguir admirándolas. Diane se inclinó sobre ellas para disfrutar de su dulce fragancia, la guardó en su consciencia, además de atesorarla como un recuerdo importante.

—¿Por qué vuelves a este lugar si abre tus heridas?

La aludida se mantuvo estática en aquella posición, tanto su ayudante de cámara como su cochero siempre le advertían que volver al lugar de lo ocurrido tan solo ocasionaba dolor y sufrimiento. Diane no lo veía de esa forma, tenía la extraña necesidad de quedarse con cada detalle, recordarlo hasta comprender por qué había ocurrido de aquella manera. Le daba vueltas, buscaba alternativas y acallaba a su inseguridad susurrándole lo valiente que era.

—Es mi forma de seguir —comenzó a decir en un hilo de voz—. Si vuelvo aquí y paso por ese enorme salón, recuerdo cómo era la sensación de tenerlo en mi vientre. Sonrío cuando veo a esa Diane que creía que podía ser feliz con solo ser dulce y educada.

»Siempre que la observo me digo a mí misma que sería mucho más fácil ser ajena a la

realidad, pero es la que me da fuerzas para ser valiente y no vivir lo mismo de nuevo.

—¿Crees que volverás a amar, Diane?

—Tengo el corazón roto, Jaime —dijo ella con voz temblorosa—. ¿Qué hombre desearía a una mujer así?

Jaime esperó, paciente, que girara sobre sus talones; un pellizco en el estómago le advirtió que no soportaba verla sufrir de ese modo. Dudoso, acortó los pocos pasos que los separaban y la aferró como ese hermano tímido que admira a la mayor y desea infundirle sus fuerzas.

Un sollozo escapó de las cuerdas vocales de la Redfield cuando sintió su calor, ocultó su rostro en uno de sus hombros y se permitió llorar en silencio. La conexión que tenía con aquel niño que años atrás le salvó la vida era muy diferente a la que tenía con Julian. Por eso volvía, porque para él también esa noche fue un nuevo comienzo. Por eso alzó las manos por su espalda y se aferró a la chaqueta color café de su traje. Se mantuvo así durante tanto rato que se movieron de izquierda a derecha como si aquel encuentro fuera un vals silencioso entre dos amantes, cuando ese hecho era muy ajeno a la realidad.

La mano del futuro conde acarició con mimo la capucha aterciopelada que cubría sus mechones dorados. Su deseo no era otro que calmar el dolor ante la pérdida de las dos personas que más había querido en su vida. Pero no consideraba que fuera el momento de anclarse en el pasado: Diane huía de un crimen que no dejaba de apuntarla y su lugar no era Harrowshire en ese entonces.

—¡Milord! —gritó uno de los mozos que se apresuraba desesperado hacia ellos. Una vez que llegó, apoyó ambas manos en sus muslos; necesitaba recuperar todo el aire perdido desde su lugar en las caballerizas—. T-tiene visita.

—¿Visita? —repitió Jaime un tanto aturdido sin separarse de la Redfield—. ¿De quién se trata?

—El marqués de Cornualles —anunció el muchacho un tanto incómodo—, rondaba Harrowshire desde hace una escasa media hora, al parecer le ha visto y desea ser atendido inmediatamente.

Jaime parpadeó, confundido; su mirada no tardó demasiado en buscar los orbes esmeralda de aquella mujer que tanto admiraba y a la vez le resultaba tan caótica.

—¿Este era tu maravilloso plan?

—No esperaba que fuera tan eficaz. —Ladeó la cabeza acabando con el rastro de lágrimas que sonrojaron sus mejillas.

—¿Sabías que vendría hacia aquí?

—Intuía que empezaría una investigación alrededor de Chandler —admitió sorbiendo la nariz de una forma nada elegante, buscó uno de sus pañuelos y secó el reguero que aún quedaba en su rostro—. Sé que la Cámara intenta incriminarme, aunque no entiendo muy bien sus motivos. Al igual que conocía tu nueva posición dentro de ella, así que el señor Mitchell...

—Ha mandado a su mano derecha, esa que odia tanto a mi familia, para resolver por qué me siento en un lugar que no me merezco —adivinó él mostrando su decepción—. Porque si mi padre fue partícipe de un crimen, yo también puedo serlo de otro.

—Me temo que sí.

Jaime se pellizcó el puente de la nariz intentando controlar sus emociones. Tener que lidiar con los prejuicios de los demás era su pan de cada día. No era la primera vez que se mofaban, reían, juzgaban o intentaban controlarlo. Sus manos temblaron al sentirse diminuto a pesar de su gran estatura, pero intentó serenarse.

—Márchate —dijo con suavidad—. Sé que intentas descubrir la verdad, pero no sería adecuado que se percatara de quién eres: mi ayudante de cámara te guiará por la parte de atrás.

—Gracias, Jaime.

—Ve —insistió, no le agradaban demasiado las despedidas, por lo que prefirió hacerse uno con aquel lioso laberinto donde su padre confesó todo lo que escondía—. Vuelves a estar bajo mi protección.

—Le recordaré a Julian que empieza a perder su lugar como mi hermano favorito.

La sonrisa de aquel conde que temía enfrentar el mundo fue tan sincera como las palabras de un niño. Aunque debía admitir que enfrentar a Arthur Stanley de nuevo no era una de sus aficiones favoritas. Y más aún cuando la Cámara se había reunido en una improvisada reunión días antes. Justo en ese salón que una vez estuvo repleto de invitados que desearon festejar hasta bien entrada la madrugada y no fueron capaces de volver a casa.

# Capítulo 19

Para Arthur ser parte de aquella expedición había sido una deliciosa excusa para no lidiar con Marnie. Debía admitir que el sentido de la responsabilidad con las hermanas Watts le hizo maldecirse entre dientes. El gran cambio que suponía estar solo en SleepyWood a lidiar con el continuo bullicio en Golden Robes House llegaba a desubicarlo. Además, no solo contaba con tres cuñadas que poco a poco rozarían la edad de casarse, sino que tenía una hija de lo más avispada que se parecía demasiado a él.

Deseoso de alejarse de las preocupaciones que lo aguardaban en casa, tomó un carruaje en dirección a Harrowshire, aunque no le hacía la menor gracia. Sabía que su amigo quería alejarlo de cualquier recuerdo de aquella noche, pero sus heridas estaban cicatrizadas desde que Daphne había aparecido en su vida. No tenía por qué temer por él, su luto llegó a su fin en el momento en el que su corazón creyó conveniente que debía dejarlo marchar. Lo único que aún seguía adherido a su piel era el recelo, la molestia y la ira hacia la familia Rutherford. Por eso apretaba los puños con la intención de serenarse mientras llegaba a su destino. Se tomó su tiempo deleitándose con los coloridos jardines que rodeaban la mansión, aunque supuso que era otra excusa más para que su imprudencia no hiciera que lo echaran a patadas.

Agobiado por la cantidad de pensamientos que entraban a toda velocidad en su mente, tomó la decisión de caminar en dirección al laberinto: dos años atrás fue capaz de descubrir la verdad que se cernía tras la muerte de su esposa, y quizá ese hecho era un bálsamo para que sus heridas siguieran sumidas en un interminable sueño.

Los murmullos de una conversación lo condujeron hacia los arbustos de azaleas que tan poco le gustaban. Su mirada se centró en el vestido azul bastante voluminoso y terminado en cola. No podía deducir con exactitud si sus mangas estaban decoradas con perlas en un tono similar o si dibujaban algún estampado para darle una figura más etérea. Sin embargo, su corazón aleteaba confundido en su pecho: conocía demasiado bien los atuendos de Daphne y no podía comprender qué podía hacer en el lugar que casi le hizo perder la cordura.

Su abrazo a Jaime provocó que su sangre entrara en ebullición, la rabia lo habría llevado a zarandearlo por tal humillación. Pero estaba tan dolido por aquella extraña traición que deseaba llegar a su esposa cuanto antes: si existía algo que rompió en pedazos su corazón necesitaba saberlo y más aún cuando lo alertaban de su presencia para que pudiera huir lo suficientemente lejos de él.

El marqués de Cornualles acortó la distancia con aquel muchacho que tanto le molestaba. No contuvo sus ganas de fulminarlo, de que sus ojos pudieran arrancarle las entrañas y supuso que,

por su forma de encogerse, era bastante evidente su deseo de asesinarlo. Jaime tragó saliva mientras escondía las manos dentro de los bolsillos de su pantalón, quería hacer todo lo posible para que el miedo no se reflejara en su semblante, pero seguía siendo el mismo niño que se ocultaba tras sus padres y eso aumentó su molestia.

—N-no recuerdo haberlo invitado, milord. —El futuro conde soltó todo el aire que estaba conteniendo para poder comenzar la conversación—. ¿Tiene algún asunto que tratar conmigo?

—Maldito bastardo —escupió de una forma gutural—. ¿No resulta asfixiante la responsabilidad de los Rutherford con los Stanley como para que intente camelarse a mi esposa?

Jaime prefirió sumirse en un incómodo silencio antes de excusarse, si tenía que defenderse dentro de ese mundo repleto de depredadores era el mejor momento de tener valentía. Tiró un poco del interior de sus bolsillos dispuesto a cambiar por unos efímeros segundos y susurró:

—Entiendo que su enfado hacia mi padre sea tan amplio como para que me arrastre por completo, pero le aseguro que mi intención está muy lejos de incomodarlo.

—Sus movimientos son extraños, Rutherford —respondió él manteniendo el tono de reproche en cada una de sus palabras—, si tan arrepentido estuviera de las maldades de su progenitor no entraría a la Cámara como un caballero.

—Mi presencia en ella no tiene nada que ver con usted —suspiró mientras la tensión erguía más aún sus hombros—. Como todo hombre en esta sociedad tengo un lugar que defender, no hay nada más.

—Está implicado —aseguró sin ni siquiera buscar pruebas sobre ello—. Así consiguió el puesto de Chandler.

Jaime abrió la boca sorprendido, tal acusación habría provocado que lo echara a gritos, pero ni siquiera se sentía tan molesto como para ello. Meditó sus palabras durante bastante tiempo; los nervios de Arthur más se crispaban.

—Pertenezco al Partido Conservador, milord. —Hizo una breve pausa—. Según tengo entendido, Miles sería parte de los liberales. Por ello la burguesía comenzaba a hacer ruido al tener aún más voz dentro del partido.

Arthur recibió el ataque con elegancia, giró la cabeza centrando su atención en el oscuro camino que lo conducía al interior del laberinto. Debía admitir que la vergüenza que sentía en esos momentos lo habría hecho marcharse de manera inmediata, pero su orgullo le pedía que continuara tirando de unos hilos inexistentes.

—Más a mi favor para que ese mentecato fuera una amenaza para usted: sus ideas alejan a la nobleza de su poder.

—Me es indiferente —lo cortó de inmediato—. Se lo diré claramente y le rogaré que se marche de mi hogar: no tuve nada que ver con la muerte de Chandler. Lo único que puedo confirmarle es que los miembros de la Cámara, menos usted, se reunieron en Harrowshire hace unos días.

—¿Cómo? —El segundo golpe que recibió el marqués lo hizo tambalearse hacia atrás—. ¿Por qué motivo me han mantenido al margen de ello?

—Es cercano al señor Mitchell, su implicación con él no le permite actuar de manera imparcial. Se tomó la decisión de tratar el asunto de la forma más discreta posible. Lamento que se sienta herido en estos momentos.

—Mis emociones se alejan del estar dolido. —Frunció el ceño de tal forma que sus cejas parecían unidas en una sola—. No sé si deseo lanzarme sobre usted o ir a buscar a Robinson.

—Stanley —insistió de nuevo—, a la Cámara no le conviene que Diane Redfield no sea la

culpable. Se hará todo lo posible para guardar silencio, y por más que no sea de mi agrado no puedo hacer nada.

»Existe alguien implicado, un hombre que se busca desde lo sucedido en Ranelagh Gardens.

—No espera que me crea todo esto, ¿verdad?

—Tiene la opción de considerar que mis palabras son verídicas o por el contrario que intento mofarme de usted. Esa decisión no puedo tomarla yo.

Arthur sopesó sus palabras. Estaba seguro de que alguien tan asustadizo como Jaime Rutherford no sería capaz de dar la orden de matar a un pobre diablo. Quizá su presencia en la Cámara le proporcionara una férrea posición, pero se escapaba de su entendimiento el cómo la había conseguido.

—Quiero saber de quién se trata —exigió de nuevo el marqués—. Es evidente que se ha escondido a ese canalla para que las puertas de la sociedad británica sean cerradas para lady Redfield. Puede que esté a salvo, pero ser rechazada no tiene nada que ver con la ley de Bow Street.

—Rowan Berrycloth —reveló Jaime—, trabajaba para la familia Martin cuando el anterior duque seguía con vida. Dicen que lleva desaparecido desde entonces, aunque no puedo asegurárselo.

«Tendré que consultarlo con Wyatt, él sabrá donde se encuentra».

—Rutherford.

—No sé nada más, Stanley.

—Mi mujer —dijo sin más provocando que ambos se miraran a los ojos—. Si pretende confundirla le aseguro que cada ladrillo de Harrowshire temblará tanto como usted.

Jaime curvó sus labios hacia arriba. Era la primera vez que había mantenido una conversación sin tener que recurrir a su madre. Estaba seguro de que, cuando su esposa volviera del continente, lo alabaría por ello. Por eso se atrevió a dar un paso más. Uno que le haría ganarse un puñetazo, pero debía intentarlo solo por una vez.

—Ese asunto —comenzó a decir de manera imprudente—, debería hablarlo con su esposa, ya que fue ella quien vino a mí.

Por supuesto, Arthur le propinó un puñetazo que lo tumbó en cuestión de pocos segundos. Lo que él no sabía era que podía dolerle horrores la mandíbula, tener el labio inferior partido, pero había tenido la oportunidad de salvar a Diane de forma temporal.

***

Daphne perseguía a su marido de un lado a otro con la mirada. Su silencio crispaba aún más el ambiente, pero no le importó demasiado. Sus labios descansaban sobre una de las nuevas tazas de té pintadas a mano que había comprado recientemente. A su izquierda, Marnie enarcaba una ceja mientras mordisqueaba un pastel de chocolate; y a su derecha, la pequeña Aura movía las piernas con efusividad sin dejar de observar a su padre.

—Siempre he sido un hombre directo, princesa —comenzó a decir mientras ella ponía los ojos en blanco. Aura no tardó demasiado en imitarla—. He actuado como un imbécil en muchas ocasiones, pero fui sincero en todo momento. Si hay algo que debas decirme sobre Jaime Rutherford estaré encantado de escucharte.

Marnie escupió el trocito de pastel que acababa de llevarse a la boca. Su cuñado no tardó en

amonestarla mientras que Aura se ponía de pie sobre la silla para imitar los gestos de su padre: puño sobre la cintura, chasqueo de lengua y ceño fruncido.

—Arthur —susurró su nombre con delicadeza—, si estuviéramos tratando una infidelidad no sería el lugar más adecuado para hablarlo. Pero ya que decides exponer mi deber contigo, me gustaría saber por qué me acusas de algo que no he hecho.

—Has estado en Harrowshire. Te he visto allí.

—No he salido de aquí en ningún momento —replicó ella con molestia—. Además, me pediste que me quedara en casa para tratar el asunto de mi hermana.

—Vaya —dijo la aludida levantándose con un platillo en las manos—, he olvidado comprobar la temperatura de Shana por si sigue teniendo fiebre. Qué gran momento para marcharme de esta fatídica conversación.

—Marnie —la amonestaron al unísono.

—Volveré a regalaros la misma respuesta. —Sonrió con fingida dulzura—. No. ¡No! Seré una solterona con muchos sobrinos a los que cuidar.

—¡Necesitas ampliar tu familia! —replicó Daphne levantándose de la silla—. Lo hemos hablado miles de veces, llegará un momento en el que necesites seguir sin nosotros.

—Daphie —la llamó su hermana conteniendo su enfado—, tengo tres hermanas. Eso es suficiente para tener una amplia familia. Además, puedo cuidar de Aura para que busquéis un heredero.

—Pero ¿qué estás...?

—Al parecer llego en un mal momento.

La voz del detective captó la atención de los presentes, no sabía muy bien qué estaba ocurriendo, pero recibir a Aura con los brazos alzados fue suficiente para querer saber el motivo: no tenía intención de perpetuar su legado, pero eso no significaba que le desagradaran los niños.

—Papa dice que mamá es *indiel.*

—¿Cómo?

—Infiel —la corrigió Marnie negando con la cabeza—, pero no es algo que debamos tratar dos señoritas como nosotras. ¿Vamos arriba con las demás?

La pequeña asintió lanzándose hacia ella, solo fueron unos segundos los que tardó la mediana de los Watts en subir las escaleras para no ser interceptada por nadie. Wyatt no se molestó en detenerla, había advertido a Arthur lo difícil que le resultaría que su cuñada decidiera ser parte de la siguiente temporada. No le sorprendía en absoluto que Marnie hiciera todo lo posible para huir del calvario que le suponía el matrimonio. Lo único que no comprendía del todo era qué tenía que ver ese detalle con el matrimonio de los Stanley.

—¿Debería marcharme? —preguntó un tanto confuso.

—No es necesario —contestó su amigo—. Daphne estaba siendo cariñosa con Rutherford hace escasas horas y me gustaría saber el motivo.

»Después te mantendré al tanto sobre la nueva pista que poseo.

—Por supuesto...

—¡No he estado allí! —gritó frustrada su esposa dejándose caer de manera teatral sobre la silla —. Estoy felizmente casada contigo, aunque si vamos a volver a seguir unas normas y prejuicios que no deseo, puedes marcharte al bosque.

—¡¿C-cómo puedes decir...?!

—Un momento —intervino el detective antes de que la esposa de su amigo lo mandara a SleepyWood de manera indefinida—. ¿Cómo estás tan seguro de que era ella? Imagino que te

dirigiste allí para saber si Rutherford tuvo algo que ver con el asesinato.

—Reconocería ese vestido azul de gran volumen en cualquier lugar —dijo él derrotado—. Si no me equivoco fue uno de los primeros que le regalé. Llevaba la capa de terciopelo del mismo tono. Además, bajo la capucha escapaban algunos mechones ondulados del rubio dorado que posee.

Daphne abrió la boca anonadada y Wyatt se temió lo peor. No le gustó cómo escondía su sorpresa tras una de sus delicadas manos, ni la forma en la que se hizo pequeña en su asiento. La incomodidad lo llevó a pensar en su hermana, en su dolor al ser traicionada por otra mujer que consideraba mucho mejor que ella.

Las carcajadas de la mayor de las Watts no tardaron demasiado en pulular a sus anchas por el salón. Tanto el detective como el marqués se miraban sin comprender muy bien qué estaba sucediendo. Quizá era su manera de enfrentar aquella horrible situación con un poco de humor.

—L-lo lamento —dijo intentando contener la risa—. De verdad que no esperaba que la situación se le fuera tanto de las manos.

—¡¿Le?! —exclamaron al unísono.

—No era yo —respondió nuevamente—. Acabo de recordar que ya no poseo ese atuendo. Cuando Diane salió de Bow Street, Evelyn me pidió que le mandara alguno de mis vestidos para que pudiera entrar y salir a su antojo.

»Soy la más parecida a ella de las personas que conoce, así que no lo vi un inconveniente porque, si eras su víctima, terminarías confiando en mí. Y, aunque ahora desee más la compañía de la señora Knox que la tuya, debo decir que te mereces esta pequeña lección.

Wyatt se carcajeó de mala gana. Había advertido a su reciente esposa que no hiciera nada que pudiera ponerla en el punto de mira y por lo visto prefirió hacer oídos sordos que pensar en su imprudencia.

—Me va a volver loco —admitió él con frustración.

—Acabo de descubrir que no tengo edad para estos sustos tan innecesarios —comentó Arthur caminando en dirección a la mesa auxiliar donde descansaban sus licores favoritos—. ¡¿Cómo has podido hacerme algo...?! Maldita sea, tienes razón. Lamento haber dudado de ti.

—Gracias por tus palabras, esposo mío. —Sonrió Daphne complacida.

—Has perdido la fuerza como Sansón, querido amigo. —Wyatt le dio un par de palmadas en la espalda en una actitud cariñosa—. Deberías dejar de ser apodado como Bestia y ser un simple Pomerania.

—Vete al infierno, Wyatt —gruñó él—. Creo recordar que ahora tiene nombre y se llama Rousefield. Allí te espera Lilith para hacerte perder la poca cordura que te queda.

# Capítulo 20

La soledad era un ser imparcial en la vida de Diane: no la detestaba, pero tampoco deseaba su presencia más tiempo del necesario.

Cuando volvió a Rousefield tras hacer una de sus tantas fechorías, las carcajadas escaparon de su garganta con tal diversión que se sintió libre. Deshacerse de la pesada capa de terciopelo que cobijaba su rostro fue un gran alivio para sus hombros. No tardó en apresurarse a ir a la alcoba que ahora consideraba como suya. Arrugó la nariz al no agradarle demasiado el aspecto que le devolvía la mirada tras el reflejo de su tocador. En él no veía ni un ápice de la mujer que le demostraba al mundo todo lo que era capaz de hacer con su elegancia, perspicacia y seguridad.

Las ondulaciones de sus largos cabellos rubios le hicieron negar con cierta decepción, lo único que venía a su mente era la imperiosa necesidad de volver a ser ella misma. Porque era cierto. Estaba complacida de haber salido de la mansión sin ser avistada, acusada y sin nadie pisándole los talones. Consiguió ver a Jaime como llevaba haciendo desde lo ocurrido en Harrowshire y le había regalado una pequeña piedra en el camino a Wyatt: si creía que sería una mujer dócil tras su extraño deseo de ser parte de su vida estaba de lo más equivocado.

El servicio contratado por su hermano llenó la bañera de latón, vertió sobre el agua la fragancia a azaleas que tanto le gustaba y la ayudó a quitarse aquel incómodo vestido que había dejado algunas marcas a ambos lados de sus caderas.

Genevieve siempre le advertía lo disparatado que resultaba que más de una persona conociera la identidad de lady Button. Por más que fueran amigas, un secreto de tal calibre era peligroso en boca de demasiadas personas. Pero a la menor de los Redfield le daba más tranquilidad si quería escabullirse entre las sombras. Por eso no dudó en aceptar la estratagema de Evelyn para poder caminar a sus anchas siendo otra persona: no tenía nada que ver con la gaceta, pero le daba cierta libertad para hacer lo que le placiera.

Daphne se había ganado el corazón de gran parte de la sociedad: domó a la Bestia de SleepyWood, y su familia tenía la intención de prosperar durante mucho tiempo.

El primer contacto con la calidez del agua provocó que soltara un pequeño suspiro lleno de alivio. Su cuerpo fue acomodándose poco a poco en su interior hasta quedar abrazado por la temperatura que relajaba sus tensos músculos. A su derecha siempre había una pequeña mesita auxiliar donde apuntaba lo más relevante a lo que dar voz a través de Button. A veces eran pensamientos inconexos, quejas, e incluso dibujaba algún que otro lord con un estrepitoso bigote: la ayudaba a pensar, a tomar la decisión más acorde a lo que suponía su protesta frente a la sociedad.

El sonido de unos suaves golpes sobre la puerta la hizo volver en sí, les dio la vuelta a sus efímeros pensamientos y aceptó la interrupción de su ayudante de cámara. Estaba segura de que la reprendería por su desaparición de aquel día, pero se encargaría de sacarle una pequeña sonrisa. Además, el sol se había puesto hacía bastante tiempo, podría escaquearse de una amonestación si le aseguraba que estaba cansada.

—Lo sé —dijo Diane adelantándose a cualquier reprimenda—, no es adecuado que una muchacha recién casada vague a sus anchas por Londres. No es necesario que te preocupes, he sido lo más discreta posible.

—¿De verdad?

El tono aterciopelado con el que le respondió era muy lejano al de su ayudante de cámara: Betha tenía unos cincuenta años, por lo que resultaba imposible que se hubiera enfermado de una manera tan repentina.

Diane sopesó durante unos segundos qué era lo más adecuado en aquella situación. Optó por tirar de la perspicacia con la que siempre destacaba y echó su cabeza hacia atrás para contemplar al intruso que entraba a sus anchas en sus dominios.

Su piel no tardó en erizarse cuando unos ojos azules interceptaron sus movimientos. Lo más sensato habría sido fingir que estaba sorprendida, pero si el detective había dado con la verdad de aquella tarde sin duda estaría molesto. Una extraña turbación se deslizó por sus iris, si era como los demás hombres querría castigarla por su falta de interés en mantenerse quieta, pero la Redfield mantuvo su barbilla en dirección al cielo, tragó saliva y esperó su primer golpe.

—Estaba seguro de que serías una caja de sorpresas, pero no que tus palabras serían vacías.

—Lo lamento, milord —susurró ella de manera inocente—. Mi poco intelecto me impide seguirle la conversación.

Wyatt chasqueó la lengua con molestia, esa mujer era un maldito dolor de cabeza. Sus pies de movieron de manera impulsiva, se inclinó sobre ella y tomó su mentón en un agarre demasiado cercano para el gusto de su esposa.

Los jadeos del detective hablaban de lo exhausto que se sentía. Por todos los medios intentaba contener su enfado antes de exigirle saber qué demonios pasaba por su cabeza, pero templó su carácter sin alejarse de sus labios.

—No cuento con esa suerte, esposa mía —le respondió con cansancio—, eres tan astuta como un zorro.

—Me halagan tus palabras, parecen más reales que tu deseo de compartir tiempo conmigo.

—Debo decir que es el momento idóneo para hacerlo, ¿no crees?

«¿Qué?».

El amenazante agarre de su esposo no tardó en deshacerse. Sorprendida, Diane buscó alguna explicación a sus movimientos, pero el chapoteo del agua le advirtió que había hundido los brazos en el interior de la bañera y sin ningún tipo de pudor la alzaba.

Sus mejillas se tornaron del color de las cerezas cuando se sintió expuesta entre sus brazos. Avergonzada, movió las piernas dispuesta a separarse de su agarre. Aquello no tenía ni un ápice de diversión y si no le quitaba las manos de encima la haría caer de bruces al suelo.

—¡¿Acaso has perdido la cabeza?!

—Sé que tu misión es hacer que pierda el juicio —comenzó a decir él deslizando una fugaz mirada por encima de sus pechos, notó cómo sus pezones se erguían por el frío de la noche, pero se mantuvo sereno—. Y cada día creo que estás más cerca de que me lleven al sanatorio. ¿Qué pretendes, mujer temeraria?

»Acabo de librarte de cumplir condena, tienes un matrimonio sin responsabilidades y puedes tener una conversación real conmigo. ¿Acaso no es suficiente para ti?

—Nadie te pidió que te sacrificaras por mí.

—Cierto —admitió Wyatt sin despegar los ojos del tono blanquecino de su piel, exactamente de los tres lunares en forma triangular que tenía cerca de la clavícula—. Me pareció injusto que alguien que lo perdió todo tuviera que seguir haciendo frente a la mala suerte.

Diane se mordió el labio inferior, tenía el ceño fruncido porque odiaba que la hicieran sentir diminuta. La mano más cercana a su cuerpo tiró de las solapas de su larga chaqueta de detective, juntó su frente con la de él queriendo ser amenazante.

—Me temo, señor Mitchell, que será muy respetado y conocido por todo Londres. Su perspicacia al encontrar la verdad debe ser de lo más pasmosa; sin embargo, alguien como yo ha sabido darle esquinazo.

—¡Maldita sea! —protestó agobiado—. ¡Cuánto me desesperas!

—Qué adulador, ya siento un poquito más de afecto hacia su persona. —Alzó su dedo índice para darle un pequeño golpecito en la punta de su nariz.

—Se acabó, haremos las cosas tal y como estipulamos.

Wyatt no se molestó ni siquiera en tapar su desnudez, el servicio debía estar acostumbrado a ser parte del hogar de cualquier familia noble. Lo único que hacían en una situación de tal calibre era mirar hacia otro lado: ellos no perderían su trabajo, ni sus señores los papeles.

—¿De qué estás hablando? ¡Te ordeno que me bajes!

—No.

—Pues... ¡Se lo diré a mi hermano!

—¿Has vuelto a ser una niña y necesitas que el duque te proteja? —agregó él de manera irónica mientras iba al lado opuesto de la mansión, ese que Diane no tenía ningún deseo de pisar —. Espero que lady Button sea tan comprensiva para también contar tus secretos.

—Solo expone a los canallas como tú.

—¿A las esposas infieles, no?

Ofendida, no dudó en darle un par de golpes en el pecho. Wyatt los ignoró con todo el temple que existía en su larga carrera como detective. Sus gritos y maldiciones quedaron en un segundo plano, desaparecieron en el instante en que pasaron por una de las alcobas más cercana a la suya.

No le gustó la tensión que afloró en el cuerpo de Diane ni cómo su actitud más caballeresca daba paso a una asustadiza. Ya no luchaba por hacerse escuchar, sino que intentaba hacerse diminuta entre sus brazos. Wyatt la cobijó entre ellos sin ni siquiera pensarlo, una de sus mejillas quedó apoyada sobre la coronilla de la Redfield como si de esa forma los recuerdos no pudieran arrastrarla al interior de la estancia.

—No es aquí —susurró cerca de su oído.

—No abras esa puerta —contestó Di en un efímero ruego—. Nunca.

—¿Escondes un abundante botín?

—Los recuerdos, señor Mitchell, pueden ser una enfermedad invisible que aparece y desaparece a su antojo. —Hizo una breve pausa—. Estoy segura de que usted tiene demonios.

—Es absurdo que seas cordial para decirme algo triste e intentes morderme a la yugular mientras me tuteas. ¿No es posible que me llames por mi nombre tanto para rogarme como para asesinarme?

—Supongo que no puedo parecer una princesa cuando me siento débil —suspiró derrotada con el deseo de mantener un poco más las formas—. De acuerdo, Wyatt, tú ganas.

El detective curvó sus labios hacia arriba, algo en su respuesta le gustó más de lo que quería admitir. Por eso se acercó nuevamente a su oído, le regaló un efímero beso bajo este y susurró de nuevo:

—Eres una princesa repleta de cicatrices, Diane —dijo con seguridad—. También eres una que alza la espada para defenderse y hacerme perder la compostura.

—Debo admitir que me agrada demasiado eso último.

Wyatt la condujo hacia la última habitación del ala oeste. No era demasiado grande, contaba con una cama de matrimonio, una jofaina con un espejo ovalado y una bañera a pocos metros del lecho. A la Redfield le recordó al lugar donde el detective residía en Westminster, en el que ahora se encontraban su hermana y su madre.

Abrió los labios para preguntarle por la similitud que existía entre ambas habitaciones. Quizá era una persona meticulosa y no podía descansar en un lugar con una distribución diferente. Él fue mucho más rápido en actuar, la tiró sobre la cama provocando que un gemido escapara de sus labios. Después, se quitó las botas, la larga chaqueta que lo acompañaba a todos sitios y desabrochó su camisa: iba a acomodarse a su lado sin más.

—E-esto no está bien —dijo ella tapándose de manera abrupta con sus sábanas—. No tengo ninguna intención de...

—No voy a hacerte nada —aseguró el detective apoyando su codo derecho sobre el colchón para poder admirarla. Su imprudencia lo había llevado a tener cierta desesperación entre las piernas, pero intentó obviarlo—. La última vez que hablamos te dije que mi única condición era dormir juntos. No soy muy partidario de los rumores, prefiero que piensen que tenemos un matrimonio poco fructífero a que soy un adulador que busca el placer fuera.

Diane lo observó un tanto perpleja, no esperaba que a una persona que lidiaba cada día con una gran multitud le molestaran tanto los comentarios de los demás. Un poco más calmada, tomó la decisión de abrazarse a su almohada, apoyó una mejilla en ella y olisqueó la tela: olía a él. A esa mezcla de pipa, madera recién cortada y limpio.

—¿Por qué? —preguntó ella, curiosa—. ¿Por qué te resulta tan repulsiva la infidelidad?

—Porque ninguna persona es el reemplazo de otra —comenzó a decir un tanto pensativo—. Si algo no funciona, jamás será porque alguien pierda su valor, sino por una comunicación inexistente.

»Sé muy bien que un matrimonio es una mera transacción para aquellos que pueden tener todo lo que deseen. Para mí es amor, confidencia, verdad y unión.

—Ninguna de esas palabras está en el nuestro. ¿Tanto te preocupaste por mí ese día?

Wyatt alzó su mano libre hacia aquel rostro repleto de incertidumbre. Las yemas de sus dedos acariciaron con lentitud sus pómulos, mejillas y ese destacable mentón que empezaba a rogarle por unos cuantos mordiscos. Ella no supo muy bien cómo actuar, la sombra de la desconfianza volvía a azotarla como si temiera ser castigada de la forma más dolorosa posible; por eso le sonrió como si todo estuviera bien.

—Es posible.

Ella suspiró ante su respuesta, sabía que no podría sacarle mucho más acerca del tema.

—¿Puedo preguntarte sobre tu encuentro con Jaime Rutherford? —El detective mantuvo el roce con su piel, pero algo le dijo que allanaba el camino del futuro conde—. ¿Su amor es el que anhelas?

—Jaime... —Su tono de voz no le agradó demasiado, si era cierto que estaba enamorada de ese cobarde tendría que hacer todo lo posible para alejarla del caso. Podía ser un pilar fundamental

en la investigación, pero era contraproducente que pasaran tiempo juntos—. Nos ayudó a mi hermano y a mí hace doce años. La noche en la que Harrowshire se bañó de sangre empecé a encontrarme indispuesta. No sabía por qué, pero mi bebé se había adelantado y el dolor era insoportable.

»Gracias a él pudimos salir de la mansión pasando desapercibidos. Siempre estaré eternamente agradecida por ello. Desde entonces visito al muchacho asustadizo que carga con los crímenes de un padre no demasiado valiente.

Wyatt contuvo su sorpresa lo mejor que le permitieron sus facciones. Su sospecha era muy lejana a la realidad. Diane Redfield solo era una mujer que había sido ataviada con la mala suerte: no solo perdió a su bebé, sino que su esposo la había abandonado.

—¿Te gustaría ser madre aún?

Ella lo miró con una sonrisa en sus labios, la dulzura que transmitió erizó la piel del detective, lo dejó anonadado por completo. No sabía qué era aquello que había tras la seguridad de la hermana del duque, pero Arthur tenía razón: era su Lilith, la que lo conduciría por completo al borde del desastre.

—Todos los días de mi vida —admitió—, pero sé que será algo que no tendré. Soy esa mujer defectuosa que jamás será elegida ni por su estatus ni por su linaje. Qué triste, ¿no es cierto?

El dolor que se deslizó por cada una de sus sílabas provocó que tirara de su rostro hacia él. Wyatt apoyó sus enormes manos sobre sus mejillas, no sabía muy bien qué hacer o qué decir; era nuevo en demostrar el conflicto de intereses que se deslizaba por sus ojos azules. Diane quedó absorta con aquella extraña preocupación, su mano derecha tembló cuando quiso palpar un trocito de él, aunque fuera efímero.

Pero él no podía permitírselo, hacerlo no estaba bien. No podía dejarse llevar por las heridas de una mujer que había salvado por mero egoísmo. Tenía que mantenerse impasible, lidiar con la situación como el marqués que jamás sería. Solo por eso, lo más sensato fue acomodarla en su pecho, observar el techo y acariciar sus mechones casi albinos en silencio.

Porque poner voz a aquella locura lo convertiría en el amo y señor del infierno.

Y no estaba preparado para eso.

# Capítulo 21

*La voz de lady Button.*

Estimados lectores,

Me temo que es la primera vez que he dado con la horma de mi zapato. Al parecer se rumorea por los silenciosos salones de esta triste temporada que el arma que poseo entre mis manos es lejana a la pluma y cercana a la daga.

El revuelo en Londres me permite ser una sombra más en todo lugar que se vio limitado por la triste muerte del señor Chandler. Pero, mi querido lector, no se preocupe por mi bienestar, como le dije en un principio he encontrado a mi peor enemigo. Aquel que desea que mi rostro sea mucho más beneficioso que mis duras revelaciones.

Por eso, acepto el enfrentamiento que me ofrece, Wyatt Mitchell. Esta intrigada autora tomará el papel que desea a ojos de los demás. Sin embargo, mientras nos debatimos en duelo por una breve pincelada de la verdad, el asesino seguirá campando por la ciudad que tanto dice proteger.

Dicen que no es oro todo lo que reluce, mi querido enemigo. En ocasiones debemos abrir mucho más nuestros sentidos. Solo de esa forma seremos capaces de ver que el más cercano a nosotros nunca nos deseó nada bueno.

Tan solo espero, de corazón, que le guste lo que tengo preparado en su honor. Es solo un pequeño regalo de alguien que, al igual que usted, expone la verdad de personas que se esconden, humillan, silencian, amenazan y hacen añicos.

Que comience nuestro duelo.

Con afecto.

Lady Button

# Capítulo 22

Wyatt abrió los ojos a la mañana siguiente. La luz del sol provocó que tuviera que parpadear para acostumbrarse a su fatídico brillo. Molesto, se abrazó a la almohada mientras maldecía entre dientes el poco descanso que había tenido durante esa noche: el caso de Chandler, la implicación de Diane y *La voz de lady Button* eran tres conflictos que tendían a anudarse y hacer sus hilos invisibles cada vez que estaba cerca.

Morfeo estuvo dispuesto a abandonarlo durante aquella mañana, alzó un brazo en dirección al lado opuesto de la cama para intentar encontrarse con la nívea piel de su esposa. Tanteó la zona fría del lecho extrañado de no encontrarla, se incorporó abrumado y suspiró derrotado: había huido de él y de sus extrañas condiciones.

«No tengo que demostrarle al mundo que somos felices cuando todo esto es una farsa. El peso de mi apellido sigue hundiéndose sobre los hombros. Quiero ser diferente, dar a entender que puedo con todo y tengo que mentir para ello».

Aturdido echó sus mechones oscuros hacia atrás. Su vida siempre había sido lejana al marqués, pero jamás abandonó a su familia. Porque para Wyatt Mitchell lo eran absolutamente todo. Diane, entonces, pertenecía a ese nuevo círculo en el que no se sentía del todo invitada, pero a la vez era su protección frente al mundo tan injusto al que tenía que enfrentar.

¿Dónde estaría su tozuda esposa en un momento como aquel?

No pasó mucho tiempo desde que la pregunta se deslizó como una caricia por su mente hasta que su ayudante de cámara se dispuso a atenderlo. No estaba demasiado acostumbrado a ser tratado como si fuera alguien importante, por lo que se negó a ser vestido, acicalado o vitoreado por alguien que no conocía. Se consideraba un hombre solitario con un gran nubarrón de pensamientos en su cabeza y solo él podía hacer frente al mundo.

—¿Está seguro de que no desea que adecente su chaqueta? —preguntó su sirviente un poco inquieto a su espalda—. Mi trabajo es cubrir sus necesidades.

—No será necesario, parto de inmediato hacia Bow Street para encargarme del asunto de Chandler. Lo único que te pido es que mantengas tu mirada en mi esposa, no me sorprendería que se escabullera para hacerse oír.

—Me temo que su encuentro en Bow Street tendrá que esperar —dijo aquel hombre sacando de uno de sus bolsillos una misiva—. Se me ha informado que el señor Stanley lo espera en el comedor desde bien temprano y ha recibido esto de manera anónima.

Wyatt se giró con cierta curiosidad. No se sorprendía de que su amigo hubiera ido a visitarlo con tanta premura. Arthur podía ser muy temperamental en ocasiones, pero no interrumpiría su

sueño hasta que se despertara por su cuenta. Seguramente su inquietud se debía a su visita en Harrowshire y eso avivó la incertidumbre del detective. Sin embargo, más lo hizo aquella carta sellada que poco tardó en abrir. Las iniciales de Button asomaban en la parte inferior derecha y sus manos temblaban tanto de emoción como de enfado por su cinismo.

—¿Stanley está con mi esposa en el salón?

—Así es, señor.

—Dígale que bajo en unos minutos.

Su ayudante de cámara asintió sin volver a alzar su voz dentro de la alcoba, le reverenció con cierta pleitesía y le permitió quedarse solo.

Una vez que el silencio reinó dentro de sus dominios, tomó la decisión de deslizar la carta entre sus manos callosas, esperaba encontrar una letra curva típica de una mujer elegante, pero tan sólo era un recorte de periódico que no tardó demasiado en reconocer.

> *The Times*
>
> Wallace Martin, duque de Norfolk, ha sido hallado muerto en los campos pertenecientes a su familia. Se dice que era un hombre corpulento, sano y con un gran patrimonio bajo el brazo: la duquesa y su hija lloran su fatídica pérdida.

El detective leyó el retazo de periódico varias veces, una ronca carcajada escapó de su garganta. No esperaba tener que enfrentar a ese hombre de nuevo, sabía lo vil que había sido con su esposa y su muerte quizá consternó a muchos, pero liberó a su familia. No sabía muy bien qué esperaba que consiguiera con un caso que se cerró hacía demasiado tiempo. Se tuvo en el punto de mira a Genevieve durante unos meses, pero los infortunios del destino dieron más credibilidad al caso.

¿Y si aún había algo que estaba sin resolver?

Las dudas lo asaltaron. Siempre le pasaba cuando un caso no estaba cerrado como su mente decía. ¿Y si el caso de aquel desalmado seguía siendo un pilar importante para el Partido Conservador? ¿Y si querían culpar a Diane de una serie de crímenes relacionados con hombres de gran nivel social?

Una diminuta misiva escapó de la carta, no tenía nada que ver con el artículo de prensa; estaba dirigida a su nombre, y leyó:

> Estimado detective:
>
> Consideró que estaba unos pasos por delante de mí, pero su astucia cae en saco roto cada vez que intenta aferrarme entre sus brazos. Perdió su oportunidad en la trastienda de lady Johnson: si quiere saber la verdad que esconden mis letras tendrá que llegar a mí, a la raíz de por qué jamás creeré en los hombres como usted.
>
> Siempre suya.
>
> Lady Button

«Maldita arpía», gruñó Wyatt entre dientes mientras arrugaba su voz entre sus manos. No solo tenía el descaro de darle a entender que sabía muy bien dónde se encontraba, sino que sus palabras resultaban cercanas, dejándole una desazón en la piel que incluso quemaba.

Enfadado, bajó los escalones de dos en dos. Ya no tenía ningún deseo de tomar café junto a su buen amigo, lo único que le pedía su acelerado corazón era atraparla. Tener la oportunidad de zarandearla para que acabara con aquel absurdo juego.

En el salón vislumbró al marqués con el ceño relajado, se alegraba que la breve discusión con

su esposa no hubiera pasado a mayores. Diane consiguió plantar la semilla de la duda en él para poder tener la oportunidad de moverse sin que nadie pudiera descubrirla. Ese pensamiento aguijonó su pecho con incertidumbre, apoyó la mano en el marco de la puerta y se preguntó por qué siempre intentaba inmiscuirse en todo aquello que la ponía en peligro. ¿Tan apegada se encontraba al pasado que nada le importaba?

—Parece que tu nuevo hogar te tiene atrapado, amigo mío —dijo Arthur con sorna, se levantó fingiendo sacudir una mancha de sus pantalones—, le decía a tu esposa que debe ser un privilegio tener a alguien como tú en casa.

—¿Por qué motivo? —Enarcó una ceja.

—Porque tiene la oportunidad de hacer muchas cosas a tus espaldas. —Sonrió para molestarlo. El marqués no dudó en posar sus labios sobre la mano de Diane, que asintió en agradecimiento—. Me alegra que sonría más, milady.

—Gracias por su preocupación, marqués.

La mirada de la Redfield no tardó demasiado en entrelazarse con la del detective. Debía admitir que estaba hermosa esa mañana. Sus mejillas se tornaban de un color rosado que reflejaba mayor vitalidad a su rostro. El vestido que la ataviaba se ajustaba tan bien a sus caderas que, una vez que acortó la distancia con él, pudo deleitarse con sus curvas.

¿Qué le estaba ocurriendo?

El magnetismo que sentía hacia ella era tan molesto que necesitaba retroceder. El desesperante olor a azaleas que desprendía su cuerpo se quedaba grabado en su retina, y se preguntaba si los lugares más recónditos de su piel tendrían la misma fragancia. Wyatt giró la cabeza intentando olvidar aquello último, debía centrarse en el caso antes de cometer algún error.

—Espero tener la oportunidad de despertar contigo alguna vez —susurró lo suficientemente cerca de su oído—. ¿Hay algo que estés escondiendo y por eso huyes de mí?

—El único detective eres tú, esposo mío. —Ladeó la cabeza con un matiz de diversión—. Te encargas de atrapar al más imprudente, pero no has dado aún con las pistas suficientes para hacer lo mismo conmigo. Por eso has preferido casarte.

—Serás...

—Embaucadora, lo sé.

—Tengo que marcharme a atender unos asuntos —dijo él deslizando sus labios sobre su frente —. Si vas a salir, al menos ve acompañada. Deja de recurrir a lady Stanley para hacer de las tuyas.

—No prometo nada.

***

—Así que Jaime Rutherford es completamente inocente —suspiró Wyatt mientras se acomodaba dentro del carruaje—. Diría que me sorprende, pero cuando lo hablé con Diane supe que no mentía.

—Está siendo protegido por la persona que lo ha sentado en la Corte. —Arthur miró hacia el exterior restándole importancia al asunto—. No deja de ser ese muchacho asustado que se deja controlar, pero no tiene nada que ver con lo de Chandler.

—¿Te ha dicho algo más?

—Me dio un nombre —respondió Arthur sin demasiados ánimos—. ¿Sabes algo de Rowan

Berrycloth?

El detective lo observó largo y tendido. Por supuesto que conocía a ese desalmado. Era el ayudante de cámara de Wallace Martin, un hombre ambicioso que tenía negocios en El diamante negro, el club de Harry Nightfall. Se decía que eran los oídos del duque en cualquier rincón de Londres, que no le había importado ir a la puerta de cualquier muchacha que se hubiera visto en una controversia con su señor; pagaba sus servicios o le aseguraba que si estaba a su merced podría reparar su inusual error. Así fue creando su propio imperio, compró unas tierras a las afueras de Londres y tenía una vida tan próspera como la de un marqués. Pero tras la muerte de aquel canalla había preferido hacerse invisible, por si salía a la luz cualquier incidente dentro de Sunlight Grove House.

—Un oportunista con pocos escrúpulos —dijo el detective sacando de su bolsillo el trozo del periódico—. He recibido esta mañana el artículo que se publicó acerca del duque de Norfolk. ¿Recuerdas el revuelo que hubo alrededor de su viuda?

—En esos momentos era un tanto ajeno a lo que sucedía, pero sí me suena algo de que se la humilló bastante.

—Aparece Rowan en nuestro camino, Rutherford se esconde en su caparazón y Martin sale de la tumba para crispar nuestros nervios. ¿Has sabido algo de Robinson?

—No —admitió el marqués acomodándose enfrente de él—. Dicen que ha salido de la ciudad para ver a su familia, pero mañana será invitado en la fiesta que se da en Sunlight Grove House: Edward quiere restaurar por completo la imagen de su esposa, así que será un gran acierto.

—Intentaremos sonsacarle sobre ello, pero tenemos que dar con Berrycloth. —Sacó su brazo por la ventanilla y dio un par de golpes para llamar la atención del cochero—. Llévanos al mausoleo de los Martin.

—Entendido, señor Mitchell.

—¿Vamos a intentar tener una conversación con un muerto? —Su amigo enarcó una ceja reflejando la molestia que le producía ir allí—. Estoy seguro de que no podrás sonsacarle nada.

—¿Acaso no te parece extraño que todas las pistas apunten a los Martin? —Presionó Wyatt con seriedad—. El extracto de *The Times*, ese idiota, el evento que tendrá lugar mañana... Genevieve también escapó de un matrimonio infeliz. ¿Y sí...?

—¿Estás considerando que ayudó a tu esposa para que Chandler no le hiciera lo mismo?

—Tiene sentido. Diane corrió con la misma suerte con ese tal Seamus: se marchó al continente para tener una vida lejos de ella. Tan solo volvió para ser enterrado como un caballero, no como un cobarde.

»Daphne, Genevieve, Evelyn y Diane están unidas por un extraño código de amistad. Se protegen, saben mucho más de lo que hablamos porque no mantienen el interés en la familia o en los chismes de la sociedad. ¿Y si...?

—No creerás posible que una de ellas...

—Sí, y vamos a acabar con esta farsa de una vez por todas.

El mausoleo de los Martin estaba a pocos kilómetros de la mansión, sobre una pequeña colina descansaban los restos de los duques, esposas, hijos y antepasados de una familia que poseía una de las pocas mansiones de estilo Tudor que aún se conservaban en Londres.

Wyatt abrió la cancela con cierta duda, no estaba acostumbrado a asaltar tumbas ni ser un experto aventurero dispuesto a perderse en el corazón del bosque. Debía admitir que estaba nervioso por descubrir si ella estuviera esperándolo. Quizá tendría la decencia de decirle por qué había tenido la desfachatez de romper a su familia en incontables pedazos. Porque podía entender

su posición como mujer, su dolor como tal, pero ¿no reivindicaba nada acerca de aquello que había roto?

El panteón de los Martin le regaló una silenciosa bienvenida, no estaban acostumbrados al bullicio ni tampoco que se irrumpiera su largo letargo. El viento azotó de manera estridente cuando entraron en su interior, el olor a humedad, polvo y tierra provocó que Arthur estornudara un par de veces.

Cuando descendieron el último escalón no encontraron ni un ápice de vida en él. Comenzaron la búsqueda del nombre de Wallace grabado en la piedra, seguramente su tumba seguiría conservando un aspecto más nuevo que las demás. Al ser reciente no guardaría el paso de los años sobre ella, así que dividieron el trabajo entre ambos para dar con él.

—Aquí —dijo Arthur no muy contento por ser partícipe de todo aquello, quizá habría sido más fácil enfrentar a su cuñada que lidiar con un paseo mañanero por un cementerio—, pero no hay nada.

Wyatt miró la tumba minuciosamente, no había rastro de movimiento, flores secas ni de que nadie hubiera mimado un mínimo su recuerdo. Como imaginaba, la duquesa de Norfolk había cerrado por completo la etapa más infeliz de su vida, y no la juzgó por ello. Tuvo que enfrentar las miradas, juicios y golpes con entereza, para ser perfecta. Por lo que había oído a través de los labios de Edward Martin, su hermano mayor quiso destrozar su sonrisa, su deseo de vivir. Cuando volvió a la mansión para tomar el título de duque, no encontró nada de la niña tímida que conocía, solo existía una mujer con una gran coraza contra el mundo.

—Se ha mofado de ti —comentó el marqués estirando un poco sus músculos, y agregó—: Aquí no hay nada. Ha sido su forma de decirte que es mucho más lista de lo que imaginas.

—Podrá haberse reído de mí, pero seguro que ha dejado un mínimo rastro de su presencia.

—Wyatt, esto es demasiado incluso para ti.

—Si todos nos tomáramos la justicia por nuestra mano, el mundo sería un caos —comenzó a decir el aludido mientras se agazapaba para encontrar el mínimo detalle que se le escapaba—. Lady Button tiende a exponer a todo hombre que ha hecho algo que considera malo. Puede que mi cuñado fuera un imbécil, pero su ataque ha hecho daño a mi familia y... no puedo perdonárselo.

»Espero de corazón que no se trate de tu mujer, sabes que jamás haría daño a alguien que supone un mundo para ti. Llevo toda la vida intentando demostrar que soy diferente a los demás, que puedo proteger lo que más me importa: no va a aparecer alguien a arrancarme lo poco que me queda.

—Esa noche en Harrowshire sé que no fui el único que perdió a Odette —comenzó a decir en voz de queda—. Tu dolor y el mío tuvieron la misma intensidad. Parece que cada paso que he dado ha sido para dejarte sin nada, y no sabes cómo lo lamento.

—Jamás podría enfadarme contigo por amar a alguien, Arthur, ni por ser capaz de lidiar con Cornualles con mayor entereza que yo.

—Eres un buen amigo, pero tienes el corazón de piedra.

—El tiempo provoca eso: a ti te convirtió en una bestia; a mí, en un justiciero sin capa.

Las manos del detective se detuvieron sobre uno de los jarrones de mármol vacíos que se encontraba a uno de los extremos de la lápida. Lo tomó entre sus manos sin mucho esfuerzo, ya que no podía mantenerse en pie sin tambalearse de un lado a otro. Bajo él se encontraba otra misiva, lo suficientemente doblada para ser oculta bajo él. La abrió con cierta imprudencia y leyó:

Mi querido gran admirador:

¿De verdad pensaba que me presentaría en un lugar tan sobrio como la tumba de Wallace Martin?

Él, como muchos otros, tan solo gozaron con la obsesión de tener a su lado una marioneta a la que desmembrar. Por eso debe ser olvidado como muchos otros canallas que guardaron silencio para no revelar lo que escondían en sus hogares.

Sé que anhela verme, señor Mitchell. Desea con fervor poder tomarme de las mejillas para decirme que su verdad es mucho más verídica que la mía. Pero ha sido lo bastante idiota para ir a un lugar por una mísera pista sin sentido.

Dígame, ¿qué cree que encontrará tras mis letras?

Mientras usted divaga, yo observo todo lo que tiene en mente. Así que permítame ver su pequeño espectáculo. Déjeme ser una autora que da un gran final a su deseo de atraparme.

Las rosas se defienden con sus espinas, los lirios toman distintos colores para adaptarse al lugar donde residen, pero las azaleas necesitan el calor del hogar porque, cuando la lluvia les proporciona agua en exceso, mueren.

Siempre suya.

Lady Button

Wyatt apretó la carta entre sus manos, lo hizo con tanta rabia que creyó que podría reducirla a cenizas. Button había jugado con él, con su esperanza de poder saldar las cuentas que tenían pendientes. Si de verdad pensaba que solo anhelaba atrapar sus mejillas estaba de lo más equivocada. El día que pudiera tenerla a escasos centímetros de su cuerpo le diría al mundo que era un fraude, no una valiente heroína capaz de dar voz a lo indefendible. Y ese momento no tardaría demasiado en llegar.

—Marchémonos de aquí, tenemos mucho que hacer.

# Capítulo 23

Sunlight Grove House estaba despampanante para recibir a sus invitados. Genevieve se había encargado personalmente de cambiar la distribución del jardín debido a la caída de las temperaturas. Con la ayuda del servicio llegaron a la conclusión de que la mejor forma de cobijar a los invitados era diseñar una amplia carpa donde pudieran moverse a su antojo y se encontraran refugiados. Su marido no puso ninguna objeción a su petición, no era muy partidario de negarle a su esposa cualquier deseo o demanda que pululara por su cabeza. La dejó hacer a su antojo mientras la observaba muy cerca con aquel abultado vientre que tanta dicha le transmitía.

En esta ocasión las mesas circulares de manteles rosa pálido estaban dentro de dicha área. Cada una de ellas mostraba a los presentes diferentes tipo de comidas: desde perdices asadas con manzana, hasta pudin y tartas de crema.

El bullicio era eclipsado por los acordes de la pequeña orquesta que acariciaba sus instrumentos para reclamarle a las nubes una breve tregua. El dulce sonido del violín se deslizó entre los presentes no sin ser acompañado con el trombón, la flauta y el contrabajo.

Diane admitió que ir del brazo de Wyatt Mitchell era una provocación en toda regla. Según su hermano debía aparentar que su matrimonio era mucho más que una transacción, por lo que debía mostrarse despampanante para que las habladurías desaparecieran de un plumazo.

A su lado, su esposo no había estado muy hablador desde su corta expedición al mausoleo de los Martin. Tenía que admitir que su pequeña broma había ido demasiado lejos y estaba lo bastante ofendido como para deleitarse con su continuo tira y afloja.

Wyatt no asumió su lugar como esposo de la hermana de un duque. Estaba ataviado con unos pantalones de un tono gris perla, de uno de sus bolsillos escapaba un diminuto reloj que usaba para controlar el tiempo que estarían allí. Por una vez en días dejó abandonada su larga chaqueta y la cambió por una de un tono similar que no era parte del traje, pero conjuntaba a la perfección.

—Ser el depredador no te sienta demasiado bien, esposo —dijo ella llamando su atención—. Desde que intentas ser el captor de lady Button te mantienes huraño.

—Sugiéreme, querida esposa —respondió el detective con cierta ironía mientras saludaba a todo invitado que pasaba a su lado—. ¿Qué debería ser, entonces?

—La presa.

—¿Por qué motivo?

—Aliviaría tu molestia —susurró con delicadeza.

Wyatt abrió la boca dispuesto a replicarle, pero prefirió contener las palabras más perversas que hacían temblar sus cuerdas vocales. Detuvo sus pasos cerca de una de las mesas que

albergaban los glaseados que tanto le gustaban a la Redfield, tomó uno entre sus manos y deslizó la cucharilla hacia ella.

—Empiezo a considerar que deseas verme indefenso, cautivo y con escasa ropa. ¿Hay algo que deba saber?

Diane se sonrojó al instante, no tardó demasiado en acortar la distancia entre ellos para exponer el motivo de sus palabras, pero su esposo aprovechó su desconcierto para darle de comer. El sabor dulce impactó en su boca por lo que mordisqueó ansiosa aquella textura suave que tanto le gustaba.

—Sí —respondió arrastrando los resquicios del postre de la comisura de sus labios—: roncas mientras duermes.

—Es el demonio cautivo en mi interior, procura no despertarlo y te mantendrás a salvo.

—Eres un...

—Lo sé —Wyatt se inclinó para besar una de sus mejillas, debía aprovechar toda cercanía para mostrar al mundo la felicidad que debía sentir—, debo encargarme de unos asuntos. ¿Te portarás bien mientras no estoy?

—No, sacaré lo peor de mí.

—Adoro que provoques mis peores dolores de cabeza.

Diane lo entendió como un halago, cogió ambas puntas de su vestido y lo reverenció como si se tratara de la persona con más poder de aquel jardín. Antes de que pudiera replicarle, ya se marchaba en dirección a la anfitriona, a la que Wyatt no pudo evitar mirar con cierta incomprensión.

¿Sería ella la mujer que tanto le enervaba?

—Señor Mitchell. —La voz de Delmar Stawson lo sacó por completo de sus pensamientos. Se acercó a él regalándole una leve reverencia que él desechó con las manos. A su lado, Robinson observaba con escepticismo la fiesta de los Martin, no parecía acostumbrado a ese tipo de ambientes, por lo que permaneció alerta—. ¿Cómo va la investigación?

—Está siendo más tediosa de lo que imaginaba —admitió—. El marqués de Cornualles me acompaña en mis últimas expediciones.

—Es bueno saber que va acompañado nuevamente con la Bestia de SleepyWood —suspiró él mientras se mantenía en pie con su bastón. Su aspecto no mostraba a un hombre que le quedara demasiado tiempo en aquel mundo—. ¿Recuerda al señor Robinson? Era mi as bajo la manga si Chandler se negaba a aceptar mi herencia.

—Debería sentirse abrumado, milord, todo apunta a que usted no es una buena persona.

El aludido suspiró de mala manera. No parecía muy contento por encontrarse en el punto de mira de tal situación. Su media estatura no mostraba a un hombre corpulento, sino a uno que había perdido la vida yendo de un lugar a otro. Se encontraba a la izquierda de Stawson como si aguardara cualquier movimiento por su parte para poder complacerlo.

—No puede acusarme sin pruebas.

—¿Dónde estaba el día del asesinato? —Sonrió Wyatt—. Ya que defiende su postura no le importará decirnos dónde se encontraba.

—No poseo hogar en la capital aún —comenzó a decir él sin perder la calma, en cierta manera le recordaba a su cuñado: temperamental y de mirada penetrante—. Me hospedo en casa de algunos amigos hasta que encuentre qué debo hacer con mi vida. Ahora que soy parte de la Cámara, mi residencia permanente está en Londres.

»Si va a preguntarme por mi reciente viaje, no es una sorpresa que me encargo de mi familia

que reside a las afueras. Puede comprobar mis palabras si me acompaña el próximo viernes a visitarla: mi cochero le dirá nuestro recorrido, dónde pararemos por el camino y a qué hora llegaremos.

—Qué preparado lo tiene usted.

—Una verdad solo tiene un camino, detective, y no suelo ir en contra de ella —admitió—. Además, no me interesa ser más rico a costa de la vida de alguien. Sería muy ruin de mi parte cuando admiraba el trabajo del señor Miles.

La determinación en su mirada le aseguraba que no mentía. Pensó en las palabras de Button dirigidas a él; había nombrado la codicia en una de sus misivas y su frenético deseo de unirse a la Corte. ¿Era posible que contara con deudas que podría saldar con dicho patrimonio?

—Siento haber hecho mi trabajo, milord, pero debo estar seguro de todo testimonio antes de proseguir con la búsqueda.

—No importa.

—¿Ha encontrado a Button como comentó?

—Creo que está más cerca de lo que imaginaba. —Wyatt giró su cabeza fingiendo desear una copa de vino, pero tenía la intención de seguir los pasos de la duquesa de Norfolk. Su sonrisa no le pareció nada sincera ni tampoco su deseo de agradecer a sus invitados su participación en la fiesta—. ¿Me disculpan? Algo me dice que puede encontrarse entre nosotros.

Antes de que la voz de Stawson pudiera detenerlo, dirigió sus pasos hacia su nueva sospechosa. Algo dentro de él entró en ebullición en el instante en la que la vio del brazo de Edward Martin. No podía creer que hubiera excusado su dolor en una gaceta que fomentaba el odio hacia los hombres.

—Tu forma de dirigirte a Genevieve es demasiado peligrosa, Wyatt.

Arthur no tardó demasiado en interceptar sus movimientos. Desde su posición había observado el frenético deseo de su amigo de exponer a la duquesa. Por eso, rogó a su esposa por unos minutos para detener al detective. Entendía a la perfección su desesperación por gritarle a aquella mujer que dejara de jugar con él, pero aquella rabia que se desbordaba sobre su propia personalidad le resultaba peligrosa: sacaba lo peor de él.

—Tengo que hablar con ella.

—Nuestro objetivo en este evento social es saber el paradero de Berrycloth —aclaró el marqués para hacerlo entrar en razón—. La carta que mandé a sus tierras me fue devuelta con que el muy canalla llevaba años sin aparecer por allí. El mismo servicio se encarga del mantenimiento de la propiedad.

—Habría sido demasiado extraño que, tras la muerte de Wallace, hubiera tomado la decisión de disfrutar de su gran patrimonio. —El detective encogió los hombros como si lo que decía fuera evidente—. Debe estar utilizando su influencia para no ser encontrado.

—Deberíamos preguntarle a Lisa: es la ayudante de cámara de Genevieve, seguro que está al tanto de todo lo que se habla entre los...

Arthur quedó con las palabras atascadas entre los labios, no le dio tiempo a exponer su opinión acerca de la expedición en busca de Rowan: su amigo tenía en mente una conversación que era incapaz de detener sin llamar la atención de todo el mundo.

«Querido amigo, empiezo a pensar que Button te resulta más interesante que tu propia esposa», pensó.

—Lady Martin.

La llamada del detective hizo que Genevieve centrara su atención en él. En esta ocasión

llevaba un vestido verde menta con las mangas adheridas por encima de sus hombros. El corpiño parecía cosido a mano con líneas doradas que le daban un aspecto mucho más elegante del que presentaba. Su largo cabello oscuro estaba recogido por encima de su nuca en un tirante moño del que no escapaba ni un mísero mechón. A su lado, Diane observaba la situación un tanto confundida, no creía que tuviera la valentía de ir directamente hacia la duquesa en busca de respuestas.

—Señor Mitchell, no esperaba que le agradaran los eventos relacionados con la temporada.

—Mi papel en esta fiesta está más relacionado con mi trabajo. —Hizo una pausa dispuesto a encontrar las palabras menos hirientes para que no saliera despavorida. Su mirada no tardó demasiado en deleitarse con los mechones dorados de su esposa, pero la desvió de inmediato—. Por eso estoy aquí, porque deseo saber a qué está jugando.

—¿Cómo dice? —preguntó Gen perpleja—. ¿Le parece divertido todo esto?

—¿Le gusta hacerme perder la razón o es mi forma de perder el tiempo lo que tanta ansia le provoca? —Presionó de nuevo notando su incomodidad—. Seamos francos, lady Martin. Usted no ha lidiado con un camino lejano al dolor, sino todo lo contrario: ha sido objeto de duras críticas.

»Su voz empezó a tomar forma hace unos años. Quizá debería haberme dado cuenta de que fue en el momento en que volvió a casarse. Ya tenía el poder suficiente para escribir esa condenada gaceta sin que nadie sospechara de usted: Evelyn Murray estaba en boca de todos, tan solo tenía que seguir siendo invisible para los demás.

—Me temo que no termino de comprenderlo. —Rio ella con cierta sorna—. ¿Intenta decirme que soy lady Button?

—Así es.

—Señor Mitchell —su esposa llamó su atención intentando desviar su tensión hacia ella—, lady Martin está exhausta debido a su embarazo, no creo que esté preparada para una conversación de tal...

—Siempre lo he tenido en gran estima, señor Mitchell —respondió Genevieve cruzando sus brazos por encima de su pecho—. Avispado y con un gran sentido del deber con Londres, pero creo que se está equivocando. Si se basa en mi matrimonio quizá tengo que recordarle que esos escritos aparecieron mucho antes. De hecho, mi primer esposo seguía vivo cuando Button empezó a moverse dentro de nuestro círculo.

—Wallace Martin estaba...

—Vivo —puntualizó ella—, y si cree que me permitía tener tiempo para lidiar con la vida de la alta sociedad está muy equivocado.

—¡Señor Mitchell! —insistió Diane de nuevo.

Él la observó de manera reprobatoria, no consideraba que fuera el momento de enzarzarse en una conversación de la que no tenía ningún interés: el ansia de descubrimiento le secaba la boca y era su única meta.

—Encontré su misiva en la tumba de su esposo —gruñó él mientras apretaba los puños—. Sé muy bien cuánto daño le hizo, está usando todo esto para lidiar con su dolor.

—¿Dolor? —repitió asombrada—. Exponer los pecados de los demás nunca ha sido una redención para mí. El único bálsamo para mis heridas siempre fue Edward, y él las sanó cuando volvió a casa.

»Debo decir que su perspectiva es un poco corta de miras, señor Mitchell. Su enemiga es mucho más inteligente que usted, por lo que veo: ha dejado una prueba en el lugar exacto donde

debíamos encontrarnos hoy. ¿De verdad cree que sería tan evidente si fuera lady Button?

—Yo...

Wyatt se quedó mudó ante sus palabras. Por primera vez en mucho tiempo sus emociones le habían jugado una mala pasada. Las pistas habían vuelto a conducirlo a un lugar erróneo como si fuera un novato que daba palos de ciego y sin sentido. Enfadado consigo mismo, se mordió el labio inferior para contener su rabia. Era posible que Genevieve tuviera motivos para odiar a su primer esposo, pero no resultaba una persona que quisiera hablar del pasado: lo deseaba lo más lejos posible de ella.

—Entiendo que este caso esté crispando sus nervios —dijo la duquesa con el ceño fruncido—, pero la próxima vez que venga a mi casa a insultarme le aseguro que lo echaré a patadas.

—No es posible que todo sea mentira, Rutherford habló de Rowan Berrycloth, trabajaba para Wallace Martin durante el tiempo que él era el duque de Norfolk, ¿o no es cierto? —preguntó con cierta necesidad—. ¿Son erróneas mis fuentes?

—En absoluto, Berrycloth fue la mano derecha de mi marido junto a Harry Nightfall. —La duquesa entrelazó las manos sobre su vientre, estaba nerviosa, pero intentaba por todos los medios mantener la compostura—. Sus confidencias eran solo para él, al igual que todo movimiento impropio de su parte.

El nombre de Rowan pululó por los pensamientos de Diane durante un buen rato. Intentó localizar su procedencia, pero no era capaz de ubicarlo: Wallace había limitado por completo la relación de Genevieve con sus amigas, por lo que no tuvo la desgracia de conocerlo. Pero ¿qué tenía que ver un lacayo como aquel con lo sucedido con Chandler? ¿Y con su deseo de verla entre rejas?

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Por algún extraño motivo el miedo se deslizaba por su piel de forma lenta, erizando cada rincón de su ser y ocasionando que sus movimientos se paralizaran.

¿Por qué tenía que pasarle algo así?

Era cierto que se había enfadado con Miles por su ridícula oferta de matrimonio, pero su labor con la burguesía era una gran innovación para la sociedad. No podía odiarlo por su codicia, lo único que le desagradaba era que quisiera utilizarla con tal fin.

Su corazón aleteó inquieto en su pecho, si seguía preocupándose por las sombras que intentaban regalarle un trágico final comenzaría a esconderse del mundo, y no quería algo así.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo? —preguntó Wyatt volviendo a centrar su atención en la mujer que había a su lado. Algo le decía que lo más sensato habría sido que fuera ajeno a aquella conversación—. Es de vital importancia para este caso.

—Wallace le ofreció unas tierras en las afueras, pero sé que se movía por los suburbios de Spitalfields porque tenía una segunda familia. Una a la que mantenía de manera efímera, pero a la que siempre volvía.

Un breve destello llamó la atención de la Redfield. Alzó su mentón por encima del detective buscando la causa del brillo. Los invitados parecían ajenos a ello, bebían, comían y se deleitaban con los breves cotilleos de los últimos días. Sin embargo, Diane tenía un mal presentimiento. La luz volvía a encandilarla como si fuera dirigida hacia su posición de manera certera.

«¿Y si...?».

La voz de Genevieve quedó eclipsada en sus oídos, no entendía nada de lo que hablaba con su esposo, pero su atención estaba situada a las afueras de la carpa. Se restregó los ojos extrañada porque aquel día gris no la excusara con un mal destello del sol en su dirección. Cuando su

mirada recobró la nitidez perdida vislumbró un cañón, uno que iba en dirección hacia ella.

—¡Cuidado! —gritó con todas sus fuerzas, giró su cuerpo en dirección hacia la duquesa y se abalanzó sobre ella para protegerla de las balas.

Gen gritó adolorida cuando cayó al suelo, pero prefería un empujón inadecuado de su parte a que la persona que deseaba acabar con su vida le diera a ella por error.

—¡No te muevas! —rogó con desesperación—. Por todos los dioses, Genevieve, no quiero que te pase nada.

—¡Maldita sea, Diane! —exclamó el detective mientras ayudaba en la evacuación de los presentes.

Y al tiempo que cerraba los ojos con todas sus fuerzas para despertar de aquella pesadilla, los invitados huyeron despavoridos en busca de un lugar donde refugiarse. Un evento que debía ser recordado por ser uno de los mejores de la temporada quedó manchado por el intento de asesinato hacia Diane Redfield.

# Capítulo 24

Las manos de Diane se deslizaban con delicadeza a través de las cuerdas del arpa. Su melodía hizo eco en cada rincón de la biblioteca. Las altas estanterías parecían vibrar al compás de su triste canción como si añoraran a algún ser querido perdido con el paso de los años.

Su cuerpo estaba inclinado sobre el instrumento. A simple vista daba la imagen de una ninfa que se aferraba a cada efímera nota con la esperanza de recobrar la felicidad que le habían arrebatado. Su largo camisón no la alejaba de aquel aspecto etéreo, ni tampoco la caída de sus cabellos dorados casi albinos por encima de su pecho. Pero se sentía abrumada por lo sucedido en Sunlight Grove House, como si su efímera existencia resultara un problema para alguien que se escondía tras las sombras. El frenético frío que le causaba el miedo provocó que encogiera los dedos de sus pies. Siempre que estaba inquieta caminaba descalza por Rousefield, como si de aquella forma pudiera sentirse más cerca de la realidad: una tontería, pero ella creía que le funcionaba.

Las dobles puertas donde se escondía se abrieron de par en par como si el tiempo que había estado oculta hubiera llegado a su fin. La menor de los Redfield alzó su mentón de forma lenta y dudosa, como si se tratara de esa muñeca de porcelana que acababa de recobrar vida. Los ojos azules de Wyatt no tardaron demasiado en interceptarla, dio un par de zancadas hacia ella y la observó con tal agitación que el aire era incapaz de llegar a sus pulmones. Su aspecto impoluto daba paso a un hombre desaliñado, los mechones oscuros caían por su frente despuntados y húmedos debido a la lluvia. Ella suspiró agobiada por lo vivido escasas horas antes: no solo habían intentado acabar con su vida, Genevieve y su bebé habían estado en peligro por su culpa.

—¿Cómo se encuentra Gen? —preguntó de manera temblorosa—. ¿El bebé y ella están bien?

—El parto se ha adelantado —respondió el detective observando los diminutos pies que escapaban de su vestido—. Lisa, su ayudante de cámara, la ha llevado al interior de la mansión cuando nos encontrábamos evacuando a los invitados.

—¿Crees que podrá...?

—Es una mujer fuerte —la cortó Wyatt mientras se quitaba la chaqueta que había llevado ese día, la dejó abandonada en el diván, pero no se movió de su posición—, será una noche larga para ella. El duque de Norfolk dará las buenas nuevas cuando todo haya pasado.

Diane no dijo nada al respecto, centró su atención sobre una de las cuerdas del instrumento y la rozó con suavidad. El tono grave se alzó por encima de sus cabezas como si hablara de la fatídica situación que viviría debido a la culpa.

—¿Y sobre Rowan?

—Lisa va a guiarnos por Spitalfields cuando la duquesa se encuentre fuera de peligro —respondió sin querer hacer demasiado hincapié en la información, escondía las manos dentro de su pantalón para que no viera cómo las apretaba—. Parece ser que se crio allí antes de que Edward Martin la llevara consigo a Sunlight Grove House.

—Me gustaría...

—No —dijo él finalizando la conversación.

—¡Ni siquiera sabes qué voy a decir! —gritó ofendida levantándose del diván—. Te recuerdo, señor detective, que es mi vida la que está en juego, no la tuya. Tengo todo el derecho a saber por qué han querido acabar conmigo.

Wyatt no tuvo ningún reparo en enfrentarla, sus orbes azules buscaron atravesar los suyos esmeralda. Cuando él se negaba a algo no había ninguna posibilidad de que cambiara de opinión, y esa vez no sería menos.

—Por ese motivo no vas a ponerte en peligro.

—Voy a tomar las decisiones que crea pertinentes, no eres quién para detenerme.

—Te equivocas, Diane —su tono se tornó mucho más grave que de costumbre, acabó con los pocos centímetros que los separaban y susurró—: eres mi esposa y ahora soy yo quien toma las decisiones por ti.

—T-todo esto es una maldita farsa —respondió consternada—, no soy tu maldita obra de caridad.

—¿Eso piensas?

—Sí —dijo atrevida la Redfield sin miedo a provocarlo—, te aseguro que no lo soy.

La poca paciencia de Wyatt se deslizó por una fina e invisible línea que no tardó demasiado en resquebrajarse. Sus emociones entraron en ebullición ocasionando que su cuerpo tomara las riendas por encima de su razón. De manera imprudente, apoyó sus grandes manos sobre las mejillas de Diane, un gemido escapó de sus labios y cerró los ojos esperando el castigo como Seamus solía hacer cuando estaba furioso o decepcionado con ella.

El dolor no llegó a su cuerpo, tampoco lo hizo a su rostro y se preguntó por qué se mantenía tan cerca si no era aquello lo que deseaba. Contuvo los ruegos tras sus labios, mordió el inferior con desesperación atreviéndose a mirarlo de nuevo. Lo que vio la dejó sin aliento. Wyatt Mitchell no presentaba ira hacia ella, tampoco tenía la intención de dibujar heridas en su piel para recordarle que era de su propiedad. Tan solo se inclinó sobre ella, rozó su nariz con la suya y susurró:

—Me desesperas, Diane —comenzó a decir mientras tragaba saliva—. El efecto que tienes en mí me vuelve loco y estoy tan perdido que ni siquiera sé cómo hacerle frente.

»Me importa poco que me consideres tu enemigo porque haya atado tu vida a la mía. Toca todas las canciones que desees haciéndome el villano de tu historia, pero no voy a ponerte en peligro. Prefiero que ese indeseable me dispare en el corazón antes de pasar de nuevo por lo que ha sucedido hoy.

Diane tembló como una hoja ante sus palabras. Llevaba años pensando que todos los hombres tan solo veían a las mujeres como un objeto donde saciar sus necesidades. No consideraba que existieran los finales felices como tantas veces su madre le había relatado, esas historias quedaban en los cuentos para que muchachas más jóvenes que ellas creyeran que algún día tendrían su vida de ensueño. Y, sin embargo, ahora dudaba de que no fueran de verdad, porque Wyatt Mitchell actuaba de la forma más adecuada para hacer cenizas cada una de sus barreras.

—S-solo estás abrumado.

—¿Por un ataque de este tipo? —Rio él, su aliento se mezclaba con el suyo como si se tratara de la brisa que buscaba mecerse alrededor de los árboles—. Mis ojos han visto demasiada muerte, algo así me importa poco. Lo que no soy capaz de comprender es por qué la escena no desaparece de mi mente. Te veo allí, al lado de la duquesa, intentando ser parte de algo de lo que no quiero que lo seas y... si no hubieras reaccionado así estarías...

—Esto es inapropiado. —Carraspeó ella, el roce de sus labios era una auténtica realidad. Cada vez que intentaba mover los suyos en busca de nuevas palabras, estas guardaban silencio en su garganta—. Yo te doy igual...

—Ojalá tuvieras razón.

La boca del detective no tardó demasiado en encajarse con la suya. La sensación que paseó por su cuerpo provocó que su piel ardiera. Era la primera vez que un beso la arrastraba de bruces al infierno. Por más que quisiera recordarse a sí misma que todo aquello fue por salvarla de la prisión, buscaba el roce de su piel contra la suya, el experimentado movimiento de su boca mientras rogaba porque fuera su oasis en aquel desesperante desierto.

Diane rodeó con sus brazos su cuello, podía seguir aferrándose al hielo que había crecido alrededor de su corazón, pero el deseo que sentía por aquel hombre era mucho más fuerte que su anhelo de estar protegida por la soledad y abrazada a esta. Por supuesto, él no se detuvo. Echó su cabeza hacia atrás para besar su garganta, su cuello y sus clavículas. Le hubiera gustado decirse a sí mismo que se estaba poniendo a prueba, pero no podía dejar de pensar en ella.

Desesperado, la alzó entre sus brazos ganándose un gemido por su parte. La menor de los Redfield lo observó sin comprender qué quería hacer con ella. Sus artes amatorias tan solo se habían centrado en el deber de una esposa una vez casada, hacerlo con alguien porque su cuerpo lo deseara era algo demasiado nuevo y le costaba comprenderlo.

Wyatt la acomodó sobre el diván donde había estado ubicada tocando el arpa, alzó su largo camisón y lo colocó por encima de su vientre. Lo primero que hizo fue hincar la rodilla en el asiento, inclinó su cuerpo hacia adelante mientras pasaba los labios cerca de su ombligo. El olor a azaleas de su piel le recibió como si se tratara de un viejo conocido, sus manos aferraron sus caderas, hundió sus dedos en ellas e inclinó la parte más sensible de aquella mujer a pocos centímetros de su rostro.

La deseaba de una forma tan visceral que se sintió perdido. Tras la muerte de Odette había preferido ignorar sus sentimientos: el trabajo y su familia habían sido la excusa suficiente para que su amor no fuera para nadie.

Sin embargo, con Diane no le sirvió ese pequeño truco. Ella había entrado en su vida dispuesta a traspasar su piel, entrañas y aferrar por completo su corazón. Ese hecho lo hacía sentir completamente desubicado; quizá conocía el placer, pero no estaba acostumbrado a lidiar con unos sentimientos de protección, admiración y de amor de tal magnitud.

—W-Wyatt —susurró la menor de los Redfield de una forma tan nerviosa que iba en contra de su personalidad. Su respiración subía y bajaba de manera desesperada como si temiera quedarse sin aire en cualquier momento.

Él no respondió, deslizó sus manos nuevamente hasta quitar la tela que cubría por completo su intimidad. Estaba tan enfrascado en su deseo de tenerla entre sus brazos que no le importó que aquel matrimonio fuera por mero interés. Debía admitir que su primera intención fue usarla para excusarse ante su madre, así no tendría que buscar a una pobre muchacha que quisiera aguantarlo. Por parte de Diane, si se casaba con él tendría la libertad que tanto disfrutaba: pasearía, tomaría el té y vería a su hermano mayor todo lo que deseara.

—Hoy pensé que morirías delante de mis ojos —admitió en un hilo de voz. Las yemas de sus dedos descendieron hasta su monte de Venus, donde presionó con suavidad notando sus pliegues húmedos y dispuestos para él—, y tuve miedo, Diane.

—¿De no tener alguien con quien discutir de manera tan abierta?

—De no volver a verte nunca más. Maldita mujer temeraria, se suponía que debías importarme poco. Esto solo era algo que nos beneficiaba a ambos y ahora estás semidesnuda para mí, mostrándome la zona más sensible y que más deseo de ti.

Diane se quedó sin habla ante tal revelación. Era la primera vez en su vida que sentía que podría hacer cualquier cosa teniendo a un hombre al lado. Nunca fue deseada en el lecho, tan solo fue un proceso que debía seguir para tener una familia. Cuando no lo logró creyó no merecer nada, y se sumió en el papel de mujer dócil con el que esperaba que su esposo la mirara.

—E-eso es imposible —sollozó cuando los dedos del detective trazaron círculos en su botón más sensible. Un pequeño jadeo vino acompañado de aquella maraña de lágrimas de dicha y de confusión—, no tengo nada que ofrecer.

—Eres hermosa —respondió Wyatt presionando sus labios muy cerca de su clítoris para provocarle un respingo—, astuta, leal y un tanto gruñona. Tu intelecto te hace una deidad ante mis ojos, Diane. Puede que tu presencia deje sin aliento a muchos como yo, pero tu mente es demasiado brillante, tanto que me provoca cierta envidia.

Ella rio complacida ante su respuesta. Habían premiado su aspecto en miles de ocasiones, por eso las propuestas de matrimonio nunca le habían faltado. Pudo elegir como una muchacha de su edad tenía el poder de hacerlo, pero nadie deseaba saber sobre su conocimiento, su habilidad para saltar árboles ni su manejo de los idiomas.

—Es usted un zalamero, señor Mitchell.

—Me temo, lady Redfield, que tendrá que callarme, creo que he sucumbido ante sus encantos.

Diane acarició sus mechones oscuros, le gustaba la suavidad que dejaba entre sus dedos. Con curiosidad tiró de ellos hacia la fuente de su deseo, pensó que le habría hecho daño, pero solo encendió aún más su excitación.

El detective se inclinó ante su diosa, besó de nuevo sus pliegues y bebió de ellos como si tuviera demasiada sed. Sus gemidos fueron música para sus oídos, tanto que los consideró mucho más agradables que la astucia de su esposa con el arpa. La Redfield se atrevió a mover sus caderas al compás de sus caricias, podía notar la punta de su lengua trazando leves caminos mientras saboreaba su néctar. Sonrojada y abrumada por la cantidad de sensaciones que la envolvían, gimió en consecuencia. Le resultaba imposible que unas meras caricias provocaran la desesperación que sentía. La timidez dejaba paso a la desesperación porque se hundiera más en ella, tanto que flexionó las piernas para darle mayor accesibilidad.

—He encontrado el método perfecto —se burló de ella—, creo que tendré que usarlo más a menudo.

—S-serás...

El dulce vaivén erizó su piel, tuvo que alzar uno de sus brazos para esconder sus facciones tras él. Wyatt jadeaba contra su intimidad, exploró cada trocito de ella con la única intención de tenerlo para él. Quizá era un tanto egoísta y caprichoso, pero su cuerpo pedía a gritos esa unión como si el miedo a perderla le hiciera querer tenerla entre sus brazos.

«Porque ni siquiera mi experiencia me ayudó en ese momento», pensó él mientras acababa con el rastro de su esencia en sus labios.

Su desesperación lo hizo levantarse, bajó los pantalones grises que había usado ese día para

adecentar su aspecto y liberó su erección con cierto alivio. La presión de la tela comenzó a incomodarle en el momento que estuvo inclinado a sus pies. Diane tenía algo que escapaba por completo de su entendimiento, de los límites que solía utilizar para enfrentar su jornada día a día.

—Quiero hacerte mía, Diane. —Volvió a deleitar las mejillas de la Redfield con suaves caricias, como si venerara cada parte de su cuerpo—. Quizá estoy cavando mi propia tumba, pero necesito estrecharte entre mis brazos. Te deseo, tanto que me cuesta decirlo en voz alta.

Sus orbes esmeraldas admiraron su aspecto desaliñado con cierta curiosidad. Estaba acostumbrada a estar de espaldas cuando se veía en una tesitura de tal calibre, por lo que verlo así le gustaba demasiado. Su mano, aquella con la que escondía su rostro, acarició su abdomen por debajo de su camisa; su cuerpo cincelado estaba repleto de líneas y cicatrices: sabía que una noche no sería suficiente para conocerlas todas. Diane sonrió, ladeó la cabeza como siempre hacía, mientras abría sus piernas para él.

—Soy tuya todo el tiempo que yo vea conveniente.

—¿Y cuánto durará?

—Eso lo decidiré yo —respondió con diversión. Poco a poco el sentimiento de culpa que llevaba consigo fue nublándose hasta convertirse en un pequeño nubarrón en su mente—: estoy aquí dispuesta para ti.

—Maldita mujer temeraria —repitió con cierta desesperación.

Wyatt hundió su rostro en su cuello, lo torturó más tiempo del necesario según su esposa. Cada vez que deslizaba sus labios por cada parte de su piel notaba que estaba muy lejos de la biblioteca y de su desdichada vida. Ahora solo estaban él y Diane en un lugar que sus padres construyeron con todo su amor para ella.

La breve línea que los separaba fue desapareciendo cuando el detective se hizo paso en su interior. Cada movimiento dentro de su esposa lo aferraba de tal manera que jadeaba desesperado. Su estrechez y el miedo que destilaba la menor de los Redfield le dio a entender que su experiencia no era demasiado agradable. Por ello besó sus labios, acarició los mechones dorados y húmedos que se aferraban a su rostro. Diane se acercó a su oído con la sola intención de recordarle que no iba a ser la única en perder la compostura; por lo que, valiente, se atrevió a darle un tironcito de la nariz. Wyatt fingió estar ofendido, aprovechó ese momento de relajación para hundirse por completo en su interior. Gimieron en unísono y se mantuvieron quietos para perderse en cada detalle que desconocieran del otro.

Diane se percató de que tenía una pequeña cicatriz en la ceja izquierda, no se notaba a simple vista, había que estar muy pendiente para conseguir dar con ella. Este descubrió que no existía un único lugar de su esposa que fuera su favorito. Sus manos volvieron a su vientre, en él existía una pequeña zona donde la piel no había vuelto a ser la que era. Los trazos eran similares a las cicatrices, pero tenían un color blanquecino e intentaban pasar desapercibidas sobre su cuerpo.

—No deberías mirarlas —dijo ella al notar cómo habían captado su atención—, aparecieron tras mi último embarazo, pero no se marcharon con él.

—Son estrellas, Diane —respondió mientras movía sus caderas con suavidad para que se fuera acostumbrando a su pequeña intromisión—. Unas de las tantas que ya no se ven en Londres. Parece que tengo el privilegio de admirarlas a poca distancia de mi cuerpo. Qué afortunado soy.

Ella sonrió más relajada, se inclinó para besar sus labios y se dejó llevar por el frenético vaivén que comenzaba a envolverlos. Cada uno de sus movimientos arrancaba gemidos de sus cuerdas vocales, provocaba que arqueara la espalda y suspirara de deseo.

El dulce movimiento resultó similar a los ligeros pasos de un vals. Diane se sintió girar,

disfrutar de la cercanía de su acompañante y ser parte de gran cantidad de palabras que en esos momentos era incapaz de comprender. Sus uñas perforaron la piel del detective, se sentía en lo más alto de la cumbre, a punto de caer en las entrañas de un infierno que jamás había conocido y que se llevaría hasta sus últimos gemidos.

Él no la decepcionó. Abrazó su cuerpo con todas sus fuerzas dejándose ir por completo en su interior. Wyatt ocultó su rostro en su pecho; y mientras ella volvía a ensimismarse con sus mechones oscuros, él se preguntaba por qué había perdido la razón por alguien que jamás debió significar nada para él.

# Capítulo 25

Los altos muros de New Garden le provocaron una profunda nostalgia, el tiempo que había pasado lejos de allí fue mucho más agónico de lo que pensaba. Aquel proyecto tomó forma por su frenético deseo de proteger a los niños que vivían en la calle debido a su miserable situación. La muerte de Chandler provocó que tuviera que alejarse de su sueño de manera inmediata, por lo que era ajena a todo lo que sucedía en su interior.

Wyatt le había insistido, por activa y por pasiva, que lo más adecuado era que no la vieran sola por Spitalfields. Las malas lenguas darían voz a su caprichoso deseo de ser directora del orfanato, pero esa mañana no pudo evitarlo.

Cuando despertó se encontraba aferrada a las sábanas de un lecho que no era el suyo, la molestia que sentía entre las piernas le recordó que su encuentro con el detective en la biblioteca había proseguido en aquella habitación. Aún conservaba las invisibles caricias de Wyatt en cada rincón de su piel, podía sentir su calor sobre su cuerpo como si no se hubiera marchado nada más salir el sol.

Pensar en ello hizo que las mejillas de Diane se tornaran tan rojas como las mismísimas cerezas. Le seguía resultando extraño que yacer con él dejara una sensación tan deliciosa en cada rincón de su ser. No hubo ni una pizca de dolor al levantarse de la cama, tampoco al caminar en dirección al espejo ovalado donde se encontraba la jofaina.

¿Era esa la felicidad que sentía una mujer que era deseada?

—Me alegra que haya acudido a mí para este paseo, aunque no creo que sea adecuado que una viuda como yo vague a sus anchas por la ciudad.

La voz de Valerie la despertó por completo de sus pensamientos, parpadeó un par de veces e intentó recomponerse con elegancia. No había conocido a su cuñada en las mejores condiciones, por eso creyó que un paseo lejos de los lugares que frecuentaba la alta sociedad la ayudaría a lidiar con su luto.

—Yo no voy a decírselo a nadie —respondió Diane guiñándole un ojo—, por mí, que no sea.

—Mi hermano no lo verá adecuado, más aún cuando hemos interrumpido su vida en Londres por la muerte de mi esposo.

—Estoy segura de que vuestra presencia lo alegra, aunque no lo demuestre demasiado. —Sonrió la Redfield tomando su brazo para subir la pequeña escalinata que daba al interior del edificio—. Si tiene algún inconveniente con nuestro encuentro que me lo haga saber.

—Diría que lo has cambiado. —Valerie abrió los labios en forma de o al comprobar que la había tuteado—. L-lo lamento, yo...

—Lo prefiero —se adelantó Diane sin ningún tipo de preocupación—: las florituras no son lo mío.

—D-decía que Wyatt ha cambiado mucho en este tiempo. —Hizo una breve pausa para observar los largos mechones rubios de la mujer que tenía al lado—. A pesar de su gran afán por protegernos del mundo, nunca mostraba cariño ni ningún tipo de emoción. Hay algo que ronda su cabeza y no considero que se trate del caso de mi fallecido esposo.

A Diane le habría encantado decirle que estaba equivocada. Su relación con el detective no era tan buena como ella deducía: discutían, se presionaban hasta que uno de los dos cedía y tras ello se ignoraban.

«Menos anoche, por supuesto», pensó ella sacudiendo su cabeza ante su propio pensamiento.

—¿Cómo te encuentras en relación con ello?

—Si puedo poner voz a mis sentimientos, diría que me encuentro mejor de lo que podía esperar —Val suspiró disfrutando de los estridentes gritos de los niños—. Algún día tenía que aceptar que nunca fui yo su preferencia.

—Así son los hombres. Nos ven como un complemento más a su apuesto traje. Creen que de esa forma tendrán un mejor semblante, pero siguen estando vacíos por dentro.

—¿No tienes miedo de decir algo así en voz alta?

—Estoy segura de que ya no tengo nada que perder.

Curiosa y despreocupada por sus dulces acusaciones, asomó con sutileza la cabeza hacia una de las clases. Una sonrisa apareció en su rostro al ver cómo los niños más pequeños se levantaban de sus mesas para recitar en voz alta unos poemas. Tuvo que contener una carcajada al escuchar las palabras con lengua de trapo de los que ni siquiera levantaban un palmo del sueño: le habría encantado achucharlos y decirles que algún día las amonestaciones de aquella institutriz tan solo serían un mal recuerdo.

—He leído en la gaceta de lady Button que hubo un atentado en la fiesta que celebraba la duquesa de Norfolk —comentó Valerie tras ella—. ¿Están bien?

—Por lo que sé ha sido un parto largo, pero los dos se encuentran bien —respondió la menor de los Redfield—: el duque debe estar pletórico con su pequeño heredero.

—Me alegro de que no haya tenido un mal final.

«Y yo. Aunque esa bala no era para Genevieve, sino para mí».

Un pequeño golpecito en sus faldas captó por completo su atención. Con lentitud fue descendiendo su mirada hacia aquella menuda estatura. Sus mechones rubios tenían un tono grisáceo debido a la suciedad que los envolvía. Las pequeñas manitas con las que cubría su rostro tenían una capa de mugre y de sus labios escapaban pequeños sollozos.

A Diane no le importó ponerse a su altura, acarició sus brazos ignorando su aspecto y esbozó una dulce sonrisa. No era una persona que hiciera hincapié en la apariencia desaliñada de un pequeño. Después de todo fue una niña inquieta que manchaba sus faldas cada vez que saltaba, jugaba con el barro o se subía a los árboles mientras competía con su hermano.

—¿Qué ocurre, pequeña?

Con mimo fue apartando las manos de su rostro. No tardó demasiado en reconocer aquellas facciones tristes tan enamoradas de las historias escocesas. El nombre de Mandy vino a su mente, la había conocido en su última visita a New Garden.

—N-no quiero irme —gimió con tal tristeza que la aferró entre sus brazos—. Aquí no estoy sola y puedo ayudarla, lady Redfield.

El nudo que se aferró a su estómago le provocó unas profundas náuseas, había quedado tan

cautivada con la dulzura de la niña que fue parte de sus oídos dentro del orfanato. No había tenido el placer de escuchar nada de su boca, pero que ese efímero trabajo la hiciera sentir suficiente hizo que se mordiera el labio inferior.

¿Por qué no quería marcharse a un lugar mejor?

—Aquí estás.

La voz de la señora Nagel hizo que se incorporara del suelo, sacudió un poco el largo de su vestido en tono cobre y asintió en un silencioso saludo. La institutriz no había cambiado ni un ápice desde la última vez que se encontraron, su cabello estaba tan tirante que su moño era impoluto. La reverenció debido a su posición, pero su presencia no parecía de su agrado.

—¿Ha habido algún problema con la pequeña?

—Una familia se ha interesado por ella, pronto se marchará a su nuevo hogar —dijo con una actitud solemne.

—¡Yo no quiero irme, lady Redfield! —Mandy tiró de sus faldas con desesperación, si hubiera tenido la oportunidad de escalar hasta su cintura lo habría hecho—. Prometo que seré buena.

—Lamentablemente no estás en posición de replicar: recoge tus cosas, te marcharás de manera inmediata.

—¡No! —chilló Mandy desesperada.

—Puedo encargarme de ella, señora Nagel, no es necesario que la dé en adopción a nadie. —Se interpuso de manera imprudente la Redfield, no estaba muy segura de por qué la protegía, pero no era capaz de dejarla marchar cuando estaba rota de dolor. Su única intención al crear el orfanato había sido que pequeños como ella pudieran encontrar su camino, no que fueran forzados a ser infelices.

—Me temo que es tarde para algo así, lady Redfield —negó con la cabeza la institutriz dispuesta a terminar con aquella conversación—: la decisión está tomada.

—Si no hay director, ¿quién ha tomado tal decisión?

—Su hermano se está encargando de manera temporal de New Garden. —La sonrisa que se instauró en su rostro provocó que Diane diera un respingo. El dolor de la traición hizo que sintiera una profunda desazón en el pecho. ¿Cómo había sido capaz de tomar tal responsabilidad sin decirle nada? ¿Acaso pensaba que era la culpable de lo sucedido?—. ¿Es que no lo sabía?

«No te derrumbes, no ahora», se dijo a sí misma mientras intentaba controlar las lágrimas que ahogaba en su garganta.

—¿Cree que vendría hasta aquí sin ningún tipo de información? —Ladeó la cabeza ataviándose la mejor capa de seguridad que podía conservar. Valerie pareció comprender que la situación resquebrajaba su entereza, por lo que no soltó su brazo para infundirle su fuerza—. Por eso yo misma me encargaré de este asunto.

—¡N-no tiene...!

—¡Por supuesto que lo tengo! —gritó exasperada—. ¡Soy Diane Verity Redfield, hermana del duque de Redfield, y pienso hacer lo que me place!

Sin esperar una respuesta de la institutriz, tiró de su cuñada en dirección al despacho del director que se encontraba en la planta baja. Con uno de los brazos abrió las dobles puertas de madera que separaban la zona administrativa de la común, entró por el pequeño despacho notando una bofetada de tabaco que hizo que tosiera varias veces. Al parecer no habían abierto las ventanas desde la muerte de Chandler; lo dejaron todo tal y como él lo acomodó en vida. Quizá esperaban su regreso, o que alguien similar a él ocupara el puesto.

—Puedes quedarte fuera si crees que no puedes afrontar esto.

—Es solo un lugar, Diane —respondió Valerie mientras se sentaba en una de las sillas junto a Mandy—. No tiene ninguna relación conmigo, ni siquiera siento su presencia en él: conocía a mi esposo menos de lo que me gustaría admitir.

—Te comprendo más de lo que imaginas.

—¿Tú alguna vez...?

—¿Si viví un matrimonio donde me sentí inferior, humillada y abandonada? —Su pregunta destiló tal tristeza que solo pudo curvar sus labios hacia arriba sin sentir un ápice de felicidad—. ¿No son así las uniones con un ficticio amor?

—Lo son...

La menor de los Redfield intentó controlar la ira que hacía que su sangre entrara en ebullición. Imaginaba todas las formas posibles de acabar con la vida de su hermano. Siempre había odiado su sentido del deber, su astucia para tomar decisiones sin contar con nadie y, por supuesto, su maldito egoísmo.

Diane no temió en cerrar la puerta con llave a pesar de las amenazas de la señora Nagel, caminó en dirección a los cajones que había bajo la mesa y rebuscó en los archivos del orfanato. No tenía demasiada dificultad en encontrar las partidas de nacimiento de los niños que entraban en New Garden. Ella misma se había encargado de tener un control de aquellos que entraban, se quedaban o eran adoptados.

Buscó el nombre de Mandy con cierta desesperación. Debido a su segundo plano dentro de la edificación no sabía con exactitud cuándo había empezado a formar parte de sus instalaciones. Se permitió arrodillarse en el suelo mientras cada documento descansaba a su alrededor dándole un aspecto tan mundano que parecía poco propio de ella.

—Mandy, cariño, ¿recuerdas tu apellido?

La pequeña negó con la cabeza. Se había acomodado al lado de Valerie mientras ella le relataba historias relacionadas con Cornualles. Se preguntó si aquella mujer alguna vez tuvo un pensamiento similar al suyo, si quiso que su familia siguiera perpetuándose y tener la oportunidad de dar el cariño que a ella le faltaba.

Diane sacudió la cabeza cuando sus propias inseguridades intentaron arrastrarla al abismo, deslizó sus dedos entre documentos carecientes de valor hasta que se detuvo cuando vio el nombre de la niña en uno de ellos. Con el corazón en un puño, miró su partida de nacimiento con curiosidad. Al parecer era un poco mayor de lo que pensaba: tenía seis años, pero actuaba como alguien mucho menor.

Los datos de su familia eran inexistentes, tan solo la fecha de recepción destacaba por debajo de su nombre. Cuando quiso darse por vencida y pasar su atención a otro lugar, se percató de que existía un segundo documento adherido a él. La caligrafía de ese último era diferente al anterior. Era firme, nada ondulada y transmitía cierta frialdad. Pero a Diane no le importaron unas meras palabras, lo que la dejó sin respiración fue el nombre del hombre con el que tenía parentesco: Seamus Bladler.

Su difunto esposo. Aquel que la abandonó para tener una familia de verdad, pero lo que provocaba que sus manos temblaran fue que había alguien que buscaba a la niña porque conocía ese secreto.

# Capítulo 26

Spitalfields parecía estar oculta tras una enorme nube de color gris. Poner un pie en aquel lugar destilaba tristeza, inquietud y demasiadas miradas acusatorias a los recién llegados.

Wyatt se bajó del carruaje sin miedo en sus facciones. No tenía ningún tipo de inquietud ante la hilera de niños acomodados en las calles, sus ceños fruncidos y su interés por obtener algo de valor. A su lado, el marqués de Cornualles dio una zancada para bajar, alzó una de sus manos para ayudar a la dama que los acompañaba, pero ella rehusó su oferta.

—No se preocupe, lady Martin, nosotros la escoltaremos en todo momento —le aseguró Arthur para que no se inquietara.

Los mechones castaños de Lisa danzaron al compás de la brisa mañanera, observaba cada lugar con un matiz de nostalgia y tristeza. Cogió todo el aire que le propinaron aquellas calles pestilentes, asintió con sutileza para después decir lo siguiente:

—En primer lugar, no debería dirigirse a mí como si fuera alguien importante, marqués. Tan solo soy la ayudante de cámara de la duquesa, no debe agradecerme con tales florituras que los acompañe, conozco muy bien mi lugar y no saldré corriendo si me trata con molestia.

—Los dos sabemos que es hija de Berthold Martin, el padre de Wallace y Edward Martin —reveló el detective como si se tratara de un dato sin importancia—. Tanto el marqués como yo consideramos que debe mantenerse a salvo de cualquier imprudencia que se lleve a cabo en esta aventura.

»Nos ha costado suficiente esfuerzo ganarnos el favor del duque de Norfolk, así que solo le pido que nos guíe sin perderse demasiado en sus recuerdos. Quizá este lugar alguna vez fue su hogar, pero es peligroso.

Lisa trabajaba en Sunlight Grove House como la sirvienta personal de Genevieve. Su personalidad divertida, cercana y un tanto atrevida captó la atención de todo invitado que pasaba tiempo dentro de la mansión. Edward estaba en contra de que tuviera limitaciones, consideraba que tanto ella como su madre habían sufrido lo suficiente como para darle órdenes: si por él fuera la habría reconocido como su hermana de sangre, pero la propia muchacha prefería pasar desapercibida entre los muros del hogar de su padre.

No le importaba trabajar, aunque tampoco perdía la oportunidad de molestar a la esposa de su hermano. La relación entre ellas no empezó de la mejor forma, pero Lisa se había ganado a pulso la confianza y el cariño de Genevieve.

—¿Estás segura de que Berrycloth se esconde aquí?

—Así es —respondió ella emprendiendo la marcha en dirección hacia una de las

edificaciones, hizo una seña para que los dos hombres que la acompañaban siguieran sus pasos en dirección hacia uno de los callejones—. A pesar de la situación precaria del distrito, Spitalfields destaca por su movimiento económico. El mercado cuenta con grandes productos frescos y de calidad. Lo único con lo que hay que tener cuidado es con no ser advertido por alguien que tenga demasiado poder.

—¿No podemos pasar por un lugar menos desagradable? —Arthur arrugó la nariz con molestia, el olor a orina lo hizo suspirar con desagrado.

—Existe una casa con escaleras de madera en el exterior —comentó Lisa como si estuviera en un lugar tranquilo y poco abandonado—, la habitan personas con mayor poder, e imagino que Berrycloth no dejaría por completo lo que más le agrada en un rincón.

—¿Lo conociste?

—No —respondió Lisa encogiendo los hombros—. Cuando Edward y yo llegamos a la mansión, ese hombre había desaparecido.

En el trayecto, Wyatt no fue capaz de decir nada. Su mente estaba muy lejos de la podredumbre del distrito. La noche anterior actuó en contra de la razón y había terminado sucumbiendo al placer que suponía tener a su esposa entre sus brazos. La fricción de su piel contra la suya era una dolorosa tortura para su pensamiento. Su nariz aún recordaba ese maldito olor a azaleas que se había convertido en su fragancia favorita. El vaivén de sus cuerpos resultó una adicción tan frenética y desesperante que deseaba volver a Rousefield para caer de nuevo en ella.

La parte más racional de su cabeza le advertía que todo atrevimiento de su parte era impropio de él. La llegada de Diane a su vida eclipsó por completo sus intereses como hombre, lo alejaba de Button por más que quisiera acabar con su mofa y lo hacía más similar al marqués que debió ser algún día.

—Wyatt —su mejor amigo le dio un golpe en el hombro—, estás muy callado.

—Pensaba que todo esto me escama —mintió con facilidad—. Las pistas apuntaban hacia Diane en todo momento. A través del atrevimiento de Button dimos con un secreto que parece ajeno tanto al asesinato como a ella.

—¿Y si Rowan solo es un peón más?

El detective abrió los labios con cierta sorpresa. Estaba tan centrado en destapar todo lo relacionado con el caso que ni siquiera se fijó en los detalles. El ataque hacia su esposa en Sunlight Grove House no fue una amenaza, el asesino intentaba por todos los medios quitarla de su camino. De hecho, no era la primera vez que la sociedad deseaba a Diane fuera de juego.

¿Por qué necesitaban que desapareciera?

—Es aquí —interrumpió Lisa señalando en dirección a las escaleras—, deberíamos darnos prisa, no me gustaría que nos viéramos envueltos en alguna diferencia entre bandos.

Sus acompañantes asintieron sin contradecir sus palabras, después de todo ella era la única de los presentes que conocía aquel lugar como la palma de su mano.

Wyatt encabezó la expedición siendo el primero en subir la escalinata. No le preocupaba lo que se escondiera tras la puerta de aquella casa. Lo único que le importaba era acabar con la frenética necesidad de saber la verdad. Porque estaba seguro de que la menor de los Redfield podía ser atrevida en muchos aspectos, pero jamás haría daño a nadie.

Sus nudillos impactaron contra la podrida madera varias veces hasta ganarse un quejido desde el interior. La puerta no tardó en abrirse con desconfianza, lo único que consiguió ver fueron unos mechones castaños sucios y adheridos al rostro de una mujer que tenía el miedo grabado en

sus facciones. La mirada de esta pasó del detective a los dos acompañantes que venían tras él. Asustada, intentó por todos los medios volver a esconderse, pero Wyatt no tenía la paciencia para jugar al gato y al ratón.

—P-por favor —rogó haciéndose pequeña—, no debemos nada a nadie. Vivimos de manera humilde.

—¿Está Rowan Berrycloth? —preguntó él con decisión—. Necesitamos hacerle unas preguntas.

Las dudas reptaron por su oscura mirada como si se tratara de la propia neblina de Spitalfields. Por un momento creyó que giraba la cabeza en dirección al interior, pero se recompuso de manera inmediata para no levantar sospechas.

—Me temo que no conozco...

—Hágase a un lado —ordenó Wyatt molesto—. No sé nada de su situación, pero todo apunta a que su esposo es el culpable de un asesinato. Si no quiere que me la lleve también a usted por cómplice, manténgase al margen.

La muchacha tembló aterrorizada, tenía toda su atención en el umbral de la puerta para no caerse de bruces al suelo. Sus ojos volvían a centrarse en el interior, observaba a sus invitados y negaba con la cabeza.

—Por favor, necesito...

—¿Qué está pasando, Rhea?

El tono varonil que deleitó los oídos del detective fue suficiente para que Wyatt se hiciera paso hacia el interior. Ella chilló con tanta desesperación que lo único que pensó fue en hacerse pequeña y protegerse la cabeza con los brazos. Un pinchazo de culpabilidad asomó por las entrañas del detective, pero su misión en aquel punto de Londres era atrapar a aquel maldito canalla. Con una de sus manos aferró el cuello de Berrycloth, lo hizo retroceder y lo apoyó con todas sus fuerzas contra la pared.

—Y-yo sé quién es usted —rio Rowan regalándole un olor putrefacto que escapaba de su garganta—: el perro favorito de la reina.

—Hemos venido a hacerle unas preguntas —lo ignoró Wyatt con la templanza propia de su personalidad—. Lleva mucho tiempo alejado de su vida de lujos y privilegios. ¿Tan poco le agradaba?

—Una larga y mísera historia, detective —se burló divertido—. ¿Algo más?

Si Rowan fue alguna vez un hombre respetado por la alta sociedad, no quedaba nada del lacayo respetable. Su ropa estaba raída, sucia, y el lugar donde vivía apestaba a alcohol. Por lo que se podía deducir a simple vista, tampoco contaban con alimentos ni medicinas: el ambiente era similar al de un auténtico abandono.

—¿Por qué se marchó de Sunlight Grove House? —preguntó Lisa cruzando sus brazos para mostrar seguridad—. Tenía un buen puesto en la mansión.

—Supongo que debes ser la bastarda de Berthold. —Hizo una pequeña pausa—. Lástima que las fiebres no te llevaran.

—¡Será...! —protestó Arthur, pero no tardó en ser detenido por la despreocupación de una mujer que no sentía el dolor de unas palabras carecientes de valor.

—Se dice que usted amaba el juego, el dinero y yacer con mujeres por encima de su estatus —comentó Lisa como si nada—. Supongo que no era diferente a su patrón.

—Me encargaba de limpiar los destrozos que dejaba a su paso —gruñó él, quería moverse, pero Wyatt no se lo permitió—. Esa ha sido siempre mi labor.

—¿Por eso la Cámara lo busca? —preguntó el detective como si fuera un comentario sin importancia—. Normalmente no se preocupan por las atrocidades de un hombre en vida ni en muerte.

El aludido guardó silencio, empezaba a no desear ser parte de aquella conversación. Con lentitud giró la cabeza hacia la mujer que aún se encontraba en el suelo: ella lo observó como si supiera que no debía decir nada.

—Wallace Martin guardaba muchos secretos.

—Todo el mundo sabe qué clase de hombre era el duque —intervino Arthur no muy convencido—. ¿Por qué se ha escondido en un rincón de Londres, Berrycloth? ¿Quién no desea que hable?

—No sé...

El llanto de un niño irrumpió la acalorada conversación, los presentes se miraron con cierta duda, pero no se movieron de sus respectivos lugares. La atención de cada uno de ellos estaba en el pequeño pasillo que separaba la cocina de la única habitación que existía en la casa. Unos pocos minutos fueron suficientes para revelar la presencia de un pequeño de cuatro años. Con las manos sucias se restregó los ojos, buscaba consuelo ante algo que lo había asustado. Sin embargo, lo que más sorprendió a Lisa no fue que tosiera como si se tratara de un fumador compulsivo, sino que sus cabellos fueran anaranjados como los de su hermano Edward.

—Pero ¿qué...? —La muchacha quedó sin aliento cuando unos ojos azules repletos de dolor le devolvieron la mirada, acortó la distancia y cayó de rodillas ante él. El miedo se apoderó por un instante de cada parte de su cuerpo: conocía al actual duque y era consciente de que era imposible, por fechas, que esa criatura fuera suya.

«Al igual que Edward existe una rama de los Martin que son pelirrojos».

—¡Por favor! —chilló Rhea entrelazando sus manos a modo de ruego—. He comprendido mi impertinencia. Mi error de ser la mujer elegida por un hombre tan malvado como Wallace Martin, pero quiero volver a casa: deseo que mi familia sepa que sigo viva...

—¡Maldita bruja! —la maldijo Rowan con la intención de lanzarse sobre ella—. ¡Tenías que mantener la boca cerrada!

«Así que esta mujer fue la amante de Wallace. Para no dejar ningún rastro de sus hazañas fuera del matrimonio la alejó de todo», pensó con repugnancia el detective sin evitar negar con la cabeza.

—Tiene dos opciones —comentó Arthur mirando de soslayo el atizador de la chimenea, no era un asesino ni mucho menos, pero tenía la suficiente frialdad para aparentar que acabaría con su vida de inmediato—: o nos dice si este es el único motivo por el que se ha escondido y consideramos dejarlo libre, o le damos la misma muerte que a un gorrino.

—N-no es posible que lo diga en serio...

—Soy la Bestia de SleepyWood, ¿de verdad piensa que alguien va a relacionarme con tal hazaña? —Rio con cierta diversión—. Ninguno de los presentes lo echaría de menos.

El labio inferior de Berrycloth tembló tanto que pareció mucho más joven. Desesperado, intentó buscar alguna salida a su alrededor, pero Wyatt seguía aferrando su cuello dejándole un ligero hilo de aire para que no cayera inconsciente.

—¡Solo me importaba el dinero! —confesó desesperado—. Ella, el niño o cualquier hazaña de mi patrón me importan un comino. Me marché de Sunlight Grove House porque se me concedió todo lo que pedí: desde un marquesado para mis hermanos hasta una jugosa cuantía.

—¿Esa que muere sin su presencia? —dijo con ironía Arthur acortando sus pasos de nuevo

hacia su arma—. Si fuera así se habría refugiado allí. Algo me dice que sabía que lo buscarían en su bonito y utópico hogar.

—¡D-de acuerdo! —exclamó derrotado ganándose que el detective le diera cierto espacio—. Alrededor de Wallace se encontraban muchos lores que lo apoyaban, otros simplemente se hallaban a su lado porque su presencia los empoderaba. Por eso, el día que Diane Redfield perdió a su criatura tuve que desaparecer.

—¿Por qué motivo? —parpadeó Wyatt confundido—. ¿Qué sabía el duque de la familia Redfield? ¡Conteste!

—Cuando la hermana del duque se casó, se hizo una pequeña cláusula en su enlace: la muchacha poseía y posee una gran suma de dinero. Su dote era una jugosa oportunidad de tener parte de las tierras de una familia demasiado astuta para el gusto de la sociedad. Supieron afincarse y ser respetados.

»Por supuesto, Julian Redfield no iba a dejar a su hermanita con las manos vacías cuando Seamus Bladler no tenía donde caerse muerto. Era un hombre con gran expectativa, algo de patrimonio, pero no más que su joven esposa. Por eso el duque creó dicha condición donde aclaraba que su imperio jamás pasaría a Bladler, ni a los hijos de este si Diane seguía viva. Su presencia solo sería similar a la de un consorte, por lo que si tenía hijos fuera del matrimonio, la pobre muchacha tendría que estar muerta para que fueran reconocidos. Qué historia más curiosa, ¿verdad?

# Capítulo 27

En la vida de Diane habían existido situaciones que le arrebataron el aliento. A veces incluso las ganas de vivir. Por más que intentara seguir los pasos que la sociedad había estipulado para ella, siempre existía un inconveniente que la hacía preguntarse por qué luchaba por algo que jamás tuvo solución.

La culpa vagaba a sus anchas por cada extensión de su cuerpo, la aferraba con desesperación al sofá y le rogaba por un poco del sufrimiento que merecía. Las lágrimas no tardaron en caer silenciosas por su rostro, tensó sus labios para contener los gemidos en su garganta y los ahogó en la copa de licor que descansaba en su mano.

Abrumada por la verdad que en el fondo ya conocía, rodeó sus piernas con la mano libre, apoyó una mejilla sobre sus rodillas, derrotada, intentando encontrar la valentía con la que sonreía, hablaba e ignoraba su desdichada suerte. Julian había guardado silencio durante años sobre los hijos de su marido. No quiso poner voz a una realidad que imaginaba: la había abandonado por ser una mujer inservible, era evidente que buscaría a alguien fértil con la que pasar toda su vida.

Los estrepitosos pasos de su esposo la alertaron de que iba en su busca como siempre que volvía del trabajo. No estaba muy segura de tener las fuerzas suficientes para enfrentarlo. Si había descubierto su pequeña visita a New Garden, la nueva integrante en Rousefield y que su hermana había incumplido su luto por acompañarla, iba a meterse en un buen lío.

El detective entró en la estancia con cierta necesidad. Su respiración era agitada, como si hubiera vuelto corriendo de un rinconcito apartado de Londres. La buscó en la estancia, su única intención en aquel instante era encontrarse con sus orbes esmeraldas, atravesarlas y ver a través de ellas.

La imagen que encontró destrozó por completo su corazón.

—No preguntes —rogó la Redfield—. Nunca descarto la idea de meterte en la chimenea para quedar viuda de nuevo, pero ni siquiera tengo fuerzas para hacerlo.

—Tu lengua viperina sigue en su lugar.

—Está a buen recaudo —respondió inclinando los restos del líquido ambarino sobre sus labios —, no debes preocuparte por su escondite.

Wyatt suspiró no muy convencido. La faceta que conocía de su esposa era altanera, fuerte y atrevida. La mujer que tenía delante no presentaba ni un ápice de aquellos adjetivos propios de su personalidad. Preocupado, acortó la distancia con ella, se sentó en el borde del sofá y alzó una de sus manos para atrapar una mejilla. Cuando las lágrimas humedecieron las yemas de sus

dedos, las hizo desaparecer bajo estos. La desdicha que reflejaban sus facciones provocaba que sintiera un profundo dolor en la boca del estómago: jamás había soportado ver a una mujer llorar, pero que fuera ella le partía el alma en tantos trozos que temía no saber recomponerlos.

—Prefiero que busques cualquier método para acabar con mi vida antes de verte de esta manera —dijo Wyatt inclinándose hacia ella—. Ven aquí.

—Deseo estar so...

Las palabras de Diane quedaron en el aire, no pudo replicar por mecerse en aquella oscuridad de la que, en esos instantes, le costaba salir. Con un simple movimiento, el detective la acomodó a horcajadas sobre él, apartó con lentitud los mechones que se adherían a sus mejillas debido a su llanto y juntó su frente con la suya.

—¿Es por lo sucedido entre nosotros? —insistió de nuevo—. Siempre he sido un hombre que ignoraba el corazón, contigo me cuesta seguir esa condenada pauta porque existe un motivo que no conozco que me atrae a ti. Si no deseas que vuelva a suceder, podemos seguir siendo socios como te sugerí en un principio.

—De lo único que me arrepiento es de no haber tenido la oportunidad de desvestir ese cincelado pecho con anterioridad —dijo ella con sorna provocando que Wyatt se riera a carcajadas—. Era la primera vez que me sentía tan viva, pero no sé dónde nos llevará esto. Sé que hay algo que me hace querer romper cada una de tus barreras. Maldita sea, ¡deseo molestarte a cada instante!

—Es el momento de que salga corriendo.

—Ya es imposible: te he atrapado antes de que tú puedas hacer lo mismo conmigo —susurró con un ápice de culpa que él no terminó de comprender.

—¿Quién es la niña que llevaban en dirección a tu antigua alcoba? —dijo de manera certera, como solía ser—. Puedes no contestarme si lo deseas, pero terminaré descubriéndolo: vivo contigo, Diane. Es difícil mantener un secreto entre estas cuatro paredes.

«Y ni siquiera aún te has dado cuenta del que más anhelas», pensó ella.

—Se llama Mandy —respondió derrotada—. Es la hija de Seamus.

Wyatt frunció el ceño sin comprender demasiado bien la situación. Abrió sus labios dispuesto a buscar más respuestas a su insaciable curiosidad, pero Diane continuó:

—He ido a New Garden sin tu permiso. Deseaba saber cómo estaba la situación en el orfanato. Conocí a la pequeña antes de que todo esto se desbordara, captó mi atención, pero hasta que no vi el nombre de su padre no entendí el motivo.

—¿Por qué la has traído aquí? —Quiso saber. El dolor danzaba a sus anchas por el rostro de su esposa, si tanto sufría con ello lo mejor era que la niña no estuviera en Rousefield—. No es tu deber si es lo que piensas.

—La estaban buscando —reveló con cierta angustia—. Alguien le pidió a la institutriz, la señora Nagel, que la tuviera preparada porque iban a llevársela. Eso significa que, por algún motivo que desconozco, les quitaron a sus hijos, que su amante está aquí en Londres y...

—Diane —dijo su nombre para captar por completo su atención. El corazón le iba a mil por hora, ni siquiera se había percatado de lo rápido que hablaba—, tienes que calmarte.

—N-no puedo —gimió angustiada escondiendo su rostro en el hombro del detective—. Soy un fracaso como mujer y como madre. Todo el mundo se mofa de que todo lo que tengo no sirve para nada porque estoy vacía por dentro. Nadie jamás me aceptará ni me querrá por ser yo misma. Siempre seré la opción que ve todo el mundo mientras la pasión y el amor se los quedará la amante fértil, hermosa y que pueda tener...

Wyatt fue incapaz de soportar cada una de las palabras que usaba para herirse a sí misma. Su llanto era tan desgarrador que no pudo evitar aferrarla entre sus brazos. Con mimo acarició sus largos mechones rubios, meció su cuerpo y susurró todo lo que pensaba sobre ella.

—Eres hermosa, Diane. Eres mi caos, la causante de que mis barreras se hagan cenizas. Eres Lilith, la reina de mi tablero. Aquella capaz de enfrentarme y dejarme sin aliento —susurró muy cerca de su oído—. No llores por alguien que jamás supo ver tus deseos, tus miedos e inquietudes. Ya eres madre de un lugar que se llama New Garden y haré todo lo posible para que puedas sentarte como directora de tu dulce sueño. Por favor, te ruego que no llores. Me rompes, maldita sea, me destroza verte tan quebrada. Yo...

Él calló de inmediato ante su declaración. Agradeció de manera inminente que sus lágrimas impidieran la visión de sus mejillas sonrojadas. No pudo evitar girar la cabeza para refugiarse lejos de sus propios sentimientos. Era cierto que aquella mujer había irrumpido en su vida para provocarle un continuo y horrible dolor de cabeza. También estaba dispuesta a quedarse, a mofarse de cada uno de sus movimientos si tenía la ocasión. Y, cuando levantara el mentón en dirección al cielo, él se encargaría de atrapar sus labios, hundir la lengua en su boca hasta caer por completo en aquel abismo al que siempre conseguía arrastrarlo.

—¿Por qué? —preguntó en un hilo de voz—. Soy tu motivo hacia la libertad. Si estoy a tu lado no tendrás que casarte ni lidiar con ningún deber.

—Estoy perdido, Diane, el infierno hace tiempo que me hizo cenizas.

Ella no pudo evitar girar su rostro con delicadeza, temía que cualquier movimiento imprudente terminara con la magia que existía entre ellos. En sus labios se curvó una sonrisa tan sincera que quedó eclipsada en la boca del detective.

Wyatt fue incapaz de alejarse, la aferró por la cintura y movió sus labios en busca de saciar todo el deseo que sentía. Sin embargo, cada mínimo roce ocasionaba que quisiera más de ella. No importaba cuánto la estrechara contra su cuerpo: el vestido comenzaba a molestarle en su intención de venerarla como tanto se merecía.

—N-no he sido capaz de dejarla allí —susurró entre besos—. ¿Puede quedarse con nosotros hasta que se solucione todo esto?

«No se solucionará, querida. Si no me equivoco, los Bladler buscan legitimar a sus nietos si tú desapareces. Pero te aseguro que eso no sucederá, me encargaré de que nadie tenga el efímero pensamiento de hacerte daño», le habría gustado decirle, pero era incapaz de poner voz a la verdad sobre su anterior matrimonio y la implicación del duque de Redfield.

—Es tu casa —respondió—: tú decides.

—Vives conmigo, Wyatt.

—Solo soy tu caballero de flamante armadura —chasqueó la lengua con un ápice de diversión —, aunque mi atuendo no te cause ningún interés.

—Poco me importa.

—¿Y puedo saber qué llama la atención de Diane Redfield?

Ella lo miró largo y tendido, si esperaba una respuesta de manera eficaz lo haría sufrir durante unos breves segundos. Decidida a hacerlo caer en aquel peligroso juego, rozó la nariz de él con la suya. Su mano derecha se deslizó por encima de la chaqueta que siempre lo acompañaba en cada uno de sus casos, tiró un poco, aunque no lo suficiente, para mostrarle parte de la camisola que llevaba debajo.

—Tú.

—¿Quieres hacerme jaque, Lilith?

—Hace tiempo que me senté en el trono, Lucifer.

«¡Maldita mujer temeraria!».

Desesperado, Wyatt se levantó con su esposa aferrada a sus caderas, tiró de su menudo cuerpo hasta acomodarlo de espaldas al sofá. Las manos de Diane estaban apoyadas en el respaldo, miraba hacia atrás sin comprender muy bien qué iba a suceder.

Los dedos del detective acariciaron sus tobillos, se alzaron con lentitud por sus rodillas hasta que se hundieron en sus caderas. Ella suspiró por la intensidad con la que le regalaba cada una de sus caricias, le habría gustado ver qué pensamientos se vislumbraban en sus ojos azules.

Habría sido fácil levantar su falda, tirar de su cuerpo y unirlo con el suyo. Sin embargo, Diane merecía mucho más que unos simples minutos de pasión. Por eso sus labios impactaron en la nuca de su esposa, tras aquel efímero beso le acompañaron un reguero de ellos que marcharon en dirección a su hombro izquierdo. Ella suspiró complacida, elevó su mentón, y Wyatt aprovechó la postura para tapar sus labios. La forma en que la sostuvo provocó un profundo deseo en su cuerpo, la parte más sensible de él luchaba con el tortuoso pensamiento de sentirlo en su interior. Si hubiera sido valiente le habría rogado por ello: su sexo ardía por ser atendido y se lo demostró contoneando sus caderas en busca del roce que tanto necesitaba.

—Te deseo —gruñó él mordisqueando el lóbulo de su oreja—. Te deseo tanto que podría pasarme la noche mimando cada parte de tu cuerpo hasta hacer desaparecer tus cicatrices.

—Wyatt —el jadeo que acompañó su nombre le hizo suspirar—, quiero que me hagas tuya.

—Diane, no podré controlarme.

—Ya estamos perdidos.

El detective tomó sus palabras como una invitación a continuar. Desesperado, tiró de los cordones de su corsé, no le importó usar demasiada fuerza al deshacerse de la tela, estaba lo suficientemente ansioso para poder controlarse. Esta protestó en consecuencia haciendo que Diane soltara un pequeño gemido debido a la sorpresa. A pesar de ser una lady de buena posición, mimaba cada vestimenta como si fuera la única en su armario.

Su piel se erizó al deshacerse de la muselina que cubría su cuerpo, notó cómo sus pezones se erguían en consecuencia y los ocultó bajo sus manos. Wyatt no quiso que se avergonzara de cada parte de su ser, tiró de sus brazos para volver a apoyarlos sobre el sofá. Su cuerpo estaba agazapado, tenía las piernas abiertas para él y sus pliegues húmedos rogaban por un mísero roce.

—Has conseguido volverme loco —susurró de manera ronca mientras depositaba un beso sobre su espalda—. Eres una maldita, deidad, Diane: me arrodillaría ante ti cada noche si me lo pidieras.

Ella gimió en respuesta, no podía controlar el continuo vaivén que buscaba en el aire. Estaba desesperada, incapaz de controlar el desesperante calor que envolvía su cuerpo. Una de las manos del detective deshizo con destreza el tirante moño que siempre la acompañaba, acarició con mimo cada mechón con olor a azaleas que lo volvía loco. Derrotado, tiró de él decidido, pero no con la intención de hacerle daño.

—Ojalá lo hicieras.

—¿Cuándo? —preguntó con cierta malicia.

—Todos los días de mi vida.

Wyatt arrastró sus pantalones con tal brusquedad que quedaron de mala manera por debajo de sus rodillas. Su miembro se vislumbró tras la tela mostrando su dureza. El incesante deseo de ser atendido provocó que lo aferrara para no dejarse llevar por su excitación. Con lentitud lo acarició en un ligero vaivén, cerró los ojos y maldijo entre dientes: verla desnuda, jadeante y deseosa de

tenerlo había provocado que perdiera el norte. Por eso rozó su protuberancia contra los pliegues de su esposa, la sensación le arrancó un gutural gemido, se sentía un muchacho que acababa de conocer el significado de atender sus propias necesidades.

—Diane...

Las caricias que le ofreció sobre su espalda hicieron suspirar a la Redfield. Cada uno de los movimientos del detective la tenían demasiado lejos de aquel salón. Sus uñas repiqueteaban contra el respaldo del sofá cuando acortaba la distancia y la deleitaba con su aliento mentolado demasiado cerca de su garganta.

¿Así se sentía sucumbir ante la tentación?

—Por favor —rogó en un hilo de voz—, hazme arder, Wyatt.

El detective no pudo aguantar más. Comenzó a hacerse paso en su interior de manera paulatina pero certera. No tenía ninguna intención de sentir las llamas del placer por sí solo, quería que Diane se derritiera de la misma forma que lo hacía él en ese instante. Su interior lo succionó con tal desesperación que jadeó desesperado. Sus caderas iniciaron un leve vaivén en el que ambos pudieran encontrar la melodía idónea para encajar a la perfección.

El continuo movimiento hizo eco entre las cuatro paredes de la estancia. Aquel lugar que tantos recuerdos agridulces devolvía a su mente era testigo de cómo Wyatt Mitchell la hacía suya borrando todo lo doloroso y desechable. Su propio pensamiento coloreó sus mejillas de un tono muy similar al de las cerezas, cerró los ojos en varias ocasiones para centrarse en cada una de las embestidas que erizaban por completo su piel.

Jamás habría creído que sería tan temeraria como para exhibir su desnudez en un lugar ajeno a su alcoba, pero de alguna forma se sentía empoderada y deseada. Incluso la parte más canalla, aquella que daba forma a lady Button, no se mantenía al margen en dicha ocasión. Tenía la oportunidad de apoyar su piel contra sus cincelados pectorales, tirar de sus mechones oscuros y gemir su nombre hasta que le doliera la garganta.

De esa forma comprendía lo mucho que se había perdido en un cuento de hadas que no era el suyo. Porque mientras intentaba ser la mujer perfecta con la intención de tener su final feliz, iba cayendo en un abismo de mentiras, tristeza y desolación.

Por el contrario, Wyatt era tan transparente como las gotas de lluvia. Intentaba con todas sus fuerzas llevarla a la cúlmine de su propia excitación. Cada vez le costaba más mantenerse al margen de la apariencia y sus sentimientos. Por eso se preguntaba cómo podía haberse enamorado de esa mujer que le declaró la guerra y a la que protegía de los indeseables que anhelaban arrastrarla hacia su caída.

# Capítulo 28

*La voz de lady Button.*

Estimados lectores,

El día que tomé la decisión de revelar los secretos de la alta sociedad, creí que podría señalar a todo varón que hubiera cometido un pecado. Es posible que piense que me trato de una justiciera dispuesta a hacer el suficiente ruido para ser respetada, pero está muy lejos de la realidad.

Siempre he considerado que toda desigualdad debe pagarse con la misma moneda. Porque mientras el esposo mantiene a flote a la familia, la mujer da a luz a todo retoño que desea o puede no haber pedido. Estoy segura de que más de alguna de ustedes se siente en tal situación: el miedo a ser abandonada es mucho más fuerte que un lecho vacío.

No se preocupen, jamás las juzgaré por ello. Soy consciente de que cada uno de mis fieles seguidores alza sus armas de la mejor forma que cree conveniente.

Mi intención con tales palabras tan solo consiste en una puntual despedida. Puede que no me echen de menos ya que sus secretos estarán a salvo de mí. Quizá otros pierdan la calidez de una voz amiga que comprendía demasiado bien su situación, pero esta autora por una vez en mucho tiempo debe hacer lo correcto.

¿Con qué fin?

Lo desconozco por completo.

Vigilen bien sus espaldas, mis queridos lectores, puede que mi silencio suponga un respiro para los caballeros más canallas de Londres, pero no significa que vaya a desaparecer para siempre. En cualquier momento e instante volveré para poner las cartas sobre la mesa como una vez hizo Lucas Watts sin demasiado éxito.

Y usted, tanto que desea encontrar un efímero mensaje entre mis letras, puedo asegurarle que mi respiración está mucho más cerca de su oído de lo que piensa. Hace tiempo que perdió, amigo mío. Es hora de que admita que no supo cómo desenmascararme.

Con afecto.

Lady Button

# Capítulo 29

Las semanas siguientes hubo un extraño cambio en el comportamiento de Wyatt. No supo exactamente de qué se trataba, pero tuvo un mal presentimiento. La cercanía entre ellos se había vuelto una parte más de su rutina. Diane agradecía a cualquier Dios que existiera por encima de su cabeza que le permitiese tener un papel mucho más dinámico que el de una esposa florero. Le gustaba pasar las noches comentando con su marido cualquier caso que tuviera entre manos. Era avispada, astuta y cualquier efímera pista captaba por completo su atención. No le importaba pasarse la madrugada sentada en la alfombra del salón mientras discutía con el detective sobre qué pasos no se debían seguir para encontrar a un sospechoso.

La última vez que se enzarzaron en una de sus picajosas discusiones, a la Redfield le pudo más la bravuconería que la actitud calmada. Se levantó decidida, ataviada en el camisón que le había quitado horas antes, y dijo: «Ahora entiendo por qué no has sido capaz de encontrar a Button».

Desde entonces lo sentía esquivo, más aferrado a su trabajo de lo que recordaba. Le apetecía estar solo intentando resolver hasta el mínimo detalle de una mujer con la que no volvería a tener un enfrentamiento público. Una sensación de inseguridad la aferró por completo. Su interés siempre había sido encontrar a la persona que era capaz de hacerle frente sin miedo a su opinión.

¿Y si sentía algo más hacia ella?

Diane detuvo por completo sus movimientos. Entre sus manos mantenía los mechones dorados de la pequeña Mandy. Como de costumbre se habían sentado en el sofá para poder entrelazar cada uno de sus cabellos en unas bonitas trenzas. Así aprovechaba para hablar con ella sobre si alguna vez estuvo en Escocia, si recordaba a sus padres o qué echaba de menos. Pero ella siempre encajaba la imaginación con la realidad, por lo que era incapaz de deducir nada en concreto.

Un profundo malestar hizo que apoyara los labios en el dorso de su mano, la lejanía con el detective le provocaba tanto pavor que los pensamientos negativos volvían a aflorar en su mente. Cerró los ojos diciéndose a sí misma que una dama debía mantener el control, pero su estómago protestaba con una mezcla de malestar y hambre que no se dejaría doblegar.

—¿Diane? —la llamó Wyatt alejando la vista del periódico que descansaba entre sus manos —. ¿Te encuentras indispuesta?

—Un poco —admitió—, se me pasará enseguida.

—Puedo avisar al médico si crees que...

—¿He hecho algo mal? —Las manos le temblaron al pensar en un castigo de su parte. Los hábitos que compartían juntos le permitían ser ella misma, no tenía que utilizar una máscara de

perfección para estar a su lado—. Si ha sido mi imprudencia sobre Button, yo no quería ofenderte.

La mirada azulada del detective quedó posada sobre ella durante unos segundos, alzó una de sus manos para pedirle a la sirvienta que se encontraba con ellos en la estancia que se llevara a la pequeña. Después, cerró el periódico, apoyó su pierna sobre su muslo y se cruzó de brazos.

—¿Por qué consideras que estoy enfadado por ello?

—Parecía importante para ti y me burlé —suspiró tomando una postura más recta—. Lo lamento, cuando estoy eufórica digo las cosas sin pensar si deben ser adecuadas o no.

—No te regalaría la ley de hielo por algo así, Diane.

—¿Tienes sentimientos hacia la persona que se esconde tras esa gaceta? —preguntó de forma tan imprudente que tomó la decisión de levantarse—. ¿Qué estoy haciendo? Eso no tiene nada que ver conmigo, que me trates bien no significa que...

—Basta.

—Deseo retirarme a mi alcoba.

—He dicho que ya basta. —Wyatt se levantó, acortó la distancia entre ambos y cogió su muñeca para detener su huida—. ¿No te he demostrado lo que siento por ti?

—Y-yo... —Cerró los ojos nuevamente para ocultar su vergüenza, pero tan solo la hizo sentir mucho más indispuesta—. No comprendo nada. Has tomado la decisión de alejarte sin ni siquiera darme un motivo: si tienes una amante, deseo saberlo.

—No tengo la necesidad de hacerte algo así, ni tampoco de buscar fuera algo que ya poseo. —Frunció el ceño ofendido.

—¿Qué ocurre, entonces?

Wyatt tiró de ella hasta atraparla entre sus brazos. Con mimo apoyó la barbilla en su coronilla y se mantuvo así durante unos instantes. Era cierto que llevaba un tiempo esquivo, pero no estaba enfadado con su esposa por decir una realidad: Button era el primer caso que se le había escapado por completo de las manos, pero no era lo único que rondaba su mente.

—En primer lugar, mis sentimientos hacia esa mujer son mera competencia. Se mofa de mis habilidades y por eso deseo arrancarle el tono jocoso de sus palabras con mis propias manos. —Hizo una breve pausa—. Puedo asegurarte de que nunca me entregaría a nadie como lo he hecho contigo, Diane.

»Es cierto que tras tanta negativa existe un motivo. Siempre he considerado que perpetuar una familia que vive infeliz no es lo que debo hacer. Mi padre se encargó de hacernos desdichados, y en el amor no me fue demasiado bien. Por eso me prometí que jamás tendría hijos, ni tampoco vería a nadie de manera continua.

—Y estás aquí.

—Te has dispuesto a no soltarme —respondió deslizando sus labios hasta la frente de Diane y los presionó con suavidad.

—Pensaba que odiabas a Button por algo que te había hecho.

—Despierta mi ira porque dividió a mi familia exponiendo un secreto que nos mantenía unidos, eso es todo. —Frunció el ceño no muy contento con ello—. Supongo que está acostumbrada a tener todo lo que desea y le importan poco los daños colaterales.

«No puedo decir que sea del todo cierto», pensó ella.

—¿Y qué es lo otro que me ocultas?

Wyatt se percató de las ojeras que descansaban bajo sus párpados, las acarició con las yemas de sus dedos y engurruñó la nariz, preocupado. En las últimas semanas no la había visto

demasiado, por lo que no entendía por qué su rostro no mostraba ni un ápice de descanso. Parecía exhausta, demacrada y bastante mareada.

—Vayamos a ver al galeno —insistió él—, después hablaremos de todo esto.

—Si te atreves a salir por esa puerta, Wyatt Mitchell, le haré saber a todo el mundo que duermes abrazado a la almohada.

El detective abrió la boca tan sorprendido como ofendido, no consideraba que dormir en tal postura provocara duda acerca de su masculinidad. Sin embargo, el gesto regio de Diane lo hizo dudar.

—Vas a volverme loco —dijo consternado.

—Tenía entendido que ya lo había hecho.

Absorto en el magnetismo que sentía con su mirada esmeralda, negó con la cabeza, no podía creer que aquella mujer fuera capaz de dejarlo tan anonadado. Su mano derecha acarició con suavidad su mentón, lo alzó dispuesto a atravesar el brillo perspicaz con el que lo retaba y encajó su boca con la suya.

Besar a Diane era similar a tocar el cielo. Su cuerpo reaccionaba con tal facilidad que unas breves caricias no le resultaban suficientes. De hecho, siempre le ocurría lo mismo. Se decía a sí mismo que debía controlar sus impulsos, pero nunca le bastaba con acariciar sus muslos, mimar su entrepierna o hacerla suya durante horas. Contaba con un hambre tan voraz hacia su esposa que ni siquiera se reconocía.

—¿Es posible que deje de cambiar el rumbo de esta conversación, señor Mitchell? —susurró ella separándose de sus labios—. Quiero saber la verdad.

Wyatt suspiró derrotado.

—Sé que voy a hacerte daño.

Confundida, retrocedió un poco, intentó mantener el temple, pero sentía su corazón desbocado en su pecho.

—¿Descubriste algo en Spitalfields?

—Así es. —El detective giró sobre sus talones para darle la espalda. Cuando estaba pensativo llevaba las manos tras su espalda y las entrelazaba—. Como bien dijo Lisa, Rowan Berrycloth vive allí con una muchacha que fue la amante de Wallace Martin: tiene un bastardo suyo.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Wallace era parte del círculo de tu hermano, estaba al tanto de las pautas que se tomaron para tu matrimonio con Seamus Bladler.

—¿Pautas? —repitió confundida—. N-no comprendo nada.

«No quiero verla llorar por esto», pensó él cruzando los brazos para defenderse de manera inconsciente de la situación.

—Tu hermano incluyó una cláusula en tu enlace. En ella aseguraba que ninguno de tus hijos ni tu marido tendría ningún patrimonio de la familia Redfield: Seamus no podía tocar tu herencia.

»Lo único que se sigue escapando de mi entendimiento es qué tiene que ver Chandler en todo esto.

Diane notó la garganta demasiado seca para contestar aquella revelación. Caminó algo tambaleante hacia la mesita auxiliar que tenía en el salón y llenó su copa de oporto; lo meció con un breve giro de su mano derecha para más tarde enfrentar la conversación.

—¿Estás intentando decirme que mi hermano engañó a los Bladler y jamás tuvieron nada de nuestra familia? —Parpadeó dudosa—. Eso ni siquiera afecta a Rowan, ni a Wallace, pero... santo Dios, Mandy.

—Cuando el duque de Norfolk murió, tu hermano le dio a Berrycloth una cuantiosa suma de dinero si desaparecía con la verdad. Wallace y Julian nunca fueron amigos, pero sí resultaron cercanos. —Wyatt palpó con cuidado la mano libre de su esposa para reconfortarla—. Es posible que los Bladler quieran acabar contigo para reconocer a los hijos de Seamus.

—Pueden hacerlo sin involucrarme.

—No, querida. Si tienen la intención de que hereden Rousefield tienes que estar muerta. Si existe un heredero bastardo, los Bladler lo apoyan, y si no hay nadie más que pueda heredar todo esto, lo haría él.

—Pero soy un impedimento para que eso pase...

Diane sintió que desfallecería en cualquier instante. A su alrededor todo comenzaba a perder nitidez. No solo su matrimonio había sido una farsa, sino que la que fue su familia intentaba deshacerse de ella. Para más inri, su hermano seguía tejiendo su tela de araña alrededor de todo lo que le importaba: desde New Garden hasta la mansión que le dejaron sus padres.

—¡Diane! —gritó el detective atrapándola entre sus brazos—. ¡Que venga de inmediato un médico! ¡Ahora!

***

Cuando la menor de los Redfield abrió los ojos se encontraba en la alcoba que compartía con Wyatt. Miró alrededor intentando acostumbrarse a la incómoda luz que iluminaba cada rincón de la estancia. Las pequeñas llamas de las velas danzaban con suavidad debido a la brisa que entraba por el balcón. Confundida, hizo un poco de fuerza sobre el mullido colchón para erguirse; sin embargo, una efímera caricia provocó que diera un respingo.

—Tranquila —susurró aquella voz—, soy yo. Estoy a tu lado.

En un primer momento le costó adecuarse al invitado que se encontraba allí. Estaba acomodado en el borde de la cama y con una de sus manos acariciaba con mimo sus mechones dorados. Diane alzó la vista en dirección del caballero, no tardó demasiado en interceptar aquellos orbes esmeralda tan similares a los suyos.

Julian estaba allí y sentía unas inmensas ganas de matarlo.

—No has cambiado nada en todos estos años, hermano. —Las palabras de la muchacha destilaban rabia y enfado—. Tu gran labor porque nada toque a nuestra familia se te ha ido tanto de las manos que incluso me has puesto en peligro.

—Siempre tuve la intención de protegerte, Di —respondió él con la calma de siempre—. El legado de nuestros padres era importante para los dos, por eso no estaba dispuesto a que nadie te robara tu sueño.

—¿Debo preguntarte de nuevo cuántos hijos tuvo Seamus?

—Diane...

—¡Contesta! —gritó tan enfurecida que su mirada se resquebrajó en incontables pedazos—. T-te lo ruego, maldita sea.

—Dos —admitió a regañadientes—: la niña está aquí contigo.

—¿Hay un heredero?

—Sí, pero no sé dónde se encuentra.

Fue incapaz de contener el llanto en su garganta. Estaba cansada de que el mundo le recordara lo poco valiosa que era. Por ello, ocultó su pálido rostro entre sus manos y le rogó que la dejara

sola. Sin embargo, Juls conocía a su hermana como si fuera un libro abierto para él. Se acomodó en el cabecero y tiró de su cuerpo para abrazarla con fuerza.

—Tienes todo el derecho a estar enfadada conmigo, incluso entenderé que no desees nunca más mi compañía —comenzó a decir el duque en un hilo de voz—, pero eres mi única familia, Di. Si alguien te hacía daño, no deseaba que también te arrebatara todo esto.

—H-han intentado matarme por una mansión, Juls. Justo cuando comencé a pensar que merecía la pena.

—Y por supuesto que la mereces, hermana —insistió él presionando sus labios en su coronilla —. Siempre serás el diamante más precioso de la familia Redfield, pero la codicia de un hombre puede acabar con todo.

—¿Expondrás a los Bladler?

—Me encantaría hacerlo si tuvieran la culpa.

—¿Cómo? —Se incorporó de manera tan abrupta que las náuseas volvieron a ella—. ¿Cómo sabes que no es así?

—Porque llevan fuera de Londres desde antes de lo sucedido —reveló mostrando su ceño fruncido, el tema le escamaba más de lo que quería admitir—. Es otra persona, Di, que quiere que ese niño algún día pueda heredar todo lo que nuestra familia construyó porque considera que pertenece a Seamus.

—¿Sabes de quién puede tratarse?

—Chandler tenía demasiados enemigos dentro de la alta sociedad —respondió Juls. Se levantó de la cama sin previo aviso y llenó una copa de agua para su hermana—. El favor de la burguesía lo protegía tanto que se avecinaban cambios que el Partido Conservador no iba a apoyar nunca.

»Es evidente que tomaron la decisión de asesinarlo y culparte a ti por ello.

—A la Cámara no le afecta lo que yo haga.

—Tu fama es un tanto ambigua, están aprovechando eso para mostrarte al mundo como una mujer despechada que ni siquiera pudo tener New Garden.

—Es una alegría saber que te encargas de ello también —replicó Diane con cierto cinismo—. En estos momentos, me gustaría abofetearte tanto como a Miles en el instante que creyó que necesitaba su presencia.

—Deberías calmarte.

Julian hincó una de sus rodillas sobre el colchón, una de sus manos alzó la cabeza de ella e inclinó la copa para que bebiera con delicadeza. De niños solían estar tan unidos como solían enfadarse durante días. La diferencia que existía entre ellos era que, mientras Diane mostraba cómo era, Juls aprendió que un hombre con una responsabilidad demasiado grande debía estar preparado ante cualquier situación. Por eso siempre chocaban: sus lecciones podían ser similares, pero él heredaría algo que terminaría por asfixiarlo.

—¿Dónde está Wyatt?

—¿Tu marido? —Presionó sin tapujos—. Está abajo con Mandy. Al parecer no dejaba de llorar cuando te subieron a tu alcoba. Aunque, qué curioso, ya no usas la misma.

—Di lo que tengas que decir, Juls —gruñó ella quitando con su mano las gotitas de agua que escapaban de la comisura de sus labios—. No dudaré en mandarte a tu mansión en cuanto termines.

El duque observó su respiración acelerada, ni siquiera las horas que llevaba abrazada a Morfeo habían sido suficientes para que se recuperara. Cuando le avisaron de que su hermana estaba indispuesta se temió lo peor. Se había mantenido al margen de todo evento o incidente para no

verse envuelto en ningún rumor inadecuado para su familia. Sin embargo, tras el ataque que sufrió Diane en Sunlight Grove House no pudo evitar meter la nariz en el asunto. Por eso se encargó de mover cielo y tierra para encontrar al fallido asesino, que solo resultó ser un mísero mercenario que no estaba dispuesto a dar nombres.

En cuanto a Mandy Bladler, llevaba en New Garden desde su apertura. Sabía bien que la niña no tenía la culpa de las decisiones de su padre, por lo que cuando llegó a las puertas de su fortaleza, no puso objeciones para que fuera parte de ella: tan solo tenía que ocultar su procedencia para hacerla desaparecer cuando llegara el momento.

—Te has enamorado —dijo él en voz alta—. Es la primera vez en mucho tiempo que te veo luchar con la parte más oscura de ti, Di, esa que considera que nunca será elegida. Pero diría que, por la preocupación del señor Mitchell, lo has cautivado por completo.

Diane se sonrojó de manera involuntaria, fingió estar enfadada para desviar la mirada hacia otro lado. Su corazón latía desbocado en su pecho por pensar que alguien como Wyatt podría elegirla siempre sin ningún ápice de dudas.

—Lo amo.

—Lo sé, te conozco demasiado. —Juls esbozó una media sonrisa, apartó la copa y volvió a centrar su atención en ella—. ¿Sabe lo de Button?

—Pensé en darle final. Me parecía muy prepotente de mi parte seguir exponiendo hombres deleznables mientras el detective que tanto ansía encontrarme es mi marido.

—Escúchame. —Su hermana centró toda su atención en él a pesar de su estado—. Un caballero no desecha un tema cuando lo cree perdido, busca cualquier hilo para volver a darle vida y justificarlo. Si la haces desaparecer, su deseo jamás se marchará: la perseguirá hasta que considere que ha sido insuficiente.

»Estoy seguro de que sabes lo dolorosa que es esa palabra. Por eso, llegado el momento, deberías darle voz a esa mujer que es parte de ti y tanto escondes. Además, es posible que pronto toda su atención esté en ti.

—¿Estoy muy enferma?

—Es posible que estés encinta, Diane. —El duque acarició de nuevo la cabeza de su hermana como cuando eran pequeños—. ¿Ves? Incluso los sueños imposibles pueden llegar a cumplirse.

# Capítulo 30

Diane sabía que las mujeres de su edad ya no tenían permitido soñar. Para la sociedad en la que vivían, ella había perdido el valor de ser reconocida por cualquier hazaña. Si tuviera que admitir en voz alta cuánto le molestaba, diría que era consciente de todo pensamiento negativo hacia sí. Seguramente más de un caballero la habría mirado con tal decepción que habría sido mucho más prudente esconderse en casa.

Pero la Redfield no era de las personas que se rendían con facilidad. Era posible que las heridas del pasado dolieran, que los prejuicios intentaran dibujar otras nuevas para que fuera incapaz de levantar la cabeza, pero no mostraría su dolor frente a unos meros desconocidos.

Su vida en los últimos meses había dado un giro tan estrepitoso que, de solo pensarlo, tendía a marearse. Jamás creyó que volvería a casarse, que tendría un enemigo al que enfrentar y a alguien pisándole los talones para acabar con su vida. Pero lo que más le resultaba lejano era la mínima posibilidad de tener un bebé en su interior.

Llevaba años haciéndose a la idea de que eso era imposible. Un cambio de vida no arreglaría su vientre vacío. Así que debía quitarse las palabras de Julian de su cabeza; cuanto antes lo hiciera, antes podría actuar como si no le importara.

—Es la primera vez en mucho tiempo que nos reunimos para hablar de algo bueno —susurró con cierta diversión Evelyn. Su actitud despreocupada no fue una sorpresa para sus dos amigas, la conocían lo suficiente para saber que el decoro no iba demasiado con su forma de ser.

—Te recuerdo que casi me disparan —gruñó Diane notando la protesta de su estómago.

—Si he aceptado este pequeño encuentro es solo para dejar bien claro que no tendré más hijos —anunció la duquesa de Norfolk meciendo a su heredero con unas ojeras tan destacables que sentía pena por ella—. Pensé que estaba preparada, pero me temo que no.

—Tu esposo pensará todo lo contrario, Gen —se burló Evelyn cruzando sus piernas sobre el sofá—. Ahora tienes un duque demasiado apuesto como para decir algo así.

—Puede imaginar todo cuanto desee.

—¿Estás bien? —preguntó la menor de los Redfield de manera abrupta. Estaba preocupada por si había sido demasiado desconsiderada cuando la protegió de aquella bala—. Lamento haber sido tan impertinente.

—Nos salvaste la vida, Di —suspiró ella deslizando su mirada hacia la puerta, Lisa la abrió como si su personalidad tuviera mucho más poder que su papel como sirvienta. En sus manos descansaba una bandeja con glaseados, café y un té que Diane reconoció al instante. Algo en su interior se meció entre los momentos agridulces con Seamus y la nostalgia de volver a estar

encinta. Por más que no hubieran encajado demasiado bien, él siempre la veneraba con aquella infusión para aliviar su malestar—. Debería darte las gracias.

—No es necesario, me alegro de que todo haya quedado en un buen susto.

Aliviada, se inclinó hacia la mesa de café donde Lisa acomodaba la merienda que compartirían esa tarde. Debía admitir que no había avisado a nadie de su salida, su conversación con Juls provocó una profunda confusión en su corazón: no solo sentía que engañaba a Wyatt con su secreto, sino que aún existía alguien que no deseaba su bienestar.

—Creo que el asunto en esta ocasión gira más bien en torno a ti, querida. —Genevieve captó su atención antes de poder atrapar entre sus manos uno de los dulces que tanto le apetecía—. Hay algo que te preocupa, si el mensaje de tu esposo no te dejó tranquila cuando le dije que me encontraba bien, estás aquí por algo más.

—¿No puedo preocuparme por ti?

—Di, vamos, sueles mantener la posición siempre. —La duquesa rechazó con la mano cualquier bebida que le ofrecieran, se echó hacia atrás y meció al bebé que dormitaba entre sus brazos—. ¿Sabes algo sobre el hombre que intentó dispararte?

—Estoy segura de que Melissa ha sido tus oídos en esta cuestión y ya sabes absolutamente todo.

Genevieve se mantuvo impasible durante un buen rato, de sus labios escapó un suspiro tan derrotado que alzó una mano en busca de un poco de pastel.

—Si no lo hiciera sería demasiado ingenua —admitió ante ambas, pero ninguna de las dos se sorprendió—. He pedido que se recompense a esa muchacha por el infierno que ha vivido: si su familia no la acepta, la mandaremos fuera del continente para que pueda empezar de nuevo.

—¿No estás enfadada con ella?

—No tengo motivos. —Frunció el ceño ofendida por su pregunta—. Se dejó cautivar por una mentira, la privaron de su libertad y ahora carga a un niño que siempre le recordará a él. ¿Acaso no es suficiente castigo?

—Por más que queráis desviar el tema —Evelyn se metió en la conversación sirviéndose un poco de té—, Julian ha actuado como el hombre temperamental que es. ¿Una cláusula que hace peligrar la posición de un don nadie?

—Me preocupa más que no sean los Bladler los que me quieran muerta. —Una nueva náusea provocó que soltara la cucharilla de postre, apoyó el dorso de su mano en sus labios y se mantuvo quieta durante unos instantes.

—¿Te encuentras bien?

Evelyn se levantó de forma brusca para atender a su amiga, con suavidad apoyó las palmas de las manos en su espalda y la acarició con dulzura. Diane solía ser una mujer que casi nunca enfermaba. Tenía una salud de hierro como su hermano mayor, incluso habían enfrentado cualquier malestar juntos.

—El médico cree que estoy encinta... Qué tontería, ¿verdad?

—¿Cómo dices? —dijo atónita lady Hunt mientras zarandeaba un poco a su amiga—. ¡Eso es maravilloso, Di!

—No puedo tener hijos, Evie —se adelantó notando como todo a su alrededor volvía a perder nitidez—. ¿Puedes servirme un poco de té? Siempre me ha ayudado cuando me encontraba indispuesta.

Ella asintió un tanto preocupada, se alejó un poco de la Redfield y tomó la tetera entre sus manos. La palidez de su rostro le recordaba a la mala época que había vivido tras la tragedia de

Harrowshire. No quería verla temblar debido a la culpa, ni tampoco por el rechazo de un malnacido que no la merecía.

—Tranquila, te pondrás bien... Seguro que es solo algo que has comido.

El sonido de la porcelana haciéndose mil pedazos provocó un respingo a las invitadas de la duquesa. Nadie la había visto moverse, pero se había inclinado sobre la mesa para darle un manotazo a Evelyn. Su rostro agitado dio a entender que se había hecho daño en su imprudencia, pero se sintió aliviada de detenerla.

—¿Se puede saber qué ocurre?

—Es té de ruda —respondió Genevieve incómoda—, puede aliviar el dolor, pero es mortífero para un bebé.

—¿Qué?

Algo dentro de Diane se rompió en mil pedazos. Su corazón latía con tal desesperación que sentía cómo se asfixiaba. El aire era incapaz de llegar a sus pulmones, pero no era lo que la asustaba, sino que cada sonrisa de Seamus hubiera sido una mentira. Cada vez que le servía un té con la intención de aliviar su dolor, buscaba que sus hijos jamás nacieran.

«Porque no tenía intención de quedarse conmigo en ningún momento».

—Lisa, por favor, ¿puedes llevar a lady Redfield a la habitación de invitados? —dijo con suavidad la duquesa—. Se encuentra indispuesta y debería descansar.

—P-prefiero tomar el aire. —Se levantó incómoda del sofá, tan frustrada que las lágrimas besaban su rostro para calmar su dolor—. No puedo creer que, por mero egoísmo, me haya arrebatado algo que siempre he querido...

—¿Puedes sostenerme al bebé? —Genevieve extendió al recién nacido a los brazos de Evelyn, la cual gimió asustada. No se sentía preparada para cumplir aquella función ni como tía ni como madre.

—Pero yo...

La duquesa suspiró con cierta molestia, lo acomodó entre sus brazos para acercarse a la menor de los Redfield. Contuvo la incomodidad de cada uno de sus pasos para acortar la distancia con ella, la abrazó con una protección propia de una hermana mayor. Diane alzó las manos con miedo, aferró el vestido esmeralda de Genevieve y lloró por cada uno de los sueños que le habían arrebatado sin ni siquiera pedirle su opinión.

—Todo está bien, Di —susurró con cariño—. Vas a tener un hijo del hombre al que amas.

—V-voy a perderlo, Gen.

—Por supuesto que no —aseguró besándole la frente—, haría cualquier cosa por quedarse a tu lado para siempre.

—Hasta que descubra que soy Button.

—Entonces finaliza este juego con la cabeza bien alta —dijo mientras se alejaba un poco de ella—, lo que fuiste antes de conocerlo solo te concierne a ti.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó con tal timidez que Genevieve sonrió aliviada—. Necesito ir al mausoleo de los Martin.

—Prometí no poner un pie allí, pero le pediré a mi cochero que te lleve. Deberías dejar de utilizar mi casa como una pieza dentro de tu juego. Tanto Daphne como yo ya hemos sido acusadas de ser lady Button. ¿No te has divertido lo suficiente?

—Debo admitir que un poco.

—Creo que se os olvida a las dos que un asesino anda suelto —intervino de nuevo Evelyn moviéndose de un lado a otro para que el futuro duque no se despertara—. Es el momento de

alzar la espada por última vez, Di. Si quieres que Button se marche por la puerta grande, encuentra a ese canalla.

# Capítulo 31

—¿Diane?

La voz del detective hizo eco por Rousefield. Subió la escalinata que daba a la planta superior un tanto extrañado de no haber visto a su esposa durante el desayuno. Estaba preocupado por que la revelación que le había expuesto hubiera provocado un malestar que pudiera acompañarla durante toda su vida: la angustia podía ser una enfermedad silenciosa capaz de acabar con el más fuerte si así se lo proponía.

Entró en la alcoba que compartían, pero no había rastro de ella, lo único que danzaba a sus anchas era la fragancia a azaleas que siempre la acompañaba. Wyatt tuvo una punzada de incertidumbre cuando su reflejo le devolvió la mirada. No le había gustado la presencia de Julian Redfield en su hogar, ni tampoco cómo las puntas afiladas del puzle que tenía entre manos seguían sin encajar.

Llevaba días preguntándose si había relacionado la fragancia que decoraba la piel de su esposa con Button. Quizá por ello aquella maldita flor se convirtió tanto en su adicción como en su desesperación. Angustiado por ese pensamiento, llevó las manos a sus bolsillos: algo no estaba bien, lo sentía en cada rincón de su ser, y cuando esa sensación le abrumaba sabía que no se equivocaba.

No dudó en salir de allí, inquieto por lo sucedido; las pistas que tenía sobre la mesa habían apuntado a Genevieve por su cercanía con el hombre que buscaban, pero allí se acababan. La unión que existía con los Martin se hizo invisible una vez que llegaron a Rowan: su poder y la cláusula de los Redfield.

«Los Bladler dejaron Londres tras la muerte de su hijo», le había dicho Arthur en una misiva de madrugada.

Era imposible que la familia de Seamus hubiera organizado todo aquello para acabar con la vida de Diane. Si no eran conscientes de los términos que Julian ponía sobre la mesa, era posible que solo su anterior esposo estuviera al tanto de ello.

Wyatt se dirigió al otro lado de la mansión. Le impuso a Diane la condición de dormir cada noche con él por su miedo a ser juzgado. Cuando lo sugirió ni siquiera tenía el pensamiento de tenerla entre sus brazos, pero en esos instantes dormir sin ella le resultaba de lo más extraño.

No tardó demasiado en detener sus pasos cuando Mandy se interpuso en su camino. Se encontraba sentada en el suelo con una muñeca de porcelana que sin duda debía ser de Diane. Sus cabellos dorados ocultaban su rostro, ese que según su esposa había tenido durante demasiado tiempo tanta suciedad que no se vislumbraban sus bonitas facciones.

La bondad que rodeaba a la menor de los Redfield le resultaba un tanto extraña. Tras todo lo vivido no parecía guardar rencor hacia los demás. La culpa siempre se la dedicaba a sí misma: lo que jamás pudo hacer y lo vacía que estaba.

—¿Has visto a Diane? —preguntó él ganándose la mirada curiosa de la pequeña—. La señora Dawn ha hecho unos pasteles que suelen ser sus favoritos.

—Se marchó. —Encogió los hombros Mandy, con el ceño fruncido—. Temblaba mucho, ¿habría tenido una pesadilla?

—E-es posible. —Wyatt se agachó para quedar a su altura, acarició sus mechones dorados y sonrió—. También hay pastel para ti, puedes coger todo el que quieras.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

La niña corrió escaleras abajo con tal felicidad que se escuchaba el murmullo de sus carcajadas. Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro del detective, siempre había dado prioridad a la familia, por lo que no imaginó cómo era el sufrimiento que cargaba Mandy.

Sacudió la cabeza centrando sus pensamientos en la anterior alcoba de su esposa. Lidiar con la presencia de una hija de Seamus Bladler no le molestaba en absoluto. Conocía el rechazo que sufrió su hermana Valerie cuando Chandler la abandonó. ¿Se habría sentido así Chérie cuando este murió?

«Un momento. Arthur y yo hemos comprobado la declaración de las personas relacionadas con la Cámara de los Lores, pero no consideramos la posibilidad de hablar con ella. Quizá sepa en qué estaba metido, pero es evidente que la popularidad dentro de la burguesía no era del favor de la nobleza. ¿Quizá conocía su interés en casarse con Diane y quiso acabar con él?»

Abrió la puerta de la alcoba con cierta incomodidad, inmiscuirse en un lugar que no tenía por qué investigar le desagradaba bastante. Soltó todo el aire que contenía en sus pulmones para emprender la búsqueda de cualquier detalle que le hablara del paradero de su esposa.

Los tonos rosados proporcionaban al ambiente un aspecto de lo más inocente, le daba la impresión de que había puesto un pie en la habitación de una mujer mucho más pequeña y soñadora. Sus manos acariciaron con lentitud las cortinas blancas que se alzaban sobre el dosel, regalándole una privacidad propia de una princesa.

Curioso se atrevió a deslizar una parte, le habría gustado encontrarse con Diane dormida en busca de un poco de privacidad, pero el silencio hizo que escapara de sus labios un profundo suspiro.

Unas hojas no tardaron en llamar su atención. Estaban arrugadas y sobresalían bajo la almohada. Wyatt tomó un trocito de una de ellas para observar en qué trabajaba, pero frunció el ceño al comprobar que se trataban de dibujos a carboncillo. Lo extraño no fue su afición por la música o, en aquel caso, por la pintura, sino los resquicios de tres flores que conocía demasiado bien: lirios, rosas y azaleas.

Una carcajada escapó de su garganta. Eran las mismas flores que había en el mensaje que Button dejó en el mausoleo. Cerró los ojos buscando en su subconsciente los retazos de aquella misiva que tanto había odiado: «Las rosas se defienden con sus espinas, los lirios toman distintos colores para adaptarse al lugar donde residen, pero las azaleas necesitan el calor del hogar porque cuando la lluvia les proporciona agua en exceso mueren».

—No puedo creerlo —dijo en voz alta mientras admiraba los pétalos de cada uno de los peones que había puesto Button sobre la mesa—. Las rosas hacen referencia a SleepyWood, a Daphne como la más hermosa flor que se defendió de la Bestia. Los lirios muestran a Genevieve:

la juventud que tanto adoraba y la inocencia que dejó atrás cuando se casó con Wallace.

»Las azaleas significan «hogar», ese que tanto defienden los Redfield con uñas y dientes. Maldita sea... ¡Maldita sea! Es imposible que te haya amado cada noche y a la vez alzara todas mis armas contra ti. Debe ser un error. No puedes ser ella...

«¿Y si no lo es, Wyatt? Tendría sentido», caviló la parte más astuta de él.

Sus pensamientos iban tan deprisa que quiso marcharse de allí de inmediato. Tenía que aclarar su cabeza, sacar las emociones que hacían que se sintiera traicionado. Porque había abierto su corazón tras muchos años cerrado a cal y canto. Si su deseo fue entrar en su pecho, hacerse paso entre sus entrañas y arrancarlo con sus propias manos, lo había conseguido.

Wyatt debía serenarse, ni siquiera el sabor del tabaco fue suficiente para aplacar su molestia. Mordisquearlo entre sus dientes no disminuía los latidos desbocados de su corazón, tampoco la fuerza que empleaba para apretar los puños hasta que sus nudillos se volvían tan blancos como la leche.

La comprensión acerca del caso de Diane por fin vislumbraba un poco de luz. Siempre estuvo protegida por dos de los pilares más importantes de la sociedad: los Norfolk y los Stanley. Podía caminar sobre una tirante cuerda que jamás caería a los leones.

Lo único que seguía escapando a su entendimiento era su papel como chivo expiatorio de la Cámara, pero no tardaría nada en descubrirlo.

***

Diane no era partidaria de visitar a los caídos, tampoco le agradaba demasiado estar delante de la tumba de alguien que no merecía la pena. Su malestar hacía temblar cada rincón de su cuerpo, pero permaneció impasible delante de un lord que nadie echaría de menos.

Su presencia en el mausoleo de los Martin era ajena a Wallace, ese hombre jamás le había resultado importante. Si estaba de pie, delante de las cenizas que podrían quedar de él, era debido a su último movimiento en contra del detective. No tuvo reparo en dejar una última pista para después desaparecer por completo de su vida. Las palabras de Evelyn le habían hecho pensar que su huida no era la de una lady que podía enfrentar cualquier situación, sino la de una mujer asustada por perder todo lo que había conseguido.

Acortó la distancia no muy convencida de hacer ese movimiento, pero levantó el jarrón donde sus duendecillos habían dejado el mensaje.

No le sorprendió encontrarlo abandonado a su suerte, el temperamento del detective era temerario e imprudente. La desdobló con cuidado esperando ver sus letras, pero se sorprendió al leer lo siguiente:

«Te deleitaré con mi jaque a la reina», le había escrito días antes de ser atacada por aquel desconocido.

No esperaba darse por vencido porque ella decidiera plantarse por una situación meramente romántica. Después de todo era una cobarde, porque si hubiera tenido la valentía luego de atrapar sus labios, le habría revelado la verdad.

Diane acomodó una de sus manos sobre su vientre, la deslizó con mimo esperando aliviar la incómoda molestia que la acompañaría durante mucho tiempo. Ya no le quedaban alternativas para seguir siendo invisible en cada uno de los rincones de Londres: o esperaba que le diera jaque o lo enfrentaba de una vez por todas.

—Seamus me arrebató la oportunidad de brillar, esta vez no voy a eclipsarla con mis miedos: vas a encontrarme, como yo me daré de bruces con la persona que me quiere sin vida.

—Lady Redfield —dijo el cochero tras ella—, se avecina una buena tormenta, deberíamos marcharnos cuanto antes.

—Lléveme a Rousefield, debo hablar con mi esposo de manera inmediata.

—Sí, milady.

# Capítulo 32

El teatro de Covent Garden estalló en un mar de aplausos tras la actuación de Chérie. Los asistentes vitoreaban su actuación con tal efusividad que siempre terminaba marchándose a su camerino con varios ramos de flores.

La sonrisa que se dibujaba en sus labios fue desapareciendo de manera paulatina cuando se encerró en él, las tiró de mala manera sobre el sofá que tenía a su derecha y se sentó delante del tocador, agotada.

Debía admitir que su nombre estaba en boca de todos, tanto por su gran potencial en el escenario como por sus continuas aventuras con hombres reconocidos. A ella no le importaba, lo único que consideraba esencial era tener la oportunidad de marcharse de Londres con el dinero suficiente para vivir tranquila durante mucho tiempo.

—Me han avisado de su presencia, señor Mitchell —dijo en voz alta mientras se quitaba los pendientes—. Debería tener la decencia de que le permita pasar a mis dominios, esto es poco profesional.

Wyatt salió tras el biombo donde se encontraban sus vestidos, se apoyó en la pared y la observó con la templanza que siempre le acompañaba. De cerca parecía una mujer demacrada por la vida que llevaba; las sesiones para verla actuar eran bastante seguidas y en ocasiones terminaba a altas horas de la madrugada.

—Si hubiera avisado no me habría concedido unos minutos —respondió con un tono tan mordaz que ella se giró para enfrentarlo—. Sé que habló con el oficial encargado del caso, pero necesito hacerle unas preguntas. ¿Le importa?

—No tengo opción —suspiró Chérie mientras se levantaba a por un par de copas—, le advierto de que no tengo demasiada paciencia para hablar de algo así, aunque no lo crea mi corazón está de luto.

—Pensaba que se sentiría aliviada. Después de todo tengo entendido que Miles iba a pedirle matrimonio a lady Redfield.

—Era consciente de ello —respondió con simpleza—. Ya veo... piensa que soy una mujer despechada que hizo todo lo posible para acabar con su amante. Déjeme decirle algo, señor Mitchell: si Miles hubiera tomado esa decisión me habría importado bien poco, porque yo siempre me hubiera mantenido a su lado.

—¿Acaso no sabe que ya estaba casado?

—No me haga dudar, querido. —Chérie curvó sus labios hacia arriba, alzó su copa y la inclinó sobre sus labios para degustarla—. El deseo de Miles por ser un pilar en la Cámara era lo más

importante: el poder llama al poder y es la debilidad de todos los caballeros que conozco.

Wyatt no era capaz de comprender la postura de la cantante. Por más que sus ojos mostraran una neblina de tristeza, estaba segura de cada respuesta que daba. No sabía si se trataba de aceptación por no tener más del hombre que amaba o su interés solo era ser protegida por alguien como Chandler.

—¿Lo echa de menos?

—Todos los días —susurró un tanto pensativa—, pero sabía que podría pasar. Ser un caballero innovador en casa no provoca desconcierto y preocupación a tus enemigos.

—Entiendo que no le apetezca hablar con una persona como yo en estos instantes. Si le soy sincero no puedo comprender su calma, parece dispuesta a seguir con su vida como si nada.

»Es de vital importancia que encuentre a su asesino, porque llegaré a la verdad que tanto necesito.

—Nunca estará en mi situación, señor Mitchell —comenzó a decir ella mientras buscaba algo de tabaco para mecerlo entre sus labios—, si detengo mi vida, alguien que se crea superior a mí intentará tenerme a su merced. Tristemente las mujeres no tenemos derecho a decidir, y no voy a ser la cautiva de un canalla.

»Como bien le he comentado, ser una persona de mente abierta provoca desconcierto a lo que todos conocemos. Miles era amado por la burguesía como todos saben. Era cierto que lo envidiaban por el favor que le concedía la sociedad británica, pero sabían que su presencia en la Cámara les daba poder y, con suerte, menos hambruna.

—Entonces es evidente que los lores elaboraron un plan para acabar con él —sentenció Wyatt llegando a la conclusión de siempre.

—Pero no consigue llegar a por qué su amada Diane Redfield se encuentra en medio de todo lo acontecido, ¿cierto? —Ella ladeó la cabeza en un gesto burlón—. A usted también le tranquiliza que esté muerto, así ha conseguido a la hermana de un duque.

—Mis intereses no tienen nada que ver con todo esto —gruñó el detective—. Deje este absurdo juego, Chérie. Ambos sabemos que no estaría tan tranquila trabajando en el teatro de siempre si no tuviera nada. No tengo ninguna intención de ir en su contra, de hecho, puedo facilitarle la salida del país si lo desea.

—¿A cambio de la verdad?

—Así es...

Ella guardó silencio durante unos instantes. Su persuasiva visita tenía toda la razón, si estuviera preocupada por su suerte ya se habría marchado al continente, pero aún podía contar con la seguridad suficiente para no huir como una vil rata.

—No tiene que preocuparse por mí, detective. Mi hermano pronto heredará la herencia de los Stawson, tanto nuestra familia como yo misma estamos fuera de peligro. Si permanezco aquí siendo una mujer valiente es porque no tengo nada que ver con su muerte.

—Robinson —dijo casi sin aliento Wyatt—, tenía entendido que era francesa.

—Un cambio de identidad es fácil de conseguir si posees a los amigos adecuados cerca —respondió con tanta lentitud que le resultó más un epitafio por su parte que una conversación—. Por una vez en mucho tiempo la suerte está de mi lado.

Él se quedó estático en su lugar, no podía creer que aquel imbécil se hubiera defendido tan bien durante la fiesta en la mansión de los duques de Norfolk. Parecía tranquilo, como si su tiempo lejos de la capital fuera la tapadera perfecta para que no fuera interceptado por los oficiales de Bow Street.

—Él dijo que estaba...

—No acabamos con la vida de Miles, señor Mitchell —lo interrumpió sin más—. Lo amaba lo suficiente para haber ardido por él si me lo hubieran pedido, pero estaba en el lugar que no debía, eso es todo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Aún no lo entiende? —dijo de nuevo un tanto exasperada por su confusión—. Pertenecía al Partido Liberal, podía hacerse fuerte solo con la voz del pueblo. Eso suponía un peligro para sí mismo. Y más aún cuando heredaría el título del marqués en cuestión de poco tiempo. Los nobles lo veían algo así como una oveja negra dentro de su mundo de mentiras.

»Usaron la tenacidad de Diane Redfield para que creyeran que el asesinato lo había cometido ella por mero egoísmo, que como todos sabemos está muy lejos de la realidad. Tan solo fue un intercambio de intereses: la Cámara necesitaba aliados, y él, a la muchacha fuera de juego.

«Él», pensó el detective recordando a cada integrante.

Su piel no tardó demasiado en erizarse cuando se percató de que las personas ya expuestas en su tablero no tenían nada que ver con el asesinato. Era alguien que tuvo la oportunidad de guardar silencio, fingir estar dolido y que su familia terminara desapareciendo tras su muerte.

—Delmar Stawson... —Wyatt la observó con tal sorpresa que era incapaz de reaccionar a su semblante seguro y decidido—. ¿Por qué querría acabar con Diane si no tenía nada que ver con los Redfield?

—¿Está seguro?

—Tengo que volver a casa de inmediato.

***

Por fin las piezas a su enrevesado puzle habían encajado de manera inesperada. Wyatt se lamentó profundamente por lo mucho que se le atragantó el caso en un principio. Habría sido más fácil si hubiera investigado el papel de Delmar desde el instante que había ofrecido su marquesado a Chandler. Tampoco tuvo presente la función de Chérie en todo aquel asunto porque no creía para nada en el amor. Él era una persona muy desapegada, no consideraba que dicho sentimiento pudiera provocar una herida tan irreparable: si hubiera sido ella, jamás habría confiado en un hombre que nunca la priorizaría, porque hacerlo era tenerla en los momentos más duros y los más felices.

El dolor de cabeza que lo acompañó a Rousefield fue cargado de dudas, inseguridades y de una profunda molestia consigo mismo. Acarició el puente de su nariz con el deseo de que la tensión en sus sienes desapareciera poco a poco. Pero era imposible: no solo tenía que proteger a Diane de los ataques de lord Stawson, sino que tenía que asegurarse de que la mujer que amaba era lady Button. Y para ello le tendería la misma trampa que le había regalado desde que se conocían: hacerle caer en sus brazos sin revelarle lo que sabía.

—Yo debería estar en Golden Robes House —advirtió Arthur a su lado—, aparecer sin ningún motivo será sospechoso.

—No es cierto —lo contradijo el detective, las pequeñas ventanas del carruaje habían perdido nitidez debido a la tormenta que acaecía en ese entonces—: eres mi amigo, no sospechará nada.

—Es un asunto que deberías tratar de frente, no como si todo esto fuera una guerra estratégica, Wyatt.

—N-no puedo. —Confundido, se mordió el labio inferior, la parte más dudosa de su ser le decía que ni siquiera lo amaba: todo había sido un juego para corromper su fama y quedar sobre él—: tengo que saber la verdad a mi manera y estoy seguro de que, si es ella, caerá ante mi juego.

—¿Estás seguro de que es Button?

—Mi mente no desea confirmarlo, pero mi corazón lo grita a los cuatro vientos.

—Entonces comencemos la función, Wyatt —dijo el marqués mientras descendía del carruaje —, espero que me recompenses después de esto.

El aludido no dijo nada al respecto, emprendió el rumbo al interior de Rousefield con su amigo pisándole los talones. Su plan no estaba demasiado predeterminado ni tenía un trasfondo muy significativo, pero era suficiente para sacar la ferocidad de Diane.

Wyatt abrió las dobles puertas del salón con un fingido enfado que hizo temblar incluso a la pobre sirvienta. Se sintió culpable de haberla asustado, pero si no era creíble su esposa no saldría a comprobar qué estaba sucediendo.

Se dirigió a la mesita auxiliar que descansaba cerca de la chimenea, vertió el líquido ambarino en dos copas y se la cedió a su amigo, que tan solo suspiraba.

—Ese Stawson... —comenzó a decir con molestia el detective—, no solo nos ha hecho comenzar una investigación ridícula alrededor de Chandler, sino que ha estado involucrado en todo momento.

—¿Vas a alertar a Bow Street? —preguntó Arthur acomodándose en uno de los sofás con las piernas cruzadas—. No les hará ninguna gracia todo esto.

—Es un asunto delicado. Si todo esto sale a la luz perjudicará la posición de Diane. Es posible que se exija una compensación hacia la familia Bladler —mintió ganándose la negativa de su amigo—. Nos encargaremos nosotros.

—¿En qué momento? Te recuerdo que mi esposa desea obligar a Marnie a que asista al próximo baile de la temporada. No estoy en posición de que mi nombre esté en boca de todo el mundo.

—Debemos jugar sus cartas, querido amigo, y creo recordar que eras demasiado bueno con ellas —se burló Wyatt ganándose un gruñido de su parte—. Chérie no se meterá en nuestro camino siempre que no involucremos a Robinson.

—Es una pena que Diane haya vuelto a ganarse una fama que no le hace justicia —le recordó el marqués observando el poco licor que quedaba en su copa.

—Así es la vida de alguien que no puede dar voz a todo lo que piensa —dijo con una doble intención que supo que no entendería.

El chirrido de una de las puertas provocó que diera un respingo, fingió que era debido al frío de la noche y no a causa de que sabía que estaba allí. Wyatt se mordió el labio intentando contener el impulso de pedirle respuestas, prefirió seguir con una conversación donde hilaba verdades y mentiras a su antojo: le ofrecía a Button la oportunidad de exponer al hombre que había intentado arrastrarla a prisión, humillarla y acabar con su vida.

Estaba seguro de que no podría controlar su deseo de hacer justicia.

—¿Estás conmigo para dar fin a esto?

—Por supuesto —sonrió Arthur mostrando sus dientes—, siempre me agrada ser el villano de alguna historia.

# Capítulo 33

Diane no destacaba por tener una gran paciencia. Era incapaz de mirar en silencio cómo su destino volvía a construirse a través de la decisión de los hombres que se encontraban a su alrededor. Había sido inadecuado e imprudente por su parte inmiscuirse en una conversación que no la incluía, pero fue imposible no percatarse de que ya tenían un nombre y no pensaba mantenerse al margen.

No había tenido la oportunidad de tener unas palabras con lord Stawson. Su familia y la del marqués jamás habían sido cercanas a pesar de su posición. Siempre se habían observado desde la lejanía, pero no existían motivos para que quisiera hacerla culpable de un crimen que no cometió.

Se había pasado parte de la noche despierta intentando encontrar las palabras más afiladas y certeras para exponer a aquel bastardo. Para ello esperó que Wyatt se abrazara a Morfeo para no generar ningún tipo de sospecha. Cuando notó su respiración tranquila, se levantó de la cama, volvió a su antigua alcoba y se sumió en la rutina que tanto le gustaba: escribir mientras tomaba un baño.

Las horas pasaron tan rápido que la primera luz del alba fue la que trajo consigo la voz que daría la vuelta a Londres. Se atavió con uno de los vestidos oscuros que usó para su luto, recogió su cabello en una tirante trenza, para después ocultar su rostro bajo su capa de terciopelo. Diane permitió que el aire escapara de sus labios, no estaba demasiado convencida de su plan. Solía permanecer al margen cuando Button tenía que dar algún paso, por eso recurría a los niños de New Garden para que fueran sus manos en la ciudad.

—Si el señor Mitchell me busca —susurró la Redfield a su ayudante de cámara—, dile que volví a Sunlight Grove House para estar con el pequeño duque.

—Milady. —Frunció el ceño aquella, con las manos entrelazadas—. Si puedo ser franca, su esposo no es un hombre iluso. Tarde o temprano...

—Lo sé.

Sin más dilación se subió a su carruaje y emprendió el viaje hacia el lugar que dio forma a su imagen, la que le daba poder en cada hogar de Londres.

El corazón de Diane latía desbocado, algo le decía que su imprudencia traería consigo consecuencias que supondrían un cambio para ella. Sin embargo, no callaría algo así: acabaría con la injusticia que existía hacia su persona y limpiaría su nombre.

Porque los Redfield no agachaban la cabeza: no lo hizo el día que Seamus murió, ni entonces tampoco.

Su mirada se extravió en los campos que perdían nitidez a su paso. Tenía una enorme desazón en la boca del estómago, pero intentó ignorarla para desechar cualquier inseguridad que pudiera hacerla tropezar en aquel momento. En su mano derecha descansaba la verdad, aquella con la que la ciudad quedaría anonadada y nadie podría pararla.

Esta vez era imposible que pudieran hacerlo.

Cuando llegó a su lugar de destino, ordenó a su cochero que volviera en una hora. Después rodeó la manzana para entrar por la puerta trasera del edificio. Debía admitir que conocía como la palma de su mano sus instalaciones. Sus pequeños se habían encargado de hacer una exhaustiva evaluación de las entradas, salidas y producción que se llevaba a cabo.

Diane tomó la decisión de ataviarse con una máscara negra para ocultar su rostro. Greg fue un fiel amigo que jamás hizo preguntas por ser parte de la producción de sus gacetas. Se limitó a guardar silencio mientras alzaba la mano en busca de la parte correspondiente que hacía que su trabajo siguiera creciendo. Ver a aquella mujer vestida de negro lo sorprendió tanto que improvisó una reverencia: la gente la temía o la veneraba por sus hazañas, y él no era menos por ello.

—Lady Button —dijo casi sin aliento—, espero que no considere que mi último trabajo carecía de valor.

—En absoluto —respondió ella tirando de sus guantes hasta la mitad del codo—, necesito de su ayuda.

—Sabe que siempre puede contar con mis servicios.

—Entonces espero que estas nuevas noticias puedan erizar la piel de todos los habitantes de nuestra elegante ciudad. —La Redfield extendió con sutileza sus palabras, sería una novata si no llevara siempre consigo una copia de todo lo que saldría a la luz. Es más, siempre que encargaba a alguien la visita a la imprenta ordenaba que no se marchara de allí hasta comprobar que cada palabra publicada fuera similar a la suya.

—¿Se queda mientras me encargo de ello?

—Nada me gustaría más.

Diane le regaló una sonrisa apenas visible, subió las escaleras que la llevaban a una pequeña plataforma y se mantuvo oculta mientras lidiaba con el proceso. Allí Greg tenía un pequeño despacho de madera repleto de polvo y documentos. Su curiosidad le hizo preguntarse qué podría haber en la simple vida de un hombre, pero prefirió acercarse a la ventana que regalaba unas vistas hacia el lugar donde se encontraba al principio. Desde allí podía ver cómo se acomodaba delante de una enorme mesa, buscaba las letras de plomo y las encajaba de manera minuciosa para ser impresas.

A su alrededor, varios mozos entraban y salían con diferentes cajas. Aunque no fuera un sitio demasiado conocido, su producción parecía continua y eficaz. De hecho, recordaba que le habían comentado que el lugar presentaba un aspecto triste, además de lamentable. Para la Redfield tan solo le resultó un espacio perdido en el tiempo que necesitaba aflorar. Seguro que tras Greg había una familia que necesitaba comer o que simplemente buscaba cumplir un sueño.

La maquinaria llamó su atención de soslayo, no podía decir que fuera demasiado grande, aunque tampoco lo era el taller donde se encontraba. La diminuta cuadrilla proporcionaba cierto acelero a los movimientos del dueño, que usaba toda su paciencia en la tarea que le había pedido.

Diane se acomodó en el marco de la ventana, pensativa, le habría encantado que las cosas hubieran sido diferentes, pero la situación ya tenía un final estipulado. Llevaba demasiados años sonriendo por la recomendación de Juls mientras notaba las miradas de desdicha sobre ella: eso

acabaría de un momento a otro.

—¡Le aseguro que la persona que busca no se encuentra aquí! —chilló uno de los muchachos más jóvenes—. Una mujer de tal calibre no se pasaría a sus anchas por estos lares.

—Mi vista no suele fallarme.

Ella se alejó, se escondió un poco tras el ventanal, la breve conversación comenzaba a hacerse eco por el taller. En otras circunstancias habría metido la nariz para comprobar qué ocurría, pero las protestas y exigencias de Wyatt Mitchell no le pasaron desapercibidas.

Desde su posición pudo vislumbrarlo en la parte inferior, ataviaba su característica chaqueta larga con la que solía resolver cualquier caso que pasara por su camino. Sus orbes azulados buscaban una mínima pista, no importaba lo diminuta que fuera: sería el motivo suficiente para dar fin a su investigación.

—Debo hacer mi trabajo, señor Mitchell —gruñó Greg levantándose de su lugar de trabajo—. Si no viene a beneficiarme con su dinero debería marcharse inmediatamente.

—¿Dónde está?

—No lo sé —respondió encogiendo los hombros.

—¿Sabe? —Sonrió el detective inclinándose en una actitud temeraria—. Arruga la nariz cuando miente.

—Yo...

—Dígame la verdad que tanto busco o le aseguro que...

—Si lo ha oído llegar es posible que se haya marchado —dijo él notando cómo el sudor se deslizaba por sus mejillas—, no contamos con una sola puerta trasera...

«Tengo que salir de aquí», pensó Diane.

No dudó en levantar sus faldas sin ningún tipo de decoro, contó hasta diez mentalmente y se apresuró a escapar del pequeño despacho de la manera más minuciosa posible. Se detuvo en los primeros escalones, desde allí comprobaba que su esposo se encontraba de lado intentando hallar cualquier excusa para atraparla.

«Es ahora o nunca».

Diane corrió con todas sus fuerzas, no le importó que el repiqueteo de sus tacones advirtiera a su peor enemigo de su presencia. La capa de terciopelo que cubría sus cabellos dorados cayó con brusquedad ante su intento de huida.

El detective no tardó en interceptar aquella tela de terciopelo tan propia de su esposa, chasqueó la lengua advirtiendo que no se había equivocado en ningún momento y fue tras ella olvidando sus intenciones.

Sus jadeos le advertían de la poca fuerza física con la que contaba, por ello intentó esconderse entre los callejones. Si tenía la oportunidad de hacerse invisible entre ellos, Wyatt no la encontraría como la última vez.

«Tengo que darme prisa», se exigió a sí misma deslizándose por un camino mucho más estrecho para evitar su encuentro.

Al pasar de lado, su vestido negro quedó aferrado a los ladrillos despuntados por el paso del tiempo. Maldiciéndose a sí misma tiró de la tela escuchando su protesta cuando algunos trocitos de ella quedaban abandonados a su suerte. Diane se maldijo por aquel imprevisto, deslizó sus manos por la pared con la única intención de impulsarse y llegar cuanto antes a la salida. Sin embargo, tuvo el mismo inconveniente con sus guantes. Las condiciones de la estructura se encontraban en un estado deplorable, por lo que tuvo que usar todas sus fuerzas para soltarse de aquellas nuevas ataduras.

Esta vez el tirón fue mucho más enérgico, tanto que no solo se llevó parte de su prenda, sino también su piel. Adolorida, se encogió durante unos segundos, miró su mano y vio cómo la sangre se deslizaba por su dedo índice.

—¡Maldita sea, deja de huir! —gritó Wyatt a sus espaldas.

Abrumada, prosiguió su huida con el escozor en su piel. Si tenía un poco de suerte podría alquilar un nuevo carruaje y marchar a Rousefield. Una vez allí se cambiaría de atuendo para después terminar su pequeña misión con la ayuda que siempre tenía a su alrededor.

Por fin, sus ojos esmeralda vislumbraron la salida, soltó un suspiro de alivio por haber conseguido escurrirse de nuevo de entre sus manos.

Cuando se encontró en medio de una calle un tanto más transitada, alzó uno de sus dedos para llamar la atención de alguno de los cocheros que buscaban a algún pasajero. Diane abrió los labios para atraer a alguien, pero la voz no escapó de sus cuerdas vocales; una mano eclipsó por completo cualquier petición que pudiera hacer y la arrastró de nuevo a la oscuridad de la que creía haber escapado.

Se sintió nerviosa. Agobiada y dispuesta a dar un buen pisotón si así se lo proponía. Con el valor latiendo por cada poro de su cuerpo, se dispuso a asestar un buen golpe a su captor. Este no se lo permitió, apartó por completo la improvisada mordaza de sus labios y retuvo sus brazos alzándolos por encima de su cabeza.

Ambos se miraron como si ninguno de los dos estuviera dispuesto a dejarse ningunear por el otro. Fue una batalla silenciosa, ya que las armas que empleaban en ella eran más significativas que visibles para sus ojos.

—Ya basta. —La voz aterciopelada de Wyatt acabó de un plumazo con la tensión de su cuerpo, giró la cabeza hacia un lado sin saber muy bien qué decir. Él aprovechó ese instante para apoyar la frente en ese pequeño hueco de su hombro, suspiró y se mantuvo callado unos segundos—. Esperaba que no fuera verdad, era imposible que me hubieras mentido.

—No sé de qué...

—¿Quieres que sigamos jugando a este estúpido juego? —la interrumpió molesto—. ¿Es eso lo único que disfrutas de vivir a mi lado?

—Wyatt...

El aludido se inclinó cerca de su oído, suspiró con tal pesar que la piel de la Redfield se erizó de inmediato.

—Button. —La profundidad que usó para decir aquello hizo que se mordiera el labio inferior. Se había tomado su tiempo en deleitarse en destapar la información que los había distanciado en los últimos días—. ¿Te has mofado de mí lo suficiente mientras te susurraba que te amaba?

—Esto jamás fue parte de ninguna estrategia.

—¿Te has sentido complacida cada vez que me has visto volver a casa tras caer en alguna de tus trampas? —Él mordió el lóbulo de su oreja arrancándole un pequeño jadeo—. Me has usado, Diane. Abrí mi corazón y me postré ante ti y lo has usado para hacer jaque al rey.

»Me creaste una adicción a las azaleas, colocaste alrededor de mis manos unos grilletes y conseguiste que mis sentidos se nublaran ante tu olor.

Por primera vez en mucho tiempo la muchacha sintió un profundo pavor, quiso zafarse de su agarre, pero él no se lo permitió. No hacía fuerza sobre su cuerpo, pero la aferraba de tal manera que se sintió completamente prisionera.

—¿Y qué me dices de ti? —lo enfrentó, resuelta—. Tomaste la decisión de ser mi carcelero, te deshiciste de la llave de mi prisión; y cuando creí que podría disfrutar de todo esto, me

arrebataste el corazón. ¡Tienes tanta culpa como yo!

—¡Hiciste tambalear a mi familia!

—¡Chandler era un canalla tanto si lo hubiera expuesto como si no! —gritó consternada—. Valerie era infeliz con él en Londres, de todas formas. Por más que duela la herida, ahora puede ser libre.

—¿Con un luto que ni merece?

—Sigue viva, Wyatt —dijo en un hilo de voz—. Tiene la oportunidad de sanar a su propio ritmo y de que algún día pueda amar. Ya nadie la va a repudiar como si no mereciera la pena, ni le negará el privilegio de tener una familia.

»Entiendo que consideres que he hecho tambalear sus últimos cimientos, pero tanto tu hermana como tu madre los siguen manteniendo por ti, porque te quieren y les importas.

Él se quedó sin habla debido a su breve discurso, deslizó sus dedos hasta su mano herida. Cuando notó cómo se encogía, no dudó ni un instante en alejarse, tiró de la tela hecha jirones notando el corte que se dibujaba desde la yema de su dedo índice hasta la mitad de la falange. Preocupado y con un matiz de molestia por todo lo que se hallaba escondido entre ellos, suspiró derrotado; presionó con cuidado, ganándose un gemido adolorido de su parte.

—He dudado de mí mismo —comenzó a decir en un hilo de voz—. Cuando creí que mis sentimientos eran firmes, dudé de que mi obsesión por Button me hiciera querer algo más de ella. Yo... ni siquiera sé que pensar. Me siento traicionado y necesito tiempo para asimilar.

—¿Asimilar? —repitió ella dolida—. Tú te defiendes del mundo encontrando la verdad, yo soy la voz de muchas mujeres como yo que se han visto envueltas en los brazos de un canalla.

»No me arrepiento de ser lady Button, porque a través de ella he conseguido hacerme fuerte. Te quiero, Wyatt. Puedo entender que estés dolido. Por eso no fui capaz de decirte de frente qué era aquello que escondía. Tenía miedo de que no pudieras aceptarme, o que la quisieras a ella más que a mí.

—¿Por qué dices algo así?

—¿Qué puedo ofrecer? —La voz de Diane se rompió en mil pedazos—. ¿Una mansión repleta de recuerdos de una niña que quería ser feliz? Button es altanera, decidida y temeraria.

—Tú eres Button, Diane —respondió sin más—. No son dos personas diferentes, son la misma mujer dispuesta a ser valiente tras una atrocidad sufrida.

Las manos del detective volvieron a alzarse hasta el rostro de su esposa, mantuvo la mirada sobre la suya perdiéndose en el color esmeralda que se escondía tras el antifaz. Sus pensamientos se encontraban en una disputa tan desesperante que acabó con la última barrera que lo alejaba de la verdad. Cuando esta cayó, sus labios atraparon los de Diane porque no sabía cómo gestionar sus emociones. Sabía que la amaba como jamás había amado a nadie. Ver su dolor provocaba el suyo propio, y la verdad que escapaba de ellos acababa con todo rastro de incertidumbre. Después de todo era la primera vez que le regalaba tal confesión: lo amaba. A él. Al pretencioso detective contra el que había luchado con todas sus armas.

—¿Es cierto lo de lord Stawson? —preguntó la Redfield a escasos centímetros de su aliento —. ¿Lo dejarás ir con tal de que no me ponga en un compromiso?

—Tan solo fue una artimaña para que salieras de una vez de tu escondite. —Wyatt le regaló una amplia sonrisa, que provocó la sorpresa de ella—. Sabía que no consentirías una injusticia de tal calibre.

—Era tu última carta.

—Así es —admitió juntando su frente con la suya—. Por fin te tengo entre mis brazos, Button,

ahora que tu destreza, tu alma y tu cuerpo me pertenecen, es el momento de enfrentar al canalla que ha intentado hacerte daño.

# Capítulo 34

En la vida siempre existían momentos en los que tomar una decisión implicaba aceptar unas consecuencias y renegar de otras. Toda acción suponía un daño colateral que terminaría volviendo con el paso del tiempo a la persona que se encontró en dicha tesitura.

Diane pensaba que la suya era similar a una especie de cadena de favores: una vez se cumplía proporcionaba una carga positiva al alma y se era recompensado por ello. Sin embargo, cuando se enfrentaban demasiados momentos que consideraba grises, se perdían las fuerzas y volvía a convertirse en esa muñeca sin vida que tenía que despertar de su fatídica existencia sin voz.

Su llegada a Somerset House iba cargada con un frenético nerviosismo que hacía temblar sus manos. Con la cabeza bien alta y mostrando el aspecto etéreo que despertaba las miradas más envidiosas, alzó el mentón al cielo mientras se aferraba al brazo de su esposo.

Era la primera vez en todos esos meses que se atrevía a presentarse en un evento de la propia temporada: el asesinato de Chandler y su detención habían nublado lo suficiente su expediente para no salir de los eventos organizados por la duquesa de Norfolk.

Pero esta vez no creía que tuviera nada que perder. Después de todo, la verdad se hallaba en cada trocito del edificio georgiano que tenían a escasos metros: era el momento adecuado para acabar con los hilos que aún la aferraban al pasado.

La multitud que se concentraba por los amplios jardines era ajena a lo que sucedería en ese momento. Wyatt le había comentado que se utilizaría la festividad, los bailes y la reunión entre la nobleza para presentar a Robinson como nuevo heredero del marqués. Ella no pudo evitar deleitarse con ese pequeño dato, por lo que sonrió de la manera más dulce que supo al tiempo que deambulaba orgullosa del brazo del detective, mientras este renegaba por su fatídico papel de consorte sin ni siquiera ser rey.

—¿Estás seguro de que no se echará hacia atrás? —preguntó Diane inclinándose sobre un pequeño tentempié que le ofrecía uno de los sirvientes—. Es posible que esa mujer le haya dicho que sabes la verdad.

—Lo único que le importa a Chérie es que su hermano herede el marquesado, lo que ocurra con Stawson le es indiferente.

Era extraño tener un compañero de fechorías que pensara de una manera similar a la suya. Wyatt deslizaba su mirada por cada rincón de la fiesta mientras inclinaba su copa mostrando una prepotencia que ni siquiera sentía. A su lado, Diane representaba el papel de esposa perfecta que, por supuesto, no tenía nada que ver con ninguna mujer atrevida que escribía cierta gaceta. Juntos eran una auténtica bomba de relojería, porque mientras el detective hacía un barrido visual para

atrapar cada detalle, ella se deleitaba con los cotilleos de las damas que podrían beneficiarla en un futuro.

—Somos el objeto de miradas de todo el mundo —susurró ella regalándole una sonrisa que el detective correspondió con una ceja alzada—. ¿Esa es tu forma de mostrar cariño?

—Todo aquello que te ofrezca puede ser usado en mi contra, Button.

Diane abrió la boca, ofendida, sabía que el tema aún sacaba su parte más orgullosa, pero tras su vuelta a casa no fueron los gritos de una frenética discusión lo que hizo vibrar las paredes de Rousefield. Porque la guerra que enfrentaron en la entrada de su hogar fue de besos, de caricias sin tregua y de una desnudez que fue eclipsada cuando Wyatt la aferró entre sus brazos, la acorraló contra la pared y la hizo suya hasta quedarse satisfecho.

Quizá era su victoria tras tanta ingenuidad.

—Mantengamos el secreto.

—¿Cuál secreto? —gruñó no muy convencido de querer saber la respuesta.

—Gimes como un oso.

—¡¿C-Cómo has...?!

Sin darle la oportunidad de defenderse, colocó el dedo índice entre sus labios, le sonrió como una joven tan tonta como enamorada y susurró:

—Sácame a bailar y sigamos con mi plan.

—Vas a crear un conflicto propio de una guerra —replicó Wyatt.

—La forma más fácil de hacer hablar a un hombre es cuando siente el miedo en sus propias carnes. Haz lo que digo o te aseguro que serás mi próxima víctima cuando tenga que relatar los acontecimientos de hoy.

—Maldita mujer temeraria. —Negó con la cabeza sin poder mantenerse en su lugar. Dejó la copa medio vacía sobre una de las mesas y le ofreció la mano para sumarse a las parejas que giraban con destreza—. ¿Ha sido cumplido su deseo?

—Por completo.

Diane le regaló una improvisada reverencia, habría sido perfecta si su atención no estuviera en otro lugar. La mano de su esposo aferró con delicadeza su baja espalda, con la otra entrelazó su mano y se dispuso a girar con la elegancia propia de un hombre que había nacido para ello.

No pudo evitar contemplar su barbilla marcada, la tranquilidad que emanaban sus facciones y la decisión propia de un cazador en busca de su presa. Sintió una pizca de orgullo en su pecho cuando tras su revelación no decidió marcharse. Conocía a muchos hombres que una pauta no estipulada por sus intereses podía suponer una enorme grieta en su relación, tanto que la venganza hacia sus esposas era lo primero que pasaba por sus cabezas. Sin embargo, él mostraba una ambigüedad entre buscar respuestas, enfurruscarse delante de la chimenea mientras fumaba durante horas u optar por abandonar toda molestia para perderse en ella.

—¿Sigues enfadado conmigo? —preguntó de repente apoyando la cabeza en su pecho.

—Estoy abrumado por todo —admitió él apoyando la mejilla sobre sus mechones dorados—: dormir con el enemigo no es algo que esperase.

—Adoras que ocurra.

—Debo admitir que es cierto.

Diane relajó un poco la tensión de sus hombros, permitió que la hiciera girar entre sus brazos para volver a acurrucarse en él. No le importaron las miradas curiosas de los invitados, quería compartir su dicha por más que los demás no se alegraran por ello.

—Acabo de recordar que hablaste con Stanley la posibilidad de acorralar a Stawson. —Hizo

una breve pausa—. ¿Vendrá con Daphne?

—No se inmiscuirá en un asunto que solo nos concierne a nosotros. Además, estará haciendo todo lo posible para que su cuñada no se abrace al dosel de su cama para no aparecer en ningún evento de la temporada.

Ella rio ante sus palabras, aunque sabía que era cierto. La hermana mediana de Daphne era un auténtico terremoto, no le importaba que su mal carácter estuviera en boca de medio Londres si así podía hacer cualquier cosa que le placiera.

—Allí viene —la alertó el detective en un susurro, no deseaba levantar ningún tipo de sospechas—. ¿Quieres que lo conduzca a otra parte del jardín?

—Tan solo no me pierdas de vista y sigue mis pasos.

Dudoso, asintió no muy convencido, pero deseaba confiar en ella por más que sus estrategias no fueran de su agrado.

Delmar Stawson llamó la atención de los presentes haciendo tintinear su copa, la música que proporcionaba un ambiente festivo y agradable se sumió en un profundo sueño cuando tuvo la atención que deseaba. A su lado, Robinson permanecía firme como si su papel como el mejor candidato para el marquesado implicara que jamás le llevara la contraria; deslizó la mirada a su alrededor y esperó que anunciaran lo evidente.

—Quería hacer un brindis en honor a mi buen amigo Miles —los invitados no tardaron en deleitar con su peor opinión a Diane, que intentó no mostrar ni un ápice de molestia—, habría sido un buen marqués. Sus ideas proporcionarían un gran motor a la burguesía. Sin embargo, Robinson siempre ha sido fiel a su familia, a sus principios con Gran Bretaña. Quería anunciarles, mis buenos amigos, al nuevo marqués: estoy seguro de que hará un trabajo digno de admirar.

Los aplausos eclipsaron tanto la atención de los invitados que Diane aprovechó para regalar al mundo su último espectáculo. El sonido de un disparo acabó por completo con el ambiente cálido que danzaba alrededor de Somerset, soltó un gemido agudo y fingió caer al suelo herida.

Cuando comprendieron que el desesperado asesino que atacó en Sunlight Grove House había vuelto a la carga, los gritos anunciaron uno de los momentos que jamás se olvidarían durante la temporada. Wyatt no dudó en sostenerla entre sus brazos para simular que la bala había impactado en su costado.

—¡Que venga un médico! —alertó con fingida preocupación, si tuviera que ser sincero consigo mismo admitiría que sentía vergüenza por mentir, pero su esposa era una gran actriz y sus desmayos parecían de lo más reales—. ¡Más vale que detengan a ese malnacido!

El detective observó de soslayo a Delmar, que parecía alterado por no comprender lo que ocurría. Asustado por si no había cumplido con las pautas acordadas con el mercenario, se acercó al oído de su nuevo heredero: quería huir de allí.

«Se va a escapar», maldijo entre dientes.

—¡Lo he encontrado! —gritó una voz que le resultó conocida tras tanto bullicio. Arthur Stanley se hizo paso entre la gente representando una actuación tan realista que su ceño fruncido hacía dudar a su amigo—. ¡Este canalla era el que intentaba acabar con la vida de lady Redfield!

—Yo solo cumplía con mi trabajo —dijo el acusado quitándole importancia—, me pagaban por ello.

«Ahora entiendo por qué me ha preguntado si Stanley estaba entre la multitud, le había avisado de todo esto», pensó Wyatt sin dar crédito a lo que veía. Era como estar en una función donde él era uno de los protagonistas.

—¿Quién? —exigió saber él mientras hincaba una pierna sobre la húmeda hierba—. Habla o acabaré contigo.

El muchacho, ni corto ni perezoso, giró su cabeza en dirección a Delmar. No tuvo ningún reparo en admitir que aquel hombre había sido el causante de todas las penurias que había pasado su esposa en los últimos meses.

—¡¿Cómo se atreve a culparme?! —exclamó Delmar tan tembloroso que se delataba por sí mismo—. Jamás haría tal fechoría.

—Usted me pagó para que le volara la cabeza, no se haga el bueno ahora.

—Se debe haber equivocado de...

—Acérquese —ordenó el detective sin dejar de sostener a Diane entre sus brazos—. Atrévase a contemplar a mi moribunda esposa y decir que eso es mentira.

La presión social con la que lidiaba en esos instantes provocó que una fina capa de sudor se aferrara a su rostro y coloreara su camisa con algunas manchas por ello. Dudoso, se atrevió, de manera torpe, a encaminarse hacia la joven que yacía medio muerta entre sus brazos.

Era incapaz de comprender qué había sucedido.

Con pavor, dejó a un lado su bastón, descendió hasta llegar a su altura y quedó arrodillado sintiendo la mirada de cada uno de los invitados que brindaban por su reciente heredero.

—Inclínese, Delmar —insistió de nuevo—, y dígale que usted no tiene nada que ver.

Él aceptó de nuevo para aferrarse a aquella faceta inocente que intentaba llevarse a la tumba. Quería regalarle al mundo la máscara de anciano que jamás tuvo la oportunidad de perpetuar a su familia; por eso, el día que muriera sería arrastrada a la tumba con él. Tomó todo el aire que fue capaz de contener en sus pulmones, se acercó a la joven, pero cuando estuvo lo suficientemente cerca para escupir sus mentiras, Diane lo amenazó con la punta afilada de una daga que escondía bajo su vestido.

—Está...

—Ha perdido, Stawson —sentenció la Redfield sin moverse, desde su posición no se podía ver el arma blanca que rozaba la garganta del marqués—. Sabemos que ha estado implicado desde un principio, así que haga el favor de decir la verdad. Le aseguro que no me importa fingir que ha intentado acabar conmigo para conseguir lo que deseo: se acabó su interés en jugar con mi destino.

Wyatt estaba atónito por el giro que habían tomado los acontecimientos. Esperaba un grito por parte de su esposa, una queja e incluso un mísero ruego; que fuera capaz de amenazarlo delante de toda la sociedad británica de una forma tan sutil lo hizo sentir tan incómodo como orgulloso.

—Arroje luz sobre el caso —insistió él—. Sabemos que quería inculpar a los Bladler de los ataques que ha sufrido mi esposa, conocía la cláusula de su matrimonio. ¿No es cierto?

—Así es —susurró entre dientes—, aleje esa maldita cosa de mi rostro, mujer. Es evidente que no puedo escapar de usted.

—Prefiero que me diga a los ojos por qué me incriminó en este maldito caso —respondió con ferocidad, inmóvil en el suelo—. ¿En qué lo beneficia a usted que los bastardos de mi anterior esposo hereden mi patrimonio?

—Porque esos bastardos son mis nietos.

Diane alejó con lentitud la daga para que nadie pudiera incriminarla de haberlo amenazado. Sus ojos esmeralda tan repletos de vida se oscurecieron por la rabia que llevaba conteniendo durante todos aquellos años. Ahora entendía por qué deseaba matarla: si Mandy era reconocida por los Bladler y por él mismo, tendría ambas fortunas. Era la única opción para conseguir todo

si no existían más herederos.

Pero ¿qué papel jugaba Robinson si ya tenía otra opción?

—Seamus está muerto para reconocer a Mandy.

—¿Mandy? —Delmar rio divertido ante su inocencia—. Esa chiquilla me importa poco, tan solo quería devolverla al continente. En un mundo de hombres lo único que necesito es un heredero que posicionar en mi lugar, y ya lo tengo.

—¿Cómo dice? —Wyatt alejó a su esposa de aquel sujeto, poco a poco dejaba de fingir ser un hombre demacrado por la edad y daba paso al monstruo que se escondía tras aquella faceta.

—Debo admitir que la jugada del matrimonio fue demasiado certera —comenzó a decir levantándose con la ayuda de su bastón—. Si no hubieras aparecido, esta muchacha habría muerto en prisión al cabo de pocos días, porque era lo que debía pasar.

»Así que tuve que buscar una alternativa para que eso ocurriera. Mi hija tuvo que lidiar con las migajas de un hombre que no sabía cómo separarse de su esposa. Se suponía que tan solo debía esperar a que la muerte te llevara, pero al parecer aún no te quería en su seno. Es curioso que fuera feliz al lado de alguien que no sabía hacer absolutamente nada: le dio dos hijos y ninguna seguridad.

El corazón de Diane aleteó inquieto en su pecho, cerró los ojos durante unos instantes para poder recomponerse de tal revelación. Siempre había pensado que su esposo le había sido infiel con una mujer originaria de otro país, no que su amante siempre hubiera sido parte de su propio círculo.

—¿Su hija? —dijo atónita—. Siempre ha dicho que no tenía descendencia.

—Cuando nació la mandé a París porque no me servía aquí. —Su voz fue de completo rechazo hacia ella y no pudo evitar sentir cierta tristeza por la muchacha—. El destino quiso jugarme una pasada y los unió.

»Tras la muerte de Seamus, ella volvería a casa para que mis nietos tomaran su lugar. Sin embargo, el muy mentecato dejó una misiva donde decía reconocer a sus hijos y hablaba de la maldita cláusula: Laudy lo siguió poco después dejando todo en el aire, nos deshicimos de la niña y protegimos al heredero.

—Fue entonces cuando comenzó a mover hilos alrededor de Diane, ¿no es cierto?

—Era fácil —rio el marqués con una diversión que no llegó a sus ojos—: tenía parte del favor de la alta sociedad por su hermano, pero a la vez todos la miraba con rechazo por no saber mantener a un hombre a su lado.

»No sería muy difícil guiarla hacia la muerte. La Cámara estaba furiosa por el don de gentes de Chandler, así que fue un daño colateral en todo esto. Me caía bien, pero estaba en un lugar poco privilegiado.

—Si tenía tan claro que su nieto herede, ¿cuál es el papel de Robinson en todo esto? —Wyatt había dado con muchos tipos de asesinos, desde los que consideraban que la culpa era de los demás hasta los que herían sin motivo aparente. La actitud de Stawson era propia de alguien hambriento de poder que rechazó a su hija en un momento que consideraba que no le aportaría nada.

—La única verdad en este asunto es que no me queda demasiado tiempo de vida: Robinson será un buen mentor para mi nieto, ese será su papel con mi familia.

Sin previo aviso, Diane tomó la decisión de levantarse, apretaba los puños con tal fiereza que se palpaba la tensión de su cuerpo. Sus ojos esmeralda, aquellos que hablaban por sí mismos, estaban resquebrajados por el dolor que le causaba aquella situación. No le importaba que las

lágrimas cayeran por sus mejillas mostrando su mayor debilidad. Por fin había comprendido que el problema jamás había sido ella, sino del ansia de poder de los hombres de su alrededor.

—Está acabado —susurró en un hilo de voz—. Si piensa que todo esto quedará en un agradable secreto de confesión está de lo más equivocado. Rece si aún cree en algún Dios, señor Stawson, le hará falta cuando sea marginado de todo esto.

—Muchacha, no tienes tanto poder —se carcajeó con tal despreocupación que ladeó la cabeza —, solo un hombre podría hacerme caer de mi pedestal y ni siquiera tu insulso marido tiene el poder de ello.

—Ha contado con que Diane Redfield, la hermana menor del duque, es solo una piedra en su camino, pero mi poder está en las calles. Aprenda a vivir con la decepción, la repugnancia y el desagrado cada vez que intente caminar por su bonito reino. De parte de lady Button, le regalo su caída.

El marqués no fue capaz de contestar a sus palabras. Consideró que enfrentarla hincharía su pecho de orgullo. Después de todo, una mujer era incapaz de hacerle daño porque no tenía los suficientes medios para llevar a cabo su venganza. Sin embargo, el tono tan seguro de sus labios y el desagrado con el que lo observaba le dio a entender que siempre estuvo un paso por delante: la había juzgado y no tendría piedad con él.

—L-lady Redfield, yo...

—Aléjese de mí o gritaré. —Diane curvó sus labios hacia arriba con mero cinismo—. Seguro que si lo hago me tomarán en serio, ¿cierto?

Stawson retrocedió como si hubiera visto a la mismísima muerte, tropezó con sus pies y cayó sentado sobre el único trono que tendría.

—¡Que alguien se lleve a este asesino! —chilló el detective.

Wyatt se interpuso entre la ira de su esposa y el pobre diablo que rogaba por una segunda oportunidad. La abrazó con todas sus fuerzas para infundirle la protección que necesitaba en esos momentos. Cuando aquel malnacido desapareció por completo de su campo de visión, Diane se aferró con ferocidad a sus brazos, sollozó desesperada contra su pecho y suspiró con alivio.

—Todo ha acabado —dijo él besando su pelo—. Eres letal, esposa, la muerte te querría como su reina, no como su enemiga.

—¿D-de verdad ha llegado a su fin? —Tragó saliva haciendo todo lo posible para recomponerse de aquella pesadilla.

—Ya puedes despertar —susurró él regalándole un suave beso en su sien—. Los monstruos ya no conseguirán atraparte, mi reina. Has alzado la espada contra cada uno de tus enemigos, pero solo ha sido mi corazón el que has conseguido cautivar para que luche a tu lado.

Diane rio contra su pecho sintiéndose feliz por no tener que lidiar con el mundo por su propia cuenta. Ahora contaba con que el hombre más persuasivo, frío y cautivador sería la espada que acabaría con cada uno de sus enemigos.

Aunque solo Wyatt y ella sabían a ciencia cierta que las personas enfrentadas por el destino se amaban hasta quedarse sin aliento.

# Epílogo

*Unas semanas después...*

Los campos de Redfield Hill House estaban repletos de amapolas. Su manto inundaba cada porción de sus tierras regalándole una imagen similar al fuego. El leve movimiento de las flores resultaba similar a unas llamas en continua ondulación que jamás abrasarían los cimientos del lugar que tanto amaban.

Diane caminaba con los pies descalzos como tantas veces lo había hecho siendo niña. Su vestido se movía a un ritmo frenético debido a la molestia del viento por un motivo que ni siquiera conocía. Sus largos cabellos rubios estaban recogidos en una improvisada trenza proporcionándole un aspecto mucho más risueño que de costumbre.

—A madre le encantaba pasar los días admirando esto —dijo Julian a su espalda—, decía que nuestra familia tenía el poder de controlar las llamas, aunque solo fuera una metáfora hacia nuestros campos.

—Amó nuestro hogar como nos quería a nosotros —respondió su hermana con un ápice de nostalgia—, jamás dejaré de echarlos de menos.

—Yo tampoco.

El silencio tan solo alertaba al duque de la efímera distancia que se había dibujado entre ellos. Siempre permanecieron juntos enfrentando cada decisión como si fueran uno solo, pero su papel como patriarca de la familia provocó que mantuviera al margen el punto de vista de Diane: tomó la decisión de incluir la cláusula para que nadie les quitara su hogar y no pensó que podría ser un arma de doble filo para su hermana.

—Perdóname —susurró con cierta vergüenza—, sé que sigues molesta conmigo por todo lo que organicé a tus espaldas. Padre siempre dijo que debíamos proteger a la familia, y mi intento de hacerlo te puso en problemas.

Juls acortó la distancia con su hermana, se inclinó un poco para ponerse a su altura y apoyó la cabeza en su hombro. No era un hombre al que se le dieran demasiado bien las palabras, pero sus pequeños gestos le decían lo mucho que la añoraba.

Ella no se movió de su lugar, permaneció impasible admirando aquel paisaje que la arrastraba de lleno a algún recuerdo de su infancia. Una sonrisa curvó sus labios hacia arriba, alzó una mano y tiró de las hebras doradas del duque. Fue una pequeña guerra propia entre ellos, que alivió la tensión que se palpaba en el ambiente.

—No debes preocuparte, hermano. —Diane giró sobre sus talones regalándole aquella mirada perspicaz que haría temblar hasta al hombre más canalla de Londres—. Muevo mis hilos cada

día para poner una mujer en tu camino que ablande tu corazón.

—Di...

—Esa será mi venganza —reveló con tranquilidad—, sabes que llevo anunciándola desde hace demasiado tiempo.

—¿Tan poca estima me tienes?

—En realidad no estoy enfadada —dijo haciendo desaparecer poco a poco la despreocupación de su rostro—. Tu forma de enfrentar el mundo desde que se fueron nuestros padres es hilar todo para que nada pueda hacernos daño. Ese ha sido tu modo de protegernos siempre y nunca fue el más adecuado.

»Me alegra que al menos te des cuenta de que el amor se demuestra cada día, incluso cuando hay que tomar decisiones difíciles.

Él suspiró admitiendo su derrota frente a ella, era incapaz de explicar cuánto le enfermaba escapar de las pautas que tenía estipuladas en su mente. Cada vez que las seguía, su mente era similar a un mar calmado dispuesto a enfrentar cualquier situación, pero cuando no lo hacía el miedo se apoderaba de sí mismo.

Con lentitud dirigió una de sus manos sobre el vientre de Diane, lo palpó con suavidad y esbozó una pequeña sonrisa.

—Me siento dichoso porque por fin puedas ser feliz. Echaba de menos la ilusión que desprendes, Di —admitió con suavidad—. ¿Se lo has dicho?

—Cuando me lo comentaste no creí que fuera el momento, había muchos frentes abiertos relacionados con las mentiras de Seamus. Además, si debía enfrentar el abandono por su parte, deseaba hacerlo siendo fuerte. No estoy dispuesta a llorar por nadie que no me quiera como soy.

—Wyatt Mitchell jamás abandonará a la horma de su zapato.

—¡Maldito seas!

Diane se dispuso a propinarle un golpe en el pecho, que Juls detuvo entre carcajadas. De repente se sintió mucho más libre y ligero, como si volviera a ser ese niño que deseaba ser tan fuerte como su hermana pequeña.

—No sabes cómo te admiro, renacuaja.

—Me odiarás cuando te muestre el breve catálogo que he ido creando de las mujeres solteras de Londres. —Diane alzó las cejas con un ápice de diversión.

—Olvida lo que dije antes, eres insoportable.

Diane se alejó unos pasos de él, divertida; a pocos metros, un hombre de cabellos oscuros esperaba su regreso. Debía admitir que le gustaba la actitud solitaria que mostraba cuando escondía las manos dentro de sus bolsillos. El viento mecía la enorme chaqueta que tanto lo había acompañado en cada uno de sus casos, alzó la mirada hacia ella y se mantuvo en su lugar hasta que tomara la decisión de volver a casa.

—Tengo que marcharme —anunció mientras se inclinaba para darle un pequeño beso en la mejilla—. Te quiero, Juls. Si Redfield Hill House te resulta demasiado grande puedes venir a verme.

—Lo haré...

El sentimiento de dejarlo atrás provocó un pequeño nudo en su estómago. Era extraño caminar por su cuenta sin tenerlo a su lado, pero sus caminos, por más que hubieran sufrido una breve bifurcación, volverían a unirse tarde o temprano.

Wyatt alzó la mano hacia la mujer que lo acompañaba en cada una de sus persecuciones, entrelazó sus dedos con los suyos y emprendió el rumbo hacia el carruaje.

—¿Has venido a por mí, esposo?

—He considerado que ya que mi último caso está cerrado, podrías acompañarme a un sitio —dijo él con cierta sorna—. ¿Te has reconciliado con él?

—Realmente solo quería asustarlo un poco —admitió la Redfield mientras disfrutaba del cosquilleo que le provocaban los pequeños retazos de hierba en sus pies—. Julian es el tipo de persona que admite un error, aunque le cause vergüenza decirlo. ¿Cómo se encuentran Valerie y tu madre?

—Permanecerán de manera indefinida en Londres —reveló con alivio—. Arthur se quedará con nuestras tierras en Cornualles y podré dar fin a esa etapa de mi vida.

«Etapas...esta podría ser una nueva», pensó ilusionada.

—¿Vas a decirme dónde me llevas? —Quiso saber Diane escondiendo la mano que tenía libre tras su espalda—. ¿Es posible que lleguemos a un acuerdo si hacemos un intercambio de información?

—¿Intercambio? —Su lado más curioso permitió que sus ojos azules brillaran con curiosidad —. Solo si empiezas tú.

—Wyatt...

—Las mentes brillantes primero.

Él se inclinó dedicándole una breve reverencia que provocó un sonrojo en su esposa. No sabía muy bien cómo anunciar algo de tal calibre: ¿debía decirlo de manera directa o huiría despavorido por ello?

Diane tomó todo el aire que le permitieron sus pulmones, tiró de la mano que tenía entrelazada con él y la acomodó sobre su vientre. Le tomó unos segundos ser valiente, alzar el mentón y buscar el significado a su mirada. Cuando lo hizo no supo descifrar con exactitud el brillo de sus ojos azules, era como si no supiera encajar la noticia de que tendría una familia después de haberla rechazado tantas veces.

—Sé que jamás fue tu deseo —comenzó a decir ella inquieta—. Nunca tuviste intención de perpetuar un linaje que te había hecho tanto daño, pero ahora es nuestro momento para regalarle un hogar donde siempre se sienta parte de él.

Su silencio aumentó aún más su miedo, que no dijera nada tan solo la alertaba a que seguía pensando lo mismo. Estaba en lo cierto con que nadie esperaba tal sorpresa, pero ya que venía en camino la consideraba un regalo. Quizá era una redención a todo lo que habían sufrido antes de conocerse y era su momento de solventarlo.

—L-lo entiendo, si no lo ves posible puedo encargarme de ello y...

—No es eso, Diane —respondió él dejando en el aire sus excusas—. La verdad es que no entiendo muy bien cómo nos hemos puesto de acuerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Soy consciente de lo mucho que anhelabas una familia, por eso he considerado que era el momento de regalarte una. —Wyatt se encogió de hombros lamentándose por haber tomado una decisión precipitada.

Diane parpadeó confundida por no comprender a qué se refería, la curiosidad habría hecho que quisiera zarandearlo con todas sus fuerzas: necesitaba respuestas cuanto antes.

—¿Quieres hablar de una vez?

—Una vez te dije que eras la madre de todo niño que fuera parte de New Garden. Hoy, tras tratar el asunto con tu hermano y los demás lores, se ha llegado a la conclusión de que estás capacitada para ello: eres la directora del orfanato, Diane.

»Como tu marido no tengo reparos en que lidies con tantos pequeños demonios. Estoy seguro de que tu santa paciencia ocasionará que quieras que todos sean parte de Rousefield.

Ella se llevó las manos a la boca para acallar la felicidad que sentía en ese momento. Había luchado mucho para exponer ese proyecto delante de unos caballeros que no creían que fuera necesario para Spitalfields. Tras mucha insistencia y dejar gran parte de los fondos, ninguno se negó a ello: no la aceptaban, pero sí al beneficio que pudiera aportarles en un futuro.

Y ahora le pertenecía solo a ella.

—Es una noticia maravillosa —dijo en un hilo de voz—. ¿Crees que podría llevar conmigo a Mandy para que siga su educación a mi lado?

—Ha sido tu deseo que se quede con nosotros —respondió el detective abriendo la palma de su mano para deslizarla por su vientre—: si ella es feliz con esa decisión, que así sea.

—¿Entonces no deseas salir corriendo?

—Querida, jamás podré librarme de tus grilletes, ni siquiera ahora que eres la madre de todo Spitalfields. —Hizo una breve pausa para juntar su frente con la de ella—. Prometo ser un buen padre si no te metes en mi camino, Button.

—Lástima que no pueda concederte ese caprichoso deseo.

# Agradecimientos

Desde que Diane apareció en la trilogía *Desprestigiadas*, supe que querría escribir su historia. No sabía cuándo le daría forma, o si sería capaz de enfrentarla de una forma bonita, adecuada y que yo pudiera disfrutarla.

Los bocetos que comencé en verano me llevaron a muchos sitios que ahora agradezco que se hayan quedado algo lejos de la historia que has tenido la oportunidad de leer. Hacía mucho tiempo que no me sentaba a teclear y tenía que decirme a mí misma que parara. Porque eso es lo que ha pasado desde el primer instante: ¡el manuscrito no me soltaba!

Debo decir que he sudado un poco a la hora de encajar toda la trama para que quedara hilada con sentido y pudiera ser entretenida. Ha sido muy divertido estar tecleando una escena y que me dijera a mí misma: «No, no puedo creerte que esté pasando eso», cuando era evidente que yo estaba dándole forma a algo a lo que le tenía muchas ganas.

Tampoco esperaba estar a la altura. Siempre he sido una enamorada del romance de época, y poner las primeras piedrecitas en el camino está siendo interesante e inquietante. Personalmente, creo que se nota un cambio bastante considerable con lo último que escribí sobre este mundo a lo que puedes encontrar en estas páginas.

Volver a darle vida a Genevieve, Daphne y Evelyn me ha dejado una agradable sensación en el corazón. Incluso tener la oportunidad de darle un bonito final a la duquesa de Norfolk me ha enternecido tanto que la habría estrechado entre mis brazos.

Como de costumbre, en mis historias se quedan algunos frentes abiertos con personajes que tienen mucho que decir y que nunca se sabe si tendrán su propia voz en su historia. Porque eso es lo que ocurre cuando las letras consiguen traspasar la piel, te hacen vivir un buen momento y eres incapaz de olvidarlas.

Quiero agradecer con todo mi corazón a Lola, mi editora, por todo el cariño que siempre brinda a cada una de mis historias. Me siento muy dichosa por ser parte de esto, mil gracias por siempre.

A Chris, por saber en el follón que me iba a meter con la idea que tenía sobre Diane desde un principio. Gracias por la inspiración que me ofreciste en los momentos que creí que tendría que tirar la toalla.

A María Moreno, por creer que merece la pena. Por confiar en mis historias y en mí como persona. Le agradezco a la vida que estés a mi lado como amiga, hermana, tía de mis personajes y todo lo que suponga.

A Anna (@siempreuncapitulomas), mi fiel compañera de lectura conjunta y *feels*. Esta historia es para ti, quizá no sea de las mejores, pero espero con toda la ilusión del mundo que te llegue al

corazón. Gracias por caminar conmigo en este pequeño mundo que a veces se hace un poco difícil.

A Eli, por seguir creyendo en que algún día podrá decirle a las demás que soy una estrella más en este cielo *escritoril* donde todas nos encontramos. Gracias por confiar en mí siempre.

A Beca, porque a pesar de la distancia, los meses y los audios interminables donde nos damos valor la una a la otra, sigues aquí como el primer día. Gracias por tu amor, sinceridad y la amistad tan bonita que me has regalado.

A Marta Luján, por darme la oportunidad de que la tristeza no empañe mis emociones. Este mundo es más bonito con personas como tú a mi lado. Siempre diré que eres increíble. Gracias por todo.

A Mary, por confiar en mí como alguien fundamental. No sabes cómo me alegro de que la pandemia nos haya unido de esta forma. Gracias por ser mi fiel compañera y amiga. No importa la distancia, te lo aseguro.

Y a ti, lector, por haber seguido mi pequeña trayectoria con ganas de adentrarte una vez más en mis locuras. Gracias por el apoyo que me proporcionas con cada historia a la que das una oportunidad.

Espero que nos veamos en una próxima.

Si te ha gustado

*Cómo desenmascarar a lady Button*

puedes disfrutar de estas

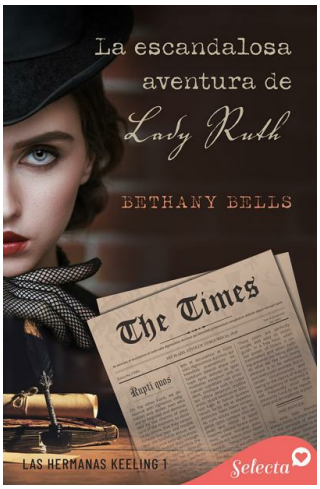


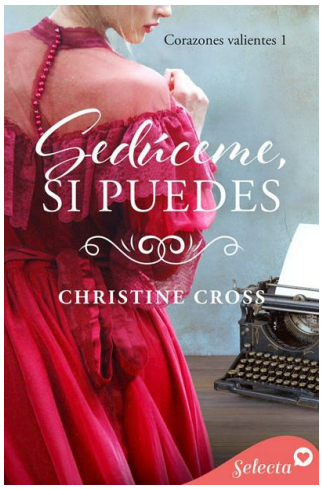




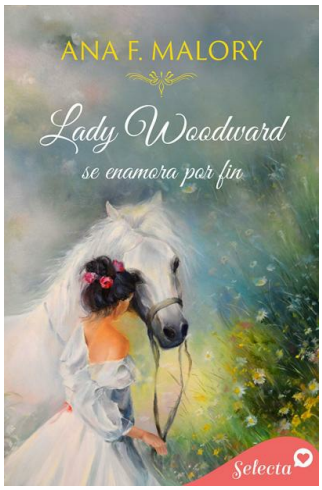




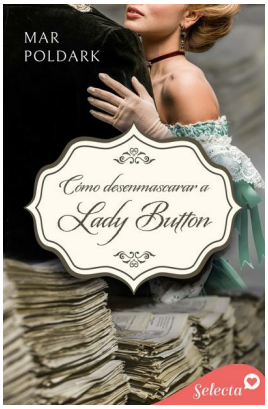


La escandalosa aventura de
Lady Ruth
BETHANY BELLS
The Times
LAS HERMANAS KEELING 1
Selecta


Corazones valientes 1
Sedúceme, SI PUEDES
CHRISTINE CROSS
Selecta


Selecta
SANDRA BREE
Las noches de Gael


ANA F. MALORY
Lady Woodward
se enamora por fin
Selecta

## ¿Puede un hombre resistirse a su peor enemiga?




**Lady Diane Redfield** ya no cree en el amor. Está tan cansada de ver dibujada la tristeza en las muchachas de su entorno que ha tomado una **decisión**: A través de ***La voz de Lady Button*** se sumergirá en cada rincón de Londres con la única intención de **resquebrajar la pudiente reputación de los hombres** que hacen borrón y cuenta nueva de sus errores.

**Wyatt Mitchell** es un prestigioso detective que está dispuesto a atrapar a la persona que se esconde tras tanta palabrería. Sin embargo, una nueva encrucijada le hará debatirse **entre el deber y la ardua pasión** que envuelve sus encuentros con **Lady Redfield**.

**¿Ganará su ímpetu o su corazón?**

**Mar Poldark** nació en Almería en 1994. Es educadora infantil y estudia la carrera de magisterio con la finalidad de encontrar su lugar entre los más pequeños. La escritura siempre la ha acompañado en cada una de sus aventuras: ya fuera con el objetivo de encontrar el final romántico perfecto para sus series favoritas o con la intención de dar vida a esos personajes que aparecían en su mente susurrando nuevas historias. Es adicta a la cafeína, le encanta el verano y viajar.



Edición en formato digital: febrero de 2024

© 2024, Mar Poldark
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-57-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] No apto, incompetente, indigno.
[2] Partido Conservador partidario del rey Jorge IV en 1818.

# Índice

Cómo desenmascarar a lady Button

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro
Sobre Mar Poldark
Créditos
Notas